ASESINO

EL THRILLER DEFINITIVO

HUGO N. GERSTL

Esta es una edición traducida de la siguiente obra, producida con Kindle Translate, el servicio de traducción de libros basado en inteligencia artificial de Amazon:

Obra original: ASSASSIN: The Ultimate Thriller
Autor: Hugo N. Gerstl
Fecha de publicación original: Enero, 2019

La obra original ha sido traducida en su totalidad. Todos los materiales complementarios, como los preámbulos, los avisos de derechos de autor, las reseñas y los agradecimientos, se han traducido tal cual y pueden hacer referencia a detalles específicos de la edición original en inglés.

Copyright © 2019 Hugo N. Gerstl
www.HugoGerstl.com

ISBN 978-1-950134-01-4 Edición Kindle en inglés
Pangæa Publishing Group

www.PangaeaPublishing.com

Reservados todos los derechos en virtud de las Convenciones de Derechos de Autor Internacionales y Panamericanas. Queda prohibida la reproducción o transmisión total o parcial de este libro por cualquier medio, ya sea electrónico o mecánico, incluidos la fotocopia, la grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin autorización escrita de la editorial. Para información sobre derechos internacionales y derechos en Norteamérica, contacte con Pangæa Publishing Group.

Este libro es una obra de ficción. A excepción de ciertos hechos históricos de referencia, todos los personajes son creación del autor. Cualquier parecido con personas vivas o fallecidas, o con hechos supuestamente ocurridos, es pura coincidencia.

Diseño de portada y composición tipográfica por

DesignPeaks@gmail.com



Para información y contacto:



Pangæa Publishing Group

25579 Carmel Knolls Drive
Carmel, CA 93923
Teléfono: 831-6490669
Correo electrónico: info@pangaeapublishing.com

Para

Lisa y Richard

Zvi, Pnina y Dory Morik

Katie y Shlomo Roman

Colleen Miller,

Jake, Abrielle, Ryland

Oliver, Fineas y Vivian

*****

Y, como siempre,

PARA MI LORRAINE

ÍNDICE

Hace unos meses

Septiembre de 1968

El presente – Unos meses antes

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4

Octubre - Noviembre

Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

Diciembre

Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Enero

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Febrero

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Epílogo – Un año después

HACE UNOS MESES

Toda sociedad necesita una válvula de escape para las restricciones morales que impone a la vida humana: Las Vegas, el Mardi Gras, el Carnaval de Río de Janeiro y la celebración alemana del fasching son ejemplos de ese laissez faire tácitamente consentido.

Antes de que existiera Dubái, los hombres del mundo árabe aliviaban —y todavía alivian— las presiones y tensiones de su sociedad conservadora y cerrada usando un país entero como escenario donde «lo que pasa aquí se queda aquí»: el Líbano, una nación extraordinariamente hermosa a orillas del Mediterráneo Oriental.

La joya de la corona para la *glitterati* es el sofisticado y elegante *Casino du Liban*, a 24 kilómetros al norte de la capital. El Casino, que reabrió en 1996 tras una renovación de 50 millones de dólares, es una de las maravillas del mundo moderno. Su edificio principal ocupa 35.000 metros cuadrados, cuenta con 500 máquinas tragaperras, 65 mesas de juego, dos enormes salas de espectáculos, un salón de banquetes y cinco restaurantes.

Su ubicación en una colina sobre el Mediterráneo es magnífica y la vista desde lo alto del casino, impresionante. Por supuesto, el Casino exige un código de vestimenta: traje y corbata para los hombres, vestido formal para las mujeres.

A los cincuenta y siete años, el príncipe Hassan Ali Majid tenía un único objetivo en la vida que lo consumía desde los albores de la pubertad: la conquista sexual de mujeres excepcionalmente hermosas. Él mismo era la viva imagen de un jeque de Arabia Saudí extraordinariamente apuesto y elegante: un metro ochenta de altura, rasgos aquilinos, pero sin la nariz ganchuda ni el rostro semítico estereotípico plagado de lunares. Su cabello, cuando no lo cubría una *kaffiyeh*, era plateado, espeso y abundante.

El príncipe visitaba el *Casino du Liban* al menos tres veces al año sin falta. Nunca llevaba a ninguna de sus esposas ni a sus hijos en

estas visitas, pero siempre traía consigo un pequeño frasco lleno de tabletas de tadalafilo.

Majid llegó al aeropuerto Rafik Hariri de Beirut en el vuelo 425 de MEA a las tres de la tarde, tras un breve vuelo de dos horas y media desde Riad. Su limusina habitual lo esperaba en el aeropuerto y lo trasladó sin demora a su suite en el Hotel LeRoyal. A las cinco ya estaba instalado en el spa de tres niveles con vistas al Mediterráneo.

De vuelta en su suite, se enfundó un elegante esmoquin y se convirtió en el epítome del encanto levantino-oriental mientras paseaba por el casino principal en dirección a las mesas de bacará. Un momento después, se detuvo en seco y se quedó mirando, boquiabierto. A cuatro metros y medio de él había una aparición que lo golpeó como un mazazo.

Se dice que Su Majestad, la reina Rania Al Abdullah de Jordania, de cabello negro azabache y ojos rasgados, es la realeza más hermosa del mundo, si no la *mujer* más deslumbrantemente deseable del planeta. Puede que la mujer que tenía delante no fuera la propia reina Rania, pero quienquiera que fuese se parecía tanto a la reina consorte de Jordania que podría haber sido su gemela idéntica.

La mujer se acercó a él con una sonrisa vacilante, como si sintiera cables cada vez más tensos que los atraían inexorablemente el uno hacia el otro.

Sin que Majid lo supiera, Khadjieh Abi-Samra, de treinta años, no era ni princesa ni cortesana. Se había graduado en la Universidad Americana de Beirut. Si el príncipe hubiera sabido cuán a fondo lo había estudiado antes de su llegada, se habría quedado atónito. Ocupaba un puesto bastante alto en la organización a la que se había unido, y conocía perfectamente no solo la identidad de Majid, sino también la riqueza y la influencia que ostentaba. Su organización necesitaba una inyección tanto de dinero como de influencia, y ella estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para lograr su objetivo.

—Disculpe, mademoiselle —dijo Majid—. ¿No nos hemos visto antes en algún lugar?

—Creo que no —respondió Khadjieh con recato.

—Tiene que haber sido —continuó él—. Cualquier hombre que la haya visto una vez llevaría esa imagen grabada en la memoria el resto de su vida.

Su sonrisa se ensanchó. Khadjieh era perfectamente consciente de la influencia hechizante que ejercía sobre los hombres. Como su madre le había dicho en más de una ocasión: «Si Alá te ha bendecido con el don de una belleza tan extraordinaria, sería escupirle en la cara si no la aprovechas para prosperar en la vida».

—Gracias —dijo simplemente.

Su falta de artificio ejerció un hechizo aún más hipnótico sobre el príncipe.

—¿Podría invitarla a un té o, si no la ofende, a algo más fuerte, mademoiselle?

—Quizás —dijo ella—. ¿Puedo saber quién es el caballero que me ofrece tan generosa invitación?

Al entrar en la zona del salón, el príncipe Majid no sabía si mostrarse imperioso para impresionarla o ser humilde. Decidió optar por un término medio.

—Mi nombre es Hassan Ali Majid. Soy de Riad.

—Yo soy Khadjieh Abi-Samra.

Él pareció vagamente decepcionado.

—¿No es Su Majestad la reina Rania? Pero, por supuesto, no podría serlo. Usted es mucho más joven y, si me permite decirlo, más deseable que la reina.

Ella se rió, un trino musical que le sacudió las entrañas.

—Es usted un hombre bastante directo, monsieur Majid —dijo ella.

—Mademoiselle Abi-Samra, si fuera pusilánime o menos directo, nos quedaríamos en la charla intrascendente y nunca pasaríamos de ahí. Jamás podría expresarle lo increíblemente atractiva que me resulta, ni llegaría a sentir la suavidad tersa de sus pechos y sus muslos, ni a imaginarme dándole un placer que superara cualquier cosa que usted o yo hayamos experimentado.

Khadjieh se sonrojó.

—Eso suena bastante melodramático —dijo ella—. Aunque, por otra parte, en el Líbano todo va un poco deprisa.

Él asintió y dejó que sus palabras calaran. Mientras permanecían en aquel estado de anticipación silenciosa, midiéndose el uno al otro, Majid se disculpó un momento. Una vez en el baño, se tragó una tableta de tadalafilo de 20 mg. Tardaría una hora en hacer efecto, y por si su deseo más profundo de ese momento se hacía realidad, quería estar preparado. Regresó a la mesa y pidió champán para ambos. Mientras veían el espectáculo del salón, un trío de mariachis de México que cantaban baladas suaves y románticas, ella se acercó más a él. Desprendía un aroma a miel, clavo y canela.

Finalmente, él rompió el silencio.

—¿Puedo preguntarle qué está pensando, mademoiselle?

—Si debe saberlo, me siento un poco acalorada. ¿Será el champán?

Un cuarto de hora después, caminaron de la mano hacia la limusina. Momentos más tarde, esta los llevó al LeRoyal.

~ ~ ~

Hacer el amor había sido aún más intenso de lo que él había anticipado. Khadjieh era una amante hábil que dominaba todas las fantasías masculinas. Él había llegado al clímax tres veces en el lapso de dos horas. Khadjieh también se mostró muy expresiva al alcanzar el orgasmo, cosa que ocurrió tantas veces como a él.

Después, mientras yacían acariciándose, felizmente exhaustos, ella lo animó a hablarle de sí mismo, como cualquier mujer sabe hacer con cualquier hombre. Y el príncipe Majid reaccionó como reaccionan todos los hombres. Aunque ella abría mucho los ojos ante cada revelación, tuvo la sabiduría de no presionar, sino simplemente dejarlo hablar.

En un momento dado, ella preguntó: —¿No es una pena que los árabes y los iraníes, siendo hermanos musulmanes, les cueste tanto llevarse bien?

—Ah, sí —respondió él—. Así son los problemas del mundo, mi hermosa princesa. Como siempre, si se dejara a la gente a su aire, se llevarían de maravilla. Siempre son los políticos, ¿verdad?

—Supongo. —Reprimió un suave bostezo—. Pero ¿qué harías tú si gobernaras el mundo, amigo mío? Los políticos persiguen sus

propios intereses y creo que demasiado a menudo se posicionan solo para mantenerse en el poder.

—Cierto —respondió Majid—. Pero debería haber una solución. Los musulmanes y los cristianos maronitas convivieron en paz durante años en el Líbano hasta que fuerzas externas los separaron.

—Nunca me ha interesado demasiado la política ni la religión —respondió ella con ambigüedad—. Como dijiste, si se dejara a la gente a su aire... Después del asesinato de Hariri...

—Sí, por supuesto —respondió Majid—. La mayoría de las veces los asesinatos son espantosos y cobardes. Sin embargo, a veces son necesarios para purgar una sociedad y permitir un nuevo comienzo.

Ella se dio la vuelta y colocó la mano derecha de él sobre su pecho. —Parece que sabes algo, Majid.

—En realidad no lo *sé* exactamente. Digamos, hipotéticamente, claro, que alguien quisiera eliminar al líder iraní por el bien de Oriente Medio.

—¿Ahmadineyad? Ya está fuera de juego ahora que terminó su mandato.

—Estaba pensando más bien en el Gran Ayatolá Jamenei, el verdadero poder de la República Islámica.

—¿Hablas en serio?

—He dicho «hipotéticamente». Y ahora, hermosa mía, ¿tenemos tiempo para otra aventura, o prefieres que durmamos un rato?

—Si no te importa, Majid, has agotado hasta mis fuerzas. ¿Por qué no descansamos para estar más fuertes por la mañana?

Khadjieh fingió dormir hasta que sintió que su amante le retiraba la mano del pecho y se daba la vuelta. Unos minutos después lo oyó roncar profundamente.

Salió sigilosamente de la cama, cogió en silencio un teléfono móvil del bolso, fue al baño, cerró con llave y marcó un número de Beirut.

~ ~ ~

A la mañana siguiente, tras hacer el amor apasionadamente una última vez, Khadjieh y Majid se ducharon juntos, se vistieron, bajaron en ascensor a la planta baja y se despidieron con castos

besos en la mejilla: él se dirigió a la limusina que esperaba frente al vestíbulo; ella, hacia un destino desconocido.

Mientras el chófer le abría la puerta de la limusina, Majid saludó al hombre que lo había llevado al LeRoyal y de vuelta durante los últimos años. —¿Viaje breve esta vez? —preguntó el hombre mientras cogía el maletín de viaje y el portafolios de Majid y los echaba al maletero.

—Sí, así fue, Charles —respondió Majid con indiferencia. Subió al asiento del copiloto. El chófer cerró la puerta, rodeó el vehículo hasta el lado del conductor, se sentó al volante y se incorporó suavemente a la carretera de Beirut.

A mitad de camino del aeropuerto, la limusina paró en una gasolinera al borde de la carretera. —Lo siento —dijo el chófer—. Demasiado té, nada de comida, y ya no soy tan joven, si sabe a qué me refiero. Solo será un momento.

Mientras el chófer salía del coche, Hassan Ali Majid recostó la cabeza en el reposacabezas y cerró los ojos. Eran cerca de las once de la mañana. Oyó abrirse la puerta del pasajero, pero en su estado de duermevela pensó que la ráfaga de aire caliente que irrumpía en el habitáculo climatizado era pasajera y la ignoró. Apenas notó el *golpe seco* de un objeto duro contra la cabeza antes de que todo se volviera negro.

~ ~ ~

Majid yacía en un catre en una celda bajo un cuartel de fortaleza abandonado. Las paredes encaladas de la habitación, manchadas y mohosas, apenas ocultaban las obscenidades y plegarias que alguien había grabado en ellas. Hacía calor y el ambiente era sofocante, con olor a ácido carbólico, sudor y orina. El príncipe árabe yacía boca arriba en un catre de hierro cuyas patas estaban empotradas en el suelo de hormigón. Aparte de un colchón delgado y sucio y una manta enrollada bajo la cabeza, el catre no tenía más ropa de cama. Dos pesadas correas de cuero le sujetaban los tobillos; otras dos, los muslos y las muñecas. Una sola correa le inmovilizaba el pecho. Seguía inconsciente y respiraba profunda e irregularmente.

Le habían lavado la cara para limpiarle la sangre y le habían suturado la oreja y el cuero cabelludo. Un parche de gasa adhesiva le cubría la nariz rota. Cuando el hombre de bata blanca le abrió la boca a Majid, vio los muñones de dos dientes delanteros rotos.

El médico terminó el examen, se enderezó y guardó el estetoscopio en el maletín. —¿Con qué lo han golpeado, con un tren expreso? —preguntó mientras caminaba por el pasillo acompañado del hombre que parecía estar al mando.

—Hicieron falta cuatro hombres corpulentos para dejarlo así —respondió el otro—. ¿Qué daños tiene?

—Fractura de muñeca derecha, laceración en la oreja izquierda y el cuero cabelludo, nariz rota y dos dientes rotos. Múltiples cortes y contusiones, hemorragia interna que podría empeorar y matarlo. Lo que me preocupa es la cabeza. Tiene una conmoción cerebral, seguro. No parece haber signos de fractura craneal, pero la conmoción podría empeorar si no lo dejan tranquilo.

—Necesitamos hacerle ciertas preguntas —observó el hombre.

—Si empiezan a «interrogar» a ese hombre con sus métodos antes de que se recupere, o morirá o acabará convertido en un demente.

El hombre al mando escuchó la amarga predicción del médico sin mover un músculo. —¿Cuánto tiempo? —preguntó.

El médico se encogió de hombros. —Imposible saberlo. Puede recuperar la conciencia mañana o tardar días. Incluso entonces, no estará en condiciones de ser interrogado hasta dentro de al menos dos semanas.

—Hay ciertas drogas —murmuró el hombre.

—Sí, las hay. Pero yo no pienso recetarlas. Probablemente pueda conseguirlas, pero no de mí. Nada de lo que pudiera decirles ahora tendría el menor sentido. Tiene la mente revuelta. Puede que se aclare, puede que no, pero tiene que ocurrir a su debido tiempo. Los psicotrópicos solo producirían un idiota, inútil para ustedes y para cualquier otro. Tendrán que esperar. —El médico se dio la vuelta y salió de la fortaleza.

Pero el médico se equivocaba. Majid abrió los ojos dos días después. Ese mismo día tuvo su primera y única sesión con los

interrogadores.

~ ~ ~

En el sótano reinaba el silencio, roto únicamente por la respiración grave y acompasada de los tres hombres tras la mesa y el estertor ronco del hombre atado a la maciza silla de roble frente a ellos. Era imposible calcular el tamaño del sótano. Solo había un charco de luz en toda la estancia. Era una lámpara de mesa corriente, pero con una bombilla de gran potencia que intensificaba el calor sofocante del sótano. La bombilla apuntaba directamente a la silla, a dos metros de distancia.

Majid no podía ver los torsos ni los hombros de los tres hombres tras la mesa. La única forma de ver a sus interrogadores habría sido levantarse de la silla y desplazarse hacia un lado, para que el resplandor indirecto de la luz revelara sus siluetas. Pero eso le resultaba imposible. Unas correas acolchadas le sujetaban los tobillos contra las patas de la silla. De cada pata, tanto delanteras como traseras, salía un soporte de acero en forma de L atornillado al suelo. Otras correas acolchadas le inmovilizaban las muñecas contra los brazos de la silla. El acolchado de cada correa estaba empapado en sudor.

La superficie de la mesa estaba casi vacía. Su único adorno era una ranura con borde de latón, graduada con cifras a un lado. De la ranura sobresalía un brazo estrecho de latón rematado con una perilla. Junto a la ranura había un interruptor de encendido y apagado. Dos cables descendían bajo la mesa —uno del interruptor y otro del regulador de corriente— hasta un transformador eléctrico que yacía en el suelo, cerca de los pies del interrogador jefe.

En un rincón alejado del sótano, a espaldas de los interrogadores, un hombre permanecía sentado ante una mesa de madera, de cara a la pared. Un tenue resplandor blanco emanaba del iPad, que grababa el procedimiento, y un puntito de luz verde, igual de pequeño, brillaba en una grabadora digital.

Salvo por la respiración, el silencio del sótano era ensordecedor. Los tres interrogadores iban en mangas de camisa, arremangadas y

empapadas de sudor. El olor resultaba abrumador: un hedor a sudor, metal, humo rancio y vómito humano. Incluso el vómito, por acre que fuera, quedaba eclipsado por el inconfundible tufo del miedo y el dolor.

El hombre del centro habló por fin, con voz educada, suave, persuasiva.

—Escuche, príncipe Majid, usted nos lo va a contar. Quizá no ahora, pero acabará haciéndolo. Es usted un hombre valiente y dio su palabra a sus socios. Pero ni siquiera usted puede resistir mucho más. ¿Cree que sus socios se lo prohibirían si estuvieran aquí? Le ordenarían que nos lo dijera. Ellos saben de estas cosas. Nos lo dirían ellos mismos, para ahorrarle más incomodidad. Usted mismo lo sabe, príncipe, todos hablan al final. Nadie puede seguir y seguir y seguir. Así que ¿por qué no ahora, amigo mío? Después, de vuelta a la cama, al bendito sueño, y nadie volverá a molestarlo.

El hombre de la silla alzó hacia la luz un rostro maltratado, reluciente de sudor. Tenía los ojos cerrados, ya fuera por los grandes moretones amoratados o por la luz; daba igual. Dirigió la mirada hacia la mesa y la oscuridad que la precedía. Abrió la boca e intentó hablar. Un grumo de vómito le brotó de los labios y se deslizó por el pecho hasta el charco que tenía en el regazo. La cabeza se le desplomó hasta que la barbilla volvió a tocarle el pecho. Negó con la cabeza.

La voz tras la mesa volvió a hablar.

—Usted es un hombre duro, príncipe Majid. Todos lo reconocemos. Ni siquiera usted puede aguantar más. Pero nosotros sí podemos, príncipe Majid, nosotros sí. Si tenemos que mantenerlo vivo y consciente durante días, incluso semanas... Ya no existe el olvido misericordioso como en los viejos tiempos. El tercer grado se acabó para siempre. Hoy en día hay drogas... Así que ¿por qué no hablar? Lo entendemos, príncipe. Conocemos el dolor. Pero los pequeños cangrejos, ellos simplemente no entienden. Simplemente siguen y siguen... Electrodos, príncipe Majid. Su propio cuerpo desgarrándose, haciéndose pedazos, ¿comprende? Ahora díganos, príncipe Majid, ¿qué sucedió en la reunión en Santiago de

Compostela?

El árabe negó lentamente con la cabeza. Pequeños cangrejos de cobre le mordían los pezones. Dos cangrejos más grandes, con dientes aserrados, le aprisionaban los testículos y el pene en su mordaza implacable. El hombre más cercano a la ranura de la mesa desplazó la palanca del dos al cuatro.

Los pequeños cangrejos metálicos prendidos al cuerpo del hombre parecieron cobrar vida con un leve zumbido. El cuerpo en la silla se arqueó como impulsado por un puñetazo. Las piernas y las muñecas se le hincharon contra las correas hasta tal punto que parecía que, aun con el acolchado, el cuero iba a cercenarle la carne y el hueso. Los ojos, que la carne hinchada a su alrededor incapacitaba para ver con claridad, se le salieron de las órbitas, desorbitados, clavados en el techo. Tenía la boca abierta en un gesto de sorpresa. Pasó medio segundo antes de que los gritos demoníacos brotaran de sus pulmones. Y cuando llegaron, no cesaron...

El príncipe Hassan Ali Majid se quebró a las 17:05 y el operador activó la grabación del iPad y la grabadora digital.

Cuando empezó a hablar —o más bien a divagar incoherentemente entre gemidos y gritos ahogados—, la voz serena de su interrogador atajó sus desvaríos y lo obligó a centrarse en la medida de lo posible.

—¿Quién es el Asesino, Majid?... ¿Cómo era ella?... ¿Qué quiere decir con que a veces era «él»?... ¿En qué hotel fue?... ¿Quiénes eran los hombres que lo acompañaban?... ¿A quién representaban ellos?... ¿A quién representaba *usted*?... ¿Qué banco?... ¿Cuánto dinero?... ¿Quién era el objetivo?... ¿Cuánto exigió ella?...

Majid guardó silencio por fin al cabo de cuarenta y cinco minutos. El iPad y la grabadora digital siguieron registrando sus últimos desvaríos hasta que estos cesaron. La voz tras la mesa prosiguió con más suavidad durante unos minutos, hasta que quedó claro que no habría más respuestas. Entonces el hombre del centro dio una orden a los otros y la sesión concluyó.

~ ~ ~

El agente de Hezbolá viajó en un vuelo chárter desde un pequeño aeródromo en el este del Líbano hasta el Mehrabad de Teherán, el antiguo aeropuerto prerrevolucionario que el Aeropuerto Internacional Imán Jomeini había sustituido en gran parte. Nada más aterrizar, lo recibió un agente del *Vezarat-e Ettela'at va Amniyat-e Keshvar*, el Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional de la República Islámica de Irán. El iraní recogió el iPad y la grabadora digital de manos del libanés, asintió con gesto perentorio, le entregó un pequeño maletín y ambos se separaron. Tras repostar, la aeronave chárter despegó y puso rumbo al oeste, de regreso a su punto de origen.

~ ~ ~

El sol radiante que había calentado Teherán se ocultó mientras el día se diluía en una miasma de smog y calina. Innumerables automóviles escupían humo, tocaban el claxon y atestaban las amplias avenidas y túneles; sus conductores pugnaban por llegar a casa cinco minutos antes que el vecino.

En una pequeña oficina de la tercera planta del edificio de VEVAK, cuatro hombres se apiñaban en torno a un equipo de sonido de alta tecnología. Uno de ellos manejaba los controles, aislando y reproduciendo sin cesar fragmentos de diez segundos. El hombre llevaba unos auriculares con cancelación de ruido. Fumaba un cigarrillo tras otro. El humo azulado y el espacio reducido le hacían llorar los ojos, pero parecía ajeno a la incomodidad. De vez en cuando hacía una seña al operador para que esperase. Luego dictaba el último fragmento de la grabación.

Otro hombre, sentado ante un ordenador, tecleaba el dictado. Cada pregunta iba precedida de la letra P; cada respuesta, de la letra R. Las respuestas eran inconexas y requerían numerosos puntos suspensivos allí donde el sentido de lo dicho se perdía por completo.

A medianoche habían terminado.

A primera hora de la mañana siguiente, se entregaron diez copias a la junta directiva del Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional de la República Islámica de Irán.

~ ~ ~

En Beirut, cuatro días después, un breve artículo sin importancia en el periódico de la mañana informaba de que se había encontrado el cadáver de un hombre, identificado posteriormente como el príncipe Hassan Ali Majid, de Riad, Arabia Saudí, en un wadi justo al este de la frontera libanesa-siria. Al parecer, una banda desconocida de asaltantes lo había robado, asesinado y mutilado. No se pudo determinar si eran leales al régimen o rebeldes.

~ ~ ~

Sin que lo supiera el hombre que había mecanografiado la transcripción en el edificio del VEVAK, su ordenador había sido vinculado en secreto a otro ordenador del mismo edificio unos meses antes, de modo que todo lo que tecleaba aparecía casi simultáneamente en ese segundo ordenador. El operador habitual de ese ordenador, nada afín al régimen actual, transmitió lo que encontró aquella mañana a un ministro de la oposición, quien a su vez lo reenvió por correo electrónico a un hombre en Ankara, Turquía.

SEPTIEMBRE DE 1968

—¿Cada cuánto vienen?

—Cada diez minutos, cariño. ¡Oh, Dios! ¡Ahí viene una! —dijo la mujer, intentando mantener la calma. Los dolores aún no eran insoportables, pero se notaban, y el intervalo entre ellos se acortaba. Ocho minutos desde la última contracción.

Su marido consultó el reloj. Las once y media.

Cuando ella lo había llamado a primera hora de la noche para decirle que parecían haber empezado los dolores de parto, él se había preocupado. Su primer hijo... o hijos, en realidad. El doctor Edelstein les había dicho a mediados del embarazo que todo indicaba que serían gemelos. Durante el tercer trimestre, el doctor les había asegurado que el parto sería normal y que los bebés *in utero* estaban bien.

—Pero es... son... el primero —había dicho el marido, que rondaba los veinticinco años y acababa de terminar la carrera de Derecho.

—Así empiezan casi todas las parejas —había bromeado el doctor Edelstein—. Además —añadió, señalando a la mujer, que era bastante más alta que él con su metro sesenta—, usted solo tiene que tumbarse en una camilla. Yo soy quien tendrá que subirme a un taburete para atenderla.

El futuro padre había sugerido cenar en el Hotel Carlton; no había motivo de preocupación, por supuesto, pero por si acaso... estarían a pocos minutos del Hospital de Maternidad Queen Victoria.

—¿Pero Hillbrow?

—Se anima un poco los fines de semana —respondió él—, pero los lunes por la noche está más tranquilo que un cementerio.

Tras una cena deliciosa, la esposa notó que los dolores se volvían más agudos y frecuentes.

—Muy bien, ángel —dijo su marido—. ¿Y si nos acercamos al hospital antes de tiempo? No es que esté nervioso, ya sabes, es solo

que... y estamos a pocos minutos del Queen Vic.

El marido caminó y su esposa avanzó contoneándose hacia la salida del hotel más elegante de Johannesburgo, donde les esperaba la fila de taxis.

Resultó que habían elegido el peor momento para aventurarse más allá del vestíbulo. Nada más pisar la calle, el marido oyó un estruendo de cristales rotos y vio a tres hombres negros huyendo de un escaparate cercano. En cuestión de segundos, un vehículo policial Saracen dobló la esquina con las sirenas aullando, seguido de otro coche patrulla. Por puro instinto, el joven futuro padre empujó a su esposa hacia el vestíbulo del hotel, pero ya era tarde. Ambos quedaron atrapados en el fuego cruzado entre la policía y los ladrones. A ella le alcanzó una bala en la garganta mientras él intentaba desesperadamente protegerla. El siguiente disparo le atravesó el pecho. Mientras las flores rojas brotaban de sus cuerpos, ni siquiera supieron que estaban muriendo.

~ ~ ~

Los paramédicos llegaron al vestíbulo del Carlton dos minutos después de los disparos. Dos de ellos rodearon a la mujer de inmediato.

—¡Tómale el pulso, Mick! —ordenó el jefe de los paramédicos.

—Débil e irregular. Le queda un minuto, quizás dos.

—Trae los fórceps y un bisturí. Ya. Vamos a hacerle una cesárea aquí mismo, en el vestíbulo.

—¿Estás seguro? Hay sangre y vísceras por todas partes.

—Trae el bisturí —gritó—. Yo corto, tú sacas.

Por una combinación de suerte y esfuerzo brutal y sangriento, lograron extraer a los gemelos con vida y los trasladaron de inmediato al Hospital Queen Victoria. Ninguno de los padres sobrevivió.

~ ~ ~

—¡Teléfono! ¡Teléfono! —chilló Peter. Era la 1:15 de la madrugada del martes 3 de septiembre de 1968. Peter era toda una institución.

El marido de la matrona Reece lo había encontrado a buen precio en uno de los mercadillos al aire libre que montaban los nativos en Louis Botha Road, en 1940. Sin pensarlo dos veces, había comprado el loro como regalo sorpresa para el cuadragésimo octavo cumpleaños de su esposa.

Los Reece, que no habían tenido hijos propios, en realidad siempre habían tenido *varios* niños viviendo con ellos desde aquella noche de 1936, cuando alguien dejó un bebé abandonado en una cesta a su puerta. Dorothy Reece lo había cuidado en su casa de Mayfair. Corrió la voz y la menuda mujer vio cómo su residencia se convertía en un lugar de acogida donde daba cobijo a bebés abandonados por fallecimiento de los padres, alcoholismo, drogadicción o divorcio, hasta que les encontraba un hogar permanente. Peter el Loro era un elemento fijo del Santuario de Bebés Cotlands desde que llegó a casa de los Reece.

En 1963, Cotlands se había convertido en motivo de orgullo nacional. El mismísimo ministro de Justicia sudafricano, B. J. Vorster, inauguró el nuevo edificio Cotlands en el 134 de Stanton Street, Turffontein, con capacidad para albergar a 50 bebés, 12 madres embarazadas y un personal compuesto por cuatro hermanas, 12 enfermeras y 13 auxiliares. Las instalaciones ampliadas contaban con siete salas para bebés, cada una pintada de un color diferente, cocinas y dos jardines apartados, uno para las madres y otro para las enfermeras.

El año anterior, la matrona Reece había fallecido a los 75 años, y Peter el Loro, el «vigilante nocturno» y compañero de juegos de los miles de bebés que habían pasado por Cotlands, era el único superviviente de aquellos primeros tiempos.

Pero por muy querido que fuera, cuando Peter chilló «¡Teléfono! ¡Teléfono!» a la 1:15 de la madrugada del martes 3 de septiembre de 1968, el asistente nocturno, Marius Coetzee, refunfuñó «¡Maldito incordio!» mientras, medio dormido, levantaba el auricular.

—Cotlands, Coetzee al habla.

—*Meneer* Coetzee, soy Monica Broede, del Hospital Queen Victoria.

Coetzee se espabiló de golpe. El Queen Victoria, uno de los

hospitales más antiguos y grandes de la ciudad, estaba situado entre las calles Kotze y Hancock, en el extremo occidental de Hillbrow. Oficialmente designada como zona «solo para blancos», se había vuelto «gris» tras la Masacre de Sharpeville. El Fort, tan despreciado como temido —la prisión de hombres nativos—, la prisión de mujeres, el depósito de cadáveres de la ciudad y una ristra de locales nocturnos de moda lindaban con el hospital.

—Adelante, *Mevrou.*

—Ha habido un ataque a las puertas del Carlton... Bantúes y policía... Los dos padres han muerto. Han conseguido salvar a los bebés... mellizos, un niño y una niña.

—¡Maldita sea! —juró Coetzee—. Lo siento, *Mevrou,* no es culpa suya, por supuesto.

—Malditos *kaff-,* perdón, asaltantes, tres de ellos, los abatió la policía. Un desastre, me temo.

—¿Los bebés?

—Unos pequeñines preciosos. Blancos. ¿Tienen sitio en Cotlands?

—Cinco plazas libres.

—Por lo que he podido averiguar, *Meneer,* los padres eran judíos. Sin familiares directos. Una pena, de verdad. ¿Podría venir a recogerlos ahora?

—¿A la una y veinte de la madrugada?

—Pensé que sería mejor para su privacidad, antes de que salga en los periódicos y todo eso… y podría ser un duro golpe para el Queen Victoria… prefieren mantener esto lo más discreto posible, ya sabe.

—Entiendo, *Mevrou*. Tendré un coche allí en menos de una hora.

~ ~ ~

Los bebés eran realmente preciosos. Llevaban menos de dos meses en Cotlands cuando la niña fue adoptada por una familia *afrikáner* encabezada por Pieter Terre'Blanche, propietario de una granja en el Estado Libre de Orange, entre Bloemfontein y la frontera con Botsuana. El hermano de Pieter, Eugène, era dueño de una finca cerca de un pequeño pueblo minero de asbesto llamado Pomfret, justo al sur de la frontera. Pieter y su esposa enseguida le pusieron

a su nueva hija el nombre de Morgan.

El niño fue adoptado por una familia judía de apellido Caen, que vivía en el barrio de Kensington de Johannesburgo. La familia, junto con su hijo, al que habían llamado Ezra, emigró a Israel en mayo de 1976, apenas un mes antes de que los disturbios de Soweto cambiaran Sudafrica para siempre.

EL PRESENTE –

UNOS MESES ANTES

Capítulo 1

Quien hubiera visto a los cinco hombres sentados en el restaurante techado junto al muelle, frente a sus habitaciones en la Villa Dea de Ohrid, Macedonia, con la mirada puesta en Albania al otro lado del lago, jamás habría imaginado que su fortuna conjunta superaba los treinta mil millones de dólares. Habían elegido aquel lugar a propósito y vestían vaqueros o pantalones caqui de algodón, camisas informales y sandalias gastadas para pasar desapercibidos, aunque tales precauciones ni siquiera eran necesarias: casi nadie en el mundo tenía la más remota idea de cómo eran.

—Caballeros —dijo el presidente en funciones—. El mundo es un desastre abocado a la destrucción. Nuestro proyecto es lo único que puede salvarlo. Con el nuevo «acuerdo» entre la última encarnación del imperio persa y las grandes potencias, a Irán le faltan días para convertirse en potencia nuclear, si es que no lo es ya. Han dejado muy claro que están tan desesperados que serían capaces de minar el estrecho de Ormuz, lo que cortaría una sexta parte del suministro mundial de petróleo y podría desencadenar un holocausto nuclear. Nuestros amigos israelíes no van a quedarse de brazos cruzados mientras se repite el primero.

—Perdóname, Howard —intervino un hombre más joven, de unos sesenta y tantos años—, pero lo que propones sigue sin tener sentido para mí. Todos tenemos importantes intereses de inversión en la región. Ninguno quiere un holocausto nuclear. Pero aquí hay demasiada especulación y poca reflexión. Nos estás diciendo que quieres eliminar al objetivo porque su país participa en la carrera armamentística nuclear. Pero los «participantes en la carrera armamentística», entre los que incluyo al chico de Corea del Norte, no han detonado una bomba en una guerra desde 1945. Irán es un actor estatal. Lo más probable es que, si adquiere un arma, se cree un tratado de no agresión *de facto*, tal como ocurrió con el equilibrio del terror en la guerra fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Si el objetivo fuera un terrorista no estatal, tu propuesta podría

parecer más plausible, pero la historia de Osama bin Laden ya está escrita.

—Ah, pero has dado en el clavo, amigo mío —respondió el presidente con calma—. No nos engañemos: nuestros propios intereses en la región son, digamos, más sacrosantos que el veneno que escupen los practicantes más militantes de la religión que más rápido crece en el mundo. No me molestaré en preguntar cuánto valen tus inversiones petroleras, pero si se parecen a las mías…

—Puede que John tenga razón —intervino el hombre alto y pelirrojo de cincuenta años—. Eliminar a Jamenei, que parece conservador cuando no está vomitando retórica antiestadounidense y antiisraelí, y que no resulta manifiestamente antipático, por no hablar de que me lleva veinte años, podría ser un factor *des*estabilizador capaz de abrir la caja de Pandora.

—Cierto —dijo el más joven del grupo—, pero de momento Irán *es* el factor desestabilizador en la zona. No es que me tome en serio sus amenazas de «lanzar bombas nucleares» contra Israel, pero son ellos quienes canalizan armas y productos químicos a Hezbolá. Por no hablar de que los bolsillos del ayatolá son más profundos incluso que los nuestros.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el pelirrojo.

—Jamenei controla un imperio empresarial valorado en unos 95.000 millones de dólares. *Setad*, cuyo nombre real es *Setad Ejraiye Farmane Hazrate Emam*, Cuartel General para Ejecutar la Orden del Imán, una de las claves de su poder, posee participaciones en casi todos los sectores de la industria iraní: finanzas, petróleo, telecomunicaciones, fabricación de anticonceptivos e incluso cría de avestruces. Su nombre hace referencia a un edicto firmado por el ayatolá Ruhollah Jomeini poco antes de su muerte en 1989. Estaba destinado a administrar y vender propiedades abandonadas en los caóticos años posteriores a la Revolución Islámica de 1979. Según uno de sus cofundadores, Setad se creó para ayudar a los pobres y a los veteranos de guerra, y solo debía existir durante dos años. Las cosas no salieron así. Hoy, el patrimonio de *Setad* asciende a unos 52.000 millones de dólares en bienes inmuebles y 43.000 millones

en participaciones corporativas, un 40 % más que el total de las exportaciones de petróleo de Irán.

Uno de los participantes silbó.

—Más de dos veces y media *nuestro* patrimonio conjunto.

—No quiero cambiar de tema, pero ¿por qué no eliminar a Nasralá y acabar de una vez? —preguntó el segundo del grupo—. Es el tipo que mató a Hariri, respalda a Assad y ha sido el mayor quebradero de cabeza de Israel.

—Si nos deshacemos de Nasralá, lo más probable es que consigamos otro Mugniyah en lugar de otro Fadlalá, así que volveríamos al punto de partida. Assad ya está contra las cuerdas, así que no tenemos que preocuparnos por él. Córtale la cabeza a la serpiente y el cuerpo muere. Sin el respaldo del régimen iraní actual, Hezbolá se marchita y muere. Y cuando eso suceda, entramos nosotros con un liderazgo normal, responsable, más… dócil.

—¿Diplomacia de cañoneras en el siglo veintiuno? —reflexionó el quinto hombre.

—Seguro de estabilidad —respondió el presidente.

Tras seguir debatiendo, el presidente pidió una votación.

—¿Todos a favor?

Cinco dedos índices se alzaron tímidamente.

—Hecho. ¿Todos han revisado los expedientes?

Asentimientos generales.

—¿Quién quiere empezar?

Se miraron brevemente. El miembro más joven y más reciente del «club» dijo:

—No creo que haya competencia real. La sudafricana está años luz por delante del resto. No saldrá barata, por supuesto.

—¿Cómo de barata es *barata*? —preguntó el siguiente en edad, de unos cuarenta y tantos.

—Por encima de diez millones, por debajo de quince.

—Y si tiene éxito, ¿cuánto vale para cada uno de nosotros?

—Diez veces eso.

—¿Todos a favor? —volvió a preguntar el presidente.

Cinco dedos índices volvieron a alzarse.

—Por supuesto, nadie puede vernos como parte de esto. Al fin y al cabo, nuestra privacidad…

—Las personas en las que confiemos no solo tendrán que estar por encima de toda sospecha, sino que nadie podrá asociarlas con nosotros. Confío en que cada uno de ustedes tenga ya a alguien así en mente.

~ ~ ~

La reunión se había fijado para las 14:00 del día 27 en la sala de conferencias de la suite 116 del *hotel Parador* de Santiago de Compostela. La candidata llegó a las 9:00 del día 25, treinta y seis horas antes de la llegada prevista de los cinco hombres que iban a entrevistarla.

Había sido contactada mediante un buzón anónimo numerado en la oficina de correos de Mokhotlong, en Lesoto. El mensaje se reenviaba automáticamente a una dirección en una comunidad agrícola de menos de cien almas, en algún punto entre Bloemfontein y la frontera con Botsuana. Pasó su primera tarde en la capital de Galicia, España, inspeccionando con minuciosidad, midiendo y observando cada metro cuadrado del *Parador.* Siguió subrepticiamente a una camarera mientras esta hacía su ronda de habitación en habitación. La camarera terminó su turno a las dos de la tarde y tomó el autobús hacia un barrio obrero a quince minutos del hotel. La candidata subió al autobús a la vez que la empleada y se apeó justo después que la mujer de mediana edad.

La camarera se detuvo en una carnicería cercana a comprar huesos para el caldo de la cena. Mientras charlaba animadamente con el dueño, la candidata se le acercó rozándola y extrajo lo que necesitaba. Cuando la mujer se dio la vuelta, el llavero con la llave maestra ya había desaparecido. La camarera no se dio cuenta de que le faltaba la llave hasta media hora después. Para entonces, la candidata ya había hecho un duplicado y había vuelto al *Parador*.

Mientras recorría las habitaciones, la candidata observó que cada una tenía o bien una cama de matrimonio o bien dos camas individuales con dosel. Los edificios lucían techos abovedados, arcos

de piedra y tapices, y se disponían en torno a un gran patio. Los dos restaurantes del hotel mantenían el estilo clásico español.

En la habitación 118, contigua a la sala de conferencias donde debía reunirse con sus posibles empleadores, encontró lo que buscaba: un antiguo llavero de latón con el nombre *Parador* grabado. Desprendió la llave de su soporte y la sustituyó por el duplicado de la llave maestra.

A la mañana siguiente, un hombre bajo, vestido con elegancia, de tez morena y unos cincuenta y tantos años, con barba de un día, bigote y perilla recortados con esmero, y cabello negro azabache de largo medio, entró en el vestíbulo del *Parador*. El recepcionista de turno pensó que el hombre le resultaba vagamente familiar, seguramente de Oriente Medio —había tantos últimamente—; quizá turco, quizá iraní. Por lo que él sabía, el tipo podría ser un terrorista afgano. Daba igual: su dinero valía lo mismo que el de cualquier otro.

El hombre habló con voz serena, bien modulada, algo aguda. Su español era el castellano impecable y sin acento de un caballero culto y de esmerada educación.

—Buenos días, señor —comenzó con cortesía—. Paseaba cerca de la catedral esta mañana y encontré esto —dijo, sacando del bolsillo lateral el llavero con el número 118—. Quizá lo haya extraviado alguno de sus huéspedes.

—Ah, parece ser uno de los nuestros, en efecto. Se lo agradezco mucho, señor.

Fingiendo observar el vestíbulo como si reparara en su calidad por primera vez, el recién llegado continuó:

—¿Tendría por casualidad una habitación libre para las próximas dos noches?

El empleado consultó el registro.

—Está de suerte, señor —respondió tras unos instantes—. Tenemos una preciosa habitación doble, la ciento dieciocho. De hecho, diríase que la prepararon pensando en usted, pues lo que encontró en la calle es la llave de esa misma habitación.

El hombre más bajo sonrió, dejando ver una dentadura blanca y

uniforme.

—Supongo que necesitará un pasaporte para las autoridades, ¿no es así?

—Por favor, señor, si no le importa.

El hombre le entregó al empleado un pasaporte libanés a nombre de Karim Mahhadi. El empleado echó un vistazo a la fotografía, luego al cliente, y asintió.

—¿Trae equipaje, señor?

—Solo un pequeño maletín. Siempre he pensado que lo mejor es viajar ligero.

Le entregó al huésped la misma llave que el hombre había traído momentos antes.

—¿Necesita algo más?

—No, señor —dijo el hombre—. Ha sido usted muy amable.

~ ~ ~

Tras asegurarse de que las camareras habían limpiado, quitado el polvo y dejado artículos de aseo y toallas limpias tanto en la suite que le habían asignado como en la sala de conferencias contigua, el hombre pequeño usó la llave maestra duplicada de la que se había apropiado el día anterior para acceder a la sala de conferencias. Unas puertas dobles comunicaban ambas estancias. Las cerraduras estaban tan bien engrasadas que apenas emitieron un chasquido al abrirse.

La sala de conferencias, que duplicaba con creces el tamaño de su dormitorio, era la estancia más próxima al final del pasillo. Contenía una gran mesa rectangular de roble de un metro veinte de ancho por dos metros cuarenta de largo. Ocho sillas ejecutivas de cuero granate y respaldo alto rodeaban la mesa: una en cada cabecera y tres a cada lado. Al fondo, junto a una de las paredes, había un bar bien surtido. Unas pesadas cortinas que iban del suelo al techo y hacían juego con las sillas cubrían las ventanas.

El hombre colocó con cuidado un diminuto «micrófono botón» bajo la mesa de roble. Luego inspeccionó las puertas dobles que comunicaban la sala de conferencias con su suite. Cada puerta se

cerraba desde el interior de su respectiva estancia. Con meticulosa atención al detalle, el hombre pequeño desactivó el mecanismo de cierre del lado de la 116 y luego inyectó grafito en la cerradura de cada puerta para hacerlas aún más silenciosas.

~ ~ ~

Los representantes que debían entrevistar a la candidata se reunieron a las 9:20 de la mañana en la sala de llegadas del aeropuerto de Lavacolla. Desde allí, una limusina de alquiler los trasladó con rapidez al *Parador*, donde llegaron a tiempo de disfrutar del bufé matinal.

Mehdi Karroubi, cuyo hermano ocupaba una posición equiparable a la de Mir Hossein Mousavi, el líder del Movimiento Verde de oposición de su país, había sido elegido por los multimillonarios como uno de los sustitutos «dóciles» del actual régimen iraní. Su hermano se encontraba en esos momentos bajo arresto domiciliario en Teherán.

Hsien Yun-Lo era el agregado personal de Hu Jintao, ex secretario general del Partido Comunista Chino, desde 2002.

Hassan Ali Majid, príncipe saudí de alto rango, aportaba un toque de misterio y dignidad a la asamblea.

Mustafa Karaca ocupaba el cargo de vicepresidente ejecutivo de Alarko Holding, la mayor empresa de Turquía; y el conde Marco Napolitano era un veterano ex diplomático italiano de alto rango, ahora al servicio de otros intereses.

Cada uno de ellos aportaba una notable sofisticación a la inminente reunión. Todos sabían que aquella empresa exigía cooperación, discreción y, sobre todo, la capacidad de llevarse el secreto de su misión a la tumba si fuera preciso.

—Dado que le dijimos a la candidata que la reunión comenzaría a las dos de la tarde, sugiero que nos reunamos una hora antes para aparentar calma cuando llegue —comenzó Napolitano—. Supongo que todos ustedes han visto una serie de fotografías digitales recientes de la mujer, ¿no es así?

—Así es —respondió el chino—. Pasaría desapercibida en cualquier

multitud. —Hubo consenso general en que sus mandantes no podrían haber elegido a alguien de aspecto más anodino.

~ ~ ~

La candidata aguardaba sentada con paciencia, deslizando lentamente las manos por los muslos de los pantalones de hombre que se había puesto para la reunión. Tal como aparecía en la mayoría de las fotografías difundidas por los medios, la candidata vestía una camisa blanca de cuello abierto. «Su» barba había crecido más espesa que el día anterior y la perilla se había convertido en una barba incipiente.

A la una menos cuarto, se puso en pie —medía un metro sesenta y cinco, en realidad dos centímetros y medio más que el hombre al que interpretaba—, estiró los brazos hacia arriba y comprobó que la banda que le ceñía el pecho estuviera lo bastante apretada para disimular cualquier rastro de curvas. Se preparó para recibir a sus interrogadores en cuanto llegaran a la sala de conferencias.

~ ~ ~

A la una en punto de la tarde, los cinco hombres entraron en la sala de conferencias, relajados y confiando en que aquello sería una negociación profesional y no una confrontación.

A la una y diez segundos exactos, Mehdi Karroubi, el iraní, palideció y sintió una oleada de bilis en el estómago. Se aferró al respaldo de la silla ejecutiva más cercana para sostenerse, pero no pudo disimular el temblor de las manos.

—¡Dios mío! —susurró con un hilo de voz—. No puede ser. ¡Es imposible!

Hsien Yun-Lo contuvo el aliento y tosió para disimular lo que había sentido en ese instante.

—No es posible —dijo en voz baja y temblorosa.

—Caballeros, bienvenidos a nuestra pequeña reunión. Lamento no ser la persona con quien esperaban encontrarse.

Mientras cada uno de ellos luchaba por recuperar la compostura, sus miradas quedaron clavadas en los burlones ojos castaño oscuro

de Mahmoud Ahmadinejad, que acababa de concluir su mandato como presidente de *Jomhuri-ye Eslāmi-ye Irān*, la República Islámica de Irán.

Capítulo 2

Karroubi, el primero en recuperarse, se dirigió al otro hombre en farsi, idioma que los demás casi con toda seguridad no entendían.

—¿Puedo atreverme a preguntar cómo se enteró de nuestra reunión tan rápido, señor presidente?

—Puede —respondió el hombre más bajo.

—Proceda, entonces.

—¿Me pide permiso? ¿Después de que usted, Mousavi y ese maldito «Movimiento Verde» me llamaran demagogo demente?

—Mahmoud, usted entiende la política tan bien como yo. El demagogo demente de hoy puede ser el aliado político de mañana. Si el ayatolá —la paz sea con él— cayera en desgracia, apuesto a que sería el primero en demostrar lo «moderado» que siempre pretendió ser. Es tan pragmático como yo.

El conde Napolitano pidió a Karroubi que resumiera la conversación de los dos hombres. El iraní así lo hizo.

—Una traducción excelente, caballeros —afirmó el expresidente iraní en un inglés perfecto, con un acento a medio camino entre el británico y el australiano.

El príncipe saudí enarcó las cejas.

—Nunca le había oído hablar inglés, señor presidente.

—Por supuesto que no —espetó el hombre bajo—. Desde luego, nunca en público y, como bien sabe mi esposa Azam, casi nunca en privado. Prefiero que los estúpidos estadounidenses y los británicos, algo más sofisticados, me tomen por un bufón y suelten insultos creyendo que jamás los entenderé. Pero basta, caballeros. Procedan con su reunión.

Todos repararon en que el expresidente iraní había dicho «su reunión».

El conde Napolitano dijo:

—Si sabe de qué trata la reunión, sabrá que no puede celebrarse sin el invitado esperado. Debe comprender que dicho invitado sería

lo bastante astuto para reparar en el pequeño detalle de su presencia y que probablemente no se encuentra a mil quinientos kilómetros de esta sala.

—¿O a metro y medio? —dijo el expresidente iraní.

—Obviamente no —dijo el chino—. Ahora está jugando con nosotros, señor presidente. Por lo que sabemos, puede que incluso se haya deshecho del invitado esperado.

El hombre bajo giró la silla hacia la credenza. Abrió una puerta corredera y sacó una botella y una bandeja con seis vasitos de chupito. Se volvió hacia el grupo con una sonrisa.

—¿Glenlivet 21? ¿Alguien se apunta?

La conmoción era palpable en todos los rostros.

—¿Perdón? —dijo Mustafa Karaca, el turco.

—Caballeros, no estamos en el mundo musulmán —dijo el hombre —. Todos somos personas de cierta sofisticación, ¿no es así?

Aunque todos los hombres aún tenían la frente perlada de sudor, el conde Napolitano fue el primero en percibir que algo no cuadraba.

—Discúlpeme, señor presidente —dijo—, pero si puedo preguntarlo sin jugármela, ¿quién es usted exactamente?

—¿No le responden sus propios ojos?

—Mis ojos me dicen una cosa, señor, pero sus modales transmiten un mensaje muy distinto.

Napolitano cogió un vasito de la mesa y lo lanzó hacia el regazo del otro hombre. De forma involuntaria, el presidente separó las piernas y el vaso cayó sin romperse sobre la gruesa alfombra.

El conde Napolitano sonrió.

—Así que ahora sabemos que no es usted un hombre en absoluto —dijo.

—¡Cómo se atreve! —exclamó el otro.

—Me atreví, en efecto —continuó Napolitano con suavidad—. Es un truco tan viejo que lo aprendí de mi madre.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el chino.

—Muy simple —respondió Napolitano—. Permítanme demostrarlo.

Cogió otro vaso y lo lanzó hacia el turco. Sin pensarlo, este juntó las manos a la altura de la entrepierna y a la vez cerró las piernas

con fuerza, casi rompiendo el vaso.

—¿Lo ven? —continuó Napolitano—. Cuando se lanza un objeto hacia el regazo de un hombre, este cierra instintivamente las piernas para atraparlo o, también por instinto, junta las manos cerca de sus partes para protegerlas. Una mujer, en cambio, acostumbrada a llevar vestidos y demás, separa las piernas para atrapar el objeto en los pliegues de la ropa.

—Así que —reflexionó Karroubi— puede que el invitado que esperábamos no esté tan lejos después de todo.

—Eso lo debe responder nuestro invitado —dijo el conde Napolitano.

—Caballeros —dijo el hombre bajo—, si me disculpan unos momentos, necesito ir al baño.

Cogió el pequeño maletín que había dejado junto a la silla.

—No creo que ninguno de ustedes vaya a mirar dentro, pero comprenderán que me sentiría más cómodo llevándome mis pertenencias.

Levantó el maletín y se dirigió al baño contiguo.

Menos de cinco minutos después, la puerta del baño se abrió y salió una mujer atractiva, aunque no deslumbrante, de unos treinta y tantos o cuarenta y pocos años.

—Confío en que estén más cómodos conmigo en esta configuración, conde Napolitano.

Se volvió hacia los demás y dijo:

—Caballeros, es hora de que empecemos a hablar.

~ ~ ~

—¿Su nombre?

—Para lo que les interesa, Agripina bastará, señor Karroubi. Confío en que mi nombre no apareciera en ninguno de los expedientes que leyeron, caballeros.

—¿La mayor o la menor? —preguntó Napolitano con una sonrisa cómplice, reconociendo la alusión a dos de las mujeres más poderosas de la Roma del siglo I d. C.

—La que usted prefiera, señor.

—Pero seguramente no le haría daño revelarnos... —intervino el príncipe.

—De hecho, caballeros, sí me lo haría. Piénsenlo un momento. Me dedico a un campo bastante especializado. Quienes pertenecemos a este club no solemos facilitar información sobre nosotros mismos.

—Pero ¿cómo verificamos su *bona fides*? —continuó el príncipe saudí—. ¿Cómo sabemos que ha hecho lo que afirma haber hecho?

—No lo saben, y yo no afirmo nada —dijo la mujer—. En cuanto a pruebas absolutas, no las hay. Si las hubiera, sería mala señal. Significaría que estoy fichada en algún lugar como indeseable. Como estoy segura de que habrán comprobado al investigar mi expediente y observarme directamente, no hay nada contra mí salvo rumores. Si los servicios de inteligencia de cualquier país, o incluso una red como Interpol, me ficharan, no podrían poner más que un signo de interrogación. Eso no justifica que me archiven en Interpol, ni siquiera que una agencia me señale a otra. De hecho, mi anonimato los protegerá a ustedes tanto como a mí. Como probablemente advirtieron antes de invitarme aquí, solo hay un inconveniente en contratar mis servicios.

El turco encendió una pequeña pipa de espuma de mar, tallada con arte, y contempló a la mujer un buen rato.

—¿Eso es...?

La mujer clavó la mirada en Karaca.

—No salgo barata.

—Eso no es un problema insuperable.

—Soy consciente de que sus mandantes tienen los bolsillos bien llenos.

La mujer se puso las manos en el regazo y esperó con paciencia a que alguno de sus interrogadores hablara.

El conde Napolitano miró a la mujer. Tenía el rostro inexpresivo. Con los años había aprendido el arte de no revelar nada, pero la mujer que tenía delante lo inquietaba. A lo largo de su vida había visto muchos ojos: sombríos, velados, asustados, arrogantes. Los ojos de la mujer que tenía enfrente estaban muy abiertos y le

devolvían la mirada con franca sinceridad, sin el menor rastro de máscara. Eran, concluyó Napolitano, unos ojos bastante hermosos, aunque el color no fuera más que un marrón corriente. Napolitano tardó unos segundos en darse cuenta de qué lo incomodaba. Los ojos de la mujer carecían de toda expresión. Fuera lo que fuese lo que ocurría tras ellos, no se traslucía absolutamente nada. Napolitano sintió un escalofrío de inquietud. No le gustaba lo impredecible, lo incontrolable. Se dio cuenta de que, a menos que tuviera siquiera una remota idea de lo que pensaba la mujer, se encontraba en clara desventaja.

—¿Así que no sabremos su nombre y eso es definitivo? —preguntó.

—Como he dicho, salvo por el nombre Agripina, eso es tan definitivo como el hecho de que mi precio es el que es. Se lo repito: es por su propio bien tanto como por el mío.

—Muy bien, madame Agripina —dijo Karroubi—. De acuerdo. ¿Nos permitiría presentarnos?

—Eso no será necesario, señor Karroubi. Del mismo modo que ustedes han leído los expedientes que sus mandantes tienen sobre mí, yo me he informado sobre cada uno de ustedes antes de esta reunión. Lo que sé de cada uno no debe preocuparles. Seamos francos, ambos tenemos ocupaciones «inusuales». Somos cazadores más que presas. La diferencia entre nosotros es que yo soy libre de moverme a cualquier lugar del mundo y nadie reparará en mí, o, si lo hacen, me olvidarán en cuestión de momentos. Por otro lado, cada uno de ustedes está vinculado a ciertos intereses: hombres ricos, poderosos, influyentes y, sobre todo, que no desean que se sepa de ellos. Si alguien tiene animadversión contra sus mandantes, ustedes, no ellos, están en la línea de fuego.

Napolitano empezó a levantar la mano, pero lo pensó mejor y volvió a apoyarla en el brazo de la silla.

—La diferencia entre nosotros, conde Napolitano —dijo ella, clavándole una mirada neutra—, es que usted actúa por lealtad o incluso por idealismo, mientras que yo lo hago por dinero. Pero en lo que respecta a los detalles prácticos, todos somos profesionales. Por lo tanto, no necesitamos perder tiempo con cortesías y posturas.

Tengan por seguro que soy muy consciente de cada indagación que han hecho sobre mí.

—Podrían haber buscado venganza contra mí o haber querido contratarme. Por su invitación deduje que era lo segundo, y entonces me interesé. Por muy rico que sea, un abogado siempre quiere un nuevo cliente importante; el neurocirujano ansía una operación que cimente aún más su reputación; y un empresario no sería empresario si no estuviera buscando constantemente nuevos clientes. ¿Quieren que elimine al ayatolá Jamenei?

Echó un vistazo alrededor de la mesa.

—Eso pensé.

Se hizo el silencio en torno a la mesa durante unos instantes. El príncipe Majid y Mehdi Karroubi se dirigieron uno tras otro al baño. Mustafa Karaca permaneció impasible, dando caladas a su pipa. Hsien Yun-Lo y Marco Napolitano salieron de la suite para caminar por el pasillo. La candidata fue la única que permaneció absolutamente inmóvil, como en estado de animación suspendida.

Cuando regresaron, Napolitano retomó la conversación.

—Oriente Medio es inestable...

—Conde Napolitano, Oriente Medio lleva siendo inestable los últimos dos mil años. Dígame algo que no sepa. No soy política ni moralista. Sus mandantes tienen sus propias razones para contratarme y, francamente, me trae sin cuidado cuáles sean.

—Estamos considerando contratar los servicios de una profesional para hacer el trabajo. Como tal profesional, debo preguntarle de entrada: ¿es posible?

En los ojos oscuros de la mujer hubo un destello de interés, pero nada más.

—Conde, no hay ningún ser humano en el mundo que sea inmune a la bala de un asesino. Por supuesto que es posible matarlo. El problema es que las probabilidades de escapar no serían muy altas. Un fanático preparado para morir en el intento es siempre el método más seguro de eliminar un objetivo. Como sin duda saben, fanáticos así abundan en el mundo musulmán. La mitad de los palestinos creen que los *guerreros de la yihad* ascenderán de inmediato a los

niveles más altos del cielo y tendrán orgasmos de cuatrocientos años con cuarenta hermosas vírgenes.

Soltó una risa seca.

—Obviamente, esos jóvenes heroicos nunca se pararon a pensar que una virgen inexperta es la peor amante posible.

—Estoy seguro de que podemos encontrar iraníes patriotas preparados incluso ahora... —empezó Karaca.

—Quizás, Mustafa Bey —dijo ella, usando el honorífico turco—. Pero un profesional no actúa por motivación emocional. Por lo tanto, un profesional así estará más sereno y será menos propenso a cometer errores elementales. Al no ser idealista, es improbable que un profesional tenga dudas de último momento sobre quién más podría resultar herido con el método que se emplee. Como profesional, un asesino ha calculado los riesgos hasta la última contingencia. Así que las probabilidades de éxito de un experto así son mayores que las de cualquier otro. Pero un profesional nunca iniciará su operación hasta haber formulado un plan que le permita no solo completar la misión, sino escapar ileso una vez concluido el trabajo.

Se hizo el silencio en torno a la mesa durante unos treinta segundos antes de que el príncipe Majid preguntara:

—¿Cree que podría asesinar al gran ayatolá y escapar?

La candidata separó ligeramente las cortinas de la ventana para comprobar si había alguien en el pasillo antes de volverse hacia los cinco hombres.

—En principio, sí. En teoría, siempre es posible con suficiente tiempo y planificación. Pero en este caso sería extremadamente difícil, sobre todo porque, en nuestro mundo moderno plagado de drones, este tipo de intentos se han vuelto habituales y las organizaciones antiterroristas son cada vez más vigilantes.

Y continuó:

—El gran ayatolá sobrevivió a un intento notoriamente chapucero hace más de treinta años, pero le costó el uso del brazo derecho. Ha habido otros intentos a lo largo de los años, ninguno de los cuales se hizo público. Aunque ejerce el poder supremo en la República

Islámica, en ese aspecto no es tan diferente de cualquier otro líder poderoso, hombre o mujer.

—Todas esas personas tienen guardaespaldas, pero con el paso de los años, y particularmente en la situación actual, con el gran ayatolá bien entrado en los setenta y sin que se espere que viva eternamente, los controles se vuelven rutinarios, las rutinas más o menos mecánicas. La bala que elimine al objetivo debe ser completamente inesperada y generar pánico instantáneo. Al amparo de este pánico, el asesino escapa. En el caso del líder supremo de Irán, sin embargo, a pesar de su edad, el nivel de vigilancia es constante. Si la bala alcanza al objetivo, muchos no entrarían en pánico, sino que irían a por el asesino. No se equivoquen, caballeros, podría hacerse, pero sería uno de los trabajos más difíciles del mundo. Y los fracasos pasados solo harían mi trabajo más difícil.

—En caso de que decidamos contratar a un profesional para el trabajo... —comenzó Karaca.

—No les queda otra opción que contratar a un profesional —replicó la mujer.

—Usted misma reconoce que hay muchos guerreros suicidas que estarían encantados de morir como mártires.

—Cierto —respondió la mujer—. Y podemos seguir dando vueltas a este tema durante horas sin llegar a ninguna parte. Ustedes, caballeros, no me han llamado aquí para charlar en términos generales sobre la historia del asesinato político, ni porque les falten candidatos para el trabajo. Me han llamado porque saben tan bien como yo que, si el trabajo ha de hacerse bien, tiene que hacerlo alguien de fuera. Las únicas preguntas que quedan son quién y por cuánto. Ahora, caballeros, ya han examinado la mercancía y les toca decidir. Confío en que tienen autorización de sus superiores para hacerlo, ¿verdad?

—La tenemos —respondió Napolitano—. ¿Asesinará al Gran Ayatolá Jamenei?

Los ojos de la mujer se posaron en él. Ojos completamente vacíos.

—Sí, pero les costará diez millones de dólares estadounidenses, más quinientos mil para gastos. Todos los gastos por adelantado. La

mitad de los honorarios de entrada, la otra mitad cuando el trabajo esté hecho.

—Es mucho —reflexionó el árabe.

—En efecto —respondió la mujer—. Quien acepte este trabajo, con toda probabilidad, no volverá a trabajar jamás. Las probabilidades de seguir libre y sin ser descubierto son muy escasas. Hay que ganar lo suficiente con este único trabajo para vivir bien el resto de la vida y para protegerse de quienes sin duda buscarán venganza.

—Hay, por supuesto, otros profesionales —dijo Karroubi.

—Obviamente —dijo la mujer—, y estoy segura de que podrían conseguir presupuestos más bajos —continuó sin inmutarse—. Por otra parte, podrían coger su cincuenta por ciento por adelantado y desaparecer, o inventar un millón de excusas sobre por qué no pudo hacerse. Cuando se contrata a los mejores, se paga por los mejores.

El silencio invadió la sala.

—Por favor, comprendan —dijo la mujer—, no necesito el trabajo. Después de mi último encargo, tengo más que suficiente para vivir bien durante varios años. Pero la idea de tener suficiente para retirarme definitivamente, por no hablar del desafío, resulta atractiva. Así que estoy dispuesta a asumir los riesgos necesarios por ese precio —se levantó a medias de la silla, con el bolso en la mano izquierda.

—Por favor, tome asiento, señora —dijo Napolitano—. Aceptamos su precio.

—Muy bien —dijo la sudafricana—. Pero también tengo ciertas condiciones.

—¿Cuáles?

—Si necesitan a alguien de fuera es porque el mundo de la seguridad es un colador. ¿Cuántas personas de su organización saben de su plan de contratar a alguien de fuera, y ya no digamos a mí?

—Nuestros superiores y nosotros. Que sepamos, nadie más —dijo Napolitano.

—Me inquieta la sinceridad con que usan el término «*que sepamos*». Por favor, comprendan: hay que destruir todos los

registros de las reuniones, archivos y expedientes. No debe quedar nada accesible para nadie salvo ustedes y sus superiores.

—¿Y si capturan a alguno de nosotros? —preguntó Hsien Yun-Lo—. Aunque todos tomamos todas las precauciones para proteger nuestra seguridad, como usted misma señaló, nadie es inmune. Si nos torturan lo suficiente...

—¿Por qué habría de suceder tal cosa? —dijo el príncipe Majid—. Dudo que ninguno de nosotros se ponga en peligro deliberadamente.

—Pero sucede —dijo la asesina con calma—. Aunque me reservo el derecho de cancelar este encargo a mi entera discreción y quedarme con el anticipo si capturan a alguno de ustedes, o si me entero de que se ha filtrado información que, en mi opinión, dificultaría este trabajo, me reservo también todos mis derechos para hacer lo que más me convenga, y la decisión final será mía. *D'accord?*

—De acuerdo —dijo Karaca, golpeando el cenicero más cercano para vaciar el tabaco quemado de la pipa antes de rellenarla—. ¿Qué más?

—Desapareceré. La planificación y la operación serán cosa mía exclusivamente. Tengo plena autoridad y plena autonomía para llevar a cabo este encargo como y cuando yo decida, sin interferencia alguna, absolutamente ninguna, de nadie. No revelaré los detalles a nadie, ni a ustedes ni a sus superiores. Puede que no vuelvan a saber de mí. Puede que encuentre la manera de avisarles de cuándo estoy lista para actuar, pero eso también quedará enteramente a mi discreción.

—*Siamo d'accordo* —dijo Napolitano—. ¿Algo más?

—Sí. Aunque ustedes tendrán una forma indirecta de contactarme, puede llegar un momento de emergencia extrema en que necesite un medio para contactar con uno o con todos ustedes.

—Hecho —respondió Karaca. Le entregó un pequeño trozo de papel —. Aquí tiene una dirección de correo electrónico cifrada. Es bastante sencilla; confío en que pueda memorizarla. Sencilla, sí, pero sin su contraseña personal nunca podrá acceder. ¿Tiene alguna contraseña de su preferencia?

—Sí. Contaba con un sistema de seguridad así. Mi contraseña será RED ANGEL, todo en mayúsculas con un espacio entre las dos palabras. Tengan por seguro que solo la usaré en circunstancias excepcionales.

—Muy bien. Programaremos ese código para que nos contacte a todos, pero *solo* a nosotros.

—Bien. Sus superiores saben cómo contactarme indirectamente, igual que hace tres semanas. Aquí tienen el nombre y el número de cuenta de mi banco en las Islas Cook —dijo, entregándole una discreta tarjeta de visita escrita a mano—. Cuando me confirmen que se han depositado cinco millones quinientos mil dólares, o cuando esté completamente lista, lo que ocurra más tarde, actuaré. No me meteré prisa, ni toleraré interferencias de ningún tipo.

—Señora —dijo Karaca—, tenga en cuenta que nuestros superiores disponen de recursos que podrían serle de gran ayuda...

La mujer lo sopesó un momento. —Lo pensaré con cuidado. Sin duda saben cómo me contactaron sus superiores. Ahora me han dado los medios para contactar con ustedes si es necesario. A mi discreción, puede que envíe a uno de ustedes una dirección más directa. Si decido enviarles esa dirección, además de lo que hemos acordado, me enviarán a esa dirección un único número de teléfono al que pueda llamar desde cualquier parte del mundo y a cualquier hora. No revelaré mi paradero a nadie, pero puede que llame a ese número para obtener la información más reciente sobre la seguridad del Gran Ayatolá. Quien esté al teléfono cuando llame no debe saber desde dónde llamo ni qué estoy haciendo. Simplemente le dirán a esa persona que trabajo para ustedes y que necesito la información que solicito.

—¿No hay otras formas? ¿Más sencillas? —preguntó Karroubi.

—Más sencillas, sí. Más rápidas, sí. Pero mi seguridad podría quedar comprometida. Prefiero recibir las comunicaciones a la antigua usanza, gracias.

—¿Qué hay de los documentos de identidad? —preguntó Hsien Yun-Lo.

—Me los conseguiré yo misma.

—¿Y si algo sale mal? —insistió el chino.

—Ya lo hemos hablado. Nada saldrá mal a menos que el fallo venga de ustedes. Actuaré sin ponerme en contacto con sus superiores ni darme a conocer ante ellos.

El príncipe árabe observó a la candidata con astucia. —Perdone si parezco grosero, Madame, pero ¿qué le impide coger los primeros cinco millones y desaparecer?

—Ya se lo dije, príncipe Majid, deseo retirarme. Soy muy consciente de que sus superiores disponen de fondos ilimitados. No necesito que un ejército de especialistas, ni siquiera un solo francotirador de mi categoría, me persiga. Tendría que gastar más en protegerme que el dinero que hubiera ganado. Pronto se habría esfumado y, con toda probabilidad, yo también.

—Y ¿qué nos impide —preguntó el príncipe— esperar a que el trabajo esté hecho y luego negarnos a pagarle el resto?

—Si eso ocurriera, me vería obligada a hacer lo necesario para asegurar la honradez de mis empleadores. Confío en que me haya expresado con claridad. Sin embargo, no creo que eso vaya a ocurrir, ¿verdad?

El conde Napolitano se levantó. —Caballeros, si eso es todo, no creo que debamos entretener más a nuestra invitada. Sin embargo, hay un último punto. Entiendo perfectamente que desee permanecer en el anonimato, pero debería tener un nombre en clave, ¿no les parece?

—Agripina servirá —dijo la mujer—. Pero si más adelante decido que necesito otro nombre, se lo comunicaré del mismo modo que les pida el número de teléfono.

Napolitano acompañó a la mujer hasta la puerta y la abrió. Sonrió y le tendió la mano a la Asesina. —Nos pondremos en contacto según lo acordado. Mientras tanto, puede empezar a planificar —en términos generales, por supuesto— para no perder demasiado tiempo. *Ciao Signora*, y buena caza.

—Eso —comentó la mujer— depende de su buena fe. Caballeros —concluyó—, ¿puedo sugerirles que retiren el micrófono oculto que coloqué debajo de la mesa anoche?

Y se marchó.

Capítulo 3

Miró el reloj de la mesilla: la 1:30 de la madrugada. Se levantó, fue al baño a orinar y después atravesó la sala de estar hacia la cocina. Se sabía el recorrido de memoria, así que la oscuridad no le molestaba.

Abrió el frigorífico, sacó un vaso del armario contiguo y lo llenó con agua Pellegrino. Cerró la puerta y volvió arrastrando los pies hasta la sala de estar, donde se dejó caer en el sillón reclinable, el único lujo de aquella habitación austera.

Encendió la lámpara de mesa y cogió el álbum de recortes que Galit le había preparado diez años atrás como regalo de cumpleaños, cuando cumplió treinta y cinco. Ezra Caen no era hombre de presumir de sus logros. Era muy reservado. Pero en los últimos meses se sorprendía a menudo hojeando aquel libro de recuerdos para convencerse de que hubo un tiempo en que su vida quizá tuvo algún valor para los demás.

En la primera página había una foto de Galit, Meir y él en la playa de Ashqelon, en tiempos más felices. Al pasar la página, se topó con una noticia de portada publicada en el Jerusalem Post catorce años atrás. El papel, ya amarillento, mostraba a un Ezra mucho más joven con un niño pequeño en brazos.

~ ~ ~

Había recibido el aviso por radio cinco minutos antes. Un turismo viejo, matrículas embarradas, tres varones sin identificar de entre dieciocho y veinte años. Sospechoso. El coche se aproximaba a la zona frente a la terminal de autobuses de *Egged*, donde un autobús escolar aguardaba en primera fila.

Escolares, mitad israelíes, mitad palestinos, que iban de excursión al Parque Internacional de la Paz. Un intento de demostrar que ambos bandos podían convivir en paz. El objetivo perfecto para un terrorista suicida.

Un coche se detuvo en un descampado a ciento cincuenta metros por delante de él. Ezra paró su vehículo camuflado.

Miró hacia el autobús y vio a una docena de niños de ocho o nueve años. Bien vestidos, con mochilas... imposible distinguir quién era judío y quién musulmán. Así debía ser. Mientras se apiñaban en el vehículo amarillo chillón, ignoraban a cualquier otra persona de la zona salvo a los cuatro monitores.

Cuando Ezra volvió la vista hacia el aparcamiento, vio a uno de los jóvenes desaliñados meter la mano en la parte trasera del coche y sacar lo que parecía una chaqueta y una gorra con visera de conductor de Egged. Se puso la chaqueta sobre la camiseta y se la abrochó. Después se caló la gorra ladeada, con aire desenfadado. Un hombre en el asiento del copiloto le pasó una fiambrera. Para Ezra, que ya había visto cosas así, la escena olía mal.

Los monitores guiaron a los niños hacia los asientos traseros del gran autobús. Los gritos alegres y el alboroto infantil inundaron la calle. Momentos después, el hombre que había estado en el coche, ya vestido de conductor, cruzó la calle en diagonal hacia el autobús, fiambrera en mano.

—Sujeto acercándose al vehículo. No me parece un conductor de verdad —informó Ezra por radio a un destinatario desconocido.

—No te alejes. He avisado a los de Egged para que estén alerta y dejen la puerta trasera abierta hasta que salgan. Y Ezra...

—¿Sí?

—Ten cuidado, ¿me oyes?

Ezra y el conductor se aproximaron a la puerta delantera del autobús desde ángulos distintos, convergiendo. El conductor, con la mirada fija en su objetivo, no vio a Ezra Caen, que estaba a solo seis metros.

Ezra notó que el brazo derecho del hombre temblaba ligeramente y que la frente le brillaba de sudor. Tenía el rostro inexpresivo. El hombre subió al autobús. Se volvió hacia la parte trasera y alzó la mano derecha por encima de la cabeza. Dobló el codo y echó el brazo hacia atrás, preparándose para lanzar la caja.

A Ezra le pareció que todo sucedía a cámara lenta. Desenfundó el

arma, siguió con la mira la trayectoria del brazo del hombre y apretó lentamente el gatillo.

¡Blam-**BLAM!** El disparo fue ensordecedor. Apenas una centésima de segundo después se oyó un ka-**¡BOOM!** aún más fuerte: la «fiambrera» había detonado. Menos de dos segundos más tarde, toda la parte delantera del autobús estalló en llamas.

¡Gritos por todas partes! ¡Pánico! Sin pensarlo, Ezra corrió hacia la puerta trasera del autobús, la abrió de un tirón y gritó con voz firme pero serena, en hebreo y en árabe:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Ya! ¡Ahora mismo! ¡Saltad! ¡No tengáis miedo! ¡Corred todo lo que podáis, lo más lejos posible!

De la docena de niños en la parte trasera del autobús, sacó a más de la mitad con sus propias manos. Para entonces, el personal de Egged se había acercado lo suficiente para rescatar a los demás niños y a los monitores de aquel infierno. Todos salvo una: una niña palestina pequeña a la que habían pisoteado los demás y que estaba sentada en el suelo, agarrándose el brazo entre gemidos.

Sin pensarlo dos veces, Ezra subió al autobús, cogió a la niña en brazos y, sin pensar en su propia seguridad, se la lanzó a un monitor que esperaba abajo. Una explosión estalló justo detrás de él y, cuando quiso darse cuenta, estaba arrastrando el trasero por el hormigón a tres metros del autobús destrozado, mientras las llamas devoraban sus restos.

El titular del Jerusalem Post del día siguiente casi acertó. Rezaba: «**¡HÉROE DESARMA A TERRORISTA SUICIDA! ¡SALVA A DOCE NIÑOS EN AUTOBÚS ESCOLAR!**». Lo deliberadamente inexacto era describirlo como «un policía fuera de servicio», algo en lo que su verdadero empleador había insistido.

De vez en cuando aparecieron otras noticias sobre Ezra en distintos periódicos, pero aquella le resultaba especialmente significativa. Recordaba haber llevado un osito de peluche a la niña al hospital.

Galit le recordó después que a su propio hijo nunca le había regalado un osito de peluche.

~ ~ ~

Cruzarse con Ezra Caen por la calle era olvidarlo al instante. Era un hombre anodino: metro sesenta y cinco, más bajo que la media, complexión delgada y una pequeña barriga. El pelo, antes oscuro, se le había vuelto ralo y fino, con la calva en la coronilla tan común en los hombres de su edad o mayores. Si alguien se hubiera fijado bien, le habría sorprendido comprobar que, salvo por el sexo, Caen guardaba un notable parecido con una mujer que en ese preciso momento salía de Santiago de Compostela rumbo a Johannesburgo, Sudáfrica.

Nunca había sido un hombre elegante: en sus camisas arrugadas siempre había alguna mancha, y sus gafas bifocales no eran ni bonitas ni le favorecían. En resumen, era el hombre corriente —no como el hombre corriente se imagina a sí mismo, sino como realmente es.

~ ~ ~

Por quincuagésima vez —o quizá centésima— en el último medio año, Ezra repasó mentalmente la miserable existencia que había soportado durante tanto tiempo. Se sentía más en paz que en ningún otro momento desde que Galit se marchó.

Cuando Galit se marchó, a Ezra no se le rompió precisamente el corazón. En los últimos años ni siquiera habían pronunciado la palabra «amor». A decir verdad, ni siquiera se *caían bien*. Pero al menos cuando ella estaba en el piso había *alguien*. Cocinaba más o menos y mantenía el lugar razonablemente limpio. Tras la marcha de Galit, Ezra solo encontraba vacío al volver a casa. Incluso sus comentarios mordaces de vez en cuando resultaban más tolerables que las sandeces y la basura que pasaban por entretenimiento en el pequeño televisor. Y desde que Meir murió en la explosión de una mina en la frontera de Gaza, dos años atrás, no tenía a nadie más con quien hablar, a menos que contara a la pareja de ancianos sordos del piso de al lado.

En los primeros tiempos tras la marcha de Galit, Ezra no había tenido más remedio que trabajar el mayor número de horas posible, llegar a casa entrada la noche, calentar comida de lata y

desplomarse en la cama sin quitarse siquiera la ropa ni apartar las sábanas. Al día siguiente de que Galit se fuera, había recurrido al alcohol para atenuar el vacío de su vida y conciliar el sueño más rápido. Aquello funcionó durante aproximadamente una semana.

A principios de la segunda semana, sufrió el dolor más atroz que había experimentado en su vida. Empezó en el pecho y se extendió hasta el estómago, donde se volvió verdaderamente feroz. Al principio, Ezra creyó que le estaba dando un cáncer de estómago o un infarto.

Ninguna de las dos cosas era cierta. Resultó que Ezra Caen era incapaz de convertirse en un alcohólico de los pies a la cabeza, no porque no quisiera, sino por un capricho de la mala —o buena— fortuna provocado por causas naturales ajenas a su control. Antes de que Galit se marchara, Ezra apenas había probado el alcohol, salvo la copa de vino obligatoria en *Shabat* y *Pésaj* y algún brindis ocasional en celebraciones familiares. Nunca había sentido la necesidad de beber. De hecho, nunca le había gustado el sabor.

Temiendo lo peor, Ezra había ido a ver a un internista en el Hospital Hadassah. Lo atendieron de inmediato, pues había cultivado muchas relaciones durante su carrera. El médico le hizo una batería de pruebas y, afortunadamente, descartó tanto un infarto como, peor aún, cáncer. Entonces aquel hombre mayor y sabio, que había emigrado de la Unión Soviética muchos años antes, le preguntó a Ezra:

—Permítame inmiscuirme en su intimidad: ¿ha aumentado recientemente su consumo de bebidas alcohólicas?

—¿Por qué lo pregunta? ¿Cree que podría tener cirrosis?

—Ni de lejos. ¿Cuándo empezó a beber en serio?

—Hace dos semanas, cuando mi esposa y yo nos separamos.

—¿Puedo preguntarle si sus antepasados procedían de Europa del Este?

—No tengo la menor idea, doctor. Nací en Sudáfrica, pero nunca conocí a mis verdaderos padres. Me dijeron que murieron en algún tipo de accidente y me adoptaron poco después de nacer.

—Muchos judíos de Europa del Este emigraron a Sudáfrica a

mediados de los años treinta: lituanos, polacos, ucranianos. ¿Eran judíos sus padres? —preguntó el médico, frunciendo el ceño mientras miraba una luz de su teléfono que había empezado a parpadear.

—No lo sé —dijo Ezra, frotándose los pulgares contra los índices—. ¿Por qué?

El médico cogió una revista gruesa de cubierta blanca lisa.

—Algunos estudios clínicos recientes han demostrado que muchos hombres de origen judío asquenazí experimentan los mismos síntomas que usted tras beber alcohol.

—¿Y a qué se debe, doctor?

—En términos sencillos, parece que los judíos asquenazíes tienen una enzima que combate activamente el alcoholismo de la forma más natural posible: lo hace tan desagradable que uno se lo piensa mucho antes de beber. Probablemente por eso hay tan pocos alcohólicos judíos.

—¿Así que la naturaleza me ha impuesto una prohibición de por vida?

—Más o menos, señor Caen. Eso no significa que no pueda tomarse una copa de vino de vez en cuando. No es alcohol suficiente para revolverle las tripas. Pero si quiere beber más, allá usted: tendrá que atenerse a las consecuencias.

—Acepto lo que dice. Pero ¿cómo me sugiere que afronte...?

—¿La separación? No tengo respuestas sencillas. Podría enviarlo a un psicólogo o a un psiquiatra, pero el resultado sería el mismo: el único que puede resolver el problema es usted, y la única forma de empezar a resolverlo es enfrentándolo de cara. No se engañe, señor Caen: durante las primeras semanas vivirá veinticuatro horas diarias de puro infierno.

—¿Varias semanas?

—Quizá más, quizá menos. Con el tiempo tendrá veintitrés horas y cincuenta y nueve minutos de infierno al día, y un minuto de relativa paz. Después, las horas de infierno irán disminuyendo y descubrirá que, de un modo u otro, la vida sigue adelante, incluida la suya. En cualquier caso, aquí tiene una receta para un sedante muy suave

que le ayudará a dormir las próximas noches. No es renovable porque no quiero que cometa la estupidez de empezar a depender de las pastillas en lugar del alcohol. Buena suerte, señor Caen.

Dicho esto, le estrechó la mano a Ezra y lo despidió.

Ezra Caen dejó el alcohol de golpe esa misma noche. Habían pasado cinco meses y medio desde la última vez que había probado una gota. Usó la mitad de los sedantes, tiró el resto y empezó a salir de entre los escombros de su vida.

~ ~ ~

Ezra tenía cuarenta y cinco años. Podía jubilarse en dos años. Pero el trabajo había sido su vida desde que tenía memoria. Su único consuelo era que sus superiores —cada vez menos numerosos a medida que *él* ascendía y se convertía en el superior— reconocían que no había nadie mejor, más perspicaz ni con más éxito en su campo que él.

Veinticinco años atrás, cuando estaba en las FDI, se había encaprichado perdidamente de Galit mientras ambos cumplían el servicio militar en la misma base. Galit acababa de cumplir diecinueve años. Según casi cualquier criterio objetivo, era una de las diez mujeres más deseables que había visto en su vida. Rostro de ángel enmarcado por una melena rubia y lisa. No era alta —metro sesenta como mucho—, pero su cuerpo era esbelto en todas partes salvo por sus pechos altos y firmes. Y tenía un modo de andar capaz de volver loco de deseo a cualquier hombre.

Con el peligro al acecho las veinticuatro horas del día, y con esos momentos de tensión que cedían ante horas de aburrimiento, era natural que ambos pasaran de las miradas de franca admiración a tomarse de las manos y conversar bajo los cielos claros y estrellados, lejos de Jerusalén y Tel Aviv. De ahí a tocarse, acariciarse... y más, solo había un paso. Como la mayoría de los jóvenes del mundo, se creían inmunes a las consecuencias. Vivían para la pasión del momento, y esta los desbordaba como nada que hubieran experimentado antes.

Dos meses después de su primera vez juntos, Galit descubrió que

estaba embarazada. Ezra no sabía qué hacer —un aborto era impensable—, y aunque su comandante había concluido que el joven soldado era un detective tan brillante y con tanto talento innato como cualquiera que hubiera conocido en su vida, ser policía no era precisamente el camino hacia la riqueza y el estilo de vida que Galit creía merecer. Ella sabía, como suelen saber las mujeres de extraordinaria belleza, que gran parte de su futuro dependía de un accidente de nacimiento que la había convertido en un consumado objeto de deseo. Ahora ese accidente se había visto comprometido por otro.

Pasaron dos meses más. Galit estaba dividida entre el instinto maternal de alimentar lo que crecía dentro de ella y la cruda certeza de que, si conservaba al niño, significaría el fin de su propia infancia —el fin de una vida despreocupada y de la *libertad*— libertad respecto a un hijo *y* libertad respecto a un hombre que, aunque le resultaba atractivo, si bien algo simple en la cama, le prometía una vida en el purgatorio.

Ezra tampoco tenía claros sus propios sentimientos. Una cosa era sentir esos intensos segundos del placer más fuerte que un ser humano puede dar a —o tomar de— otro. Y otra muy distinta era ver la propia vida circunscrita por acontecimientos antes de estar preparado para aceptar la responsabilidad de la llegada inesperada —y en gran medida no deseada— de *otra* vida. Una criatura que comía y cagaba y exigía atención las veinticuatro horas del día. Había oído a un par de compañeros que se habían visto en aprietos similares que el sexo desenfrenado a demanda se acababa de golpe con la llegada del llamado «regalito del cielo».

Al final, aunque ninguno de los dos lo deseaba realmente ni estaba preparado para ello, hicieron lo «honorable». Sus padres juntaron sus *shekels* duramente ganados y de algún modo lograron organizarles una fiesta de bodas con más de cien invitados. Para entonces, Galit estaba de cinco meses y, aunque seguía siendo atractiva, resultaba difícil ocultar que había engordado.

Sus obligaciones militares terminaron un mes antes de la llegada de su hijo, y ahora se enfrentaban a la perspectiva de encontrar y

amueblar un pequeño y raído apartamento en *Bet Hatikvah*, que, como Ezra comentó con amargura durante los dos años que malvivieron en aquel feo pueblo atrasado, era «un grano en el culo del desierto del Néguev».

La vida fue todo menos fácil para los jóvenes Caen. Ezra fue dando tumbos de un trabajo a otro: cajero en una tienda de todo a cien, peón de obra, jardinero (¿cómo se «jardina» la arena?), e incluso camarero y portero en el único club nocturno del pueblo. Galit conservó el peso que había ganado durante el embarazo del pequeño Meir. Las exigencias del bebé, sumadas a lo remoto del lugar, la absoluta falta de entretenimiento y la amenaza constante de quedarse sin dinero, les pesaban como una losa y contribuyeron a quebrar su matrimonio desde el principio.

Aun así, la joven pareja luchó con valentía por mantener la apariencia de estar enamorados, aunque su definición de «amor» resultaba bastante difusa.

Tres años después, pareció que la fortuna por fin les sonreía. El antiguo comandante militar de Ezra había entrado a formar parte de *Sayeret Matkal*, las fuerzas especiales de las FDI, conocidas en todo el ejército simplemente como «la unidad». *Sayeret Matkal* funcionaba como unidad de inteligencia de campo y realizaba reconocimientos en profundidad tras las líneas enemigas para obtener información estratégica. La unidad también se encargaba de operaciones antiterroristas y rescate de rehenes más allá de las fronteras de Israel. El comandante había augurado grandes cosas para Ezra desde el principio, y había seguido con pesar la decadente trayectoria vital de su protegido. Cuando su antiguo mentor le ofreció al joven Caen un puesto de entrada en la unidad, Ezra aceptó sin pensárselo dos veces.

Aunque la vida de los Caen cambió material y geográficamente —el cuchitril de *Bet Hatikvah* fue sustituido por un apartamento moderno, con aire acondicionado y muebles alegres en *Petah Tiqva*, un suburbio de Tel Aviv, cortesía de *Sayeret Matkal*—, Ezra pasaba mucho menos tiempo en casa que cuando vivían en el desierto. Los ingresos eran mayores, pero Ezra Caen había cambiado un

matrimonio por otro: estaba «en la oficina» o incluso fuera del país más tiempo del que pasaba en casa.

Cuando Meir cumplió cinco años y empezó el jardín de infancia, Galit se encontró con tiempo de sobra. Empezó a ir a un gimnasio local cuatro días a la semana. Al cabo de un mes consiguió trabajo allí como monitora de fitness. Los kilos de más se esfumaron. En medio año había recuperado su peso de antes del embarazo y, con la ayuda de cremas y maquillaje, lucía aquella belleza arrebatadora que en otro tiempo había cautivado a más de un hombre.

Parecía casi inevitable que Galit acabara liándose con uno de sus compañeros de trabajo. Ezra montó en cólera al enterarse de que su esposa le había sido infiel y amenazó con el divorcio inmediato, además de con las terribles consecuencias que le esperaban al amante. Pero al final no cumplió ninguna de sus amenazas: primero, porque temía quedarse solo y tener que pagar pensión alimenticia y compensatoria; y segundo, porque cuando reflexionó sobre lo que ella le había dicho —que, dado que él casi nunca estaba en casa, ni como marido ni como padre, ¿qué esperaba?—, tuvo que reconocer que tenía razón.

Aunque la confianza entre ellos parecía rota para siempre, nada más cambió en realidad. Ezra se refugió aún más en el trabajo, hasta el punto de que casi nunca veía a su hijo, y mucho menos a su esposa; y Galit fue pasando de una triste aventura a otra sin encontrar nunca el amor que tanto necesitaba. Las cosas siguieron así durante varios años: dos personas solitarias sin escapatoria del infierno que cada uno había creado para el otro, y un niño abandonado a su suerte. El día que cumplió dieciocho años, Meir se alistó en las Fuerzas de Defensa de Israel en busca de los padres cariñosos que nunca había tenido. Meir había crecido para convertirse en alguien exactamente igual que ellos.

La tragedia de la muerte de Meir en una de las cientos de tragedias fronterizas que ocurrían a diario cortó los últimos lazos que unían a Galit y Ezra, y su matrimonio entró en una espiral de reproches mutuos. Quizás fue mejor que Galit tuviera el valor de ponerle fin. Para entonces, aunque apenas había pasado de los cuarenta, su

aspecto juvenil se había esfumado. Había engordado quince kilos y se había convertido en una mujer rubia teñida, de rasgos endurecidos, que aparentaba diez años más de los que tenía.

~ ~ ~

Ezra Caen no se consideraba un hombre particularmente malo, ni, a la vista de cómo habían ido las cosas, podía afirmar haber llevado una vida valiosa en lo que de verdad importaba. Simplemente padecía la misma enfermedad que todos los demás: era humano.

Capítulo 4

En otra época, la preparación de la Asesina habría sido muy diferente. Habría ido a la Biblioteca Pública de Johannesburgo o a la de la Universidad de Witwatersrand para comenzar su investigación. Pero hoy en día el iPad, el iPhone y el Samsung Galaxy S-algo estaban convirtiendo rápidamente al ordenador personal en un dinosaurio, igual que el correo postal y el fax. Rastrear cada artículo escrito sobre lo que necesitaba saber era innecesariamente complicado.

La primera noche de vuelta en la remota granja a las afueras de Bloemfontein, introdujo su contraseña —9268@job.za— y accedió al motor de búsqueda de Google. A lo largo de las siguientes horas, consultó numerosos temas y obtuvo un promedio de noventa entradas para cada uno. Wikipedia ofrecía la mejor introducción general, pero a la Asesina nunca dejaba de asombrarle cuánto podía aprender a través de blogs, tanto acreditados como anónimos.

Antaño, se habría buscado a los habitantes de los bajos fondos más oscuros de Bruselas, Ámsterdam y Berlín. Los tratos se cerraban en entornos clandestinos —escaparates falsos, callejones sin salida— con tejemanejes de capa y espada más propios de noches envueltas en niebla en un cementerio londinense del siglo XIX que del apresurado mundo del Piccadilly Circus, Times Square o los Campos Elíseos del siglo XXI.

Hoy en día, con eBay, Craigslist y sus innumerables imitadores, se podía comprar cualquier cosa de forma anónima, ya fuera directamente o a través de un intermediario. Bastaba con tener una cuenta de PayPal o, mejor aún, una tarjeta prepago de PayPal, que ofrecía capas adicionales de protección para ocultar la verdadera identidad. Los blogueros, con toda su arrogancia, proporcionaban instrucciones detalladas sobre cómo construir cualquier tipo de arma, incluidas ametralladoras, armas de asalto y lanzacohetes. Y si la compra superaba cierta cantidad, el vendedor incluso ofrecía envío gratuito a cualquier parte del mundo.

«Agripina» recordó aquel día en que, con trece años, leyó por primera vez la novela *Chacal*, que ya entonces tenía diez años de antigüedad. Aunque aquel libro todavía la emocionaba, sus detalles parecían de otra época: tan románticamente ingenuos, tan *pintorescos*.

Tras leer más de cien referencias exhaustivas sobre su objetivo, cuya palabra era ley en la República Islámica de Irán, la Asesina pasó las dos semanas siguientes examinando minuciosamente cada discurso o edicto que el Gran Hombre había pronunciado en los últimos treinta años, todos los cuales habían acabado en internet. De este modo, construyó una imagen sumamente detallada y precisa del actual emisario de Dios en Irán, desde sus primeros días hasta el presente.

El Gran Ayatolá Jamenei no dejaba pasar ocasión de llamar a Estados Unidos «el gran Satán» y de condenar al Estado sionista como «el pequeño Satán».

Por un instante, la Asesina pensó que había algo que no terminaba de cuadrar en aquella vituperación tan apasionada y constante contra el Estado judío. El oleoducto extraordinariamente secreto que iba desde Irán, atravesando Arabia Saudita, hasta Israel —incluso en los días más oscuros de las guerras en Oriente Medio— y que había proporcionado a Israel sus suministros críticos de petróleo durante la época del desacreditado Sha Mohammad Reza Pahlavi, nunca había sido cerrado, que ella supiera.

La Asesina recordó haber asistido como oyente a una clase de psicología en la Universidad de Stellenbosch donde el profesor dijo que lo opuesto al amor no es el odio: las emociones más cercanas entre dos personas son el amor y el odio; lo opuesto al amor o al odio es la *indiferencia*. Siendo así, si la enemistad entre la República Islámica y el Estado sionista era tan abrumadora, ¿por qué había tanta pasión en ambos bandos?

La Asesina leía vorazmente, planificaba meticulosamente y poseía la capacidad de almacenar en su mente una enorme cantidad de información factual por si más adelante pudiera serle útil. En ese aspecto, se parecía mucho a los ordenadores que utilizaba en su

investigación, con una excepción. Los abogados lo llaman pensar sobre la marcha: la capacidad de ejecutar maniobras tácticas que cambian tan instantáneamente como las circunstancias.

Pero ahora necesitaba dar respuesta a las tres preguntas más críticas que se le planteaban: *¿cuándo, dónde y cómo debía llevarse a cabo el golpe*?

~ ~ ~

La respuesta a *cuándo* llegó tres noches después, mientras estaba tumbada en la cama viendo un «reality show» basura de Estados Unidos. Jamenei solo hablaba en reuniones especiales, como alguna Oración del Viernes ocasional o en ceremonias conmemorativas de diversa índole. El Líder se reunía con dignatarios extranjeros, casi exclusivamente musulmanes, pero limitaba sus palabras televisadas y públicas a generalidades: el apoyo de Irán al país o entidad cuyo emisario recibía, la naturaleza islámica pacífica del país y su afán por expandir el comercio y los contactos con la nación amiga en cuestión. Evitaba deliberadamente reunirse con representantes de potencias occidentales y no viajaba al extranjero. Si alguien deseaba verlo, debía estar dispuesto a viajar a Irán.

Finalmente, concluyó que había un único período de once días al año en el que, sin importar enfermedad, mal tiempo o incluso catástrofe internacional, al margen de cualquier consideración de peligro personal, el Gran Ayatolá *Sayyid* Ali Jamenei, el Líder Supremo de Irán, se mostraría públicamente en lugares de toda la República Islámica. A partir de ese momento, los preparativos de la Asesina abandonaron la fase de investigación y entraron en una de planificación práctica.

A continuación, consideró lugares alternativos para llevar a cabo el acto. Irán era enorme, casi un tercio más grande que Sudafrica. Teherán ocupaba la porción central-noroeste del país. A setecientos veintisiete kilómetros al noroeste, casi en la frontera con Azerbaiyán, la ciudad turística de verano de Tabriz, a mil quinientos metros sobre el nivel del mar, se encontraba en la confluencia de los ríos Quru y Aji. Mashhad, lugar de nacimiento del Líder Supremo, estaba situada

a más de mil seiscientos kilómetros de distancia, novecientos kilómetros al este de Teherán, en la frontera con Turkmenistán, a una elevación seiscientos metros más baja que Tabriz. Gracias a ello, Mashhad disfrutaba de inviernos frescos, primaveras agradables, veranos suaves y otoños hermosos.

Cualquiera de esas ciudades fronterizas prometía una ruta de escape rápida si las cosas salían mal. Por otro lado, la más sagrada de las ciudades iraníes, Qom, a menos de ciento cuarenta y ocho kilómetros al sur de Teherán, la situaría aún más cerca del centro del país. Podría convertirse simplemente en otro rostro anónimo entre la multitud si se vestía de hombre, o podría seguir las reglas del *hiyab* y llevar un *chador* oscuro que la haría pasar aún más desapercibida mientras se dirigía a la frontera accesible más cercana.

Aunque Teherán era una opción, era más el centro de la política que una sede religiosa. Jamenei estaría mucho más cómodo, y por tanto menos suspicaz, entre su propia gente, los clérigos, en algún lugar que no fuera la capital. Eso reducía las opciones a Mashhad, Tabriz y Qom.

Finalmente, la Asesina decidió que tendría que explorar cada una de las tres ciudades para determinar el lugar más propicio para llevar a cabo su misión. Durante el tiempo previo a su ventana de oportunidad, haría lo que había hecho en otras misiones. Se sumergiría en la tierra de los antiguos shahs: comería, dormiría, vestiría e incluso *olería* como una iraní. Antes del día y la hora señalados, se *convertiría* en iraní. Y luego, como el tiempo, el mayor ladrón de todos, se escabulliría en silencio de aquella nación maldita segundos después de haber consumado el acto.

No había prisa. Faltaban cuatro meses.

OCTUBRE - NOVIEMBRE

Capítulo 5

El martes 3 de octubre, la Asesina recibió aviso de su banco en las Islas Cook: habían ingresado 5.500.000 dólares en su cuenta.

«Agripina» era un camaleón, capaz de cambiar de identidad en un abrir y cerrar de ojos: de hombre a mujer, de joven a anciana, de ágil a moribunda, y viceversa. Con su metro sesenta y cinco, tenía la estatura justa para hacerse pasar por un hombre más bien bajo o por una mujer de altura media, sin llamar la atención. Sin peluca, llevaba el pelo corto, en un estilo unisex que permitía transformaciones instantáneas, y como su color natural era castaño medio, pasaba desapercibida en casi cualquier parte. Si necesitaba alterar la forma, longitud o color de su pelo, bastaba con la peluca más sencilla para lograrlo al instante, lo que le facilitaba aún más pasar inadvertida en cualquier lugar y momento, y que la olvidaran un segundo después. Podía parecer del montón, pero con un toque de maquillaje bien aplicado y la ropa interior adecuada, era capaz de transformarse en una sirena si hacía falta. En su profesión, la capacidad de la Asesina para completar cualquier transformación en cinco minutos podía marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso, entre la vida y la muerte.

A finales del siglo XX, esa capacidad de transformación no era ni mucho menos desconocida, pero resultaba más lenta, engorrosa e infinitamente más difícil. En aquella época, dedicarse a lo suyo implicaba comprar o robar numerosos pasaportes, posar para cientos de fotos granulosas hasta dar con las adecuadas, y luego confiar en que los agentes de frontera no se fijaran *demasiado* en si el rostro de la foto coincidía lo bastante como para pasar el control.

Reflexionó sobre ello distraídamente mientras pasaba las fotos en su iPad. Todos los rostros eran distintos, pero todos eran claramente el suyo. Se acabó la ambigüedad de las fotos granulosas. Ahora eran retratos nítidos y a todo color, de frente o de perfil. Cualquier agente de frontera de guardia habría jurado que la foto del pasaporte correspondía a su titular.

Hoy en día, muchos gobiernos usaban pasaportes con identificación por radiofrecuencia (RFID). Los pasaportes electrónicos contenían chips RFID microscópicos que empleaban el control de acceso básico (BAC) para extraer información personal sin que el titular tuviera que entregar el documento. El Control de Acceso Extendido protegía otros datos, como las huellas dactilares. Aunque se requería una clave cifrada, los hackers especializados en pasaportes encontraban formas de leer la información almacenada de manera remota.

Algunos pasaportes en papel, aunque no todos ni mucho menos, llevaban chips microelectrónicos integrados para garantizar que el titular fuera quien decía ser. Así, el arcaico «puede que sí, puede que no» había corrido la misma suerte que la máquina de escribir manual. Ahora, la vigilancia quedaba en manos de intérpretes electrónicos que quizá no pensaran con la astucia táctica de los humanos, pero a los que era casi imposible engañar en cuestión de datos. Eso sí, muchos escáneres de huellas dactilares eran tan fáciles de burlar que cualquier niño de nueve años medianamente espabilado podía hacerlo.

Sin duda, era *posible* entrar y salir de cualquier país, por muy sofisticado que fuese, salvo que tuviera el tamaño de Mónaco. En Estados Unidos, las fronteras tenían «agujeros» de kilómetros. Se podía excavar un túnel, llegar en una lancha a una bahía sin vigilancia a medianoche, o incluso saltar desde un avión a baja altitud. Si se viajaba por un país de la UE, las fronteras no estaban patrulladas en absoluto.

El valor de un pasaporte residía en la seguridad que proporcionaba una vez dentro del país: poder registrarse en un hotel (salvo en los de mala reputación) y poder cambiar dinero. Una vez dentro, el banquero, el hotelero o el funcionario de turno simplemente no tenían tiempo, paciencia ni el equipo costoso necesario para examinar a fondo cada pasaporte. Con suficiente audacia e ingenio, el juego no había cambiado mucho. Solo habían cambiado algunas reglas. Nada insuperable.

Una de las formas más fáciles de entrar y salir de un país de manera anónima era usar un pasaporte legítimo emitido por un país

«secundario»: uno que, sin ser del todo desconocido, no fuera un actor relevante en la escena internacional, para luego, ya dentro, cambiar a una identificación más reconocible. El país «secundario» debía, por supuesto, mantener relaciones razonablemente cordiales con el país de destino. Viajar a Irán con pasaporte estadounidense, británico, canadiense, senegalés o gambiano era sencillamente estúpido. En cambio, entrar en Irán desde Sudáfrica, Zimbabue, Turquía, Ecuador, México o Bielorrusia tenía mucho más sentido.

La Asesina había recurrido a menudo a un viejo y probado truco británico para conseguir pasaportes sudafricanos, y ahora se disponía a repetirlo.

El 7 de octubre, recorrió en coche los pequeños pueblos de la llanura interminable de la provincia de *Vrystaat*, el antiguo Estado Libre de Orange, un reducto afrikáner. Se había criado en la zona y la conocía bien.

Su primera parada fue Petrusburg, un pueblo agrícola de 558 almas a medio camino entre la capital provincial, Bloemfontein, y las minas de diamantes de Kimberley. El 92% de Petrusburg seguía siendo blanco de los de toda la vida, irreductible, y solo hablaba afrikáans. La Iglesia Vieja se alzaba entre las dos calles principales del pueblo, Pretorius y Ossewa.

El cementerio de la *Nederduitse Gereformeerde Kerk* resultó de un valor inestimable. La Asesina encontró una lápida que le venía como anillo al dedo: la de un niño, Petrus Jooste, fallecido de una enfermedad sin identificar a los cuatro años, en agosto de 1972. De haber vivido, tendría una edad muy próxima a la de la Asesina.

El anciano vicario se mostró de lo más cortés y servicial cuando la visitante se presentó en la casa parroquial y le explicó que era genealogista aficionada e intentaba rastrear los orígenes de una familia llamada Jooste. Le habían dicho que esa rama concreta de los Jooste, sin parentesco con A.J.C. Jooste, que daba nombre al instituto local, se había asentado en las afueras de Petrusburg hacía años. Se preguntaba, con todo respeto, si los registros parroquiales podrían serle de ayuda en su investigación.

El vicario era la bondad personificada. De camino a la Kerk, un

cumplido sobre la sencilla belleza del edificio de estilo reformado holandés y una contribución a la caja de donaciones para el fondo de restauración no hicieron sino volverlo aún más amable. Los registros mostraban que los dos padres Jooste habían fallecido en los últimos cinco años y que, por desgracia, su único hijo, Petrus, llevaba enterrado en aquel mismo cementerio más de cuarenta años. La Asesina pasó las páginas del registro parroquial de nacimientos, matrimonios y defunciones del año 1968. El registro del mes de agosto con el nombre de Jooste, escrito con letra firme, le llamó la atención: Petrus Augustus Jooste, nacido el 17 de agosto de 1968 en la *Nederduitse Gereformeerde Kerk*, parroquia de Emmaus, División Administrativa de Transgariep, *Oranje Vrystaat*.

Anotó los datos, agradeció al vicario su amabilidad y se marchó.

Unas horas después, repitió el mismo procedimiento en la *Gereformeerde Kerke in Suid-Afrika*, en la metrópolis algo mayor de DeWetsdorp, otro bastión afrikáner. Esta vez, la lápida que eligió fue la de Hannelore Christiaana deWet, nacida el 13 de octubre de 1968, fallecida de parto el 10 de diciembre de 1993.

Después, la Asesina hizo dos visitas al Registro Central de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones de Bloemfontein. La primera vez se presentó como hombre. Un joven auxiliar administrativo muy servicial aceptó la tarjeta de visita de la Asesina, que la identificaba como socio de un bufete de abogados de Pretoria, y su explicación de que intentaba localizar a los nietos de un cliente del bufete, fallecido recientemente, que había dejado un fideicomiso del que sus nietos eran los beneficiarios residuales. Uno de esos nietos era Petrus Augustus Jooste, nacido el 17 de agosto de 1968 en la *Nederduitse Gereformeerde Kerk*, parroquia de Emmaus, División Administrativa de Transgariep, provincia de *Vrystaat*.

El funcionario se mostró tan amable y servicial como el vicario. Una búsqueda en los registros reveló que el niño había sido inscrito exactamente según la información que la Asesina había facilitado, pero que había fallecido el 28 de agosto de 1972 de una enfermedad no especificada. Tras ofrecer varios billetes de rand sudafricanos, la

Asesina adquirió copias certificadas de las partidas de nacimiento y defunción.

Al día siguiente, la Asesina regresó al Registro, esta vez como mujer. Tras cerciorarse de que el primer empleado estaba ocupado con otra cosa, pidió ayuda a una empleada mayor, alegando ser asistente legal de un bufete de abogados en George que buscaba información sobre una tal Hannelore Christiaana deWet, nacida el 13 de octubre de 1968 en DeWetsdorp. Al recibir la triste noticia del fallecimiento de Mevrou deWet, la Asesina compró copias certificadas del acta de nacimiento y del certificado de defunción de la difunta.

En Pretoria, la Asesina también acudió en dos ocasiones, una como mujer y otra como hombre, a la Oficina de Pasaportes, donde cumplimentó los formularios *BI-73*, *BI-9* y *BI-529*, presentó sus huellas dactilares —ambas con las mismas «sustituciones» talladas en masilla—, las fotografías requeridas y los certificados de nacimiento (se había deshecho oportunamente de los de defunción) de Hannelore Christiaana deWet y Petrus Jooste. Cumplimentó los formularios de solicitud con sumo cuidado, indicando la edad exacta, fecha de nacimiento, sexo, estatura, color de cabello y color de ojos. En el apartado de «Profesión», la Asesina consignó «Agricultora» para Mevrou deWert y «Educador» para Meneer Jooste. Anotó los nombres completos de los padres de cada solicitante y adjuntó copias certificadas de las actas de nacimiento. Como dichos documentos habían sido autenticados por el Registro Central de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones de Bloemfontein, fueron aceptados sin problemas. Después acudió en dos ocasiones al Departamento de Licencias de Conducir, donde demostró sus habilidades al volante y obtuvo rápidamente un par de permisos de conducir sudafricanos.

La semana siguiente, la Asesina solicitó visados para cada una de las personas que figuraban en los nuevos pasaportes, con el fin de visitar la República Islámica de Irán por un período de hasta 90 días a partir del 16 de octubre.

Durante las dos semanas siguientes, la Asesina voló a Harare,

donde, siguiendo el mismo procedimiento que había empleado en sudafricana y mediante un generoso soborno en rands sudafricanos —mucho más apreciados que los dólares zimbabuenses en un Zimbabue acuciado por la falta de liquidez—, obtuvo de forma inmediata un pasaporte zimbabuense de hombre y otro de mujer, visados y permisos de conducir; a Windhoek, donde, untando la mano de un funcionario de pasaportes de cierta edad con unos cuantos dólares namibios, obtuvo dos pasaportes namibios con nombres distintos el mismo día que los solicitó; y a Moroni, donde, con la ayuda de varios miles de francos comorenses, recogió dos pasaportes de la nación independiente, aunque universalmente sospechosa, de las Comoras.

~ ~ ~

A continuación, la Asesina consideró *cómo* debía eliminarse al Ayatolá. Descartó la idea de usar un explosivo. Resultaría engorroso y, a menos que quisiera estar lo bastante cerca como para acabar mutilada o muerta, no tendría control sobre él una vez que saliera de sus manos. Los explosivos plásticos colocados bajo vehículos habían quedado obsoletos ante dispositivos de detección cada vez más sofisticados.

La inyección de veneno en el cuerpo humano, ya fuera mediante alimentos o jeringa, presentaba graves limitaciones. Sin duda, el Líder Supremo de Irán no solo contaba con guardaespaldas que lo rodeaban en todo momento, sino que todo lo que comía era previamente catado y analizado. La idea de la inyección estaba plagada de riesgos. La Asesina tendría que acercarse tanto al objetivo que las posibilidades de ejecutar el golpe con éxito y escapar después serían mínimas.

El método idóneo era, sin duda, el más antiguo: desde los albores del conflicto humano, la única forma segura de que un ser humano matara a otro era usar un proyectil para abrir un orificio en el cuerpo de la víctima lo bastante grande o profundo como para que la sangre manara hasta que el objetivo muriera antes de que pudiera detenerse la hemorragia. Un único disparo certero desde la

distancia: era la única manera en que la Asesina podía mantener el control absoluto, la única forma en que ella, y solo ella, sería planificadora y ejecutora, la única responsable del acto.

La Asesina no tenía intención de comprar un arma «de usar y tirar» a un traficante ilícito de armas cortas, reputado o no, en Bruselas, La Haya o sudafricana. Por muy limpio que fuera el trato, habría al menos una persona más implicada, al menos otra persona que podría irse de la lengua. Aunque el arma en sí probablemente sería perfectamente adecuada para la tarea, la Asesina tendría que aprender todo lo necesario sobre esa pieza en particular en muy poco tiempo, lo cual distaba mucho de ser una tarea sencilla.

Pero daba igual. Durante la última década había llegado a conocer y amar sus dos armas predilectas. Le habían servido bien y nunca la habían defraudado. En cada una, la recámara y el cierre no superaban los 7,6 centímetros de diámetro, lo que significaba que no podían ser de repetición, ya que una cámara de gases sería más grande, ni contenían un voluminoso mecanismo de muelle. Eran rifles de cerrojo con mecanismos increíblemente estilizados.

Ninguna de las armas tenía un cerrojo con una manija que sobresaliera lateralmente como en un Mauser 7,92 x 55 mm o un Lee Enfield 303. Los cerrojos se deslizaban en línea recta hacia el hombro, sujetándolos entre el índice y el pulgar para introducir la bala en la recámara. No había guardamontes. Los propios gatillos eran desmontables, de modo que podían colocarse justo antes de disparar. Todo el mecanismo cabía en un compartimento tubular para guardarlo y transportarlo, y dicho compartimento no llamaría la atención ni parecería remotamente un arma.

Las armas no eran de gran calibre y el cañón de cada una medía exactamente 35,5 centímetros. Los rifles eran precisos hasta una distancia de 137 metros, una vez y media la longitud de un campo de fútbol. El inconveniente era que apenas habría posibilidad de efectuar un segundo disparo, ya que llevaría varios segundos extraer el casquillo usado, introducir un cartucho nuevo, cerrar la recámara y volver a apuntar. La única posibilidad sería que la Asesina empleara un silenciador en el primer disparo, que este fallara por

completo y que nadie cercano lo advirtiera. Incluso si lograba acertar en la cabeza del objetivo a la primera, necesitaría el silenciador para poder huir. Necesitaría varios minutos antes de que alguien cercano tuviera siquiera una idea aproximada de dónde había venido la bala.

La Asesina usaría una bala explosiva de mercurio en lugar de glicerina, ya que el mercurio era mucho más limpio. Toda la madera de la empuñadura bajo los cañones de cada rifle había sido eliminada, al igual que la culata completa, lo que reducía aún más el peso y el volumen del arma. Para disparar, el rifle contaba con una culata esquelética similar a la de una pistola Sten. Cada una de las tres secciones se desenroscaba en tres varillas independientes. En el momento de usarse, el arma se fijaba a un trípode para estabilizar la puntería.

Por último, cada uno de los rifles de la Asesina contaba con un silenciador plenamente eficaz y una mira telescópica fiable que, al igual que los propios rifles, eran desmontables para su almacenamiento y transporte. La Asesina conocía a la perfección cada componente de sus rifles. Los había llevado a zonas conflictivas de muchos países y los había sacado de ellas. Nunca le habían fallado.

Ahora, con el *cuándo* y el *cómo* resueltos, era hora de explorar las distintas opciones relativas al *dónde.*

Capítulo 6

El miércoles 16 de octubre amaneció espléndido en Johannesburgo, un día primaveral radiante. La Asesina, que había adoptado una identidad masculina, embarcó en el vuelo 585 de Qatar Airways a las 13:45, una hora antes del despegue. Le esperaban ocho horas de trayecto desde el aeropuerto OR Tambo en Kempton Park hasta el aeropuerto internacional de Doha. «Él» estuvo un rato viendo una película y después se echó una larga siesta. El Boeing 777 aterrizó en Doha poco antes de las 23:30.

La Asesina hizo una escala de hora y media en Catar, durante la cual «él» compró la edición impresa del día anterior del *Tehran Times* de Teherán, el periódico iraní en inglés. Lo hojeó mientras tomaba una taza de té caliente y dulce, y lo tiró justo antes de embarcar en el vuelo 484 con destino al aeropuerto Imam Khomeini, a cuarenta y ocho kilómetros del centro de Teherán. Llegó al IKA a las 3:35 de la madrugada. La Asesina había calculado que el taxi del aeropuerto al centro de Teherán costaría unos 350.000 riales –29 dólares estadounidenses– y había reservado habitación en el Escan, un hotel de tres estrellas entre las avenidas Somayeh y Engelhab, en lugar del mucho más ostentoso Espinas. Como resultaba mucho más fácil entrar y salir de Irán siendo hombre, la Asesina había reservado el hotel a nombre de Rudolph Hostetler, comprador de productos petroquímicos, residente en Swakopmund, provincia de Erongo, Namibia.

«Agripina» declaró 12.285.000 riales, mil dólares estadounidenses, a su llegada a la capital. De ser necesario, cambiaría rands sudafricanos por riales en alguna de las numerosas casas de cambio de la calle Ferdosi.

El primer día de «Meneer Hostetler» en Teherán, durmió hasta media tarde. Después bajó en ascensor a la tienda de regalos y compró un plano detallado de Teherán y un mapa a mayor escala de la República Islámica. Ya en su habitación, estudió los mapas minuciosamente y concluyó que el único sitio cerca de Teherán

donde el objetivo aparecería con absoluta certeza era el que investigaría al día siguiente.

~ ~ ~

El domingo 19 de octubre no era día sagrado para la población islámica de Teherán. Meneer Hostetler tomó un taxi que lo llevó al sur de la capital, junto a la carretera de Qom, hasta el cementerio de Behesht-e Zahra.

Su destino era, a todas luces, una obra en construcción. La noche anterior había leído que el gobierno había presupuestado 2.000 millones de dólares para la edificación de un complejo que abarcaría dos mil hectáreas e incluiría no solo el elemento central, el mausoleo del imán Jomeini, sino también una universidad, un seminario y un centenar de tiendas. Según los folletos, una vez terminado sería el santuario musulmán más grande del mundo. Aquel día, sin embargo, no encontró nada que indicara cuándo podría concluirse.

El taxista se detuvo en el borde interior de un enorme aparcamiento que, según le explicó a Hostetler, tenía capacidad para 20.000 vehículos. Pero aquel día estaba casi vacío. A la Asesina le pareció que así debía de verse el centro comercial Sandton City de Johannesburgo tras una evacuación total. Al salir del vehículo, Hostetler vio unos cuantos coches más y varias tiendas de campaña diseminadas por el lugar. Cuando preguntó por aquellas estructuras, el conductor le explicó que los teheraníes solían peregrinar al mausoleo y pasar la noche acampados en el aparcamiento.

Hostetler se acercó a la entrada para hombres, se descalzó y entregó los zapatos al encargado. Tras cruzar la cortina, lo cachearon. La Asesina se había vendado el pecho con una banda ajustada, como tantas otras veces al pasar registros similares, así que no le preocupaba que nadie descubriera su verdadero sexo.

Hostetler, que solo llevaba una mochila con su almuerzo, un cuaderno, tres bolígrafos y lo que parecía un objetivo de cámara largo y estrecho, pasó el control de rayos X sin problemas. Lo despidieron con una sonrisa y unas palabras de bienvenida.

Al llegar al enorme edificio principal, lo encontró tan vacío como el

aparcamiento. Contempló una inmensa mole de hormigón, pilares metálicos e innumerables lámparas de araña. Pese a todos los elogios de los elegantes folletos, el corazón del islam iraní no parecía otra cosa que una obra en construcción bien ordenada.

Al dirigirse a la sala acristalada que albergaba las tumbas del difunto ayatolá Jomeini y de su segundo hijo, Ahmad, fallecido en 1995, Hostetler vio a varias mujeres rezando e introduciendo dinero y cartas por las aberturas de paredes y ventanas. Calculó mentalmente las distancias entre los vastos espacios, tratando de determinar si habría algún punto en la estructura desde el que pudiera apuntar bien y, más importante aún, escapar tras ejecutar el acto. Al alzar la vista, observó vidrieras decoradas con setenta y dos tulipanes y cuatro torres de 91 metros de altura cada una, en alusión a la edad a la que había muerto Jomeini.

Al salir del edificio principal, deambuló por el complejo. Había numerosos espacios a medio construir donde la Asesina podría ocultarse y efectuar el disparo único que eliminaría a su objetivo, pero aquella zona, ahora fantasmagórica en su inmensa soledad, estaría atestada durante los Días del Temor en que atacaría.

Tras unas horas más calculando ángulos y distancias, mientras tomaba tazas de té caliente y pasteles dulces, la Asesina concluyó que aquel lugar era demasiado arriesgado.

A la mañana siguiente, Meneer Hostetler se marchó del hotel Escan. Durante los diez días siguientes, viajó a tres ciudades distintas. El décimo día, la Asesina encontró el lugar idóneo para el asesinato.

~ ~ ~

Cuando la Asesina regresó a la enorme y desgarbada capital, tomó un taxi hasta *Terminal-e-jonoob*, la estación de autobuses del sur, donde alquiló una taquilla de consigna para guardar una gran bolsa de lona que había comprado en el bazar. La bolsa contenía un trípode, un pequeño telescopio y varias piezas metálicas que podrían haber sido casi cualquier cosa pero que, en realidad, eran un cañón de rifle de treinta y cinco centímetros, un silenciador con aspecto de

gran salchicha gris y diversos accesorios. Al entrar en la República Islámica, la Asesina había repartido estos artículos entre el equipaje facturado y el de mano para evitar cualquier indicio de su verdadero propósito. Ahora, casi todo lo que necesitaba estaba reunido en un solo lugar dentro del país, y no levantaría sospechas cuando volviera a Irán con el resto del material para su misión.

De vuelta en el aeropuerto Imam Khomeini, Meneer Hostetler pasó la aduana sin contratiempos y embarcó en su vuelo de regreso a Sudáfrica.

Capítulo 7

La reunión del consejo ejecutivo del Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional de la República Islámica de Irán comenzó puntualmente a las 11:00 de la mañana del día siguiente. Diez hombres ocupaban los asientos en torno a una mesa ovalada de conferencias. Heyder Moslehi, de sesenta y cuatro años y superviviente de numerosos cambios de gobierno, presidía la reunión.

Llamaron suavemente a la puerta. Moslehi se levantó, se acercó, abrió y abrazó a un hombre de su misma edad, de rostro agradable y abierto. De inmediato, la asamblea se puso en pie como un solo hombre y aplaudió cuando Hassan Rouhani, el recién elegido presidente de Irán, entró, buscó una silla vacía y tomó asiento.

—Espero no estar interrumpiendo —dijo.

—Todo lo contrario, señor presidente. Es un honor para nosotros —respondió Moslehi—. ¿Está seguro de que no quiere ocupar la presidencia?

—Dieciséis años fueron más que suficientes, gracias. —Rouhani había ocupado el puesto de Moslehi desde 1989 hasta 2005, cuando se convirtió en el principal negociador de armas nucleares de Irán con Occidente. A diferencia de su predecesor, Mahmoud Ahmadinejad, Hassan Rouhani era conocido como un moderado, decidido a tender puentes entre la República Islámica y Occidente, si podía hacerse dentro de los limitados parámetros de su poder. El consejo ejecutivo era igualmente consciente de que, aunque Rouhani hubiera obtenido el cien por cien del voto popular en las elecciones en lugar del cincuenta y uno por ciento, el único y exclusivo poder – la autoridad *real* en Irán – residía enteramente en manos del Líder Supremo, el Gran Ayatollah Jamenei, y que, si bien Rouhani resultaba mucho más aceptable que su estridente predecesor, a fin de cuentas eso cambiaba poco las cosas.

—Caballeros —comenzó Moslehi, una vez que todos volvieron a sentarse—. Confío en que todos hayan leído la transcripción del

interrogatorio.

Hubo asentimientos en torno a la mesa, incluido el del presidente Rouhani.

—Rahman —dijo, volviéndose hacia un hombre uniformado cinco años más joven—. Lleva usted al frente de la escolta personal del Líder Supremo... ¿cuánto tiempo?

—Década y media, señor presidente.

—¿Cuántos atentados ha habido contra su vida?

—Nueve que sepamos. Ninguno con éxito, alabado sea Alá.

—¿Todos desde dentro del país?

—Sí, excelencia.

—¿Le preocupa lo que ha leído?

—Por supuesto, excelencia. Por muchas razones. En primer lugar, ni siquiera el árabe sabía si la amenaza provenía de un hombre o de una mujer. Especialmente peligroso en una nación como la nuestra, donde las mujeres se han vuelto más... conservadoras.

—Quiere decir que se ocultan bajo un *chador* —dijo Yousef Abbasi, a sus treinta y cinco años el más joven del grupo. No fingía comulgar con lo que consideraba las hipócritas pseudocostumbres de los fundamentalistas que dirigían el país. Aun así, no lo habían purgado porque era ferozmente leal a su país, para bien o para mal, y porque había forjado relaciones con la oposición, que un gran número de iraníes creía que aguardaba para volver al poder cuando cayera el gobierno actual.

—Cierto —dijo el presidente de la reunión—. Una persona así no solo sería capaz de cambiar de identidad sexual, sino también de aparentar distintas edades y otras características. Aunque no tenemos ninguna indicación en un sentido u otro a partir de los despojos que obtuvieron nuestros amigos de Hezbolá, podemos suponer que el riesgo proviene de un extranjero.

—El peor escenario posible. La pregunta es cómo hacemos frente a semejante amenaza. ¿Es eso lo que se está planteando, señor presidente?

—En efecto. Saeed, usted es el jefe de reclutamiento. ¿Con qué recursos contamos en nuestro servicio?

—Cincuenta agentes, bien entrenados según los criterios iraníes.

—¿Y según los criterios internacionales?

—¿Se refiere a la DGSE, el SIS...?

—O mejor.

—¿Qué quiere decir con «o mejor», señor presidente? —La pregunta la formuló Ghasem Habib, de setenta años, el miembro de más edad, un legendario veterano retirado de la SAVAK y ahora consultor del gobierno islámico. Conocía la respuesta, como todos los demás.

Se hizo el silencio en torno a la mesa.

Saeed Paria, al igual que Habib, sabía exactamente a qué se refería el presidente.

—Ninguno —respondió.

—Caballeros —dijo el presidente Rouhani en voz baja—. Todos estamos andándonos con rodeos y todos sabemos exactamente lo que se está diciendo. ¿Quieren que lo diga yo? Muy bien, lo diré. Por muy bueno que sea nuestro servicio y por muy orgullosos que estemos, solo hay un servicio de contrainteligencia capaz de hacer frente a esta amenaza: la agencia de un estado que ni siquiera fingimos mencionar por su nombre porque no existe.

Nadie mostró sorpresa ni ira. Rouhani era, ante todo, un profesional. Sabía que, independientemente del país, la ideología o la naturaleza de los amigos o enemigos políticos del momento, quienes pertenecían a su círculo formaban una comunidad muy unida, llena de respeto incluso por los peores «enemigos», ya que los agentes del orden de todo el mundo se consideraban los «buenos», unidos contra los «malos».

—¿Cómo nos acercaríamos siquiera a ellos? —La pregunta era de Omid Ghormani, en apariencia un mediocre burócrata de mediana edad sin nada especial, pero en realidad el maestro de espías más astuto del servicio.

—¿Qué alternativa tenemos? Admitamos, aunque solo sea en torno a esta mesa, que quizá no podamos con esto solos —comentó el presidente. En ese momento llamaron suavemente a la puerta—. Adelante —dijo Moslehi.

Dos mujeres, silenciosas como fantasmas, con las cabezas cubiertas respetuosamente, se acercaron a la mesa y dispusieron once juegos de té de plata y pequeños platos de porcelana en torno a ella. Salieron de la sala, pero regresaron unos instantes después empujando un carrito con tres bandejas de pasteles y cinco teteras llenas. Una vez que se marcharon, los hombres reanudaron la conversación.

—Que sepamos, su gobierno podría estar detrás del plan —comentó Habib.

—Es posible —respondió Moslehi—. ¿El último judío del Tercer Reich?

—Conozco bien la historia —dijo el presidente Rouhani. No solo era político, clérigo, abogado y académico, sino que también dominaba el inglés, el alemán, el francés, el ruso y el árabe, además de su persa nativo—. Aunque Hitler proclamó públicamente que quería un mundo *Judenfrei*, eso era lo *último* que deseaba. Mientras tuviera judíos como chivos expiatorios, podía aferrarse al poder y al control desviando la ira y el odio de las carencias de su propio gobierno. Señor presidente, coincido con usted. Irán necesita al archienemigo sionista e Israel necesita la amenaza nuclear iraní, no porque exista posibilidad alguna de destrucción mutua asegurada por parte de ninguno de los dos estados, sino porque todo líder político de cualquier nación del mundo necesita un objetivo más allá de sus fronteras. Creo que podemos coincidir en que *no* le conviene a Israel, bajo ninguna circunstancia, que el imán sea eliminado.

—¿Y los grupos extremistas? —preguntó Abbasi.

—Siempre habrá grupos extremistas, mi joven amigo —comentó Habib—. ¿Tienes idea de qué porcentaje de la población de un país ha logrado impulsar revoluciones en los últimos cien años? La respuesta puede sorprenderte, Yousef. *El uno por ciento*.

—No me lo creo —replicó Abbasi—. La Revolución iraní que derrocó al Sha fue...

—El diez por ciento de la población —dijo Habib—. Diez veces la media.

—¿Puede ser eso cierto, señor presidente? —preguntó Abbasi.

—Puede serlo y lo es —respondió Moslehi—. No me cabe duda de que hay movimientos minoritarios en Israel dispuestos a arrastrarnos a una guerra devastadora, pero la mayoría nunca lo permitirá. Están demasiado ocupados provocando a los palestinos en su propio territorio.

—Ah, sí, nuestros venerados luchadores por la libertad palestinos —comentó el presidente—. ¿Os habéis fijado alguna vez en cuántas tropas ha enviado el mundo árabe, o incluso nosotros los persas, para ayudar a nuestros hermanos palestinos cuando nos han necesitado? —Hubo miradas de complicidad alrededor de la mesa—. Exactamente ninguna —continuó—. Condenamos a los israelíes y enviamos armas a los oprimidos palestinos, pero ni un solo iraní o árabe ha derramado jamás una gota de su propia sangre para destruir a los israelíes por el bien de los palestinos y del mundo.

—Caballeros —dijo Moslehi—, ¿estamos de acuerdo en *qué* debemos hacer? —Asentimientos generales sin una sola voz disidente—. La moción queda aprobada por unanimidad —continuó el presidente—. Ahora las preguntas son *cómo* establecemos contacto y *dónde*.

—Hay algo que sí puedo responder —dijo Abbasi—. El *cuándo* debe ser cuanto antes, porque el acto que planean bien podría ser inminente.

~ ~ ~

Irán e Israel se niegan a reconocer mutuamente su existencia legítima. Egipto y Turquía mantienen relaciones diplomáticas con ambos. Arabia Saudí e Israel mantienen contactos secretos a través de canales extraoficiales.

Hasta la llegada al poder del gobierno islamista de Recep Tayyip Erdoğan en 2002, Israel y Turquía compartían una alianza estratégica. Los estamentos militares de ambas naciones aún cooperan estrechamente, y los turcos laicos deploran la congelación de las relaciones turco-israelíes tras el incidente del *Mavi Marmara*. Del mismo modo, el Estado judío disfrutó de relaciones cordiales con su gigantesco vecino Egipto hasta el derrocamiento de Hosni

Mubarak el 11 de febrero de 2011, y parecía encaminarse hacia un *modus vivendi* tras el golpe militar que derrocó al sucesor de Mubarak, Mohammed Morsi, en el verano de 2013.

Nadie niega que Turquía ejerce una influencia estabilizadora en la región. Como un hermano mayor sensato, Turquía busca mediar en las diferencias en lugar de exacerbarlas. Los turcos no son árabes, como parecen creer los occidentales, ni tampoco persas. Son otomanos, originarios de las estepas de Asia Central, guerreros *sin par* y actuales custodios de la encrucijada de la historia.

~ ~ ~

La antigua y polvorienta ciudad esteparia de Ankara solo adquirió relevancia en la década de 1920, cuando Kemal Atatürk convirtió aquel lugar perdido en medio de la nada en la capital de la nueva República Turca. Nadie diría jamás que Ankara es una ciudad hermosa, ni siquiera con encanto. Cuatro millones y medio de personas viven en ella, pero la única industria real de Ankara es *ser capital*. Para los turcos, «La Ciudad» es Estambul.

Ankara se asienta en una cuenca de la estepa, a 945 metros sobre el nivel del mar. Atatürk Bulvari, la arteria principal de la ciudad, asciende en dirección sur canalizando la mayor parte del tráfico rodado de Ankara, bordeando hoteles de lujo y la embajada estadounidense camino de la cima de la cresta, apenas poblada de árboles. Çankaya, el distrito más adinerado de Ankara, se extiende por las zonas altas de la ciudad. La Casa Rosa, residencia del primer ministro, se encuentra en Çankaya, al igual que la Torre Atakule, que hasta principios de los años ochenta había albergado el Club de Oficiales de la Fuerza Aérea estadounidense.

En lo alto de Atatürk Bulvari, la carretera principal prosigue hacia el este desde la Casa Rosa, serpenteando colina abajo hacia el centro de la ciudad. Por el camino atraviesa la zona residencial de Gazi Osman Paşa.

El número 5 de İçaçan Sokak ocupa la esquina noreste del cruce de las calles İçaçan y Kader. Es un edificio de construcción sólida, de tres plantas desde el nivel de la calle —cuatro si se cuenta el sótano

—, que alberga una pizzería de barrio.

El 10 de noviembre fue un día típico de finales de otoño en la capital turca: gris, frío, sin siquiera una ligera brisa que agitara los arbustos. En verano, la vista desde el 5/4 de İçaçan Sokak, el apartamento más alto, es espléndida. Toda la ciudad se extiende a sus pies. Pero cada 15 de octubre el gobierno ordena encender la calefacción en toda la ciudad, y como en Ankara se calienta con carbón blando, el resultado es una densa capa de hollín que impide ver más allá de la mitad de la cuenca.

Los cinco hombres se reunieron en el apartamento 4 a las 10:00 de aquella mañana. El turco que había organizado el encuentro sirvió aperitivos y vasos de agua mineral embotellada. La estancia más grande del apartamento, el salón, contenía un sofá modular de tres piezas, una mesa de centro con tapa de cristal y dos butacas frente al sofá. Heyder Moslehi y Yousef Abbasi formaban la delegación persa. El *Mossad* y el *Shin Bet* estaban representados por sus respectivos directores adjuntos. El turco se sentó en el comedor contiguo, lo bastante cerca para oír, pero sin participar en la reunión.

—Caballeros —comenzó Moslehi—, no puedo expresarles cuánto les agradezco personalmente que se hayan reunido con nosotros. Huelga decir que esto trasciende la retórica política.

El jefe del Mossad asintió con deferencia. Heyder Moslehi era un hombre de reputación consolidada en la comunidad de inteligencia: sereno, racional y honorable, que habría llegado lejos en cualquier servicio del mundo.

—Deben saber lo difícil que es para una nación soberana admitir ante otra, y ante un enemigo declarado además, que aunque nos consideramos insuperables en muchos campos, este es un terreno en el que francamente necesitamos su ayuda.

—Lo entiendo, ministro Moslehi —dijo el hombre del Mossad—. No hacen falta explicaciones. Pertenecemos a la misma hermandad. Vayamos al grano.

—Ustedes los israelíes son la gente más directa del mundo —dijo Abbasi—. Nadie los ha acusado jamás de ser los más diplomáticos. —Sonrió para indicar que intentaba aligerar una situación de

extrema gravedad.

—Cierto —dijo el representante del Shin Bet—. Somos los mejores del mundo en ganar todas las guerras y perder todas las oportunidades de paz.

—Caballeros —continuó Moslehi—, ¿han visto la transcripción de la «confesión», por llamarla de algún modo?

—Así es —respondió el hombre del Mossad—. No hay mucho con qué trabajar. Un objetivo. Sin fecha, hora, lugar ni circunstancia. Un asesino profesional caro que podría ser hombre o mujer, joven o viejo, sin nombre y con una cuenta numerada en las Islas Cook. Cinco patrocinadores. No tenemos ni idea de quiénes son ni qué razones comparten. Esto no es solo buscar una aguja en el proverbial pajar, es buscar una aguja dorada en un pajar a oscuras cuando hay quinientas agujas plateadas en ese mismo pajar. Su gente no nos lo pone fácil.

—Es todo un reto —dijo Abassi.

—¿Quién es su mejor agente? —preguntó el representante del Shin Bet.

—¿En el terreno o en el cielo? —respondió Moslehi. El agente de campo era quien estaba en el terreno; su supervisor, quien estaba en el cielo.

—Ambos. Necesitaremos acceso a cada uno de ellos.

—Omid Ghormani.

—Un buen hombre —dijo el agente del Shin Bet—. ¿Y en el terreno?

—Manucher Tabrizi.

—No me suena —dijo el agente del Mossad.

—Eso es lo mejor, ¿no? —respondió Moslehi—. Como el Asesino, nunca lo distinguirían entre la multitud. ¿Tienen a alguien concreto en mente para este trabajo, caballeros?

Los israelíes se miraron. El más joven de los dos, el del Shin Bet, asintió.

—No es Mike Harari.

—Me lo imaginaba —dijo Abassi, esbozando una sonrisa genuina—. Tendría ochenta y ocho años. Ya le pesan los años para esto.

—Nuestro hombre es una combinación de Tabrizi y Ghormani —respondió el del Mossad—, pero, si me permiten añadir con típica arrogancia israelí, es mejor que los dos juntos. Quizá sea mejor que no diga nada más sobre él, salvo que si lo vieran por la calle jamás sospecharían lo bueno que es.

—¿Cómo lo reconoceremos? —preguntó Abassi.

—No lo harán hasta que lo conozcan. Aunque es muy caro.

—No esperábamos menos —dijo Moslehi—. Ni que sus agencias hicieran esto por amor a los dirigentes iraníes. ¿Cuánto?

—Seguiremos pagándole su salario con nuestros propios fondos —respondió el jefe del Mossad—. Tendrían que proporcionarle un pequeño apartamento y reembolsarnos los gastos de manutención, a menos que corran con ellos directamente. El mayor gasto sería su única adicción aparente.

—¿Cuál?

—Nunca he visto a nadie beber tanta agua Pellegrino. Apostaría a que se bebe dos cajas por semana.

Las risas de los cuatro fueron la camaradería de hombres aliviados a quienes acababan de conceder un respiro de sus peores temores. El hielo se había roto y el turco les trajo una botella de un litro de *rakı*, el legendario aguardiente turco, y una jarra de agua para añadir a la copa de cada uno.

Durante las dos horas siguientes, los cuatro hombres, ya unidos como equipo, escucharon en un iPad la grabación de la confesión, leyeron las notas transcritas por el técnico en Teherán y se enzarzaron en preguntas, sugerencias, teorías y lluvia de ideas. Transcurrido ese tiempo, indicaron a su anfitrión que estaban listos para partir en vehículos separados hacia el aeropuerto de Esenboğa, a 27 kilómetros al noreste de la ciudad.

Moslehi habló en nombre de todos para agradecer al turco la inestimable asistencia de su gobierno en la organización del encuentro. También le agradeció personalmente por ofrecer el lugar perfecto para la reunión y por ser un anfitrión impecable.

—¿Pertenece al Servicio Exterior? ¿Es funcionario de las fuerzas del orden?

—Nada tan impresionante, me temo —el turco de mediana edad sonrió—. Solo soy un simple hombre de negocios a quien ha sido un placer ayudarles.

—No es asunto mío, y desde luego no tiene por qué responder si no quiere, pero me gustaría recomendarlo ante su primer ministro y su presidente.

—No tengo inconveniente, y le agradezco sus amables palabras —respondió el turco—. Me llamo Mustafa Karaca.

~ ~ ~

Esa misma noche, los cinco empleadores del Asesino habían recibido una grabación de toda la reunión.

~ ~ ~

Aunque la vida personal de Ezra Caen había sido, al menos en su opinión, un desastre, su carrera profesional, apenas conocida fuera de los altos mandos de la comunidad de inteligencia internacional, había sido una sucesión de éxitos. Sus compatriotas israelíes lo conocían como הבטלן (*V'havtel*) y sus colegas franceses como *le bûcheur*: el Trabajador Incansable. El apodo ocultaba su constante serie de golpes antiterroristas, tanto dentro de los servicios israelíes como fuera de ellos.

Ezra Caen carecía de la imponente corpulencia que evocaba la imagen tradicional de la autoridad policial. No tenía la labia con que tantos detectives jóvenes de la nueva hornada podían intimidar y acosar a un testigo hasta hacerlo llorar. Pero estas carencias, si es que lo eran, no le importaban lo más mínimo. Ezra sabía que la mayoría de los delitos en cualquier sociedad se cometen contra la gente corriente, o son presenciados por ella: el tendero, el conserje, el peluquero, el cartero, el dependiente. Y él sabía hacer que esa gente le hablara.

Eso se debía en parte a su estatura. Medía poco más de metro sesenta y cinco. En muchos sentidos encajaba con la caricatura del marido calzonazos, cosa que había sido hasta que Galit lo dejó. Vestía de forma anticuada y su actitud era tan desaliñada como la

ropa que llevaba. Cuando pedía información a un testigo, su manera era tan distinta de la que exhibían la mayoría de los detectives jóvenes que los testigos, sin darse cuenta, se sentían atraídos hacia Ezra como refugio del trato brusco que habían recibido de otros.

Pero había algo más. Había sido el poli de más rango en numerosas agencias desconocidas durante más de veinte años. Tras su mansedumbre y aparente simpleza se ocultaba un cerebro astuto y una negativa obstinada a dejarse intimidar, amedrentar o alterar por nadie cuando tenía un trabajo entre manos. Lo habían amenazado algunos de los criminales más despiadados, incluidos jefes de bandas, en más de un país, quienes habían interpretado el rápido parpadeo con que Ezra Caen recibía tales aproximaciones como señal de que el pequeño detective había tomado debida nota de sus advertencias. Solo después, desde una celda de prisión, habían tenido ocasión de comprender que habían subestimado aquellos ojos castaños y suaves, y aquella mirada que parecía mezclar simpatía y miedo.

A pesar de la bien ganada fama que tenían las diversas agencias de inteligencia de competir ferozmente entre sí, los israelíes, como prácticamente cualquier otro servicio de inteligencia del mismo bando en política internacional, comprendían el valor del «hoy por ti, mañana por mí». A partir de finales de los noventa, numerosas agencias de varios países enviaron a sus mejores cerebros a otros servicios en distintos países, a menudo durante largas temporadas. *El Trabajador Incansable* era enviado con frecuencia a agencias de este tipo en Estados Unidos y Europa.

Aunque los dos éxitos públicos más célebres de Ezra Caen fueron su papel decisivo en la Operación Alliance Base de 2002, junto con la CIA estadounidense y la DGSE —que culminó con el arresto de Christian Ganczarski, un ciudadano alemán de ascendencia polaca convertido al islam y líder de alto rango de al Qaeda—, y la liberación en 2004 de dos periodistas franceses, Georges Malbrunot y Christian Chesnot, que habían permanecido secuestrados durante 124 días en Irak, su mayor fuente de satisfacción personal —aparte de aquella vez que rescató a doce niños de un autobús escolar en

llamas— fue algo que jamás se había hecho público ni había aparecido en ningún periódico, revista o programa de televisión. Entre 2005 y 2012, había frustrado más de ocho atentados terroristas en distintos países, algunos aliados de Israel, otros no.

Ezra Caen no se preocupó ni se sorprendió especialmente cuando recibió una citación para asistir a una reunión conjunta de los jefes del *Mossad, Sayeret Matkal, Aman, Shabak* y *Shin Bet.* No había hecho nada que mereciera una reprimenda seria y sabía que, de vez en cuando, los servicios conjuntos de inteligencia y acción colaboraban cuando un caso era especialmente delicado o importante. Sentía más curiosidad que otra cosa.

A las doce del mediodía del 13 de noviembre, Caen entró en la sala donde se celebraría la reunión. Cuando llegó, los cinco jefes ya estaban sentados.

—Buenas tardes, Ezra —dijo sin preámbulos el hombre que lo había reclutado en su día, ahora jefe del Mossad—. Tenemos una misión bastante singular para ti, que exigirá todos tus años de astucia e iniciativa y que es más delicada que cualquier caso que hayas llevado. Nuestros agentes internos ya han preparado tu equipaje y te espera en el aeropuerto Ben Gurion. —El reloj de la pared marcaba las 12:05—. El vuelo 787 de Turkish Airlines despega hacia Estambul a las 3:45 y aterriza a las 6:00. El Turkish 878 sale a la 1:10 de la madrugada de mañana. Llegarás a tu destino tres horas y media después.

Ezra miró el billete que el jefe acababa de entregarle. Su rostro permanecía impasible.

—¿Cuánto tiempo estaré allí?

—Hasta que el trabajo esté hecho.

—¿Puedes explicarme de qué trata esta misión?

—Puedo —dijo su superior. Y lo hizo.

Capítulo 8

La «hermana Mary Salvatore» se sintió extrañamente inquieta cuando el hombre que iba detrás de ella esperó a que tomara asiento en el 6A, le hizo una leve reverencia y pasó junto a ella camino de su asiento, en algún lugar de la parte trasera del avión. El vuelo desde el Aeropuerto Internacional Atatürk hasta IKA iba medio vacío, así que cada pasajero podía estirarse y dormir hasta que el avión aterrizara.

La Asesina no lograba entender por qué aquel hombre la había perturbado tanto ni por qué había sentido un escalofrío repentino. No era ni alto ni bajo. Por un instante fugaz, pensó que si fuera mujer, se parecería mucho a ella, salvo por el cabello ralo y fino, con la coronilla calva. Sus gafas no eran ni elegantes ni favorecedoras, y su atuendo tenía un aire descuidado. Un momento después, se olvidó por completo del tipo, se recostó y ya había caído en un sueño ligero cuando el A-320 despegó.

~ ~ ~

Cuando desembarcaron a las 4:00 de la madrugada, la Asesina notó que a aquel hombre lo recibía otro de edad similar. Mientras ella hacía cola para que le sellaran el pasaporte, el hombre mostró un tarjetero al funcionario de aduanas, que dejó pasar a ambos sin revisar ningún documento.

—¿Hermana Mary Salvatore? —preguntó el agente de pasaportes, mirando los documentos, luego su rostro y de nuevo los documentos —. ¿Es usted de Zimbabue? Pero pensaba que todos los que quedaban allí eran negros.

—Estuve en el Orfanato de las Hermanas de la Misericordia, a las afueras de Harare. Lo incendiaron el mes pasado y las autoridades me aconsejaron que sería mejor abandonar el país por un tiempo.

—Pero ¿por qué la República Islámica de Irán, hermana?

—Hay quince mil católicos aquí y mi Madre Superiora me dijo que sabrían aprovechar mis servicios. —Sacó una carta del bolso—. Estoy segura de que el cardenal Tauran avisó al gobierno de mi llegada.

El funcionario de aduanas echó un breve vistazo a la carta, escrita en un idioma que no entendía, miró una vez más la fotografía y la comparó con el rostro que tenía delante. Sin duda era la misma persona. Llevaba la cabeza cubierta, como prácticamente todas las monjas de las órdenes católicas, lo cual no tenía nada de extraño.

—¿De qué orden es usted, hermana? —preguntó.

—Dominica.

—Gracias. Intentamos dar cabida a todas las religiones, hermana. Puede pasar. Que tenga una estancia agradable en la República Islámica.

La monja se dirigió a la zona de recogida de equipajes, donde cogió dos maletas blandas de tamaño mediano, las colocó en un carrito cercano y pasó por el punto de inspección secundaria sin nada que declarar. Llevó el carrito hasta la parada de taxis, paró uno y abandonó el aeropuerto.

Había reservado en el Hotel Firouzeh. La habitación individual costaba unos modestos 300.000 riales, 24 dólares, por noche. Aunque sencilla, estaba limpia, tenía ducha privada y quedaba céntrica, en el callejón Dolat Abbadi, junto a la calle Amir Kabir, repleta de hoteles, a cuatro manzanas de la plaza Imam Jomeini.

La hermana Mary Salvatore, que había disfrutado de dos noches de descanso en Estambul y una siesta de tres horas en el avión, no necesitaba dormir más. Se tomó cinco minutos para refrescarse y luego deshizo las maletas. Extrajo una bolsa de nailon que apenas ocupaba espacio, enrollada y metida en el fondo de una de las maletas. Metió en la bolsa el resto de su arma, veinte cartuchos y dos balas explosivas.

Poco después, «Meneer Hostetler» salió vestido con ropa informal, bajó en el ascensor hasta el pequeño vestíbulo y preguntó al recepcionista de turno dónde podía alquilar un coche. El empleado le indicó una agencia de alquiler económica cercana. Hostetler, que dos semanas antes, al partir, había usado un cúter para recortar con

cuidado la página con el sello de salida de Irán, mostró al agente su pasaporte, su carné de conducir namibio y su Permiso Internacional de Conducción en vigor. El coche más barato disponible era un Samand de cuatro años.

—¿Sabe conducir con cambio manual, señor? —preguntó el agente.

—Por supuesto. ¿El coche es ese sedán gris de ahí enfrente?

—Ese es.

—Tiene bastantes abolladuras.

—Eso pasa en Teherán. ¿Ha conducido antes por nuestra ciudad?

—Sí —dijo la Asesina—. El tráfico de Teherán es razón suficiente para contratar un seguro a todo riesgo. Aparte del aspecto, ¿funciona bien mecánicamente?

—Por supuesto. ¿Cuánto tiempo lo necesitará?

—Cinco días.

—Si lo alquila por una semana o más, el kilometraje es ilimitado. ¿Quiere alquilar también un GPS?

—Sí, por favor.

En diez minutos, el agente rellenó el papeleo, la Asesina firmó el contrato y «él» condujo hasta un aparcamiento público cerca de la *Terminal-e-jonoob*, donde había guardado la bolsa de lona con el trípode, la mira telescópica, el cañón del arma, el silenciador y los accesorios. Sacó la bolsa de lona y regresó al aparcamiento del que había venido.

Conducir en Teherán era caótico, sin duda, pero la Asesina iba media hora por detrás del tráfico matutino más intenso mientras tomaba la carretera de circunvalación hasta la Autopista 7, la Autopista de Qom. Meneer Hostetler se detuvo en Shahr-e-Rey, un suburbio del sur, donde compró una bolsa de red, un paquete de dos tubos de pegamento extrafuerte, un martillo, unos clavos, una barra pequeña de pan, dos manzanas, unas lonchas de fiambre y dos melones persas. La Asesina lo metió todo en el maletero. En una gasolinera cercana, «Hostetler» llenó el depósito del Samand y revisó los neumáticos, así como los niveles de aceite y agua.

La Asesina siguió hacia el sur por la Autopista 7 durante varios kilómetros hasta llegar a una carretera secundaria a medio camino

entre Teherán y Qom. Se desvió de la carretera principal y se dirigió al este, hacia el semidesierto del *Dasht-e-Kavir*. Una carretera secundaria más estrecha subía hacia las colinas. La Asesina no había visto ni un solo pueblo desde que se había desviado de la carretera principal.

Una vez en las colinas, llegó a un pequeño bosquecillo de robles arbustivos, suficiente para sus propósitos. Aquel día de finales de noviembre no hacía calor y solo soplaba una brisa suave. La Asesina detuvo el Samand junto a un grupo de matorrales, apagó el motor y esperó a la sombra del bosquecillo, escuchando el crepitar del bloque del motor mientras se enfriaba. A lo lejos, oyó el arrullo de una paloma.

Poco después, salió del coche, abrió el maletero, colocó la bolsa de lona y la bolsa de nailon más grande sobre el capó y fue encajando las piezas del rifle una por una. Se guardó el silenciador en un bolsillo del pantalón y la mira telescópica en el otro. Volcó los veinte cartuchos de la caja en un bolsillo del pecho, y las dos balas explosivas, envueltas en papel de seda, en el otro.

Cuando terminó de ensamblar el rifle, la Asesina volvió al maletero. Sacó los dos melones persas, la bolsa de red, el martillo y los clavos. Dejó uno de los melones en el suelo, cerca de la rueda trasera izquierda del coche, y llevó el otro melón, la bolsa de red, el martillo y los clavos hasta el roble más alto de los alrededores.

Metió el melón en la bolsa de red y dejó ambos en el suelo frente al árbol. Clavó uno de los clavos en el tronco, a un metro ochenta del suelo, y colgó las asas de la bolsa del clavo. Una vez suspendido, el melón parecía una cabeza humana cercenada. A ciento treinta y siete metros, cumpliría su función.

Desde el árbol, recorrió con la vista de izquierda a derecha hasta encontrar un sendero que ascendía lo que calculó serían unos ciento treinta y siete metros, hasta una meseta. Perfecto. Con el clavo restante y el martillo, contó ciento treinta y siete pasos —aproximadamente un tercio del camino hacia la planicie— y clavó el clavo en el suelo. Regresó al rifle, que estaba apoyado sobre el capó del coche.

Instalar el silenciador fue fácil: lo enroscó en el cañón hasta que quedó bien ajustado. La mira telescópica encajó perfectamente sobre el cañón. De vuelta en la meseta, echó hacia atrás el cerrojo e introdujo el primer cartucho en la recámara. Miró por la mira entornando los ojos y buscó el objetivo colgante en el extremo opuesto del claro. Cuando lo localizó, le sorprendió un poco lo grande y nítido que se veía. De haber sido la cabeza de su objetivo, habría parecido estar a no más de nueve metros. Podía distinguir las líneas de las cuerdas de la bolsa de red.

La Asesina ajustó ligeramente la postura, se apoyó en un afloramiento rocoso cercano para estabilizar la puntería y volvió a entornar los ojos. Los dos hilos cruzados de la mira telescópica no parecían del todo centrados, así que extendió la mano derecha y manipuló los dos tornillos de ajuste hasta que la cruz quedó correctamente alineada. Apuntó con cuidado al centro del melón y disparó.

El retroceso no fue fuerte. El amortiguado «*phut*» del silenciador no habría llegado ni a cuatro metros y medio. Con el arma bajo el brazo, volvió hacia el roble y examinó el melón. Cerca del borde inferior izquierdo, la bala había rozado la piel de la fruta, había roto parte de la cuerda de la bolsa y se había incrustado en el árbol. Subió de nuevo por la pendiente hasta el terreno llano y disparó una segunda vez, sin tocar el ajuste de la mira telescópica.

El resultado fue el mismo, con menos de un centímetro de diferencia. Probó tres disparos más sin mover los tornillos de la mira telescópica. Estaba convencida de que su puntería era buena, pero la mira hacía que los disparos fueran bajos y ligeramente a la izquierda. Ajustó los tornillos.

El siguiente disparo fue alto y hacia la derecha. Para cerciorarse, volvió a caminar hasta el árbol y examinó el agujero de la bala. Había penetrado la esquina superior derecha del melón. Probó cuatro disparos más con la mira todavía ajustada a esta nueva posición. Todas las balas impactaron en la misma zona. Finalmente, reajustó la mira una pizca.

El noveno disparo atravesó limpiamente lo que, de haber sido el

melón una cabeza humana, habría sido la frente. Exactamente donde había apuntado. Caminó hasta el objetivo por tercera vez. Cogió un trozo de roca porosa del desierto y marcó las zonas alcanzadas por las balas: el pequeño grupo a la izquierda y abajo, el segundo grupo en el cuadrante superior derecho, y el agujero limpio en el centro de la frente del muñeco.

A partir de entonces, perforó sucesivamente donde habrían estado los ojos, el puente imaginario de la nariz, el labio superior y el mentón. Giró el objetivo a una posición de perfil y empleó los últimos seis disparos en lo que percibía como la sien, la oreja, el cuello, la mejilla, la mandíbula y el cráneo. Todos dieron en el blanco.

Satisfecha con el arma, anotó la posición de los tornillos de ajuste de la mira telescópica. Sacó los dos tubos de pegamento del bolsillo y dejó caer una gota de líquido de cada tubo sobre las cabezas de ambos tornillos de ajuste y la superficie adyacente. Una vez más, regresó al coche. Durante la siguiente media hora fue arrancando trozos del pan de grano grueso y alternando entre un trozo de pan, un bocado de manzana, otro trozo de pan y una loncha de carne. Se adentró hasta quedar detrás de un árbol, se desabrochó el cinturón, se bajó los pantalones, se puso en cuclillas y se alivió.

Cuando regresó al rifle, el cemento ya se había endurecido. La mira estaba calibrada para su vista con esa arma en particular a ciento treinta y siete metros, con precisión absoluta.

Volvió a la cima de la pendiente con el arma. Una vez en la meseta, sacó una de las balas explosivas del otro bolsillo del pecho, la desenvolvió y la introdujo en la recámara del rifle. Apuntó con especial cuidado al centro del melón y disparó.

Mientras la última voluta de humo azul se disipaba del extremo del silenciador, la Asesina llevó el rifle al coche, lo dejó sobre el capó y caminó hacia el roble. La bolsa de red colgaba flácida y casi vacía contra el tronco acribillado del árbol. El melón que había absorbido veinte proyectiles de plomo sin hacerse pedazos se había desintegrado. Partes de él yacían esparcidas en el suelo frente al árbol. Pepitas y jugo chorreaban por la corteza. Los fragmentos

restantes yacían rotos en el extremo inferior de la bolsa de red.

La Asesina retiró la bolsa y la arrojó a la maleza. El objetivo que había contenido no era más que pulpa informe. La Asesina hundió el clavo más en el tronco hasta que, desde metro y medio o más, parecía un bulto nudoso en la corteza.

De vuelta en el coche, desmontó el rifle, que para entonces estaba completamente frío al tacto. Pasó casi una hora limpiando con cuidado cada parte del arma y engrasando las piezas móviles con aceite ligero que había guardado en la bolsa de lona. Después envolvió meticulosamente cada pieza en el plástico de burbujas en el que había estado protegida. Colocó algunas piezas en la bolsa de nailon y otras, junto con el aceite y los trapos con los que había limpiado el rifle, en la bolsa de lona.

«Agripina» se acercó al melón persa que quedaba, lo abrió con las uñas del martillo y comió la mayor parte de la deliciosa fruta. Después limpió el martillo con la manga de la camisa, lo metió en la bolsa de lona, cerró las cremalleras de las dos bolsas, las colocó en el maletero del Samand y condujo de regreso hacia Teherán.

Llegó a la ciudad poco antes de las 16:00, justo antes de la hora punta, aparcó el coche en un parking cerca de la estación de autobuses del sur, guardó las dos bolsas en la consigna y condujo hasta un aparcamiento cerca del Hotel Firouzeh. Como «Meneer Hostetler» no había devuelto las llaves a la recepción esa mañana, no había necesidad de recogerlas del empleado de turno. Hostetler y el empleado se saludaron con un gesto de cabeza. El huésped tomó el ascensor hasta el tercer piso, salió y entró en la compacta habitación individual de «Hermana Mary Salvatore».

La Asesina se duchó, se acostó en la estrecha cama y durmió hasta las nueve de la noche. Entonces, vestida con el hábito de monja, bajó en el ascensor hasta el vestíbulo y disfrutó de una comida persa de *chelaw kebab* en un restaurante de la cercana calle Amir Kabir.

~ ~ ~

El Ministro de Inteligencia y Seguridad Nacional estaba sentado a su escritorio aquella mañana, mirando por la ventana hacia el patio

bajo la grandiosa sede del Ministerio. A su derecha, en el extremo lejano de la calle Amir Kabir, contemplaba el torrente de coches y camiones que circulaban por la plaza Imam Jomeini. Más allá, su mirada se posó en el moderno emblema de la Torre Milad, la cuarta torre más alta del mundo.

Heyder Moslehi había atravesado unos años inestables y desalentadores. Todo era mucho más fácil antes de que Ahmadineyad fuera elegido presidente en 2005. Moslehi había servido como representante del Ayatollah Jamenei ante el *Basij*, la milicia voluntaria de Irán. Cuando Ahmadineyad fue reelegido en 2009, lo nombró su asesor para asuntos clericales.

Dos años después, a «petición» de Ahmadineyad, había dimitido de su cargo. Las relaciones entre el Ministro y el expresidente se habían vuelto gélidas desde entonces. El frío se intensificó cuando el Líder Supremo reinstauró a Moslehi en su cargo, pero los problemas políticos del Ministro recién reinstaurado estaban lejos de terminar. Ahmadineyad se negó a celebrar reuniones de gabinete en protesta por la presencia de Moslehi. Después de abril de 2011, las reuniones de gabinete se celebraron sin Ahmadineyad. El vicepresidente de Irán presidió las reuniones, y el parlamento respaldó a Moslehi como Ministro de Inteligencia. Confiaba en que las cosas cambiarían para mejor con el recién elegido presidente Rouhani.

Esa mañana no tenía la cabeza en la historia pasada. Lo que le preocupaba era cómo plantear a su mentor y patrocinador, el Gran Ayatolá Ali Khamenei, la información que había recibido. De una cosa estaba seguro: jamás podría —ni lo haría nunca— insinuar siquiera al Líder Supremo que su Ministerio había contratado a un agente israelí para colaborar en la búsqueda del presunto Asesino.

Por un momento, sus pensamientos divagaron hacia el enorme atasco que rodeaba la Plaza Jomeini. Conductores furiosos y enloquecidos tocaban el claxon sin parar y lanzaban improperios a los coches y camiones que tenían justo delante en aquel caos. Heyder Moslehi, ministro de Inteligencia y Seguridad Nacional de la República Islámica de Irán, les envidiaba lo simple de sus preocupaciones. Se habría quedado atónito de haber sabido, o

siquiera sospechado, que el Asesino estaba, en ese preciso instante, al volante de un Samand anodino en medio del atasco, rumbo al sur, hacia Qom.

—Bien, ¿qué opina? —preguntó Moslehi, volviéndose hacia Rahman Almotahari, jefe de la guardia personal del Líder Supremo y uno de los mayores expertos de Irán en cuestiones de seguridad, sobre todo en lo tocante a proteger una sola vida de un asesinato. Por eso ocupaba su puesto, y por eso habían fracasado nueve complots conocidos para asesinar al Líder Supremo de la República Islámica de Irán.

—Ghormani, Tabrizi y el israelí tienen razón —dijo con voz neutra, inexpresiva, tajante. Lo mismo podría haber estado comentando el resultado de un partido de fútbol—. Si lo que dice el israelí es cierto, el complot es extraordinariamente peligroso. Todo el sistema de archivos de las agencias de seguridad de Irán, toda la red de agentes e infiltrados que mantiene nuestro ministerio de inteligencia, quedan reducidos a nada ante un extranjero, un forastero, que trabaja completamente solo, sin contactos ni amigos. Y además, un profesional. Como dijo el señor Caen, es el concepto más peligroso que quepa imaginar.

Moslehi jugueteó con su *kufiya,* su tocado, y se volvió despacio hacia la ventana que tenía a su espalda. Tras sobrevivir a numerosas guerras políticas y clericales, no se alteraba con facilidad, pero aquella mañana estaba hondamente inquieto. Durante sus muchos años como devoto seguidor de Ali Khamenei, se había labrado la reputación de hombre duro, de superviviente, y esas cualidades lo habían llevado al sillón ministerial.

En los años transcurridos entre la revolución de Jomeini y la primera década del siglo veintiuno, Moslehi había aprendido a lidiar con las luchas internas por las malas. Hasta este presunto complot, el ministro había tenido la sensación de que la lucha interna más reciente iba remitiendo, con la excepción, claro está, de las declaraciones públicas de cara a la galería de los estadounidenses y sus perros falderos, los británicos y los israelíes. Pese a esas declaraciones, el comercio siempre acababa imponiéndose a la

guerra.

Ahora sabía que los problemas aún no habían acabado. Un grupo de hombres poderosos a los que no conocía había urdido un plan capaz de desgarrar todo el tejido de la República Islámica mediante la muerte de un solo hombre. Algunos países cuentan con instituciones lo bastante estables como para sobrevivir a la muerte de un presidente o incluso de un Líder Supremo como el Gran Ayatolá. Pero Heyder Moslehi era lo bastante astuto como para no hacerse ilusiones: la muerte del ayatolá Ali Khamenei solo podía presagiar una guerra civil.

—Bien —dijo al fin, sin apartar la vista de la enorme torre a lo lejos —, tenemos que decírselo.

El jefe de Seguridad no respondió. Una de las ventajas de su puesto era que uno hacía su trabajo y dejaba las decisiones difíciles a quienes cobraban por tomarlas. No pensaba ofrecerse voluntario para dar la noticia. El ministro se volvió hacia él.

—Muy bien, Rahman. Pediré audiencia esta tarde e informaré al Líder Supremo —la voz de Moslehi sonaba clara y resuelta: había algo que hacer—. Confío en que no haga falta pedirle que guarde absoluto silencio sobre este asunto hasta que haya tenido ocasión de explicar nuestra posición al Líder y él haya decidido cómo desea proceder.

El jefe de Seguridad se levantó, hizo una leve inclinación ante el ministro y se marchó. A solas de nuevo, el ministro de Inteligencia y Seguridad bajó la vista hacia la carpeta manila que contenía el informe y lo releyó por centésima vez. No le cabía duda de que las valoraciones de su «hombre en el cielo», el «hombre sobre el terreno» del Ministerio y el israelí que «no existía» eran acertadas. La confirmación de Almotahari no dejaba lugar a dudas. El peligro estaba ahí, era grave, no podía eludirse, y el Líder Supremo tenía que saberlo.

~ ~ ~

La cita quedó fijada para las cuatro de esa tarde, en cuanto el Líder hubiera terminado sus oraciones de después de comer y despertara

de su siesta. Por un momento, al ministro se le pasó por la cabeza decirle al secretario que lo que contenía la carpeta manila era más importante que una siesta, pero desechó la idea tan pronto como le vino. Nadie se enemistaba con el funcionario de voz suave que tenía acceso permanente al oído del Líder Supremo, y que poseía un archivo privado de información íntima del que se temía más de lo que se sabía.

~ ~ ~

El hombre que custodiaba el sanctasanctórum llamó brevemente a las puertas dobles, abrió una de ellas y se quedó en el umbral. —El ministro de Inteligencia y Seguridad Nacional, mi imán —anunció.

Desde el interior llegó una respuesta amortiguada. El guardia retrocedió, sonrió al ministro, y Heyder Moslehi entró en el estudio privado del Gran Ayatolá Ali Khamenei.

El mobiliario de la estancia era sorprendentemente austero, salvo por una serie de exquisitas alfombras tejidas a mano. A la derecha se abrían tres ventanas altas y elegantes. Una de ellas estaba abierta. El ministro Moslehi oía el arrullo de una paloma y el murmullo de una fuente en el jardín de abajo. En algún lugar bajo los árboles acechaban hombres silenciosos, armados con pistolas automáticas con las que podían volarle el pico a la paloma a veinticinco pasos y dejar intacto el resto de la cara del ave.

Nada en la habitación resultaba llamativo, nada dejaba de ser del mejor gusto. Todo en ella realzaba el orgullo del Imperio Persa. El Líder Supremo de la República Islámica de Irán se levantó y tendió la mano derecha al ministro. Este inclinó la cabeza, besó el anillo del Líder y la alzó de nuevo.

—Bienvenido, Heyder, hijo mío —dijo el ayatolá con su voz, un susurro suave y ronco, secuela de un atentado fallido en sus primeros tiempos —aunque casi logrado— contra su vida.

—Mis respetos, mi imán. Que Alá el Misericordioso le conceda larga vida y paz.

—Me han dicho, mi querido señor ministro, que deseaba verme por un asunto de cierta urgencia. ¿Qué tiene que decirme?

Heyder Moslehi inspiró hondo y comenzó. Explicó de forma breve y directa lo que lo había llevado allí, consciente de que el Gran Ayatolá no apreciaba la oratoria prolija salvo la propia.

Mientras hablaba, el hombre sentado frente a él se fue tensando visiblemente.

El ministro concluyó su mensaje, que había durado poco más de un minuto, con los comentarios de Ghormani, Tabrizi y Almotahari, y evitó cuidadosamente toda mención del agente israelí «inexistente». Y añadió: —Tengo el informe del comité en esta carpeta.

Sin mediar palabra, el Líder alargó la mano por encima del escritorio. Moslehi sacó el informe del maletín y se lo entregó al Líder Supremo.

El Gran Ayatolá Ali *Sayyid* Khamenei sacó las gafas de lectura, se las puso, abrió la carpeta manila y empezó a leer. La paloma del jardín había dejado de arrullar. Heyder Moslehi miró hacia los árboles, luego hacia la lámpara de lectura de latón del ayatolá. El ayatolá leía deprisa. Terminó el informe en menos de cinco minutos, lo devolvió a la carpeta, la cerró y se la entregó a su ministro.

—Bien, querido hijo, ¿qué quieres que haga?

Moslehi respiró hondo, con incertidumbre. Empezó a exponer las medidas que consideraba necesarias: —En mi opinión, mi imán, estas acciones serán imprescindibles si queremos evitar esta amenaza —. Cuando intentó recalcar la gravedad de la situación añadiendo: —Por el bien de la República Islámica... —el Líder Supremo lo cortó en seco.

—Mi querido señor ministro, el bien de la República Islámica exige que no se vea al Líder Supremo amedrentado ante la amenaza de un miserable mercenario, y encima *extranjero*.

El ministro de Inteligencia y Seguridad Nacional de la República Islámica de Irán había perdido. El ayatolá no perdió los estribos, como el ministro había temido. Habló con claridad y precisión, como quien no admite que sus deseos se malinterpreten. —Como Líder Supremo de nuestra República Islámica, más aún, como el *símbolo* mismo de la República Islámica, no puedo ni *debo* dar importancia a la amenaza de quien no merece arrastrarse bajo mis pies como una

serpiente.

Dos minutos después, el ministro Heyder Moslehi abandonó la estancia del Líder Supremo. Saludó al guardia con un gesto sobrio, cruzó la puerta y bajó por la escalera con balcón hasta el vestíbulo.

El guardia pensó: «Ahí va un hombre con un problema de los gordos. Me pregunto qué le habrá dicho el imán». Pero como jefe de guardias, su rostro conservó la misma calma impasible del líder al que había servido durante la última década.

Capítulo 9

—Y eso, amigos míos, fue exactamente lo que dijo el Ayatolá. Se mostró absolutamente inamovible en ese punto —el Ministro tenía aspecto de derrota—. Todavía no estamos del todo seguros de que las conclusiones de nuestros expertos sean ciertas. Se basan en los delirios de un príncipe saudí que fue torturado y después asesinado. Seguimos investigando en los rincones más remotos del mundo. Nuestros agentes, y —añadió, haciendo un gesto hacia Ezra Caen— nuestros amigos «inexistentes», confían en tener algunas respuestas pronto. Pero supongo que hay que admitir que lanzar una búsqueda nacional de un extranjero que podría ser hombre o mujer, joven o viejo, sano o tullido, sería poco realista en estos momentos.

—Además, nuestro Líder Supremo ha ordenado que no haya publicidad, ni búsqueda nacional, ni la menor indicación a nadie fuera de nuestro pequeño círculo de que algo —repito, *algo*— va mal. El Líder Supremo considera que si el asunto trascendiera a los medios de algún modo, todas las naciones empeñadas en destruir nuestro modo de vida se regodearían. Cualquier medida de seguridad adicional se interpretaría, tanto aquí como en el extranjero, como si el Líder Supremo de la República Islámica de Irán se acobardara y se escondiera de un solo hombre, o peor aún, de una sola mujer, y encima extranjera. Eso no lo tolerará. Dejó muy claro que si los detalles, o incluso una impresión general de lo que está pasando, llegan a oídos del público, rodarán cabezas. Nunca había visto al Líder Supremo tan tajante.

—Pero hay que suspender las apariciones públicas. Ninguna hasta que se capture al Asesino —protestó Youssef Abassi.

—No cancelará nada —suspiró Moslehi—. No habrá cambios, ni de una hora, ni de un minuto. Toda la operación debe llevarse a cabo en el más absoluto secreto.

—Si no se nos permite actuar, ¿qué podemos hacer? —preguntó Ghormani.

—No he dicho que no podamos actuar —dijo Moslehi—. He dicho

que no podemos actuar *públicamente*. Todo debe hacerse en secreto. Eso nos deja una sola alternativa. Hay que descubrir la identidad del Asesino mediante una investigación secreta. Hay que rastrearlo hasta donde esté, en Irán o en el extranjero, y eliminarlo sin vacilación. Esa, caballeros, es la única opción que nos queda.

El Ministro de Inteligencia y Seguridad recorrió la mesa con la mirada. Había ocho hombres en la sala, incluidos él mismo, Manucher Tabrizi y Ezra Caen. El Ministro ocupaba la cabecera. A su derecha, Rahman Almotahari, jefe de la guardia personal del Líder Supremo, Yousef Abbasi, Saeed París, jefe de reclutamiento de la agencia, y el legendario Ghasem Habib. A su izquierda, Omid Ghormani, el maestro de espías, Manucher Tabrizi y el israelí Ezra Caen.

—Esa es la situación, caballeros —continuó el Ministro—. Todos han leído el informe, ¿verdad? Y ahora me han oído exponer las considerables limitaciones que el Líder Supremo ha impuesto a nuestros esfuerzos para conjurar esta amenaza contra su persona. Insisto: debe haber secreto absoluto en la investigación y en cualquier acción posterior. Huelga decir que todos están obligados al silencio total y no comentarán el asunto con nadie fuera de esta sala, a menos que esa persona haya sido informada de este secreto.

—Los he convocado a todos porque, hagamos lo que hagamos, tarde o temprano tendremos que recurrir a los recursos de cada uno de sus departamentos. Que ninguno de ustedes tenga dudas sobre la prioridad que exige este asunto. En todo momento, este asunto requerirá su atención inmediata y personal. No delegarán en nadie.

El Ministro hizo una pausa. A ambos lados de la mesa, algunas cabezas asintieron con gravedad. Otros mantuvieron la mirada fija en el orador. —Caballeros, creo que todos hemos oído lo que necesitábamos oír en esta reunión. Lo que hagan a partir de ahora queda a su criterio. Propongo que nos reunamos cada tres días, a primera hora de la mañana —notó la boca abierta de París—. Sí, Saeed —dijo el Ministro—, es así de importante, así de urgente, y tiene prioridad sobre cualquier otra cosa, repito, *cualquier otra cosa*.

~ ~ ~

—Bueno, Ezra —comenzó Manucher Tabrizi—, menudo encargo, ¿no te parece? —Estaban sentados en un restaurante de kebabs en el próspero barrio norte de Teherán. En los dos días transcurridos desde que Tabrizi había recogido a Ezra en el aeropuerto, habían desarrollado una genuina simpatía mutua. De no haber nacido en dos países distintos, en dos culturas opuestas —pero no *tan* opuestas—, ambos reconocían que habrían llegado a ser íntimos amigos.

—Estupendo —dijo Caen con sarcasmo—. Nuestros superiores nos exigen lo imposible. No ha habido ningún crimen, todavía. No hay pistas, ni testigos que sepamos. Ni siquiera un nombre, y ni siquiera sabemos si nos enfrentamos a un hombre o a una mujer. Hasta ahora solo he podido reunir una mínima prueba. Cinco hombres se reunieron en el hotel Parador de Santiago de Compostela, España, a principios del pasado septiembre. He traído un par de páginas de la transcripción —sacó el documento y buscó un breve pasaje—.

—P. ¿Quién es el Asesino, Majid?

—R. Sudafricana...

—P. ¿Cómo era ella?

—R. No la puedo describir. Ni alta ni baja...

—P. ¿Qué quieres decir con que a veces era un «él»?

—R. Primero un él, luego...

—P. ¿Qué hotel era?

—R. No sé... cerca de iglesia grande...

—P. ¿Quiénes eran los hombres contigo?

—R. Napoli... Conde... no sé.

—P. ¿A quién representaban?... ¿Me oyes?... ¿A quién representaban?

—R. (Ininteligible)

—P. ¿A quién representabas *tú*?

(Sin respuesta)

—P. ¿Qué banco?

—R. Pac... Pacífico...

—P. ¿Cuánto dinero?

(Sin respuesta)

—P. ¿Quién era el objetivo?
—R. Irán... líder...
—¿Cuánto exigió ella?
—Diez...

Ezra Caen sabía que era un buen policía. Siempre lo había sido: lento, preciso, metódico. Solo de vez en cuando había mostrado un destello de inspiración que lo había convertido en un detective notable. Pero nunca había olvidado que en el trabajo policial el noventa y nueve por ciento del esfuerzo es rutina... trabajo monótono y tedioso... investigación, más investigación, comprobación, doble comprobación... labor poco espectacular, esfuerzo ingrato. Reunir partículas diminutas que, por sí mismas, carecían de significado. Luego construir una red de piezas hasta que se convirtieran en un todo, hasta que el todo se convirtiera en una malla, y la malla finalmente rodeara al criminal con un caso que no solo aparecería en los titulares, sino que se sostendría en los tribunales.

Ezra Caen nunca había buscado publicidad. Nunca había dado el tipo de conferencias de prensa con las que algunos de sus colegas habían labrado su reputación. *V'havtel*, *le bûcheur*, el Trabajador Incansable. Y sin embargo, había ascendido constantemente en el escalafón, resolviendo sus casos, viendo a sus criminales condenados. Cuando se produjo una vacante en su puesto actual hacía cuatro años, incluso los demás candidatos al puesto reconocieron que Caen era la elección correcta. Nunca había buscado su posición pisoteando a otros ni pasando por encima de ellos. Nunca había apuñalado a sabiendas a ninguno de sus colegas por la espalda.

Manucher Tabrizi había seguido una trayectoria profesional similar al servicio de Irán: poco espectacular, sin ostentación, el policía de a pie. El tipo al que olvidarías cinco minutos después de conocerlo. En ese aspecto tan limitado, se parecía mucho al Asesino que le habían encargado cazar.

—Aunque hubo cierta ambigüedad en eso, y aunque el Asesino parece capaz de cambiar de sexo y forma a voluntad, su apariencia

más natural es la de una mujer —dijo.

—No hace falta especular: si exigió un precio muy alto, era toda una profesional.

Manucher encendió un cigarrillo Bahman y le ofreció el paquete a Caen. El israelí declinó, pero pidió una botellita de agua Pellegrino cuando pasó el camarero.

—Mal hábito —murmuró Tabrizi.

—¿Los cigarrillos?

—No, esa agua con gas que siempre bebes.

—Oye, sería un gran musulmán.

—Así que es una profesional —continuó Tabrizi—. Eso significa que probablemente la conocen sus colegas y competidores. Y siendo sudafricana...

—No lo sabemos con certeza, Manucher.

—«South Afric-» dijo Majid. ¿Se te ocurre algo parecido aparte de sudafricana?

—La verdad es que no.

—Así que eso reduce aún más el campo. Una asesina profesional sudafricana, una asesina profesional sudafricana de precio muy alto que cambia de forma. Israel tiene cierta experiencia en ese campo: Mike Harari...

—Sí, claro. El tipo tiene casi noventa años.

—Pero es uno de los patriarcas del gremio. Y si crees que un profesional se retira del juego solo porque es viejo...

—Digamos que *pudiera* llegar a Harari. Lo más probable es que este Asesino le lleve más de cincuenta años de ventaja, dos generaciones por detrás. Bob Denard está muerto, Kony tiene sus propios problemas...

—¿Mad Mike?

—Si es que sigue vivo, Hoare es ocho años mayor que Harari. Eso le daría unos ciento quince años.

Los dos hombres se rieron.

—¿Tu gente tiene alguna conexión con los buenos de Sudáfrica? —preguntó Manucher.

—No mucha con el nuevo servicio —respondió Caen—. Pero tengo

entendido que se están acercando a los tipos que reemplazaron a Pahlavi, así que probablemente tendrías más suerte con ellos que yo.

—Pero tú naciste en Sudáfrica.

—Cierto, pero soy blanco.

—Y judío. Pensé que tu gente siempre eran los liberales: Helen Suzman, Gideon Slovo...

—Sí, y hoy no distinguen a un blanco de otro —dijo Ezra. No había ni rastro de amargura en su voz. Solo estaba constatando un hecho —. Tú y yo sabemos que podemos quedarnos aquí sentados hablando de a quién conocemos y qué sabemos, y no nos va a llevar muy lejos. Manucher, ha sido un día largo para mí. Ahora que tú has plantado algunas semillas y yo he plantado otras, los dos necesitamos un poco de tranquilidad, y probablemente ninguno de los dos va a pegar ojo si te pareces a mí en algo.

—Capto el mensaje. —Tabrizi sonrió y abrazó a su camarada.

Los dos hombres se despidieron y Ezra Caen regresó al apartamento cómodo, pero totalmente anodino, que le había proporcionado el gobierno iraní.

Así, la misma noche en que la Hermana Mary Salvatore despertó de su siesta, se puso el hábito de monja, bajó en ascensor hasta el vestíbulo y disfrutó de una comida persa de *chelaw kebab* en un restaurante de la cercana calle Amir Kabir, Ezra Caen comenzó su cacería en serio.

~ ~ ~

—Por supuesto, Hermana, siempre nos viene bien ayuda —dijo el sacerdote que aparentemente estaba a cargo—. Aunque no recibimos ningún aviso previo de su Madre Superiora, eso no es de extrañar. Las comunicaciones entre Zimbabue y el mundo exterior llevan años siendo difíciles.

La monja sonrió.

—Yo no llamaría exactamente a esto el «mundo exterior», Padre.

—Desde luego, Hermana. Andamos bastante dispersos por aquí. La carta del Cardenal Touran decía que usted estaría viajando por todo

el país y hacia algunos de los otros «Stanes».

—Adonde me necesiten, Padre.

—Debe entender que no podremos darle apoyo en los enclaves más pequeños. Habrá momentos en que estará sola durante semanas.

—No me es ajeno, Padre. No vine aquí para ser la reina del baile.

—¿Puedo preguntarle qué hace en su tiempo libre? Me refiero a para entretenerse.

—¿Tiempo libre, padre? La verdad es que no lo he pensado mucho. Harare desde luego no es Nueva York, ni siquiera Johannesburgo —sacó un misal de un amplio bolsillo de su sotana—. Esto me ayuda a consagrar mi vida a Jesús.

—Por supuesto. ¿Tiene alguna idea de adónde irá después?

—Pensé en hacerme primero una idea general de los centros espirituales: Qom, Mashhad, Isfaján.

Él sacó una tarjeta de su propia sotana. —Aquí tiene un número en el que puede localizarme a cualquier hora, de día o de noche. Si me acompaña a la oficina administrativa, le conseguiré un teléfono móvil que podrá usar en cualquier parte del país.

—Gracias, padre. Muy amable —al extender la mano para coger la tarjeta, dejó caer accidentalmente el misal que llevaba. Cuando él se agachó a recogerlo, el sacerdote reparó en lo que ponía en la cubierta: *Heidelberg Kategismus, Nederduitse Gereformeerde Kerk, Kaapstad, Suid Afrika*.

El sacerdote no dijo nada, pero había viajado mucho y conocía la teología eclesiástica europea lo suficiente como para saber que aquel libro era una de las piedras angulares de la Iglesia Reformada Holandesa más grande y consolidada de Sudáfrica: una secta *protestante* luterana marcadamente militante.

~ ~ ~

—Jean-Claude, necesito pedirte un favor. Uno muy grande.

—Por supuesto, Ezra. Ni que decir tiene. Extraoficial, supongo.

—Totalmente extraoficial. Necesito usar las instalaciones de la DGSE para hacer unas llamadas.

Jean-Claude DeNault, director asociado del Servicio de Inteligencia de Seguridad de Francia y uno de los colegas más cercanos de Ezra, era lo bastante astuto para darse cuenta de que su colega israelí no había dicho nada más por alguna razón. El rastreo de la llamada indicaba que provenía de Irán, pero, por supuesto, eso era imposible a menos que Ezra Caen hubiera desertado, y eso resultaba absolutamente impensable tratándose de un hombre de su integridad.

—Dime el vuelo y la fecha y me encargo de que te lleven directamente desde Charles de Gaulle hasta *La piscine*.

La *Direction Générale de la Sécurité Extérieure* es la agencia de inteligencia exterior de Francia. Su sede está en el 141 del Boulevard Mortier, un kilómetro al noreste del cementerio de Père Lachaise en París. El edificio se conoce popularmente como *La piscine* —la piscina— por la cercanía de la Piscine des Tourelles de la Federación Francesa de Natación.

Dos días después, Ezra estaba instalado en una oficina privada que su colega francés había reservado para él. Disponía de tres líneas telefónicas, todas encriptadas para evitar que las interceptaran. Jean-Claude no le había hecho preguntas, sabiendo que Caen solo hablaría cuando tuviera algo que compartir con el agente de la DGSE.

—Aunque sí te preguntaré, *cher ami*, por qué has tenido que venir hasta París para ocuparte de tus asuntos.

—Seguro que averiguaste de dónde venía mi primera llamada, ¿no?

—Por supuesto.

—Aunque ni siquiera a ti puedo contarte mucho más en este momento, sí puedo decirte que se trata de una operación en la que las agencias de inteligencia de mi país y de su enemigo jurado «inexistente» están trabajando juntas.

El subdirector enarcó las cejas.

—¿Te sorprende?

—Ezra, a estas alturas ya muy poco me sorprende. Supongo que este «matrimonio forzado» no es para hacerlo público...

—Correcto.

—... y que hay mucho en juego...

—Correcto.

—... ¿y que los poderes fácticos se han asegurado de que rodarán cabezas a nivel internacional si se levanta el velo del secreto de algún modo?

—Has acertado en todo, Jean-Claude.

—Entonces, ¿por qué París?

—Porque cualquier llamada, ya sea de móvil o de fijo, con independencia de dónde se originase en Irán, sería interceptada por el Ala 39 de la Base Aérea de Incirlik, en Turquía.

—Ah, sí —dijo el subdirector mientras daba una calada a la pipa. Ezra Caen nunca había visto al hombre sin una pipa a mano—. Esa famosa gente que os regaló el incidente del U2 hace unos cien años. Pero tenéis equipos de los más sofisticados en vuestro propio país. ¿Por qué no vuelves sin más, haces lo que tengas que hacer y luego regresas a la última encarnación del Imperio Persa?

—No somos más inmunes al fisgoneo de nuestros amigos estadounidenses que los «malos». Los estadounidenses tienen tantas ganas de enterarse de lo que pasa en Tel Aviv como en Teherán, y encima los propios israelíes son tan puñeteramente cotillas que si alguien se tira un pedo en Tel Aviv, se huele en los Altos del Golán en un par de horas.

DeNault soltó una risita y exhaló una bocanada de humo dulce. —¿Y Francia es menos vulnerable al espionaje?

—No, pero Oriente Medio acapara más titulares que la política francesa hoy en día.

—¿Tenías pensado llamar a mi departamento?

—Por supuesto, pero ya que vas a ser el primero con quien hable, ¿hay algún sitio más discreto donde podamos vernos?

~ ~ ~

El café quedaba muy lejos del París turístico, a tres manzanas de la terminal de la línea de metro más nueva, frecuentado sobre todo por hombres de clase trabajadora a quienes les traían sin cuidado los acontecimientos que ocurrieran más allá de las pocas manzanas

donde vivían y trabajaban. DeNault y Ezra Caen se sentaron en un rincón del fondo, donde nadie que mirase desde la calle podría verlos.

—Jean-Claude, a partir de mañana haré cinco llamadas totalmente extraoficiales a personas que conozco o que, según me han dicho, saben quién soy. Personas de las que me aseguran que guardarán la confidencialidad. Cada llamada estará programada a primera hora de la mañana o a última hora de la jornada laboral, dirigidas a agencias de inteligencia en Washington, Londres, Bruselas, Berlín y Moscú.

—¿A tu propia gente no?

—Ya saben lo que está pasando. Será mi siguiente línea de investigación.

—¿Y lo de Irán?

—¿Conoces a Manucher Tabrizi?

—Sí. Se formó con la DGSE. Un hombre excelente, tan bueno en lo suyo como tú. Esto debe de ser de suma importancia si os han puesto a trabajar en equipo.

—Les daré a todos el mismo mensaje que voy a darte a ti ahora.

—Te escucho, amigo mío.

—Sabes que todavía no puedo elevar esta petición de ayuda a una investigación oficial entre nuestros dos cuerpos policiales. Por el momento, ni siquiera estoy seguro de si se ha formulado la intención de cometer un delito o si ha entrado en fase de preparación. Se trata de un soplo, puramente rutinario de momento. Buscamos a una mujer —al menos creemos que es una mujer, aunque bien podría ser un hombre, y sospechamos que esta persona puede cambiar de identidad sexual según las circunstancias. Sabemos muy poco de ella... ni siquiera un nombre o una descripción precisa.

El subdirector permaneció en silencio, fumando su pipa, alerta.

Se acercó un camarero de mediana edad. Llevaba un delantal sucio y se notaba que estaba terminando su turno. Miró a los dos hombres, pero no dijo nada.

—*Café Americain*, *s'il vous plaît*.

—Lo mismo —dijo Ezra.

Cuando el hombre trajo dos tazas de Nescafé a la mesa, Ezra

continuó—: Sea quien sea esta persona, debe tener una característica que la distinga —y de aquí en adelante asumiré que es una «ella»—. Tendría que ser una de las mejores asesinas profesionales a sueldo del mundo —no una sicaria del crimen organizado, sino una asesina política con varios trabajos consumados en su haber. No iraní. Extranjera. Y la única pista que tenemos es la posibilidad, basada únicamente en la palabra de un príncipe saudí que fue «interrogado» de la manera más brutal antes de ser mutilado y asesinado, de que sea sudafricana. Nos interesaría saber si tienes a alguien así en tus archivos, aunque nunca haya operado en tu país. O alguien que te venga a la cabeza.

—*Mon cher ami*, ¿no sería lógico que tu primera consulta fuese a los sudafricanos?

—Tengo otros planes para ellos.

~ ~ ~

Las conversaciones de Caen con los servicios de inteligencia tuvieron lugar a lo largo de la semana siguiente. Ezra no se engañaba: los departamentos de homicidios de las principales fuerzas policiales del mundo con las que trabajaba entenderían perfectamente lo que insinuaba pero no podía decir. Solo había un objetivo en Irán que pudiera interesar a un asesino político de primer nivel.

Sin excepción, la respuesta fue la misma: —Sí, por supuesto. Revisaremos todos los archivos. Intentaré darte una respuesta antes de que acabe el día. Ah, y Ezra, buena suerte.

Cuando colgó el teléfono encriptado por última vez, Ezra se preguntó cuánto tardarían los ministros de Asuntos Exteriores, e incluso los primer ministro o presidentes de los países a los que había llamado, por no hablar de Israel e Irán, en enterarse de lo que estaba pasando. Probablemente no mucho tiempo. Al fin y al cabo, hasta un policía tenía que informar a los políticos de algo de semejante magnitud. Estaba bastante seguro de que los ministros guardarían silencio. A fin de cuentas, existía un fuerte vínculo por encima de las diferencias políticas entre los hombres y mujeres de

poder de todo el mundo. Todos eran miembros del mismo club: los potentados. Cerraban filas contra los enemigos comunes, y ¿qué podía resultar más aterrador para cualquiera de ellos que la amenaza de un asesino político? Aun así, era consciente de que si la investigación se hacía pública y llegaba a los medios de comunicación, o peor aún, a internet, estallaría en todo el mundo y su carrera podría terminar.

Capítulo 10

Ezra Caen no se hacía ilusiones sobre los sudafricanos. Desde que el ANC llegó al poder, el país había cambiado por completo, y no solo de blanco a negro. Nadie sabía en quién confiar. La NIA, la Agencia Nacional de Inteligencia de Sudáfrica, se había creado apenas en 1994, tras las primeras elecciones multirraciales. Había tomado el relevo del NIS, el muy respetado Servicio Nacional de Inteligencia del antiguo régimen. Los israelíes, Estados Unidos y otras agencias de inteligencia punteras de Europa habían reclutado a varios antiguos operativos del NIS. La nueva NIA estaba notoriamente infrafinanciada y, al no ser un servicio prioritario y ofrecer sueldos relativamente bajos, era también muy corrupta, reflejo de los problemas propios de un país joven.

Ezra decidió no recurrir a la agencia de inteligencia *oficial* de la República de Sudáfrica. En vez de eso, rebuscó en un compartimento de su anticuada cartera donde había anotado a mano un nombre de pila y un número de teléfono. Si había alguien en quien pudiera confiar en aquella tierra lejana, casualmente el país de su nacimiento, sería ese hombre.

~ ~ ~

Heinrikus Pretorius VI —«Henk»—, antiguo jefe del NIS, había sido «jubilado», es decir, apartado, cuando el nuevo gobierno tomó las riendas en 1994. Pero se quedó en Sudáfrica y fundó una pequeña y discreta agencia de detectives privados que prosperó enormemente. Siempre habría quienes apreciaran el profesionalismo y pudieran permitirse pagar por lo mejor, especialmente cuando consideraban que el servicio de inteligencia «oficial» dejaba mucho que desear.

Tras recibir la llamada desde París, Pretorius colgó el teléfono con el ceño fruncido, pensativo. Un amigo en apuros, especialmente un viejo y querido amigo que le había hecho muchos favores a Henk, merecía toda su ayuda.

~ ~ ~

—No me cabe duda de qué clase de investigación está haciendo Ezra, ni de por qué la hace —dijo Pretorius a su vieja amiga Yvette Van Ruys, que seguía cobrando del gobierno y era el topo perfecto para buscar en los archivos de la NIA y en los viejos expedientes del NIS guardados en el sótano—. Los israelíes y los iraníes —menuda pareja, ¿eh?— han recibido el soplo de que anda suelto un asesino de primera, y el asunto les afecta a ambos. No hace falta ser un genio para deducir quién sería el único objetivo posible en Irán para un asesino así. Yvette, te pido como favor personal que revises todos los registros de asesinos profesionales vivos conocidos en este país. No los típicos matones de bandas que hayan liquidado o puedan liquidar a alguien en una guerra de mafias. Asesinos políticos, hombres o mujeres, capaces de cargarse a un político o estadista bien protegido a cambio de dinero.

Dos horas después, Yvette Van Ruys llamó a Henk Pretorius desde un teléfono seguro fuera de la NIA.

—Aparentemente no hay nadie en los Archivos Criminales que se ajuste a la descripción, a menos que cuentes al coronel Hoare.

—¿Mad Mike? Debe de ser tan viejo como Matusalén.

—Noventa y tres. Que yo sepa, el viejo aún conserva todas sus facultades —dijo Yvette.

—¿Puedes localizarlo?

—Probablemente. Puede que a Ezra le interese hablar con él. En cuanto al resto de tu petición, encontré dieciocho asesinos a sueldo conocidos del hampa. Diez en la cárcel, de los cuales seis son negros; no es probable que pudieran infiltrarse en la República Islámica aunque estuvieran en libertad. De los ocho que están en libertad, todos trabajan para las grandes bandas, ya sea aquí, en Pretoria o en Ciudad del Cabo. Ninguno sería el indicado para un trabajo contra un líder de Estado importante.

—¿Entonces es un callejón sin salida?

—No necesariamente, Henk. ¿Has pensado en llamar a Rhys Davis, que sigue en Seguridad Exterior?

—Buena idea, Yvette. Seguro que está metido en muchos fregados internacionales.

Poco después, Pretorius envió un breve correo electrónico a Ezra Caen en la DGSE.

«Tras tu consulta de hoy, una investigación exhaustiva de los archivos criminales no revela ningún candidato que conozcamos. He pasado la solicitud a un contacto en la Brigada Especial. ¿Intentamos contactar con Matusalén?».

En París, Caen recibió el correo electrónico. Sabía exactamente a quién se refería Pretorius. Envió una respuesta de dos palabras.

«Sí, por favor».

~ ~ ~

El superintendente adjunto Rhys Davis, de Seguridad Exterior, salió de la oficina del comisario poco antes de las cinco de la tarde hecho polvo. No solo se le había bajado el resfriado de verano al pecho, convirtiéndose en una bronquitis de las malas que lo había dejado sin pegar ojo la noche anterior, sino que además había habido un fallo en el cordón de protección del ministro de comercio ruso y, aunque él no había tenido nada que ver, era el que más a mano le pillaba al comisario para echarle la culpa.

Tras la llamada de Pretorius, Davis se sintió aún peor. Hay pocas cosas que le gusten menos a un policía, sea de la rama que sea, que el fantasma de un asesinato político. Pero en la consulta que acababa de recibir de Henk Pretorius, ni siquiera le habían dado un nombre ni ninguna otra pista útil.

Aunque la lista de sospechosos conocidos sería brevísima, aun así suponía para Davis y su departamento horas de revisar archivos, historiales de activismo político, condenas y, a diferencia de la rama criminal, simples sospechas. Todo eso habría que comprobarlo. Solo había un rayo de esperanza en lo que Pretorius le había dicho: el asesino sería un profesional y no uno de esos innumerables chiflados que amargaban la vida a Seguridad Exterior cada vez que había indicios de un posible atentado pero nada más en qué basarse.

Davis convocó a dos inspectores que sabía que andaban ocupados

con investigaciones de baja prioridad, les dijo que dejaran lo que estuvieran haciendo y se presentaran en su despacho. Las instrucciones que les dio fueron más escuetas que las que Henk Pretorius le había dado a él. Les dijo lo que buscaban, pero no por qué. Las sospechas de iraníes e israelíes de que alguien así pudiera estar planeando matar al Gran Ayatollah Jamenei no tenían por qué afectar a la búsqueda en los archivos y registros de Seguridad Exterior de Sudáfrica. Los tres despejaron los escritorios del papeleo pendiente y se pusieron manos a la obra.

~ ~ ~

—Nada.

El segundo de los dos jóvenes inspectores en el despacho de Rhys Davis cerró la última carpeta que le habían mandado revisar y miró a su superior. Su colega también había terminado y su conclusión había sido la misma. El propio Davis había terminado cinco minutos antes y se había acercado a la ventana; de espaldas a la habitación, contemplaba el tráfico nocturno. Tenía la garganta en carne viva por los cigarrillos, que sabía que no debería fumar con bronquitis, pero le costaba dejarlo, sobre todo cuando estaba bajo presión.

Las incesantes llamadas que había hecho durante toda la tarde y hasta bien entrada la noche para comprobar los nombres que aparecían en los registros y archivos no habían dado ningún resultado. O bien el sospechoso —o, en dos casos, la sospechosa— estaba perfectamente localizado, o simplemente no tenía el nivel profesional necesario para una misión como matar al Líder Supremo de Irán.

—Pues eso es todo —dijo con firmeza, apartándose de la ventana —. Hemos hecho todo lo que hemos podido, y sencillamente no hay nadie que encaje en los criterios de la solicitud de Pretorius.

—¿Y si hay algún sudafricano que haga este tipo de trabajo pero no está en nuestros archivos? —sugirió uno de los inspectores.

—Todos están en nuestros archivos —gruñó Davis. No le hacía ninguna gracia pensar que un sujeto tan interesante como un asesino profesional pudiera existir en su jurisdicción sin que lo

tuvieran fichado en *algún sitio*, y su mal humor no mejoraba con la bronquitis, a la que ahora se sumaba un fuerte dolor de cabeza.

—Pero señor —insistió el otro inspector—, un asesino político es una especie extremadamente rara. Probablemente no exista nada así en este país. No es precisamente lo típico de los sudafricanos, ¿verdad?

Davis le lanzó una mirada furiosa. No le gustaba que cuestionaran su autoridad.

—Muy bien, muchachos. Recoged los archivos y devolvedlos al registro. Responderé que una búsqueda exhaustiva no ha revelado a nadie con esas características que nos sea conocido. Es todo lo que podemos hacer.

Los dos hombres más jóvenes habían recogido todo el material y se dirigían a la puerta. Uno de ellos se volvió con el ceño fruncido, pensativo.

—Superintendente, se me ha ocurrido algo mientras revisaba los archivos. Si esa persona existe y tiene nacionalidad sudafricana, lo más seguro es que no operaría aquí de todos modos. Incluso alguien así necesita una base, un lugar al que volver. Lo más probable es que sea un ciudadano respetable en su propio país.

—¿Adónde quieres llegar, inspector?

—Algo así como un personaje tipo Jekyll y Hyde. Quiero decir, si realmente existe un asesino profesional del tipo que hemos estado buscando, y es lo bastante importante como para que alguien mueva los hilos necesarios para iniciar una investigación como esta, con un hombre de su rango al frente, tiene que ser alguien de peso. Y si lo es, debe tener ya varios trabajos a sus espaldas. De lo contrario, no sería nadie, ¿verdad?

—Continúa —dijo Davis, observándolo atentamente.

—Bueno, solo pensé que alguien así probablemente operaría únicamente fuera de su propio país, de modo que no llamaría la atención de las fuerzas de seguridad internas. Quizá alguno de los servicios haya oído hablar de esa persona alguna vez…

Davis consideró la idea y luego negó lentamente con la cabeza.

—Olvídalo, marchaos a casa. Yo escribiré el informe. Y olvidaos de

que hicimos esta investigación.

~ ~ ~

Pero cuando los inspectores se marcharon, la idea siguió rondándole la cabeza. Podía sentarse a escribir el informe ahora mismo. Completamente negativo. Sin resultados. Nadie podría reprocharle nada basándose en la búsqueda que acababa de realizar. Pero ¿y si había algo detrás de la consulta de Pretorius? Henk Pretorius era un hombre honorable. Más importante aún, era un policía equilibrado y curtido. ¿Y si había algo más que un simple rumor? Lo más probable era que no existiera tal asesino, y si existía, procedería de una de esas naciones con larga tradición de asesinatos políticos. Pero ¿y si las sospechas de Pretorius eran acertadas? Henk había mencionado el nombre de Ezra Caen. Rhys Davis no conocía a Caen personalmente, pero su reputación le precedía. ¿Y si el asesino resultaba ser sudafricano, aunque solo fuera de nacimiento?

Davis estaba tremendamente orgulloso del historial de su departamento. Nunca habían perdido a un dignatario extranjero de visita. Nunca había habido ni el menor indicio de escándalo. Al superintendente adjunto Rhys Davis le quedaban tres años para la jubilación y la casita en False Bay, en la Provincia Occidental del Cabo. Mejor curarse en salud. Comprobarlo todo.

Davis descolgó el teléfono de su escritorio y marcó un número…

~ ~ ~

—¿En cuántos países has servido como agregado cultural, Barry?

—Más de los que me gustaría contar.

Los dos hombres habían quedado para tomar una copa en un pub tranquilo a medio camino entre Johannesburgo y Pretoria a las ocho y media de aquella tarde.

—Supongo que esta reunión no tiene nada que ver con el partido de fútbol local en algún insignificante grano en el culo de un país aún menos significativo.

—Tengo un pequeño problema y esperaba que pudieras ayudarme.

—Bueno… si puedo —dijo el diplomático.

Davis le explicó la situación a su amigo y le contó que tanto Operaciones Especiales como Seguridad Exterior habían dado resultados negativos.

—Se me ocurrió que si esa persona existió alguna vez, y encima era sudafricana, podría ser del tipo que nunca se ensuciaría las manos dentro de este país. Podría limitarse a operaciones en el extranjero. Si alguna vez dejó un rastro, quizá llamó la atención del Servicio.

—¿Servicio? —preguntó el diplomático, Barry Diehl, en voz baja.

—Vamos, Barry. De vez en cuando tenemos que enterarnos de ciertas cosas —la voz de Davis era apenas un murmullo—. Tuvimos que entregar muchos archivos durante la investigación de Zuma. Mucha gente del Ministerio de Asuntos Exteriores echó un vistazo a lo que realmente hacíais. Tu expediente fue uno de ellos, ¿sabes? Estabas en la sección de Zuma cuando cayó bajo sospecha. Así que sé con qué departamento trabajas.

—Ya veo —dijo Diehl.

—Mira, puede que yo sea Rhys Davis de Seguridad Exterior, pero también soy superintendente de investigaciones criminales. No podéis ser todos anónimos para todo el mundo, ¿verdad?

Diehl miró fijamente su vaso.

—¿Es esta una solicitud oficial de información?

—No, no puedo hacerla oficial. La solicitud inicial fue de Ezra Caen…

—¿El israelí?

—Sí. Uno de tus correligionarios. Hizo una solicitud discreta a Henk Pretorius. A veces las cosas tienen que hacerse así. Muy delicado, todo esto. No debe llegar a los medios ni a ningún otro sitio, si me entiendes. Lo más probable es que no haya nada aquí en Sudáfrica que pueda ayudar a Caen. Solo quise cubrir todos los ángulos, y tú eras el último.

—¿Se supone que este asesino va tras Jamenei?

—Eso parece, a juzgar por la consulta. Pero los israelíes y los iraníes se están andando con mucho cuidado. No quieren ninguna publicidad.

—Obviamente. Pero ¿por qué no contactarnos directamente?

—La solicitud se ha canalizado por la red de contactos. De Caen a Pretorius directamente.

Diehl siguió un rato más con su copa.

—¿En qué piensas? —preguntó Davis.

—¿Recuerdas el incidente de Hariri?

—Por supuesto. El primer ministro libanés murió en un atentado con coche bomba a las afueras de Beirut en el 2005.

—Tocó una fibra muy sensible en nuestra sección —continuó Diehl —. El antiguo régimen siempre había mantenido buenas relaciones con los israelíes, y nosotros acabábamos de empezar a abrirnos camino en el Oriente Medio árabe. Trasladaron a mucha gente. Era necesario. Uno de los que tuvieron que sacar a toda prisa fue nuestro jefe de estación en Líbano. Lo enviaron a Pretoria unos meses, hasta que las cosas se calmaran. La versión oficial era que la bomba la habían puesto personas desconocidas, presuntamente Hezbolá en colaboración con los servicios de inteligencia sirios.

»Trabajé en la misma oficina que el tipo al que habían enviado de vuelta. Un día mencionó de pasada un rumor: que Hariri ya estaba muerto antes de que estallara la bomba. El rumor, aunque parezca mentira, era que a Hariri lo había matado de un solo disparo un tirador con rifle. Un disparo desde ciento treinta y siete metros mientras el coche aceleraba. Atravesó la pequeña ventanilla triangular trasera del lado del pasajero. Según mi informante, la limusina había estado en el taller dos días antes porque se había roto esa ventanilla, y todavía no habían sustituido el cristal blindado.

—Interesante historia —comentó Davis.

—Lo extraño era que, según el rumor, el tirador era una mujer sudafricana.

Hubo una larga pausa mientras los dos hombres sopesaban lo que había dicho el agregado Diehl. Finalmente, Davis rompió el silencio.

—Esta... mujer... del rumor. ¿Tenía nombre?

—No lo recuerdo. En aquel momento era solo cotilleo de oficina. Teníamos muchísimo entre manos, y un primer ministro de un país pequeño y lejano no era precisamente nuestra prioridad.

—Este colega que habló contigo, ¿sabes si escribió un informe?

—Seguro que sí —respondió Diehl—. Es el protocolo habitual. Pero era solo un rumor, ¿entiendes? Solo un rumor. Sin nada que lo respaldara. Nosotros trabajamos con hechos, información sólida, no con habladurías sin fundamento.

—Entiendo. Pero debe de haberse archivado en algún sitio, ¿no?

—Supongo que sí —dijo el agregado—. Con prioridad mínima, claro, un simple rumor de bar. En Pretoria abundan los rumores.

—Pero podrías echar un vistazo a los archivos, ¿no? A ver si la mujer tenía nombre o si hay algo más sobre ella.

—Supongo que no pasaría nada por echar un vistazo. Ir detrás de un rumor de hace años podría hacer que me mandaran a Tara —dijo Diehl, refiriéndose al antiguo psiquiátrico del régimen blanco en Johannesburgo—. Pero no harían que me despidieran ni me degradaran. Vete a casa. Te llamo si encuentro algo útil.

Fueron hasta el fondo del pub, dejaron los vasos y se dirigieron a la puerta de la calle.

—Te lo agradecería —dijo Davis mientras se estrechaban la mano —. Probablemente no sea nada. Pero por si acaso...

DICIEMBRE

Capítulo 11

Pomfret está a menos de cinco kilómetros de la frontera con Botsuana. Es difícil encontrar un pueblo más remoto en Sudáfrica. Para llegar hay que pasar por la antigua granja de Eugène Terre'Blanche en Ventersdorp y recorrer treinta kilómetros por un camino de tierra blanca, demasiado insignificante para figurar en ningún mapa. Al final del camino hacia ninguna parte, aparece un viejo cartel rojo de Coca-Cola con «Bienvenido a la República de Pomfret» pintado con espray negro. Los niños mayores de Pomfret recuerdan que los entrenaron para disparar en Namibia. Ahora descargan su frustración mirando por el visor de un bote de pintura en espray.

Recorrer la carretera asfaltada, llena de baches y cubierta de arena, es como adentrarse en el plató de una película postapocalíptica. El óxido y las cabras vagabundas se adueñan de viejos cuarteles y comedores. El viento silba entre ventanas rotas y susurra en los pinos foráneos. Bajo una capa de polvo asoman dos culatas de fusil de asalto R4. Los ancianos, los discapacitados, las viudas y los huérfanos deambulan por el pueblo.

La zona rural de Pomfret ha sido asfixiada sin piedad, y sus habitantes están convencidos de que es deliberado. El suministro de agua es irregular y sale turbia. Una clínica móvil pasa los lunes y martes... a veces. Las oficinas municipales y la comisaría se han trasladado a pueblos vecinos. En Pomfret no hay gobierno.

Hace treinta años, Pomfret albergaba al Batallón 32: la aldea mercenaria por excelencia. Hoy, la leyenda envuelve el papel del Batallón 32 en las guerras fronterizas como un vendaje empapado en sangre. Que la guerra fuera útil, y cuál fue su propósito, depende de a quién se le pregunte. Sea cual sea la versión, queda atrapada en el fuego cruzado entre los libros de historia y décadas de rumores.

En 1984, cuando la Asesina tenía dieciséis años, Sudáfrica combatía la «amenaza comunista» en Angola y Namibia. La Fuerza de Defensa

Sudafricana «reclutó» a un grupo de combatientes angoleños, a veces por la fuerza. Armado con artillería pesada como ningún soldado negro sudafricano había visto jamás, el Batallón 32 era el arma más letal y eficaz de la SADF, la mejor unidad contrainsurgente del mundo en aquel momento. Los primeros oficiales negros de Sudáfrica salieron de esa unidad. En 1985 había diez. El batallón sirvió de escudo entre el enemigo y otras unidades de la SADF durante muchos años.

Morgan, pues ese era el nombre que le habían dado sus padres adoptivos, los Terre'Blanche, había crecido en su granja en territorio *bóer* y había acabado creyendo en todos los valores *afrikáner*, sobre todo en que Dios había entregado aquella tierra maravillosa al hombre blanco y en que los dirigentes *afrikáner* tenían con ese Dios la obligación de cuidar a sus «hermanitos negros o morenos», los bantúes. De hecho, cuando tenía veintidós años, el hermano de Morgan, Retief, seis años mayor que ella y a quien adoraba con toda su alma, se había alistado en la SADF y se había presentado voluntario de inmediato para servir en el corazón del desierto de Kalahari, no lejos de donde Morgan había crecido.

Y vaya si había crecido. Morgan nunca fue una Brunilda de aspecto robusto, pero poseía una belleza considerable que, ya entonces, sabía lucir de la mejor manera. Aunque en aquella época no aspiraba a convertirse en asesina, su hermano le había enseñado a ser una tiradora extraordinaria. La rama de los Pieter Terre'Blanche, a diferencia del tío Eugène, rehuía la política. La familia de Pieter era un grupo trabajador y muy unido, feligreses asiduos y respetables labradores, que solo querían que los dejaran vivir en paz.

El telegrama del Ministerio de las Fuerzas Armadas llegó un día a la hora del desayuno, hacia finales de 1984. Comunicaba que el Ministro lamentaba profundamente informar al señor y la señora Pieter Terre'Blanche del fallecimiento de su hijo Retief, soldado raso de las Fuerzas de Defensa Sudafricanas, en la frontera entre Sudáfrica y Botsuana. Sus efectos personales serían devueltos a la familia en duelo a la mayor brevedad.

El mundo de Morgan se desintegró con la noticia. Nada parecía

tener sentido. Su hermano mayor, que había sido el bastión de todo lo fuerte y bueno en su mundo, un hombre bondadoso pese a su disposición a luchar por lo que creía justo, había muerto de un disparo, sin más razón que estar defendiendo un modo de vida que, para ella, era tan natural como despertarse cada mañana con el canto del gallo o el parloteo incesante de los pájaros salvajes del Kalahari.

Empezó a odiar. A los repugnantes, sucios y cobardes *kaffirs*, a los bantúes sin alma; no a los de Namibia, que formaban el Batallón 32 y habían sido entrenados por hombres como Retief para proteger el suelo *bóer*, sino a los nativos de su propio país, los zulúes, los xhosa y las otras treinta y dos tribus que poblaban Sudáfrica. A los furiosos que emularían a bastardos como Robert Mugabe y su pandilla, y que intentarían robar el gobierno para sí mismos, igual que los negros habían robado Rodesia del Sur a sus legítimos y debidamente constituidos gobernantes.

Entonces llegó Jan. De repente, un domingo de finales de verano, a finales de enero de 1985, se presentó en casa de los Pieter Terre'Blanche, cuando los padres de Morgan habían ido a Bloemfontein a pasar el fin de semana. El calor del Kalahari no era agobiante aquella mañana. Jan parecía bronceado y en forma. Preguntó si podía hablar con la señorita Morgan Terre'Blanche.

—*Dit is my* —respondió ella—. Soy yo. *Wat wil jy hê, Meneer*?

Él respondió que comandaba el pelotón en el que había caído un tal Retief Terre'Blanche, soldado raso, y que traía una carta. Ella lo hizo pasar.

La carta había sido escrita unas semanas antes de que Retief muriera, y él la había llevado en el bolsillo interior durante la patrulla en busca de una banda de *kaffirs* que habían masacrado a una familia de colonos antes de huir cruzando la frontera. No habían encontrado a los guerrilleros, pero se habían topado con una banda de irregulares bantúes que se hacían llamar «luchadores por la libertad». Hubo una encarnizada escaramuza al anochecer y Retief recibió un balazo en los pulmones. Le entregó la carta al comandante del pelotón antes de morir.

Morgan leyó la carta y lloró un poco. No decía nada de las últimas semanas, solo cháchara sobre los cuarteles de Pomfret, los cursos de asalto y la disciplina, y sobre cómo los miembros del Batallón 32 eran «buenos *swart mense*» que conocían su lugar en la sociedad y respetaban a sus superiores blancos. El resto lo supo por Jan: la retirada entre la maleza durante seis kilómetros mientras los irregulares y guerrilleros los hostigaban con ataques relámpago, las repetidas llamadas por radio pidiendo apoyo aéreo, y la llegada final de los cazabombarderos con sus motores rugientes y sus cohetes atronadores. Y cómo su hermano, que se había presentado voluntario en uno de los pelotones más duros para demostrar que era un hombre, había muerto como tal, tosiendo sangre sobre las piernas de un compañero de armas que había caído justo antes de que alcanzaran a Retief.

Jan la trató con calma y comprensión. Como hombre, era duro como una roca, curtido por sus años de soldado profesional. Pero fue muy delicado con la hermana de uno de sus hombres. A ella le gustó por eso y aceptó su invitación a cenar en el pueblo más cercano que tuviera cierta entidad. Además, temía que sus padres volvieran y los pillaran. No quería que se enteraran de cómo había muerto Retief, pues ambos habían conseguido amortiguar el dolor en los meses transcurridos y seguir adelante como podían. Durante la cena, le hizo prometer al comandante que guardaría silencio, y él accedió.

Pero su propia curiosidad se volvió insaciable. Anhelaba saber qué pasaba de verdad en la guerra fronteriza. Jan empezó a frecuentar la casa de los Pieter Terre'Blanche y se ganó el favor de los padres de Morgan contándoles que había servido en la unidad de Retief, deleitándolos con emocionantes relatos de las escaramuzas fronterizas, aunque sin mencionar los detalles de cómo había muerto su hijo. Los padres de Morgan le tomaron cariño al apuesto joven afrikáner y no hicieron nada por frenar lo que consideraban un incipiente interés por su hija menor.

En marzo de 1985, Morgan le preguntó si podía instruirla en las técnicas que las Fuerzas de Defensa Sudafricanas empleaban para

adiestrar a los miembros del Batallón 32 a disparar a matar contra quienes participaban en disturbios civiles. Él accedió y le gratificó comprobar la excelente puntería que Retief ya le había enseñado. Quizá aquel fue el primer paso en su camino hacia convertirse en asesina profesional. Nunca pudo saberlo con certeza.

Fue por Jan por quien oyó hablar por primera vez del ANC y de su sangriento líder comunista. Nelson Mandela, alabado sea Dios, se pudría ahora en la prisión de Pollsmoor tras su traslado desde Robben Island. Corrían cada vez más rumores de que el estúpidamente llamado «Congreso Nacional Africano» pretendía hacerse con el gobierno de la República en la década siguiente.

En abril, Jan pidió dos semanas de permiso y se fue directamente a casa de un amigo que se encontraba en Ciudad del Cabo. La casa quedaba a diez kilómetros de la finca de los Pieter Terre'Blanche. Para entonces, Morgan, de dieciséis años, lo había convertido en su imaginación en el símbolo de todo lo bueno, puro, fuerte y apuesto de la juventud masculina afrikáner. Guardaba su fotografía en la mesita de noche todo el día, y por las noches se subía el camisón y se la apretaba contra el vientre mientras dormía.

En cuanto se enteró del permiso de Jan y de adónde había ido, Morgan se las arregló para quedar con él a las cinco de cada tarde, asegurándose de volver a casa antes de las nueve y media. Sus padres no sabían adónde iba, y parecía que tampoco les importaba, siempre y cuando pasara la noche bajo su techo.

Fue en casa del amigo donde Morgan entregó su virginidad, feliz y con entusiasmo. Incluso ahora, tantos años después, cuando se tocaba los pechos, aún podía sentir las manos fuertes pero suaves de Jan. Podía sentir su dureza al penetrarla, los espasmos que sacudían su cuerpo con un placer inimaginable mientras alcanzaba el clímax una y otra vez, a menudo hasta tres veces en las pocas horas que pasaban juntos cada tarde. Que Sudáfrica debía seguir siendo blanca era, para ambos —el oficial curtido en combate y la adolescente enamorada, ahora mujer—, un artículo de fe.

Jan nunca supo lo del bebé. Regresó a su unidad a finales de abril, y mes y medio después un frente bantú unido atacó el pelotón en el

cuartel general de campaña, a ocho kilómetros al norte de Pomfret. A principios de junio, Jan murió tiroteado en una escaramuza con los atacantes.

Morgan, que no esperaba cartas desde que Jan había vuelto al servicio activo, no sospechó nada hasta que le dieron la noticia en julio. Se marchó de casa con el pretexto de tomarse unas vacaciones de dos meses en Bloemfontein, diciéndoles a sus padres que necesitaba volar sola y ampliar horizontes. Alquiló un piso en un barrio barato de la capital judicial sudafricana e intentó suicidarse cerrando todas las puertas y ventanas del apartamento y abriendo el gas de la cocina sin encenderlo. Fracasó porque el lúgubre piso tenía demasiadas fugas, pero perdió al bebé.

Cuando volvió, estaba algo pálida —sus padres lo achacaron al frío del invierno—, pero por lo demás tenía buen aspecto. Por fuera.

Por dentro, había muerto. Nunca volvió a usar el nombre Morgan Terre'Blanche. El término despectivo *kaffir*, que muchos afrikáneres aplicaban a los pueblos bantúes sin diferenciar entre ellos, significa «sin alma». Morgan Terre'Blanche, que profesaba semejante odio por los bantúes, se había convertido ella misma en alguien sin alma.

A partir de ese día, cumplió su destino: se transformó en una asesina profesional, adiestrada y despiadada. Sus motivos eran simples: Retief y Jan, asesinados sin sentido ni razón, debían ser vengados, sin importar quién fuera la víctima. Y si podía ganarse la vida con tales asesinatos, tanto mejor.

~ ~ ~

Cuando la guerra fronteriza terminó oficialmente en 1989, los soldados del Batallón 32 no podían regresar a Angola: habían luchado contra los suyos. No podían vivir en los townships sudafricanos. El gobierno blanco los había utilizado para reprimir los levantamientos contra el apartheid. Los soldados y sus familias recibieron refugio en Pomfret, la ciudad del cuartel militar. En 1993, el batallón fue disuelto. Haber luchado por el gobierno del apartheid los convertía en perpetradores, no en víctimas, en la nueva Sudáfrica.

En el año 2000, la base militar de Pomfret cerró y los oficiales tapiaron la iglesia y el bar, pero los angoleños se quedaron. Los veteranos recibieron pensiones. Algunos de los más jóvenes y capaces fueron integrados en las recién creadas SANDF, pero cerca de una cuarta parte se quedó en Pomfret. Tenían una pensión exigua, pero unas habilidades que los convertían en soldados valiosos en zonas de guerra de todo el mundo. Pronto, Pomfret se convirtió en coto de caza para las empresas de seguridad privada.

Las cosas estuvieron tranquilas durante un tiempo, hasta que en 2004 un grupo de antiguos miembros del Batallón 32 fue arrestado en Zimbabue, supuestamente contratados para dar un golpe de estado en Guinea Ecuatorial. En 2008, el gobierno ordenó a la policía y al ejército que desalojaran Pomfret. Declararon peligrosa la antigua mina de amianto, a menos de un kilómetro del pueblo, y ordenaron trasladar a los residentes a viviendas RDP en Mafikeng.

Las heridas se convirtieron en viejas cicatrices. Más de dos décadas después, los veteranos todavía no estaban en paz. La página web de los veteranos del Batallón 32 arremetía contra quienes «nos traicionaron a nosotros y a nuestras familias y deshonraron a nuestros caídos en aras de la explotación política».

Capítulo 12

La Asesina nunca dejaba cabos sueltos. Hasta el momento había utilizado los pasaportes y visados de Rudolph Hostetler y de la hermana Mary Salvatore, así como el permiso de conducir y los papeles del seguro de Meneer Hostetler, y había asumido y encarnado sus respectivas identidades durante su estancia en la República Islámica.

Ahora, en la comodidad de la vieja y espaciosa granja de sus difuntos padres, situada entre Bloemfontein y la frontera con Botsuana, revisaba minuciosamente los documentos originales de cada una de sus identidades falsas.

Los ocho pasaportes contenían información idéntica en cuanto a altura y peso: 165 centímetros y 55 kilogramos. Siete de los ocho habían nacido entre el 4 de abril de 1968 y el 15 de octubre del mismo año: tres hombres y cuatro mujeres. Uno de los hombres era mucho mayor.

Entre las mujeres, Hannelore deWet, la granjera sudafricana, tenía el pelo rubio ceniza y ojos marrones; la hermana Mary llevaba el cabello oscuro muy corto y ojos marrones; la enfermera namibia, Trude Schechter, tenía el pelo rubio pajizo y áspero y ojos azules; y la franco-comorense Simone DesMoulins, cuyos papeles la identificaban como empleada de hotel, tenía el pelo castaño y ojos marrones. Todas ellas presentaban una coloración deliberadamente neutra que les permitiría pasar desapercibidas.

Entre los hombres, Petrus Jooste, el educador sudafricano, tenía el pelo color arena oscuro, que llevaba muy corto al cepillo, y ojos marrones. Hostetler era el hombre corriente por excelencia, con gafas sin graduar que difuminaban aún más su individualidad. Richard McAdams era un violonchelista jubilado que había tocado en la Orquesta Sinfónica de Pretoria. Llevaba el pelo canoso cortado al rape y tenía ojos marrones claros. El comorense Vito Ligeiro había emigrado a las Comoras desde Brasil, donde había sido maestro de artes marciales. Su pelo corto era rizado, ligeramente diferente al de

los demás.

Faltando poco menos de dos meses, la asesina comenzó un régimen que había empleado con éxito durante más años de los que podía recordar. Cada mañana empezaba con una hora de yoga, seguida de una carrera de diez kilómetros por un sendero que incluía subidas y bajadas antes de regresar a la casa. Tras veinte minutos en la sauna de leña a la temperatura más alta que podía soportar, se sumergía en una piscina de agua fría durante el siguiente cuarto de hora. Para entonces, necesitaba alimentarse. El desayuno era espartano. Después se tumbaba en su cama dura y meditaba durante la hora siguiente. Cuando el sol alcanzaba su cénit, concluidos sus esfuerzos físicos y ejercicios mentales del día, se permitía el lujo de pasar un par de horas frente al ordenador, jugando a juegos intrascendentes o simplemente dejando la mente en blanco mientras escuchaba YouTube, Pandora u otros programas diversos. A la Asesina no le preocupaba que pudieran rastrear su ordenador.

~ ~ ~

—Coronel, necesito un favor.

La conexión era tan clara como si el interlocutor estuviera en la habitación de al lado. El nonagenario reconoció la voz de inmediato, aunque habían pasado casi treinta años desde la última vez que los dos hombres se habían visto.

—¿Cómo demonios has conseguido encontrarme, viejo cascarrabias?

—Allá por los viejos tiempos, cuando yo era el número dos de Noriega y tu Antigua Orden de los Espumadores intentaba liarla en las Seychelles, me diste un número de teléfono muy privado donde podía localizarte de día o de noche, y yo hice lo mismo por ti. Claro que tú andas entre los noventa y cinco y la muerte, así que no esperaría que recordaras una minucia como esa.

—Noventa y cuatro el próximo cumpleaños, imbécil. Y ya que estás, cachorro, podrías mostrar un poco de respeto por tus mayores.

—Te mostraré el mínimo posible. ¿Qué eres, cinco años mayor que

yo?

—¿Has llegado a los ochenta y ocho, judío?

—Ajá, irlandés.

Los dos hombres se conocían desde hacía cuarenta años. Sus caminos se habían cruzado solo esporádicamente, pero habían desarrollado no solo el respeto mutuo que los profesionales de élite de cualquier campo desarrollan a lo largo de la vida, sino también un genuino aprecio el uno por el otro y una confianza en que cada uno cuidaría del otro, incluida la «gente» del otro, si surgía la necesidad.

El mayor de los dos, Thomas Michael «Mad Mike» Hoare, un irlandés, había nacido en la India, pasado sus primeros años en Irlanda, se había educado en Inglaterra y servido en el norte de África como oficial de blindados durante la Segunda Guerra Mundial. Tras completar su formación como contable colegiado, emigró a Sudáfrica, donde alternó la organización de safaris con trabajos como soldado de alquiler en varios países africanos.

Su primera acción como mercenario tuvo lugar en 1961 en Katanga, una provincia que intentaba separarse del recién independizado Congo. Tres años después, el primer ministro congoleño Moïse Tshombe contrató al «mayor» Mike Hoare para dirigir una unidad militar llamada *5 Commando (Congo)*, compuesta por 300 hombres, la mayoría sudafricanos. La misión de la unidad era combatir a un grupo rebelde secesionista. Más tarde, Hoare y sus mercenarios trabajaron en coordinación con paracaidistas belgas, pilotos cubanos exiliados y mercenarios contratados por la CIA, logrando salvar a 1600 europeos y misioneros en Stanleyville de los rebeldes simba. Hoare fue ascendido a teniente coronel en el ANC y el *5 Commando* se expandió hasta convertirse en una fuerza de dos batallones. Para cuando se «retiró», se había convertido en uno de los líderes mercenarios más famosos del mundo, el soldado que había barrido el Congo de «salvajes», el hombre que hizo que el mercenariado moderno fuera, brevemente pero de forma desconcertante, respetable. Se había convertido en el líder mercenario ideal: de voz suave, discretamente seguro de sí mismo, frío, sereno, encantador en sus modales, de aspecto juvenil,

elegante con el uniforme, todo un oficial y caballero inglés.

Fue durante este período cuando Hoare adquirió el apodo de «Mad» Mike, cuando la radio de la República Democrática Alemana en Berlín lo bautizó como «el sabueso loco, Mike Hoare».

La última «maquinación pública» del coronel Hoare tuvo lugar en las Seychelles, catorce años después, en 1978, cuando «Mad Mike» tenía cincuenta y ocho años. Exiliados de las Seychelles en Sudáfrica, actuando en nombre del expresidente, contactaron con Hoare para que luchara junto a otros cincuenta y tres soldados mercenarios compuestos por miembros de las Fuerzas Especiales sudafricanas, antiguos soldados de Rodesia y exmercenarios del Congo. Hoare reunió a un grupo de mercenarios blancos de clase media, los bautizó como «Ye Ancient Order of Froth-Blowers» en honor a un elegante club social inglés de los años treinta, y partió hacia las Seychelles, ocultando fusiles de asalto AK-47 en su equipaje. Desafortunadamente, el combate comenzó prematuramente cuando uno de los hombres de Hoare se metió accidentalmente en la fila de «algo que declarar» y el agente de aduanas insistió en registrar su bolsa.

Se desató un tiroteo en el aeropuerto y, en medio de todo aquello, el vuelo 224 de Air India aterrizó en el aeropuerto, dañando un flap al rozar uno de los camiones esparcidos por la pista. Hoare logró negociar un alto el fuego antes de que el avión y los pasajeros quedaran atrapados en el fuego cruzado. Tras varias horas, los mercenarios se encontraron a bordo del Boeing. Siempre dispuesto a sacar partido de una situación adversa, Hoare había conseguido combustible para el avión. Cuando la aeronave abandonó el espacio aéreo de las Seychelles, los hombres de Hoare aún conservaban sus armas. Hoare preguntó al capitán si permitiría abrir la puerta para poder arrojar las armas al mar antes de regresar a Sudáfrica. El capitán se rio de la ignorancia de Hoare sobre el funcionamiento de los aviones presurizados y le dijo que no sería posible. Cuatro de los soldados mercenarios quedaron atrás y fueron condenados por traición en las Seychelles.

Finalmente, en 1983, Mike Hoare fue declarado culpable de

secuestro aéreo y condenado a diez años de prisión. Mientras aún estaba en prisión, comenzó a inscribir «miembros honorarios» en «Los Gansos Salvajes». Miles de militares en activo y retirados solicitaron unirse al coronel Hoare, proporcionándole una enorme base de datos de potenciales «empleados contratados» mercenarios. Sin embargo, nadie sabe qué ocurrió después, pues «Mad Mike» Hoare desapareció de la faz de la tierra.

Otro Mike, Mike Harari, de ochenta y ocho años, había seguido un camino algo diferente, pero no *tan* diferente. Harari, oficial del *Mossad*, había participado en varias operaciones notables.

Harari inició su carrera en inteligencia facilitando la inmigración judía ilegal a Palestina tras la Segunda Guerra Mundial. En la década de 1960, fue reclutado por el Mossad y gestionó redes de agentes en Europa, hasta ascender a jefe de la Rama de Operaciones. Durante ese período, ayudó a formar y dirigir equipos en la *Operación Ira de Dios*, la respuesta israelí a la Masacre de Múnich en los Juegos Olímpicos de Verano de 1972. En lo que se conoció como el Asunto de Lillehammer, Harari lideró un equipo en Noruega, donde creían que vivía Ali Hassan Salameh, el jefe de operaciones de *Septiembre Negro*. Tras identificar y asesinar al objetivo, los tiradores descubrieron que habían matado a un camarero inocente que solo se parecía a Salameh. Mientras las autoridades arrestaban a buena parte de su equipo, Harari logró escapar a Israel.

Pese a este revés, Harari logró después dos grandes éxitos para el Mossad. Fue pieza clave en la *Operación Trueno*, que liberó a los rehenes israelíes en el Aeropuerto Internacional de Entebbe en julio de 1976, y en enero de 1979 lideró un equipo que consiguió eliminar al verdadero Ali Hassan Salameh en Beirut mediante un coche bomba.

Más tarde, corrió el rumor de que Mike Harari se había convertido en la mano derecha de Noriega, tras haber entrenado personalmente a las fuerzas de élite del dictador panameño. Con el tiempo, surgieron más rumores sobre su implicación en ciertos asuntos turbios en Malasia. Pero al margen de lo que se dijera o rumoreara, en el momento de su llamada telefónica privada al

anciano «Mad Mike» Hoare, el octogenario Mike Harari seguía viviendo discretamente retirado en las afueras de Tel Aviv.

—¿Qué necesitas, muchacho? —preguntó Hoare al israelí.

—¿Has oído hablar alguna vez de *le bûcheur*?

—¿Ezra Caen? Sí, es uno de los mejores que hay. ¿Cuántos años tiene ahora?

—Un poco menos de la mitad de tu edad, coronel. Se ha metido en algo que le viene grande, y hay que mantenerlo tan en secreto que ni con los audífonos a tope podrías enterarte.

—Te escucho.

~ ~ ~

—Solo se me ocurre una persona —dijo Hoare.

—¿De verdad *conoces* a alguien así?

—Nadie la *conoce*, ni yo ni ninguno de mis contactos. Nunca ha formado parte del club. Nunca quiso. La loba solitaria por excelencia.

—Entonces, ¿*es* una mujer?

—Sí. Me han dicho que en sus tiempos era una mujer bastante atractiva. Puede que aún lo sea, vete a saber. ¿Has oído hablar de Eugène Terre'Blanche?

—«Sudafricana para el hombre blanco y que se jodan todos los demás». Es el tipo que fundó el partido AWB y cuando el gobierno post-apartheid tomó el poder en el 94 intentó separarse y formar una patria afrikáner independiente.

—Un auténtico buscaproblemas.

—¿No lo mataron a machetazos en 2010?

—Lo golpearon con tubos y machetes un par de hombres negros, supuestamente porque no les habían pagado. Ocurrió en su granja, a las afueras de Ventersdorp, cerca de la frontera con Botsuana.

—¿Cerca de Pomfret, el viejo pueblo de mercenarios? —comentó Harari.

—Sí. De todos modos, el rumor —y es solo eso— es que ella es, o fue, su sobrina adoptiva.

—¿*Fue*? ¿Adoptiva?

—Desapareció de la faz de la tierra hace más de veinticinco años.

Nadie parece saber por qué. Por entonces solo era una cría de diecisiete o dieciocho años.

—¿Ningún nombre, coronel?

—Ninguno que yo sepa. Pero si es la sobrina de Terre'Blanche, adoptiva o no, podrías empezar buscando a los parientes de Eugène que se apelliden Terre'Blanche y ver si alguno adoptó a una niña hace mucho tiempo…

~ ~ ~

—¿Marco? Soy Mustafa —no se usaron apellidos—. ¿Recibiste todo lo que envié?

—Ajá. ¿Crees que la operación está irremediablemente comprometida?

—Puede que no, pero tenemos que advertirle de inmediato.

—Solo conozco una manera. Como hicimos el primer contacto. Podría exponernos innecesariamente.

—No creo que tengamos otra opción.

—Me encargaré de ello.

Cuando el turco colgó, el dispositivo de escucha que los agentes antiterroristas israelíes e iraníes habían instalado en secreto en su apartamento transmitió la conversación a una pequeña y lúgubre oficina en un barrio obrero de Teherán.

~ ~ ~

En menos de veinticuatro horas, un incendio repentino e inexplicable se declaró en la oficina de correos principal de Mokhotlong, Lesoto. Al tratarse de una vieja estructura de madera, nadie sospechó nada. Como comentaron los vecinos, era cuestión de tiempo que pasara. Por desgracia, todo el correo, incluido un telegrama enviado desde italiano la noche anterior, quedó reducido a cenizas irreconocibles.

Capítulo 13

El conde Napolitano sabía que corría un riesgo, pero tenía que asumirlo. El día después del incendio que arrasó la oficina de correos de Mokhotlong, se enteró de que todo el correo y los mensajes destinados a esa pequeña ciudad se habían redirigido a la capital, Maseru. Aunque Maseru estaba en el extremo opuesto del país, la distancia era de apenas 133 kilómetros, poco más de 80 millas, casi exactamente a medio camino entre Mokhotlong y Bloemfontein, Sudáfrica.

Era razonable suponer que si el buzón de la Asesina estaba en Lesoto y la asesina a sueldo era sudafricana, la mejor forma de alertarla sería difundir un mensaje en los dos lugares más probables. La rapidez y la urgencia eran fundamentales. En cuestión de horas había contactado con el *Courant* de Bloemfontein y el *Times* de Lesoto.

Durante los siguientes cinco días apareció un anuncio con borde negro en la esquina superior izquierda de la primera página de cada uno de esos dos periódicos: **«AGRIPINA. MADRE HA FALLECIDO. POR FAVOR LLAMA A NAPOLI. MARCO»**.

La Asesina fue en coche a Bloemfontein a hacer la compra semanal el cuarto día después de que el mensaje apareciera en el Courant. Por pura casualidad, reparó en el anuncio con borde negro mientras pasaba por la caja del hipermercado Pick n' Pay en Benade Drive. Curiosa, compró el periódico para ver si había más detalles. No los había.

La máquina de matar en que se había convertido Morgan Terre'Blanche no había llegado a la cima de su profesión por casualidad. Sus antenas, siempre alerta, captaron el mensaje, y se preguntó por qué no le había llegado del mismo modo en que la habían contactado inicialmente. Ese mismo día, más tarde, se enteró de que la oficina de correos de Mokhotlong había sido arrasada hasta los cimientos.

De vuelta en la granja, buscó los datos de contacto de sus

empleadores, regresó a Bloemfontein y localizó un teléfono público de Telkom, desde el que llamó de forma anónima a uno de los números de su lista.

~ ~ ~

Ese mismo día, Ezra Caen tomó el vuelo 51 de El Al que salía del aeropuerto Ben Gurion a la 1:10 de la tarde. Ocho horas y media después, el vuelo sin escalas aterrizó en el aeropuerto internacional OR Tambo, en las afueras de Johannesburgo.

~ ~ ~

Según el mensaje de Hoare, la sobrina adoptiva de Terre'Blanche había desaparecido hacía más de veinticinco años, cuando tenía diecisiete o dieciocho. Eso significaba que lo más probable era que ahora tuviera cuarenta y tantos años, cerca de la edad del propio Ezra. Y había sido adoptada, lo que seguramente implicaba que existían registros en alguna de las agencias que funcionaban entonces. Sin embargo, las posibilidades de encontrar documentación oficial en los archivos municipales de toda la República de Sudáfrica del apartheid, después de tanto tiempo, serían escasas. Quizá fuera mejor empezar por las propias agencias.

Los únicos padres que Ezra Caen había conocido siempre habían sido muy francos con él sobre las circunstancias de su nacimiento y la agencia a través de la cual lo habían adoptado. Cotlands no solo seguía funcionando, sino que era más grande que nunca y se había extendido a cinco provincias, lo que significaba que tenía presencia en cada comunidad de cierto tamaño en la República. Ese sería un lugar tan bueno como cualquier otro para comenzar su búsqueda. La mañana siguiente a su llegada a Johannesburgo, telefoneó a la sede de Cotlands y concertó una cita por la tarde con el director de área.

~ ~ ~

—Creo que es mejor que hablemos en persona para poder proporcionarle todo el apoyo posible.

—Le dije que trabajo sola, *sin* interferencias. Mi anonimato es la

mejor protección para todos nosotros. Pero le agradezco que me lo haya hecho saber. ¿Dice que los iraníes y los israelíes están trabajando juntos? —soltó una risa seca—. Vaya alianza más extraña. Predigo que acabarán peleándose antes, o después, de que se cumpla la misión —dijo la Asesina.

—¿Está absolutamente segura de que no podrán rastrear su identidad?

—No digo que nunca vayan a averiguar quién soy. Pero para entonces será demasiado tarde.

—Sabe que tiene la opción de retirarse debido al cambio de circunstancias, ¿verdad?

—Le agradezco su franqueza —dijo ella. No se usaron nombres—. Pero esto solo plantea un desafío más. No esperaba que esto fuera pan comido cuando acepté la misión. Consideraré lo que ha dicho, pero me inclino a aceptar el desafío.

—Por si acaso... ¿hay alguna dirección donde podamos localizarla mientras tanto?

—Como le dije antes, si necesito ponerme en contacto con usted, lo haré.

—Pero...

La línea se cortó.

A su manera, la Asesina era tan orgullosa y obstinada como su futura víctima.

~ ~ ~

—Si no le importa, *Mevrou*, ¿podría ver el registro de nacimientos, niños que Cotlands ha acogido y padres adoptivos del período de 1965 a 1975? —Antes le había mostrado sus credenciales a la directora y le había explicado brevemente el motivo de su visita.

—No tengo inconveniente en dejarle ver los registros de nacimiento, inspector Caen. Francamente, normalmente no revelamos el nombre de los padres adoptivos, por razones de privacidad. Sin embargo, dada su posición y sus *credenciales*, en este caso está justificado hacer una excepción.

—Es usted muy amable, directora.

—Qué coincidencia tan asombrosa que usted comenzara su vida aquí, en Cotlands —continuó ella—. Es *muy* inusual, *muy* inusual, que uno de nuestros antiguos acogidos vuelva al redil. El hijo pródigo —se rio entre dientes—. ¿Cuándo dijo que nació?

—El 2 de septiembre de 1968.

—Hace cuarenta y cinco años.

—Cierto.

En ese momento, un hombre mayor, de unos setenta y tantos años, llamó a la puerta del despacho de la directora.

—¿Me llamó, directora?

—Sí, Marius. Este es el inspector Caen, del Servicio de Seguridad israelí. Le gustaría revisar los registros de nacimiento y adopción del período de 1965 a 1975. Como nuestro empleado más veterano, pensé que probablemente sería usted la mejor persona para ayudarle. ¿Todavía *tenemos* registros tan antiguos?

—Están en el archivo, directora. Todavía no hemos podido pasarlos al sistema informático. En el sistema electrónico solo tenemos datos desde el 81.

—Por favor, atienda al inspector Caen con toda cortesía.

—Sí, directora. Sígame, señor.

Dos horas más tarde, Ezra había revisado los registros de ingreso desde 1965 hasta mediados de 1968. Los nervios le iban en aumento a medida que se acercaba a septiembre de 1968. Tuvo que hacer acopio de toda su paciencia para no pasar directamente al 2 de septiembre. Minutos después, con la mano temblorosa, leyó la entrada: «02/09/1968, 01:00 horas. Llamada del Queen Vic. Gemelos, una niña, un niño. Padres muertos a tiros en fuego cruzado entre policía y otros. Ingresados el 02/09/1968». No había otras entradas para ese período.

Ezra se quedó sentado en la habitación, atónito. Nunca le habían dicho que fuera gemelo. De hecho, si esta entrada era correcta y tenía una hermana gemela, jamás la había conocido ni había sabido de su existencia. La magnitud de lo que estaba leyendo le provocó escalofríos.

Los investigadores profesionales suelen tener un sexto sentido para

detectar algo importante. Pero lo que Ezra Caen sintió en ese momento iba más allá. Era una extraña sensación de presagio. Se levantó y entró en la habitación contigua, donde el hombre al que la directora había llamado Marius dormitaba. Ezra le sacudió los hombros con suavidad.

—Disculpe, señor, pero me gustaría indagar sobre un par de entradas que acabo de descubrir. ¿Tendría los registros de adopción de dos bebés que trajeron aquí el 2 de septiembre de 1968?

—Se los llevaré a su cubículo. No tardaré más de cinco minutos, señor Caen.

Ezra regresó adonde había estado revisando los registros de ingreso. La entrada anterior a la suya databa de dos semanas antes, y la posterior, de casi un mes después.

—Aquí tiene, señor —dijo Marius, y le entregó un libro con la etiqueta «Adopciones - 1968».

Ezra miró la entrada justo anterior a su ingreso en Cotlands. El niño nacido dos semanas antes que él había sido adoptado por una familia de apellido Wertham, con domicilio en Pretoria.

A continuación, llegó a su propia entrada. «Niño, blanco, nacido el 02/09/1968, adoptado el 03/11/1968 por Bernard y Helena Caen, 19 Cardiff Road, Kensington, Johannesburgo. Nombre: Ezra Caen».

Con dedos temblorosos, Ezra pasó a la siguiente entrada. «Niño, blanco, nacido el 29/09/1968, adoptado el 10/11/1968 por Helmond y Rosalie Silvestre, 478 Groot Vandevere Way, Pretoria. Nombre: Helmond Silvestre, Junior».

—Debe de haber una entrada mal archivada —murmuró Caen para sí. Examinó minuciosamente todo el libro de 1968. No había ninguna entrada para la niña nacida el 2 de septiembre de 1968: su hermana gemela desconocida. Se levantó y volvió a la oficina del encargado.

—Disculpe, señor —comenzó—. Parece que falta una entrada aquí. ¿Podría preguntarle al respecto?

—¿Señor? —dijo el otro hombre.

Caen había llevado ambos libros a la oficina del encargado.

—Aquí hay una entrada de gemelos, un niño y una niña, nacidos el 2 de septiembre de 1968.

—Yo mismo recuerdo ese caso —dijo el hombre—. Estaba de guardia esa noche y recibí la llamada de una enfermera del Hospital Queen Victoria. Déjeme ver... —dijo, rascándose la frente—. Ah, sí, la enfermera se llamaba Monica Broede. Había habido un ataque a las afueras del Hotel Carlton... Bantúes y policía... Ambos padres murieron, pero los paramédicos lograron salvar a los bebés... gemelos fraternos, un niño y una niña.

—No da los detalles. Hay una entrada de ingreso para los dos bebés —dijo Caen—. Pero luego, en el libro de adopciones, hay una entrada para el niño, pero ninguna para la niña.

El encargado miró cuidadosamente la entrada de Ezra Caen, luego revisó el resto del libro de adopciones de 1968. Levantó la vista, claramente confundido.

—¿Podría haber muerto la niña, señor...?

—Coetzee, Marius Coetzee... y no, recuerdo perfectamente que no murió. —Volvió a examinar el libro de adopciones con atención—. De hecho, recuerdo que la adoptaron un par de días *antes* que al niño. ¡Vaya, mire eso! —exclamó de pronto.

Coetzee señaló una diminuta tira de papel entre la entrada anterior a la de Ezra y la del propio detective. Con las prisas por llegar a la descripción de su adopción, Caen apenas había echado un vistazo a la del niño Wertham antes de pasar a la suya. Simplemente había dado por sentado —erróneamente, como se demostró— que su entrada aparecería antes que la de su hermana gemela, no después.

Ahora, al observar la tira, Caen se dio cuenta de que alguien había recortado una entrada con un cúter. El corte estaba tan cerca del borde de la encuadernación que fácilmente podía pasar desapercibido al hojear el libro en busca de una entrada concreta.

—¿Hay algún otro registro, lo que sea, que pueda ayudarme? —preguntó Caen, sin atreverse apenas a albergar esperanzas de que existiera algo así.

—Pues sí, los hay —dijo Marius Coetzee—, pero es completamente extraoficial. Llevé un diario personal durante los dos primeros años que trabajé aquí, solo para mí, claro. Nunca formó parte de los registros oficiales, y la directora me habría puesto de patitas en la

calle si hubiera sabido que lo tenía. Totalmente ilegal, por supuesto, vulneración de la intimidad y todo eso.

—¿Todavía tiene el libro?

—Así es, inspector. Si quiere acompañarme a casa después del trabajo, estaré encantado de mostrárselo. Tratándose de su hermana, no veo que haya nada malo en ello.

~ ~ ~

El apartamento de Coetzee era modesto, pero estaba ordenado.

—Soy viudo, ¿sabe?, y durante nuestro matrimonio mi Frances siempre insistió en que mantuviera la casa limpia. Cuesta quitarse las viejas costumbres, pero estoy a gusto y todo está a mano. Solo tardaré un momento en encontrar lo que busco.

Menos de cinco minutos después, Marius le entregó a Ezra Caen un libro con todas las entradas escritas a mano.

Al llegar a su propia entrada, Ezra leyó lo mismo que había visto en el registro oficial. Una página atrás, se le abrieron los ojos de par en par al leer la entrada:

"Niña, blanca, nacida el 02/09/1968, adoptada el 17/10/1968 por Pieter y Hannah Terre'Blanche, Granja 18, Ventersdorp, Estado Libre de Orange. Nombre: Morgan Terre'Blanche.

Capítulo 14

Por un lado, había sido una lástima quemar la única casa que había considerado su hogar, aunque, desde las muertes de Retief y Jan tantos años atrás, solo le traía malos recuerdos. Por otro lado, la llamada del conde Napolitano dejaba claro que ahora era tanto presa como cazadora, y que lo más seguro sería destruir cualquier rastro que pudiera conducir hasta ella. Y con el dinero del seguro sumado a sus honorarios por el trabajo, podría empezar de cero en cualquier parte del mundo.

Como con todo lo demás, la Asesina había previsto esa eventualidad desde hacía tiempo y había explorado cuidadosamente cada opción. No había nada que pudiera vincularla con la casa ni con el incendio. Para cualquier transeúnte que se aventurara por el largo camino de grava sin asfaltar, la vieja granja llevaba años deshabitada. No había facturas de luz, gas ni agua. La Asesina lo había conseguido instalando varios generadores a lo largo de los años. Sus antepasados Terre'Blanche habían excavado pozos profundos por toda la propiedad mucho tiempo atrás.

Aunque «Agripina» tenía libre acceso a la gran residencia, nadie podía ver una luz encendida ni oír sonido alguno procedente de la casa tras la puesta del sol. Su cuartel general ocupaba el sótano de la vivienda, al que solo se podía acceder por una pequeña trampilla con escalera o por un túnel que había construido tras la muerte de sus padres adoptivos. El túnel salía a más de cien metros de la casa.

Aunque las compañías de seguros siempre desconfían, los únicos posibles sospechosos serían los empleados de la agencia de seguridad y mantenimiento que cuidaba la propiedad en nombre del Fideicomiso Agrippina una vez por semana, o desconocidos que anduvieran por la zona.

Durante los últimos años, la Asesina había aparcado su coche en un granero abandonado junto al camino privado de grava que llevaba a la carretera secundaria asfaltada, ochocientos metros al norte. Tres días atrás, había trasladado todo lo que necesitaba de la casa al

granero. Había copiado todos los archivos de su ordenador a dos discos duros portátiles de 3 TB y después había destrozado a mazazos tanto el portátil como el ordenador de sobremesa. Para asegurarse de que no los rastrearan, condujo hacia el norte, en dirección a la frontera con Botsuana, y enterró las piezas en varios hoyos que había cavado en el desierto.

Al día siguiente, había conducido hasta Bloemfontein y alquilado un trastero en Oranjezicht Self Storage, en Bainsvlei. Cuando regresó a la hacienda por última vez, hizo una inspección final para asegurarse de que había sacado todo lo necesario y de que no quedaba ni una foto, ni un cable de ordenador, ni un trozo de papel que la vinculara con ninguna parte de la casa que no fuera a arder hasta los cimientos. Había vaciado el sótano de forma sistemática a lo largo de la semana anterior.

Sobre el nivel del suelo, el exterior de la residencia era de madera vieja, tan seca que se pudría, especialmente propensa a arder en el ventoso invierno del Kalahari. Observó sin emoción cómo ardía la vieja hacienda, asegurándose de que solo quedaran cenizas y muebles carbonizados, tuberías, sanitarios y demás. Era el acto final que cortaba toda conexión con su país natal. No tenía intención de regresar a Sudáfrica tras lo que consideraba su último trabajo. Cuando se hubo dispersado el último rastro de humo, la Asesina caminó tranquilamente hasta el granero, metió la llave en el contacto de su Toyota Tacoma de veinte años y recorrió doscientos metros por el camino de grava. Entonces se bajó, volvió andando al granero y arrojó una cerilla encendida sobre los trapos empapados de gasolina que lo rodeaban.

Condujo su vieja camioneta hasta el final del camino de grava y giró a la derecha en la carretera secundaria hacia la autopista de Bloemfontein, a ocho kilómetros de distancia. Sintió una momentánea punzada de inquietud cuando un sedán oscuro de modelo reciente, con tres hombres dentro, se cruzó con ella en dirección opuesta.

Sin saberlo, como dos barcos que se cruzan en la noche, la Asesina y Ezra Caen habían pasado a menos de tres metros el uno del otro.

~ ~ ~

—¿Henk? Me alegra ver que sigues aguantando el tipo. Pensé que habrías seguido al resto de los afrikáneres blancos y te habrías ido a Dallas, Texas o Irvine, California.

—¿O a tu zona, Ezra? —comentó Pretorius.

—También. ¿Barry Diehl encontró algo sobre ese rumor? —Ezra pensó que era mejor, incluso entre amigos, no mencionar lo que había descubierto en Cotlands.

—Solo más rumores —respondió Henk—. Ningún nombre, pero el tipo del cuerpo diplomático creía que la habían rastreado hasta Vrystaat. País del hombre blanco en el borde del Kalahari.

—¿Bloemfontein? —preguntó Ezra.

—Más al norte. Cerca de la frontera con Botsuana —dijo Pretorius —. Ventersdorp.

Con gran esfuerzo, Ezra Caen ignoró los latidos desbocados de su corazón.

—¿No es esa la zona de los Terre'Blanche?

—Ajá. Eugène es el más notorio del grupo. Está muerto ahora, por supuesto. Tenía un hermano menor, Pieter, murió hace quizá quince años. Granjero bóer. En realidad, la familia se remontaba a los Voortrekkers.

—¿Como tú, Henk?

—Una rama diferente de los Pretorius —se rio el detective.

—¿Tuvieron hijos los Pieter Terre'Blanche?

—Que yo sepa, no. Por supuesto, Eugène fue el único que armó jaleo en *Suid Afrika*. Cualquier pariente que pudiera haber tenido no era más que notas al pie de la historia.

—¿Hay alguna posibilidad de que puedas averiguar dónde vivía Pieter Terre'Blanche? —preguntó Ezra con naturalidad.

—Bastante cerca de aquí, según los rumores. No me sorprendería que estuviera por uno de estos caminos de grava laterales. —Henk Pretorius no insistió, aunque sabía en qué andaba metido Caen.

~ ~ ~

—¿Están investigando esto por alguna razón, caballeros? —preguntó el agente.

—Soy detective privado —respondió Pretorius con soltura—. Me llamo Sarel Tregardt, y este caballero es Jacob Flint, ajustador de Chartis-AIG Sudáfrica.

—¿Sospechan de juego sucio, caballeros? —preguntó el policía.

—Difícil de decir —respondió Caen—. La Granja 18 ha estado ahí desde mucho antes de que yo naciera. Nada más que kilómetros y kilómetros de *kilómetros*, y una gran casa de campo vieja que llevaba allí generaciones, según el vecino más cercano, a dieciséis kilómetros por el camino. Sin maleza seca ni nada más a varios cientos de metros del edificio, y de repente se incendia hace tres noches sin razón aparente.

—¿Han contactado con el propietario? —preguntó el agente.

—No ha sido posible localizarlo —dijo Caen—. El titular de la póliza es algo llamado Fideicomiso Agrippina, con domicilio en Westpac Bank and Trust, Limited, Avarua, Rarotonga, Islas Cook. Las Islas Cook tienen todo tipo de leyes de privacidad, y aunque podemos comunicarnos en tiempo real con Westpac, puede llevar algún tiempo que el mensaje llegue al asegurado.

—¿Han consultado el registro de Bloemfontein para averiguar quién es el titular de la finca?

—El Fideicomiso Agrippina —confirmó Pretorius.

—Qué raro —dijo el agente—. Creo recordar que hace tiempo, ¿unos veinte años quizá?, Pieter Terre'Blanche era el dueño de esa granja. Claro que murió hace unos años, así que seguramente la compró el fideicomiso.

—¿Lleva usted mucho tiempo aquí, agente?

—Treinta años, señor Flint.

—¿Sabe usted si los Terre'Blanche tenían algún pariente cercano?

—Ninguno con vida, al menos que yo sepa —respondió el agente—. Su hijo, Retief, murió en la frontera con Botsuana hace tiempo. Recuerdo vagamente que tenían una niña viviendo con ellos, podría haber sido hija o sobrina, algo así. Desapareció más o menos cuando murió Retief y nunca más se supo de ella. Una pena, la

verdad. Esa granja llevaba en la familia cien años o más.

—Gracias por su tiempo, agente —dijo Caen/Flint—. Me ha sido de gran ayuda.

~ ~ ~

Durante lo que ella consideraba sus dos últimas noches en Sudafríca, la Asesina se dio un capricho y se alojó en el Hotel Mount Nelson, cerca de Company Gardens, en el centro de Ciudad del Cabo. Desde la ventana de su lujosa suite contempló la dentada cordillera de los Doce Apóstoles, que se extendía hacia el sur en dirección al Cabo de Buena Esperanza, donde se encuentran los océanos Atlántico e Índico. Había organizado el envío de todas sus pertenencias —salvo lo que podía llevar encima y lo que ya había trasladado a Teherán— a un lugar conocido solo por ella, en el otro extremo del mundo.

Tras disfrutar de un masaje corporal completo, un tratamiento facial, manicura, pedicura y una envoltura de aromaterapia, la Asesina acudió al centro de negocios del hotel, donde buscó en internet posibles lugares donde retirarse al concluir su encargo actual. Tendría que ser remoto, por supuesto. Un lugar políticamente estable, discreto, seguro y cálido. Bali era precioso, pero estaba plagado de turistas. Había playas preciosas en el sur de Tailandia y en Filipinas, pero también demasiada gente. Solitaria por naturaleza, se había malacostumbrado al absoluto aislamiento de la Granja 18. Quizá algún día, en un futuro lejano, incluso pudiera regresar al Kalahari.

Pero basta de soñar despierta. Era hora de sumergirse en la República Islámica. Según la información que había obtenido del conde Napolitano, dos cazadores la acechaban: un iraní llamado Tabrizi y un israelí llamado Ezra Caen. Por alguna razón, sintió un escalofrío al oír el segundo nombre. Quizá pudiera eliminar al señor Tabrizi antes del asesinato previsto. Eso equilibraría un poco la balanza.

~ ~ ~

Aunque Ezra solo había contactado con personas a las que conocía y en las que confiaba, no le cabía duda de que tarde o temprano habría filtraciones. Así funcionaba el mundo. Aun así, a veces esas filtraciones incluso jugaban a favor del cazador. Aunque ahora tenía un nombre y una idea de *quién* era la Asesina —al menos en una época mucho anterior—, eso no le permitiría conocer su *modus operandi.* Una profesional de su calibre seguramente no se limitaría a un único método de trabajo.

Aun así, ahora había un elemento completamente nuevo en juego. Ezra Caen conocía bien la literatura sobre supuestas comunicaciones paranormales —casi como percepción extrasensorial— entre gemelos idénticos, que había sido más o menos demostrada científicamente. Sabía bien que los gemelos idénticos, procedentes de un solo óvulo, compartían el cien por cien de su huella genética. Incluso los mellizos de distinto sexo compartían el cincuenta por ciento de esa huella. Lo cual hacía posible —incluso probable— que esos hermanos compartieran modos de pensar, de reaccionar, de planificar, así como patrones de movilidad estratégica y táctica.

Ezra Caen estaba eufórico y aturdido a partes iguales por lo que había descubierto en Johannesburgo y Bloemfontein. La Asesina tenía un nombre, una fecha de nacimiento —casualmente la suya propia— y pequeños fragmentos de una historia, por incompleta que fuera. Lo que le conmocionó fue darse cuenta de que, pese al número casi infinito de cambios de identidad, la persona a la que buscaba, una vez peladas todas las capas de la cebolla, era su hermana gemela.

Capítulo 15

La mujer llevaba un pañuelo tradicional en la cabeza. Sus grandes ojos marrones y su piel morena sugerían que esta treintañera era atractiva y sensual, al menos a ojos del recepcionista del *Vezarat-e Ettela'at va Amniyat-e Keshvar*, el Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional, en el centro de Teherán.

—¿Señora? —preguntó él.

—Ah, me halaga, buen señor —respondió ella—. No estoy casada. He venido desde Moroni para visitar a mi primo, el señor Tabrizi, que trabaja en su ministerio. Me pregunto si está de servicio hoy.

—¿Su nombre?

—Simone. Simone DesMoulins.

—¿Es usted francesa?

—Franco-comorense. Es usted muy perspicaz, señor.

—¿Puede describirlo, señorita DesMoulins? Tenemos … —consultó el directorio de su escritorio— … catorce empleados apellidados Tabrizi. Es un apellido bastante común, ¿sabe?

La Asesina, que no esperaba esto, dijo:

—Más alto que yo, treinta y seis …

—¿Nombre de pila?

—Ma —

—¡Ah! —la interrumpió—. Lo conozco —dijo alegremente—. Un momento, por favor.

Mientras ella se dirigía a un rincón apartado del vestíbulo para esperar, él pulsó un botón de su teléfono.

—¿Señor Tabrizi? Soy Nikahd, de recepción. Tengo aquí a una joven que dice ser su prima.

Luego, en voz más baja:

—Es realmente muy atractiva.

~ ~ ~

—¿Así que no es realmente prima suya? —dijo él.

—No, soy amiga de alguien que dice ser primo suyo. Fue muy amable al atender mi llamada. Y más aún al invitarme a almorzar.

—¿Por qué yo?

—Mi amigo dijo que usted conocía a todo el que valía la pena conocer y todo lo que había que ver en Teherán, y pensé, una mujer sola y extranjera …

—Desde luego eligió bien —dijo él—. Un soltero con la tarde libre.

Hinchó el pecho.

—¿Adónde le gustaría ir?

—No conozco nada de esta ciudad. ¿Sería mi guía? —preguntó ella con recato.

—Por supuesto.

La imaginación de Tabrizi se desbocó. Una mujer extranjera con nombre francés, sola y soltera. Una mujer atractiva, por lo que podía ver, aunque su atuendo conservador no dejaba ver casi nada. Había leído más de una novela prohibida sobre mujeres francesas, en ediciones de bolsillo baratas que había comprado a escondidas en rincones sombríos de la capital donde la mayoría de los persas respetables nunca iban.

~ ~ ~

Su cuerpo era aún más hermoso de lo que había imaginado. Firme pero con piel suave y sedosa, y pechos pequeños y erguidos. Había sido un golpe de suerte increíble. Acababa de empezar a adormecerse cuando sintió un ligero pinchazo.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando despertó, pero al hacerlo le resultó increíblemente difícil respirar. Al intentar levantar la cabeza, sintió una oleada de náuseas. Mientras el pánico empezaba a apoderarse de él, miró hacia el otro lado de la cama, donde Simone estaba sentada, todavía desnuda, con sus hermosos pechos claramente visibles.

—Más le vale relajarse y disfrutar de su muerte, señor Tabrizi.

—¿Qu —?

—Sin duda sintió un ligero pinchazo después de alcanzar el clímax. Ricina, señor Tabrizi. Penetra en las células del cuerpo e impide que

produzcan las proteínas que necesitan. Sin las proteínas, las células mueren. Y así, señor Tabrizi, morirá usted. Ingenioso y completamente indetectable.

Mientras el hombre adquiría un tono azul blanquecino enfermizo y empezaba a sudar, ella continuó, sin más emoción que si estuviera leyendo el periódico de la tarde:

—Usted, más que nadie, debería saberlo, señor Tabrizi. Creía que los de contrainteligencia conocían bien este tipo de cosas. Seguramente recuerda el incidente de Markov en el 78, cuando la policía secreta búlgara le «disparó» con un paraguas en Londres. Aunque puede que eso fuera antes de su época.

Los jadeos de Tabrizi se hicieron más pronunciados.

—Pero no lo entiende … Yo no soy …

—Intentar hablar solo empeorará las cosas y acelerará el proceso —continuó ella—. Así que usted y los israelíes se han aliado y quieren saber quién soy y por qué. Pues bien, señor Manucher Tabrizi, se lo diré: mi nombre, para sus propósitos, es Agripina, y tengo la intención de acabar con su Líder Supremo.

Soltó una risa seca y cortante.

—Los dos pensaron que podían detenerme. Pues bien, ahora las probabilidades se han reducido, ¿no es así? Ahora es uno contra uno, justo como me gusta.

—Pe — pero —tartamudeó débilmente el hombre—. Yo no soy Manucher Tabrizi. Soy Mansour …

—Quizás incluso podría ayudar al Ángel de la Muerte a acelerar su labor —dijo la Asesina.

Lo último que vio el hombre fue un par de pechos pequeños y cremosos y dos brazos que sostenían una almohada. Lo último que sintió fue la almohada presionada firmemente entre su boca y su nariz, cortándole todo el aire.

~ ~ ~

A la mañana siguiente, todos los periódicos y cadenas de televisión de Teherán se hacían eco de la noticia: «¡Manucher Tabrizi, empresario, encontrado muerto en habitación de hotel!». La noticia

continuaba diciendo que la víctima, cuyo cuerpo desnudo había sido descubierto en la cama, parecía haber sido asfixiada. Las huellas dactilares tomadas estaban borrosas y no eran concluyentes. Se detallaba extensamente el historial de Tabrizi como exitoso fabricante de ropa masculina. No había un motivo conocido para el asesinato.

~ ~ ~

—Lamenté tanto enterarme de tu muerte, Manucher —dijo Caen mientras ambos estaban en la oficina de Tabrizi en el Ministerio—. Fue por poco, ¿no crees?

—Ya lo creo, Ezra. Cuestión de unas pocas letras y un par de segundos como mucho. Alabado sea Alá, tenemos —teníamos— catorce Tabrizis en el Ministerio. Cuando hablé con el recepcionista, recordó que cuando le preguntó el nombre de pila de Tabrizi, ella dijo «Ma-» antes de que él asumiera que era «*Mansour* Tabrizi», un mecanógrafo que conocía. Si me hubiera conocido personalmente o hubiera bajado un nombre más en la lista —*Manucher* en lugar de *Mansour*…

—¿Era «ella»? —dijo Caen—. ¿El recepcionista te dio más información?

—Parecía iraní: pañuelo en la cabeza y vestido recatado. Treinta y pocos, ojos grandes y marrones. Sexy. Dijo que era de Moroni.

—Comoras —dijo Ezra—. Sí, tomaré un vaso de agua Pellegrino, gracias.

Tabrizi abrió una botella grande de una caja que había en el suelo detrás de él y le pasó un vaso a su compañero. Tras llenarlo y dar tres tragos largos, Caen continuó.

—Bastante cerca del continente africano, y ya era un país inestable y putrefacto incluso antes de Bob Denard.

—¿El mercenario?

—El mismo. ¿Alguna otra información?

—Le dijo que Tabrizi era su primo. Cuando él bajó, no parecían reconocerse.

—¿Dijo qué estatura tenía?

—Solo que era más baja que Mansour Tabrizi. Calculó que mediría metro sesenta, metro sesenta y cinco.

—¿Algo más?

—Salieron juntos y él nunca volvió.

—¿Coche, taxi, algo así?

—Que él viera, no. Claro, tampoco estaba mirando. En cuanto salieron del edificio, atendió una llamada y eso fue todo.

—¿Qué sabes de Mansour Tabrizi?

—No nos movíamos en los mismos círculos. Según su expediente, tenía treinta y seis años, era soltero y vivía en un apartamento de una habitación a tres kilómetros al sur de aquí. Por lo que me han contado, trabajó en la misma oficina, en el mismo cubículo, durante trece años. Tranquilo. Muy reservado, según sus compañeros.

—¿Política?

—Apolítico, según sus colegas. Nunca asistió a mítines, nunca hizo campaña por ningún político, nunca opinó sobre nadie en ningún sentido. Lo más parecido a alguien completamente anónimo.

—Como nuestra sospechosa —murmuró Ezra—. Dices que trabajó en el mismo cubículo durante trece años. ¿Cuándo le actualizaron el ordenador por última vez?

—En 2010. Les toca actualización el año que viene. Toshibas. Máquinas fiables y robustas. Le habían ganado a Hewlett Packard en una licitación para el Ministerio.

—¿El ordenador sigue ahí?

—Ajá. El asesinato fue anteayer. El protocolo establece que el equipo permanece en su sitio hasta cuatro días después de que un empleado se haya marchado, sea cual sea el motivo. Nos da tiempo para revisar todos los registros y ver quién podría haberse comunicado con el exempleado, por si estuviera planeando filtrar secretos.

~ ~ ~

Mientras tanto, Petrus Jooste, el educador sudafricano, estaba instalado en un hotel de clase media cerca de Amir Kabir, leyendo el periódico local y siguiendo en televisión la saga de Manucher Tabrizi.

Tenía las antenas bien puestas. Manucher Tabrizi había sido su objetivo y los medios informaban de que Manucher Tabrizi había muerto. Pero a la Asesina le inquietaba una pequeña inconsistencia. El hombre al que había matado había dicho, con su último aliento, que se había cometido un error... que él *no* era Manucher Tabrizi, sino *Mansour*...

~ ~ ~

—Resulta que Mansour Tabrizi no era trigo limpio —dijo Manucher —. Su ordenador no solo estaba vinculado al servidor central de arriba, sino que si el régimen hubiera sabido que estaba enviando esta información fuera del país, lo habrían ahorcado sin juicio. Nuestra sospechosa parece habernos hecho el trabajo.

—Información suficiente para atar cabos desde el príncipe Majid hasta nuestra asesina y alertar al gobierno de todo lo que sabemos. Pero no olvidemos que ella no pretendía matar al *otro* Tabrizi, amigo mío. Podrías haber sido tú —respondió Ezra—. ¿Tenemos los puntos de contacto a los que envió la información?

—Svilengrad, Bulgaria; Kyrenia, RTNC; Batumi, Georgia...

—¿Podrían ser puntos de retransmisión hacia otro destino?

—Casi seguro, Ezra. Aunque no es infalible, una retransmisión automática nunca pasa por ningún ser humano en los países a los que se envía originalmente el mensaje. Se puede enviar a cualquier parte del mundo desde un smartphone, pero lo más fácil es mandar la información al punto más cercano en un país vecino.

—Turquía o Grecia —dijo Caen—. Descarta Grecia, ya que la República Turca del Norte de Chipre no tiene nada que ver con Grecia. El diez por ciento de la población búlgara son turcos. Podrías tirar una piedra desde Edirne y darle a Svilengrad —continuó, mencionando las dos ciudades en lados opuestos de la frontera turco-búlgara—. Batumi es la ciudad más cercana a la Turquía oriental y la RTNC quiere ser un clon turco.

—Propongo que nos hagamos pasar por Mansour Tabrizi y enviemos un mensaje nuestro a todos los sitios fuera de Irán adonde envió información en los últimos dos meses.

—¿Cuánto tiempo llevará eso?

—Tres, quizá cuatro horas. Hay que informar a Seguridad de lo que estamos haciendo y conseguir aprobación de emergencia. No creo que el tiempo sea un factor crítico.

~ ~ ~

Pero Manucher Tabrizi y Ezra Caen habían subestimado a la Asesina. Menos de una hora después de que Agripina repasara mentalmente lo que Mansour Tabrizi había insinuado, «Petrus Jooste» salió de su hotel, recorrió las pocas manzanas hasta Amir Kabir, donde encontró un cibercafé, pagó por media hora, introdujo la dirección que le habían proporcionado sus empleadores, escribió ÁNGEL ROJO cuando se le pidió la contraseña y redactó con cuidado un mensaje muy breve. Firmó el mensaje Ink Frutjuxre Cboluve Dianemokvnd y pulsó «Enviar».

~ ~ ~

—¡Maldita sea! —exclamó Manucher Tabrizi—. Todas las direcciones a las que Mansour envió mensajes han sido desactivadas o nos han denegado el acceso.

—Lo que significa que la Asesina está sobre aviso. O que Mansour le reveló más de lo que debía —dijo Caen.

~ ~ ~

Los cuatro representantes hablaron por una línea segura.

—Mató al Tabrizi equivocado —dijo Hsien Yun-Lo—. Sus instintos son tan buenos como ella cree. Nos envió un mensaje de Ángel Rojo menos de una hora antes de que el ordenador de Mansour Tabrizi intentara contactar con nosotros.

—Cierto —respondió Napolitano—. Pero no me cabe duda de que el Irán y el israelí investigarán a todos los proveedores de internet del país y acabarán descifrando el código ÁNGEL ROJO, lo que le dejará muchas menos opciones.

—No lo creo —dijo el turco—. ¿Leyeron cómo firmó su mensaje?

—Basura sin sentido —espetó Karroubi—. Seguramente pensada

para dar a los cazadores un nombre falso y despistarlos.

—No, entiendo lo que quiere decir, señor Karaca —dijo el chino—. Por favor, señor Karroubi, no es mi intención ofenderlo en absoluto, pero ¿cuánta experiencia tiene en disimulación o criptografía?

—No me siento insultado, Yun-Lo. Prácticamente ninguna.

—Por otro lado, Karaca Bey no habría llegado a donde está en el mundo comercial sin esas herramientas de espionaje industrial, y les aseguro que mi trabajo consistía en comunicarme del modo más indirecto posible. Sugiero que examinemos con mucho, mucho cuidado lo último que escribió e intentemos extraer cualquier mensaje que contenga. Recuerden que nos impresionó cuando la conocimos. Debe ser mucho más que una simple maestra del disfraz para haber sobrevivido y triunfado durante tanto tiempo.

Menos de tres horas después, Hsien Yun-Lo volvió a conectarse con sus asociados supervivientes. —Caballeros, creo que tengo la respuesta. Por favor, que cada uno examine lo que ella escribió.

Los hombres le confirmaron que todos tenían el mensaje en pantalla.

—Partamos de la premisa de que el código ÁNGEL ROJO está comprometido. Ella sabía que lo estaría y sabía que *nosotros* sabíamos que lo estaría. Así que tenía que haber una señal alternativa para comunicarnos. También debió de concluir que no podíamos arriesgar la poca seguridad que le quedara enviándole un mensaje de respuesta, aunque esperaba que supiéramos desactivar todos los relés, cosa que, por supuesto, hicimos. Por suerte, Mansour Tabrizi nunca conoció el código para acceder a la cuenta de correo maestra. Por tanto, estaba limitado a los relés.

—Así que intuyó que aceptaríamos que había cambiado las reglas del juego al facilitarnos una nueva contraseña maestra dictada por ella misma —dijo el conde Napolitano—. Sumamente inteligente. Justo lo que cabría esperar de una profesional consumada.

—Eso me parece lógico —añadió Karaca—. ¿Pero Ink Frutjuxre Cboluve Dianemokvnd? Intenté encontrar secuencias matemáticas lógicas, pero no di con ninguna.

—¿Han oído alguna vez el término «lógica difusa», caballeros? —

preguntó Yun-Lo.

—Vagamente —dijo el conde Napolitano.

—O sea, nada —dijo el iraní con brusquedad.

—Cierto —respondió el diplomático.

—Caballeros, la lógica difusa es una forma de lógica multivaluada o probabilística. Se ocupa de razonamientos *aproximados* en lugar de fijos y exactos. Las variables de lógica difusa tienen un valor de verdad que oscila entre cero y uno.

—No lo entiendo en absoluto —dijo Karroubi.

—No es necesario que lo entienda —respondió Yun-Lo—. Por favor, limítense a aceptar que la lógica difusa se ha ampliado para abarcar el concepto de verdad parcial, donde el valor de verdad puede oscilar entre completamente verdadero y completamente falso. La lógica difusa se basa en «grados de verdad» en lugar del habitual «verdadero o falso». El lenguaje natural, como la mayoría de las actividades de la vida, y de hecho del universo, no puede traducirse fácilmente a términos absolutos de 0 y 1. La lógica difusa parece más cercana al funcionamiento de nuestro cerebro. Acumulamos datos y formamos una serie de verdades parciales que vamos integrando en verdades superiores que, a su vez, cuando se superan ciertos umbrales, provocan determinados resultados adicionales, como la reacción motora.

—¿Y así es como encontró el significado del galimatías de Agripina? —preguntó Karroubi.

—Precisamente. O, para ser más difusamente lógico, un grado de verdad más alto que de otro modo. Tomando la frase «Ink Frutjuxre Cboluve Dianemokvnd», probé varias combinaciones con las letras del derecho, del revés y en diversas permutaciones. Al final, cuando ninguna funcionó, recurrí a la lógica difusa y a las probabilidades más altas mediante eliminaciones aleatorias. Acabé suprimiendo las letras «k», «r», «j», «x», «C», «o», «v», «n», «e», «k» y «v». Les pido que cada uno haga los tachados en su propia copia y vean qué obtienen.

Karaca fue el primero en responder. —En el futuro Diamante Azul.

—Correcto —dijo Yun-Lo—. La clave de todo el rompecabezas era

el color. Su código anterior había sido ÁNGEL ROJO. Era lógico que cambiara a un color diferente, y el azul parecía la opción obvia.

—Así que nos está pidiendo —no, *diciéndonos*— que cambiemos la contraseña de ÁNGEL ROJO a DIAMANTE AZUL —dijo Karaca.

—Puede que sí, puede que no —dijo Yun-Lo—. Pero no tenemos nada que perder si hacemos lo que dice, y de paso podría salvarle la vida a ella y al proyecto.

Capítulo 16

—Caballeros, por muy brillante que sea nuestra Asesina, lo del difunto señor Tabrizi —el *equivocado* difunto señor Tabrizi— complica enormemente la situación.

De todos los lugares improbables para una reunión en persona, Tirana era tan buena opción como cualquier otra. Aún el país más pobre de Europa, Albania se estaba quitando de encima rápidamente su imagen de lugar salvaje y atrasado, sumido en vendettas de cuatro siglos. El Hotel Theranda, en el corazón mismo del distrito blloku, antaño refugio privado de Enver Hoxha y sus secuaces durante los cuarenta y un años de su dictadura, y ahora territorio de la incipiente clase media de Tirana, era casi imposible de encontrar. Si algún turista preguntaba a uno de estos pseudosofisticados dónde estaba el hotel, solo recibiría una mirada vacía. Tanto mejor para la privacidad. Los cuatro habían reservado el salón de desayunos, contiguo al edificio principal del hotel, entre la 1:00 y las 3:00 de la tarde, cuando estaba completamente vacío.

—Sugiero —continuó el conde Napolitano— que quizá Agripina necesite una distracción que la ayude en su cometido.

—Eso trae sus propios problemas —respondió Karaca—. Primero, ella nos dijo expresamente que no quería nuestra ayuda, nuestra interferencia, a menos que la pidiera. Podría rechazar semejante iniciativa y abandonar el proyecto sin más. Segundo, ¿cómo le haríamos llegar un mensaje a tiempo, aunque estuviera dispuesta?

—He pensado en ello, Mustafa. Suponiendo que pudiéramos preparar la distracción adecuada, simplemente la aconsejaríamos, no la dirigiríamos, y ella podría usarla o ignorarla según le pareciera. Es evidente que tenemos medios de contactarla, aunque indirectamente, y todavía queda un mes y medio antes del momento óptimo.

—¿Qué clase de distracción tenía en mente? —preguntó el iraní.

—Buena pregunta, Mehdi. El nuevo presidente se proclama moderado. A diferencia de Ahmadineyad, quiere que lo vean como

alguien que tiende puentes para reducir las tensiones internacionales. Yun-Lo, de todos nosotros tú eres quien mejor lo conoce. Creo que vosotros dos trabajasteis juntos en negociaciones nucleares hace algunos años, ¿no?

—Así es, Marco —respondió el chino—. Nuestra relación fue bastante cordial, aunque estábamos en bandos radicalmente opuestos en la mesa de negociaciones.

Los cuatro hombres debatieron largo y tendido sobre cuál podría ser la distracción y cómo llevarla a cabo. Al final, acordaron por unanimidad que la idea de Hsien Yun-Lo era brillante y que él sería el emisario perfecto para «venderla» a todas las partes interesadas.

~ ~ ~

Elspeth Fraser tenía setenta y cinco años, era una viuda robusta que se había retirado a su ciudad natal de Inverness cinco años después de que su difunto esposo, Gordon Duff Fraser, O.M., M.B.E., falleciera, colmado de años. Duff había sido quince años mayor que ella. Se habían conocido cuando ella era estudiante en The Queen's College, Glasgow, y él era profesor asociado en lo que entonces se llamaba Glasgow Polytechnic. Les había encantado hacer senderismo en las montañas de Glencoe, entre Loch Lomond y Loch Ness. Incluso después de que sus dos hijos llegaran, crecieran y se marcharan, ella había mantenido su pasión de toda la vida por la danza de las Highlands. Salvo por su viaje anual al Continente, generalmente a Austria, Suiza o Italia, habían llevado una vida de tranquila satisfacción mutua.

Por sus servicios a la Corona, Duff había sido galardonado con la Orden del Mérito e investido Miembro de la Excelentísima Orden del Imperio Británico en 2001, poco antes de jubilarse de lo que ya era la Universidad Caledonia de Glasgow, tras la fusión de Queen's College y Glasgow Polytechnic ocho años antes.

Una vez viuda, con una jubilación holgada y tiempo de sobra, Elspeth Fraser había fundado la Academia de Danza de las Highlands de Inverness (el nombre Escuela de Danza Fraser ya estaba registrado) hacía cuatro años, y su éxito financiero y artístico la

había sorprendido gratamente. Se había sentido aún más gratificada cuando dos de sus alumnas, Kyla Johnstone y Adair Taylor, ambas de dieciséis años, se habían clasificado para los campeonatos nacionales de la Asociación Oficial Escocesa de Danza de las Highlands en Edimburgo el septiembre anterior.

Esa noche prometía ser otra presentación con el salón lleno. Su grupo estaba programado para actuar en el gran salón de la segunda planta del Ayuntamiento de Inverness. Las niñas, desde Crissa Paterson, de cinco años, y su hermana Isobel, dos años mayor, hasta las veteranas de catorce, Jamie Drew Muir y Fiona Hughes, eran ejemplo de lo mejor que Escocia podía ofrecer al mundo. Sus sobrinos nietos, Colin Campbell y Brett MacDonald, destacados gaiteros que se complementaban a la perfección, junto con un par de tamborileros de la Asociación Local de Highlanders, habían estado ensayando con las niñas toda la semana. A Elspeth no se le había escapado que los cuatro jóvenes tenían los ojos puestos en Kyla y Adair, quienes habían accedido a ofrecer una demostración especial de competición de Highland Fling como broche de oro del espectáculo.

Elspeth instruyó a sus niñas toda la tarde siguiendo su rutina habitual. No dudaba en abrazarlas y darles todo el cariño del mundo, pero era una maestra severa que no escatimaba el látigo verbal cuando hacía falta.

—Crissa, quizá creas que por ser la más pequeña del grupo eres la más adorable y que todos los ojos estarán puestos en ti. Pues te digo una cosa: como te pongas farruca presumiendo de lo importante que eres, Dios te tirará de culo tan rápido que serás el hazmerreír de todos. Y si *Él* no te tira de culo, lo haré *yo*, ¿entendido?

—Sí, señora Fraser.

—Bien. Ahora, recuerda, una reverencia a tu pareja antes de empezar, y coloca las espadas en una cruz perfecta para que sepas exactamente dónde estarás cuando saltes sobre ellas. ¿Sí, Isobel?

—Señora Fraser, ¿qué pasa si tengo que hacer pis justo antes de salir?

—Hazlo cinco minutos antes. Hay un baño justo a la salida del gran salón.

—Pero ¿y si no puedo ir antes de salir a escena? Ya sabe lo nerviosa que me pongo cuando estoy en el escenario.

—Isobel Paterson, tendrás que aguantarte y hacerlo lo mejor que puedas. Solo deberías pensar en tu baile, y en nada más que en tu baile, ¿entiendes?

—Sí, señora.

—No «sí, señora», Isobel, «Sí, señora Fraser».

—Sí, señora Fraser.

—Ahora, grupo, espero que todas estéis vestidas de gala, frente al Ayuntamiento a las siete menos cuarto en punto. Colin, tú y Brett os colocaréis a cada lado y empezaréis a tocar en cuanto se forme un corrillo, como mucho cinco minutos después. Esta noche se esperan dos autobuses de turistas ingleses y estadounidenses, y espero que hagáis que toda Escocia se sienta orgullosa de vosotras. Podéis retiraros.

—Gracias, señora Fraser —dijeron todas al unísono.

~ ~ ~

Las gaitas son famosas, tanto por su armonía singular como porque en muchos casos un solo conjunto puede oírse a más de kilómetro y medio de distancia. Con el sonido de las gaitas duplicado, más dos tamborileros, no había un alma entre el puente Ness y Crown Road, ni desde Post Office Avenue hasta los bed and breakfast de Old Edinburgh Road, que no pudiera oír —y estremecerse o exasperarse con— los tonos de armonía discutible cuando los gaiteros arrancaron con la melodía originalmente titulada *Baile Inneraora*, la *Ciudad de Inveraray*, hasta que se hizo mundialmente conocida como *Los Campbell están llegando*.

A las siete y cuarto, la intersección de Church Street y High Street estaba repleta de curiosos. Incluso los turistas estadounidenses que frecuentaban el McDonald's frente al Ayuntamiento habían salido del establecimiento de comida rápida para ver qué era aquel pandemonio, y cuando el secretario municipal invitó a todo el mundo

a entrar, la gran sala quedó abarrotada hasta los topes, sin un solo asiento libre.

La hora siguiente fue una exitosa celebración del baile de las Tierras Altas escocesas bajo techo. Las integrantes más jóvenes del grupo, las hermanas Crissa e Isobel Paterson, encantaron al público, y todos los ojos masculinos de la sala siguieron a las hermosas ganadoras adolescentes mientras exhibían una combinación de vigor, gracia y sensualidad.

Cuando el espectáculo terminó entre aplausos con el público puesto en pie, un hombre asiático de mediana edad y aspecto distinguido, que se presentó como Hsien Yun-Lo, se acercó discretamente a la directora.

—Buenas noches, señora Fraser —dijo el hombre, inclinándose con cortesía—. Conocí a su difunto esposo, el profesor Fraser, cuando aún daba clases. ¿Recuerda usted, por casualidad, a uno de sus estudiantes llamado Hassan Feridon, que preparaba un doctorado a mediados de los noventa?

—Vagamente, señor Yun-Lo. Mi difunto esposo tuvo tantos estudiantes a lo largo de su carrera, ya sabe.

—Solo pensé que ese nombre podría destacar de algún modo en su memoria.

—Me temo que no me suena.

—Por supuesto, ya no usa el nombre Feridon. Ha vuelto a su nombre original, Hassan Rouhani. ¿Le resulta más familiar ese nombre?

—Lo siento. ¿Debería?

—Solo si sigue la política iraní.

—Señor Yun-Lo, no quisiera parecer grosera, pero desde la muerte de mi esposo mi interés se centra en el baile de las Tierras Altas y en mis chicas. No he tenido ni tiempo ni ganas de meterme en asuntos ajenos a mi pequeño mundo.

—Lástima, señora Fraser. Estaba pensando que quizás su grupo podría actuar en un escenario mucho más grande que el Ayuntamiento de Inverness. Resulta que el antiguo estudiante de su esposo, el señor Feridon, el señor Rouhani, fue elegido presidente de

Irán en junio pasado, y creo que podría conseguirle una invitación para que usted y su grupo ofrezcan una actuación muy especial en Irán, una que podría abrir vías de cooperación entre Irán y la comunidad internacional.

—Le escucho.

—Podría sorprenderle saber que la presencia de su compañía podría incluso, a su pequeña manera, cambiar el curso de la historia.

…

~ ~ ~

—Señor presidente, ha sido muy amable al recibirme. No solo me siento profundamente honrado de que lo hiciera con tan poca antelación, sino que debo decir que sus compatriotas no podrían haber elegido a un hombre mejor para normalizar las relaciones con «los demás».

—Yun-Lo, me das demasiado crédito. Tú y yo sabemos lo limitado que es mi margen de maniobra y dónde reside el verdadero poder. Debo admitir que me fascinó tu sugerencia de que podría empezar a abrir puertas sin verme envuelto en el empeño interminable de Occidente por acabar con nuestro programa nuclear. ¿Té?

—Si me acompaña, señor presidente.

—Con mucho gusto.

Cuando los dos estuvieron instalados en una sala privada, Hassan Rouhani le indicó a Hsien Yun-Lo que ampliara su idea.

—Señor presidente, ya hemos estado en la mesa de negociaciones, y hemos aprendido mucho el uno del otro, tanto en lo personal como en lo profesional.

—De acuerdo, Yun-Lo. Ya que solo estamos nosotros dos en la sala, ¿por qué no prescindimos de las formalidades del «señor presidente»?

—De acuerdo, Hassan. ¿Prefieres Feridon o Rouhani?

—Tienes muy buena memoria, Yun-Lo. ¿Por qué no simplemente Hassan?

—Me parece bien. ¿Has estado en Escocia últimamente?

—La última vez que estuve allí fue en el noventa y nueve, cuando

obtuve mi doctorado en derecho.

—¿Recuerdas a un profesor de humanidades llamado Duff Fraser?

—Si dijera que «sí», estaría mintiendo. ¿Por qué lo preguntas?

Llegó un camarero con té y pastelillos iraníes. Cuando el hombre se marchó, el presidente sirvió té a su invitado y pasaron unos momentos saboreándolo todo en amigable compañía.

—Fraser murió hace poco más de cinco años. Su viuda se retiró a su ciudad natal, Inverness, y montó una escuela de baile de las Tierras Altas.

—Lástima que muriera, aunque diría eso de casi cualquiera. ¿Qué tiene eso que ver con Irán?

—Tú fuiste quien dijo que te gustaría abrir relaciones con Occidente.

—¿Sí?

—Mahmoud no fue, digamos, el más diplomático de los políticos.

Se rieron con ganas ante ese comentario.

—Y Occidente ahora está esperando a ver si tú, para usar su expresión, «cumples con lo que dices».

—¿Qué tiene que ver esto con la viuda Fraser y su escuela de baile, amigo mío?

—Hassan, el Líder Supremo se mantiene bastante aislado durante todo el año, salvo para dirigir las oraciones del viernes. Sin embargo, hay una excepción en la que debe, e invariablemente lo hace, dejarse ver por toda la República Islámica.

—La Década de Fajr, la Victoria de la Revolución Islámica. Del primero al once de febrero —dijo el presidente—. El ayatolá regresó a Teherán el 1 de febrero y Pahlavi fue depuesto a las 2:00 p. m. del 11 de febrero, el Día de la Victoria.

—Correcto —dijo el chino—. La mayor multitud del año sale …

—El 11 de febrero en Qom, la Ciudad Santa de Irán.

—Durante los últimos treinta y cuatro años ha sido una celebración «interna». Los no musulmanes, abstenerse. «Es *nuestra* fiesta y si no eres de los nuestros, no pintas nada aquí, así que vete a otra parte». Y sin embargo, hay muchos otros países en el mundo que no son islámicos, y a algunos no les gusta nada sentirse excluidos.

—¿Como nuestros «amigos» estadounidenses?

—Entre otros. Sí, tomaré un poco más de té, Hassan. Y estos pasteles están verdaderamente deliciosos.

El Presidente sonrió, animando a su antiguo adversario de negociaciones a continuar.

—Irán afirma que hoy en día Estados Unidos le importa un comino, pero América siempre está intentando deslegitimar a la República Islámica como sea. A muchos países neutrales, incluso occidentales, les trae sin cuidado la retórica política entre Irán y América. Lo que siempre importa más —y estoy seguro de que el Gran Ayatolá, que no tiene un pelo de tonto, lo sabe— es la conexión *humana*.

—Cierto.

—Escocia no tiene cuentas pendientes con nadie. Forma parte del Reino Unido, pero viviste en Escocia el tiempo suficiente para saber que a los escoceses no les hacen mucha *gracia* sus primos ingleses —en el 06 votaron seguir su propio camino, al menos en lo que respecta al gobierno interno. Tu alma mater, Glasgow Caledonian, fue la primera en conceder un doctorado honoris causa a Nelson Mandela, y tienes vínculos personales con Escocia.

—Sí, ¿y qué?

—Hassan, si conseguimos que dos eventos en apariencia —pero solo en apariencia— dispares coincidan en el mismo lugar y momento...

—Entiendo lo que dices. Supongamos —solo supongamos, ¿eh?— que el Gran Ayatolá tiene previsto dirigirse a cien mil personas en Qom a las dos en punto del día once. Anunciamos a los Fieles que Irán quiere demostrar que acoge a todos, sea cual sea su fe, y que las bailarinas escocesas de la señora Fraser actuarán a las doce y media. Anunciamos que se retransmitirá todo el programa de festejos para una audiencia mundial...

—Bien, bien —dijo el diplomático chino—. Pero ¿y la vestimenta? Ya has visto bailarinas de las Tierras Altas. Faldas muy cortas, cabeza descubierta...

—Los inviernos en las Tierras Altas escocesas son muy fríos. Se pueden hacer ajustes. Pueden llevar pantalones largos bajo los kilts.

Los tocados pueden formar parte del vestuario. Seguro que podríamos conseguir cierta flexibilidad. Incluso tengo una idea para preservar la distancia del Líder Supremo con los infieles —dijo el Presidente con una sonrisa un tanto lobuna, pensó Yun-Lo—. Las bailarinas y los tamborileros permanecen allí un tiempo estrictamente limitado. Después, las chicas se retiran a un lado del escenario. Los gaiteros y tamborileros suben el volumen para indicar que la parte más importante del programa está a punto de comenzar. El Gran Ayatolá sube al estrado y saluda a la *gente*, no a los escoceses. Todos enloquecen mientras los escoceses desaparecen. El Líder nunca ha reconocido formalmente a los extranjeros, pero de cara al mundo *parece* que ha dado su visto bueno a la presencia de los forasteros, y la República Islámica queda como un lugar muy humano y acogedor para todos.

—¡Excelente idea, señor Presidente! —exclamó Yun-Lo, dando una palmada.

—El problema, Yun-Lo, es que actualmente no mantenemos relaciones diplomáticas con el Reino Unido. ¿A quién podríamos encargar que se acercase a la señora Fraser y su compañía?

—No creo que eso vaya a ser un problema, amigo mío.

~ ~ ~

—¿Qué quiere que le diga, señor Yun-Lo? ¿Un viaje con todos los gastos pagados a un país extranjero? ¿Lo va a pagar un estado enemigo? —preguntó Elspeth Fraser.

Aunque la generosidad de la oferta la abrumaba, conservaba su cautela y suspicacia escocesas de siempre.

—No, no, nada de eso, señora Fraser. Mis colaboradores son todos ciudadanos de países amigos del Reino Unido, y el gasto es tanto su contribución a la paz en la región como, algo que seguro comprenderá, desgravable.

—Pero ¿la escuela tendrá que pagar impuestos por estos ingresos? —insistió ella.

—En absoluto. Es una operación de financiación privada. Ni usted ni ningún miembro de su compañía obtendrá beneficio alguno de esta

empresa. Y puede estar segura de que lo aclararemos a su entera satisfacción con la Agencia Tributaria de Su Majestad con mucha antelación al viaje.

—Señor Yun-Lo, no dudo de su palabra ni por un momento, pero «mucho antes del viaje» es una expresión relativa. Estamos a 15 de diciembre. Si damos por hecho que debemos actuar en Irán el 11 de febrero, eso deja a nuestra compañía poco más de mes y medio para gestionar pasaportes, visados, billetes de avión, alojamiento...

—Señora Fraser, no tiene por qué preocuparse. Todos estos asuntos se están agilizando.

A esas alturas, la magnitud de lo que estaba ocurriendo y la sensación de que el control se le escapaba de las manos habían superado su reticencia inicial.

—¿Una última pregunta, señor Yun-Lo?

—Por supuesto.

—He oído que la República Islámica es un lugar peligroso...

El diplomático chino sonrió.

—Señora Fraser, si yo estuviera en su lugar tendría exactamente las mismas sospechas. Permítame asegurarle que, a pesar de lo que haya podido oír de otras fuentes, Irán es un lugar perfectamente civilizado y seguro. El propio presidente Rouhani me ha asegurado que contarán con la protección de todos los recursos que el Estado pueda movilizar. ¿Quedamos en reunirnos con los padres aquí dentro de, digamos, tres días?

Capítulo 17

Tal como el conde Napolitano había sugerido a sus colegas, no hubo problema en transmitir el mensaje a «Agripina» en los tres días siguientes a la conclusión de los acuerdos. Napolitano no dudaba de que la Asesina descifraría fácilmente el mensaje, «Diversión organizada 1102», utilizando el código europeo de anteponer el día al mes.

Agripina había sido tanto depredadora como presa a lo largo de su carrera, a menudo al mismo tiempo, y enseguida supuso que quienes la cazaban estarían jugando la misma partida de ajedrez que ella ahora desarrollaba mentalmente. Tras un intercambio de mensajes de seguimiento con su empleador —«?», «Bailarines escoceses de las Highlands»— no le quedó duda sobre la fecha, la hora y la naturaleza de la diversión. Calculó —correctamente— que las fuerzas de seguridad de la República Islámica serían las primeras en enterarse de todo sobre el programa y que probablemente ya habían alertado a los cazadores incluso antes de que ella recibiera el primer mensaje.

Ahora su propia partida mental de ajedrez comenzaba de verdad. *Curioso*, pensó. *Los antiguos persas inventaron el ajedrez y ahora me toca a mí vencerlos en su propio juego*.

Por un lado, un grupo de danza escocesa de las Highlands, y más importante aún, gaiteros y tamborileros, generarían un estruendo que haría irrelevante el silenciador de su rifle. Las autoridades iraníes, obviamente, orquestarían el mayor despliegue de relaciones públicas posible: televisión mundial y una multitud de «voluntarios» que triplicaría con creces los treinta mil que normalmente acudían a un evento de esta naturaleza. Cámaras y podcasts de todas las naciones del mundo, amigas o enemigas, grabarían el evento. En tales circunstancias, la seguridad sería una pesadilla absoluta de principio a fin, y un francotirador solitario a ciento cincuenta metros de distancia, disparando desde un tercer piso en cualquier edificio del barrio, sería casi imposible de detectar. *Casi*.

Por otro lado, no tenía duda de que quienes la perseguían eran profesionales del más alto calibre. Había hecho bien sus deberes. ¿Ezra Caen? No había nadie mejor en el mundo en lo que hacía. Y había matado al Tabrizi equivocado por un descuido fortuito. Manucher Tabrizi, como *hombre* que era, naturalmente buscaría venganza, pensó. Las piezas desconocidas del rompecabezas eran cuánto sabían sobre *quién* era ella, qué sabían de sus operaciones anteriores, cómo se llevaría a cabo el asesinato y si habían conseguido alguna pista que les permitiera rastrear sus movimientos. La pieza más importante del rompecabezas, que ni siquiera ella conocía aún, era *cuándo* y *dónde* tendría lugar el asesinato.

Suponía que sabían quién era el objetivo. Eso lo había aprendido en sus comunicaciones pasadas con sus empleadores. Caen había tratado con mercenarios antes —los propios israelíes habían desplegado a uno de los mejores—, y ella apostaría la mitad del precio de su contrato a que el detective había contactado con varios de ellos, quizás incluso con Mad Mike Hoare.

Hace muchos años, el Holiday Inn, la cadena hotelera multinacional estadounidense por excelencia, había usado el eslogan: «La mejor sorpresa es *ninguna* sorpresa». «Ninguna sorpresa» significaba, estaba convencida, que los cazadores creerían que el intento de asesinato tendría lugar lo más cerca posible de las 14:00 del 11 de febrero. *Casi* todos los cazadores. Pero quizás no Ezra Caen.

Con anterioridad, la Asesina había concluido que la ubicación más propicia para el asesinato en Qom era la mezquita de Jamkaran. La mezquita estaba fuertemente vigilada día y noche, tenía un gran campo adyacente capaz de albergar hordas de fieles y, lo más importante para sus propósitos, estaba en una zona rodeada de bloques de viviendas y viejas fábricas, algunas abandonadas.

El jubilado de sesenta y ocho años «Richard McAdams», que había tocado el violonchelo en la Orquesta Sinfónica de Pretoria y supuestamente gozaba de inmensa popularidad como profesor de música en Tshwane —el nuevo nombre de la antigua capital sudafricana—, profesaba un cariño de toda la vida por la *mūsīqī-e*

aṣīl-e īrānī, la música tradicional persa, y un mes antes había alquilado un piso en la tercera planta de un viejo edificio de apartamentos. Le había dicho al futuro casero que planeaba quedarse en Qom seis meses. El piso satisfacía sus necesidades: tenía una habitación lo bastante grande para escuchar y grabar música persa y recibir visitantes de Sudáfrica, una amplia ventana que daba al bulevar, y un estudio en un lateral con una pequeña ventana desde la que se veía la mezquita de Jamkaran. McAdams, que llevaba el cabello gris muy corto y tenía los ojos azules desvaídos típicos de un hombre mayor, había pagado en efectivo por adelantado y había prometido tanto a su casero como a sus vecinos que solo daría clases a mediodía y por la tarde —nunca los viernes, por supuesto— y que cualquier ruido procedente de su apartamento cesaría a las siete de la noche. De hecho, la única vez que el casero había visto a Richard McAdams fue el día en que firmó el contrato de arrendamiento y entregó al propietario no solo el alquiler íntegro del período, sino también una generosa fianza.

Aunque el piso venía amueblado, «Richard McAdams» lo había embellecido con pequeños toques personales: fotos familiares en las que aparecía el inquilino con su difunta «esposa»; carteles publicitarios de la Orquesta Sinfónica de Pretoria; varias partituras; el obligatorio violonchelo; una chaqueta deportiva, algunos pantalones y camisas informales, dos pares de zapatos, ropa interior variada; y algunas piezas de metal que parecían atriles.

De vez en cuando, los sonidos melodiosos del violonchelo salían del piso de McAdams. Su única alumna parecía ser una monja católica que a veces dejaba el violonchelo en la residencia del «Maestro McAdams», pero que con más frecuencia subía tres tramos de escaleras cargando un estuche de violonchelo grande y aparatoso hasta el estudio de su profesor. El propio «McAdams» casi nunca estaba en casa. Ninguno de sus vecinos parecía saber siquiera qué aspecto tenía.

Estas precauciones eran deliberadas. En caso de que se hicieran preguntas, el inquilino era legítimo. Más importante aún, la Asesina había examinado cuidadosamente el apartamento para asegurarse

de que le ofrecía la máxima flexibilidad, una ubicación ideal para sus necesidades y el anonimato que, al final, resultaría lo más útil de todo.

Si Agripina optaba por el escenario de diversión sugerido por el conde Napolitano, el apartamento de «McAdams» sería el elegido. Pero la Asesina no era de las que sacaban conclusiones precipitadas. Usaría los próximos días para sopesar los pros y los contras del escenario de Qom. Incluso podría decidir cambiar el lugar del acto para despistar a los cazadores.

~ ~ ~

—¡Maldita sea! —estalló Heyder Moslehi; era raro oírle maldecir—. ¿Ni siquiera sospechan esos idiotas cuánto más difícil nos pone el trabajo este último movimiento?

El grupo de seguridad se había reunido de nuevo en la sala de conferencias de la sede del Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional.

—¿Esos idiotas? —respondió Ghormani con suavidad—. Creo que el presidente Rouhani simplemente sigue el instinto típico del político: aprovechar al máximo la oportunidad de quedar lo mejor posible ante el mundo. Una oportunidad para una «sesión fotográfica» bastante impresionante, como dicen en Occidente.

—Una oportunidad para un desastre monumental —dijo Saeed Paria, aunque su tono no era de enfado—. ¿Hay alguna forma de que esto pueda volverse a nuestro favor, Ezra?

—Depende —respondió el israelí—. Sin duda la logística se vuelve mucho más difícil y compleja. Si la aspirante a Asesina pretende ejecutar el trabajo de la manera más probable, un solo disparo desde lejos, el tumulto en torno al ayatolá reduciría sin duda la necesidad de silencio que proporcionaría un silenciador. Por otro lado, creo que la Asesina muy probablemente usaría un silenciador de todos modos, así que la ecuación no cambia de forma drástica por el ruido excesivo. Por supuesto, si la asesina quiere intentar un disparo desde el punto cero, ella…

—todos los presentes enarcaron las cejas ante la conclusión de

Caen de que la Asesina era una mujer—

—…puede perderse fácilmente entre una multitud de cien mil personas. Así que lo que se vuelve más complejo es el control de la *multitud*, no el de la asesina. ¿Se ha hecho algo con mi sugerencia de que Jamenei lleve un chaleco de kevlar o de que lo rodee una mampara fina y transparente?

—Ni quiso oír hablar de ello —dijo Rahman Almotahari, jefe de la guardia personal del Líder Supremo.

—No pensé que fuera a hacerlo —añadió Ghormani.

—Estoy seguro de que nuestra asesina está sopesando sus opciones con cuidado —continuó Caen—. Cada escenario tiene sus pros y sus contras. Sin duda sabe que cuanto mayor sea la multitud, más confusión provocaría y más fácil le resultaría escapar. Por otro lado, tiene que ser consciente de que mucho antes del evento cerraríamos y acordonaríamos cada metro cuadrado desde el que pudiera tener un buen ángulo de tiro. Eso incluye cada edificio, cada chabola, cada cobertizo en un radio de mil metros del Líder Supremo. Eso descartaría de facto la opción de disparar desde un edificio adyacente.

—De acuerdo —comentó Yousef Abbasi, dando una calada a un cigarrillo Bahman, un hábito que había adquirido años atrás para calmar los nervios—. Entonces, ¿adónde nos lleva eso?

Manucher Tabrizi continuó el razonamiento de su colega.

—La asesina sin duda está sopesando las mismas opciones que nosotros. La elección de Qom ha sido obvia desde el principio. Ahora... quizás no tanto. Si bien el 11 de febrero es la fecha ideal, algo así como el once de septiembre en Estados Unidos, una mejor opción podría ser una festividad menos *pública*. Supongamos, por ejemplo, que todos los que estamos sentados a esta mesa creemos que el 11 de febrero es la elección más racional y lógica. Si no ocurriera nada el día once, ni en una o dos semanas después, lo natural sería que la asesina esperase que bajáramos la guardia, que nos relajáramos un poco.

—Caballeros, parece que todos estamos abordando esto como una partida de ajedrez —dijo el presidente—. ¿Debo entender que

votaríamos por planificar para el once en Qom, pero dejando todas las opciones abiertas y la vigilancia al máximo hasta...?

—Creo que estamos todos de acuerdo —dijo Ghormani.

—¿Estamos más cerca de saber quién podría ser la asesina? —preguntó Ghasem Habib, el miembro más veterano del grupo.

—Es posible que sí —comentó Caen, pausadamente.

—¿Y? —preguntó el presidente.

—Caballeros —dijo Ezra, tosiendo dos veces y mirando a todos a los ojos antes de responder—. Tengo razones para creer que la asesina es alguien a quien nunca he visto ni conocido.

Dedicó los dos minutos siguientes a explicar cómo había llegado a esa conclusión, y finalizó diciendo:

—Creo que la asesina es mi hermana gemela.

Capítulo 18

—Lo primero, caballeros —dijo Ezra a sus lugartenientes—, vamos a revisar cada una de las entradas y salidas de los aeropuertos de Imam Jomeini y Mehrabad durante los últimos seis meses. Buscamos entradas múltiples, aunque, en la práctica, nuestro objetivo probablemente utilizó identidades diferentes cada vez que entró o salió de la República Islámica. Si bien no podemos descartar entradas por otros aeropuertos distintos a los de Teherán, entradas por carretera e incluso llegadas por mar, el número de esas entradas sería tan descomunal que resultaría prácticamente imposible cribar tanta información en el tiempo del que disponemos antes de la fecha en que creemos que se realizará el intento.

—¿Buscamos algo más, señor Caen? —preguntó uno de los hombres más jóvenes.

—Sí, teniente. Tengo una corazonada —y no es más que eso— de que nuestro objetivo probablemente utilizó huellas dactilares falsas, moldes de plástico, cuando solicitó los pasaportes que consiguió, fueran cuantos fueran, y que utilizó los mismos moldes en cada uno de ellos. Aunque estoy seguro de que tiene más de un juego de huellas falsas, le resultaría innecesariamente difícil llevar la cuenta de qué juego correspondía a qué pasaporte. También puede haber calculado que los agentes de control de pasaportes suelen tener tanta prisa por revisar a los pasajeros que llegan, y las colas de gente están por lo general tan impacientes, que no se molestan en comprobar cosas como las huellas dactilares. Lo que quieren es asegurarse de que el nombre y la descripción coincidan con el rostro y el aspecto físico del titular del pasaporte.

—Así que lo más fácil sería utilizar el mismo juego de moldes falsos en cada uno de los pasaportes —dijo Manucher Tabrizi—. Inteligente.

—En realidad, más práctico —dijo Caen—. ¿Qué probabilidades creen *ustedes* que había de que estuviéramos rastreando los pasaportes en busca de entradas múltiples?

—Casi el cien por cien —intervino otro teniente.

—¿Y las posibilidades de que cruzáramos datos para descubrir que nuestra chica utilizó las mismas huellas dactilares en cada viaje a Irán? —insistió Caen, sirviéndose un vaso de agua Pellegrino.

La respuesta fue unánime: ninguna.

—¿Qué más da si utilizó las mismas huellas dactilares? —preguntó un veterano canoso del cuerpo—. Una vez en el país, la sospechosa podría cambiar de huellas dactilares tan fácilmente como cambió de identidad. ¿Quién va a mirar las huellas dactilares de alguien cuando alquila una habitación de hotel o un coche, o cuando compra comestibles?

—Absolutamente nadie —respondió Caen—. Creo que tiene toda la razón, inspector Mehrab. Pero lo que nos debe preocupar no es lo que hace la sospechosa ni, ya puestos, si se sienta o se pone en cuclillas cuando va al baño. Lo que queremos averiguar son *nombres*.

—Ya veo adónde quiere llegar —replicó el inspector veterano—. Si conseguimos un cierto número de nombres diferentes —y apostaría a que es un número finito— que utilizan las mismas huellas dactilares en un pasaporte, entonces…

—Al menos tenemos ese número finito de nombres para buscar en hoteles, agencias de alquiler de coches y similares —dijo Tabrizi.

—Pero si los agentes de control de pasaportes no comprueban las huellas dactilares, ¿cómo las comprobamos nosotros? —preguntó el teniente Gelbahr.

—Transpiración, no inspiración, teniente —respondió Caen—. Aunque los agentes de aduanas no comprueban física ni siquiera visualmente las huellas dactilares, están obligados a fotocopiar cada pasaporte de toda persona que entra o sale de la República. Nosotros, caballeros, vamos a obtener el pasaporte de cada persona que ha pasado por las puertas de entrada o salida de nuestros dos aeropuertos internacionales. Y cuando lo hayamos hecho, nuestros técnicos emplearán escáneres de huellas dactilares para acotar las coincidencias.

—¿Se puede hacer esto en el tiempo del que disponemos, señor

Caen? —preguntó Gelbahr.

—Absolutamente. Creo que es hora de que alguien les explique cómo funcionan estos escáneres. Caballeros —dijo, mientras abría la puerta de la sala de conferencias y entraba un hombre alto que no podía tener más de treinta y cuatro años—, permítanme presentarles al doctor Sumit Singh, de CONSO-INDIA. He trabajado con el doctor Singh con gran éxito en mi propio país. Me gustaría que dedicara unos minutos a explicar la batería actual de sistemas de que disponemos, las tecnologías que nos han llevado años luz más allá de las antiguas pruebas visuales.

Durante la siguiente media hora, Sumit Singh explicó los fundamentos de los sensores de huellas dactilares al grupo reunido, detallando con laborioso esmero las diferencias entre las técnicas de escaneo y análisis óptico, ultrasónico, de capacitancia y algorítmico. Finalmente, dijo a modo de disculpa: —Veo por la forma en que me miran que he perdido a muchos de ustedes. Lo siento. No era mi intención. Es simplemente que los que trabajamos en este campo estamos acostumbrados a cierta jerga técnica, igual que estoy seguro de que ustedes tienen ciertas palabras clave en su propia profesión.

—Doctor Singh —preguntó Ezra—, suponiendo que tengamos más de un millón de imágenes y menos de tres millones, ¿cuánto tiempo le llevaría a un experto con tecnología informática avanzada y cualquiera de los sistemas que ha mencionado identificar de forma definitiva las mismas huellas dactilares utilizadas en pasaportes con nombres e identidades diferentes?

—Veinticuatro horas como mínimo, setenta y dos como máximo.

—Muy bien, doctor Singh, acabamos de contratar sus servicios. Le entregaremos las imágenes en cinco días.

~ ~ ~

—Caballeros, tenemos ocho personas cuyas huellas dactilares coinciden exactamente entre sí, a pesar de las diferencias de nombre, edad e incluso sexo en sus pasaportes —anunció Caen con aire triunfal. Repartió varias copias de una sola hoja con lo siguiente

en letra clara, y con fotos encima de cada nombre:

Hannelore deWet, sudafricana, agricultora, cabello rubio oscuro y ojos marrones.

Hermana Mary Salvatore, monja, Zimbabue, cabello oscuro muy corto y ojos marrones.

Trude Schechter, enfermera namibia, cabello rubio paja y ojos azules.

Simone DesMoulins, franco-comorense, trabajadora de hotel, cabello castaño, ojos marrones.

Petrus Jooste, sudafricano, educador, cabello color arena, ojos marrones.

Rudolph Hostetler, namibio, comprador petroquímico, cabello castaño, ojos marrones.

Richard McAdams, sesenta y ocho años, sudafricano, jubilado, cabello gris, ojos azules.

Vito Ligeiro, brasileño, con pasaporte de Comoras, maestro de artes marciales.

—Caballeros —dijo Ezra Caen—, es hora de salir a la calle.

~ ~ ~

Durante la semana siguiente, más de cien detectives en Teherán, Tabriz, Mashhad y Qom peinaron cada barrio y cada hotel. Todos llevaban varias copias del folleto que Caen había entregado a sus tenientes. Los investigadores se mostraron escrupulosamente educados, pero dejaron muy claro a hoteleros, agencias de alquiler de coches, empleados de gasolineras, propietarios de edificios de apartamentos y a cualquier otra persona interrogada que aquella cacería —fuera hombre o mujer— iba muy en serio.

Desde el primer día, la investigación comenzó a dar frutos.

Un conserje del Hotel Escan, de tres estrellas, en la avenida Somayeh, respondió al interrogatorio de un novato de veintitrés años recién salido de la academia.

—Sí, agente, según los registros del hotel, Rudolph Hostetler se alojó aquí tres noches: el 17, 18 y 19 de octubre. Se marchó la mañana del 20. No puedo asegurarlo, pero la foto de ese folleto se

le parece un poco. Tengo un vago recuerdo de que pidió un taxi el día 19.

El gerente nocturno del hotel Firouzeh relató a un veterano de mediana edad del cuerpo: —Una monja católica se alojó aquí en una de nuestras pequeñas habitaciones individuales. Déjeme buscarlo... ah, sí, se llamaba hermana Mary Salvatore. No tengo la menor idea de qué aspecto tenía, pero pagó 300.000 riales por noche, en efectivo, por habitación con ducha. Lo siento, sargento, es todo lo que puedo decirle. Con la cabeza cubierta, todas parecen iguales.

—Es él, sin duda —dijo un agente de alquiler de coches a un oficial de paisano—. Hostetler alquiló ese Samand gris abollado del fondo del aparcamiento el 10 de noviembre. Lo devolvió tres días antes de tiempo. Nada fuera de lo normal. El depósito estaba lleno. Alquiló un GPS Garmin.

—Padre O'Flannagan, lamento molestarlo, pero ¿se reunió con usted en algún momento de los últimos tres meses una monja llamada hermana Mary Salvatore? —No era de extrañar que el propio Ezra Caen, que nunca se consideraba demasiado importante como para patrullar las calles como cualquier otro policía, hubiera decidido entrevistar al sacerdote residente. Tenía sentido que una monja católica intentara establecer conexiones, aunque fueran mínimas, con el prelado de la comunidad religiosa local.

—¿No es usted iraní, señor Caen?

—En realidad, no.

—No sé dónde vive ahora, pero aún conserva un leve acento sudafricano.

—Me fui de allí con siete años. ¿Tan evidente es? —preguntó el detective.

—Mucho. Pase a mi estudio, señor Caen. Tomemos un té.

~ ~ ~

—Debe de ser muy grave si Irán contrata a un detective israelí —dijo el padre O'Flannagan con una sonrisa cómplice.

—Más de lo que pueda imaginar, padre. Y no puedo decirle nada más.

—Lo entiendo, y no le preguntaré más. Supongo que esta hermana Mary Salvatore no es lo que parece. Por supuesto, eso lo supe desde el día que la conocí.

Caen arqueó las cejas. —¿Podría explicarse, padre?

—Probablemente no sea nada importante. Dijo que era de Zimbabue, la antigua Rodesia del Sur, de antes de que echaran a Ian Smith y eligieran a Mugabe. Pero serví en la RSA y visité Rodesia las veces suficientes como para reconocer la ligera diferencia de acentos. El acento de la hermana era claramente sudafricano. De algún lugar cerca de Bloemfontein, si tuviera que concretar. Pero eso no era especialmente raro. Mucha gente cruzó fronteras durante y después de la revolución.

—¿Pero algo le llamó la atención?

—Así es. Resulta que esta monja católica, supuestamente devota y fiel, llevaba un misal apretado contra el pecho, y era el *Heidelberg Kategismus, Nederduitse Gereformeerde Kerk, Kaapstad, Suid Afrika*. ¿Tiene idea de lo que eso significa?

—Sí, padre O'Flannagan. Ese libro es como la Biblia para los miembros de la Iglesia Reformada Holandesa de Sudafricana. Luterana. Antes escupirían a un «papista» que mirarlo.

—¿Papista? —el sacerdote soltó una carcajada—. ¿Cuántos años *tiene* usted, señor Caen?

—No nací en 1850, si es lo que insinúa, pero sé que los protestantes lo usaban como insulto contra los católicos hasta bien entrados los años *cincuenta*.

—*Prosit*. ¿Le apetece algo más fuerte que el té?

—¿No tendrá agua Pellegrino, padre?

~ ~ ~

—Muy bien, caballeros, tenemos suficiente para pasar a la Fase Dos. Creo que el término de moda es «hacerse viral».

—¿A partir de cuándo? —preguntó Tabrizi.

—Mañana a primera hora saldrá en *Donyaye Eqtesad, Entekhab, Ettela'at, Jaam-e Jam, Kayhan* y el *Tehran Times*. A toda página, fotos en color. Mañana a las cinco, el Canal 1 lo dará como noticia de

apertura y el resto de cadenas seguirán. Blogs por todo internet. La mayor cobertura desde la elección de Rouhani. Promete ser interesante.

~ ~ ~

A primera hora de la mañana siguiente, la Asesina llegó al aeropuerto Imam Khomeini, dos horas antes del vuelo de Turkish Airlines de las 8:25 a Estambul. El vuelo directo, que rara vez iba lleno, llegaría a la ciudad más cosmopolita de Turquía a las 10:20 de la mañana. Agripina no se había dado cuenta de lo asfixiante que se había vuelto el ambiente en Irán hasta hacía una semana. Un par de días en Estambul sería una oportunidad caída del cielo para recargar las pilas y prepararse para la cuenta atrás que se aproximaba.

El cabello rubio oscuro de «Hannelore deWet» estaba cubierto por un pañuelo discreto. Al entrar en la terminal, su mirada se detuvo en el expositor de periódicos matutinos. Compró el *Times* y se lo puso bajo el brazo, luego paró en un quiosco a comprar un vaso de té. La cola en el mostrador de billetes era corta, no más de quince personas esperando para comprar sus billetes a la mayor metrópolis de Turquía. Tiempo de sobra para sentarse en una de las mesas junto al quiosco y ver qué había de nuevo en el mundo antes de ponerse a la cola.

La portada traía la retórica política de siempre e informes sobre las violentas revoluciones en buena parte de Oriente Medio. *Alles in ordnung*. Pasó las primeras páginas con rapidez. Cuando llegó a la página 5, vio un anuncio a toda página y a todo color. Mientras lo leía, una oleada de náuseas la invadió.

Las palabras estaban en negrita y en un tamaño descomunal:

¿HA VISTO A ALGUNA DE ESTAS PERSONAS?
RECOMPENSA DE 25.000.000 – 500.000.000 IRR POR INFORMACIÓN QUE CONDUZCA A LA DETENCIÓN Y CONDENA DE CUALQUIERA DE LAS PERSONAS QUE APARECEN A CONTINUACIÓN

El anuncio a toda página contenía todos los nombres falsos de la Asesina, las descripciones basadas en sus pasaportes y ocho

fotografías nítidas a todo color, junto con una lista de los delitos que se imputaban a cada una de esas personas.

La Asesina apenas tuvo tiempo de llegar al baño y cerrar el cubículo más cercano antes de vomitar.

Pero ya había estado en situaciones difíciles antes. Era una profesional consumada y una superviviente. Necesitaría todas sus facultades y sangre fría para evaluar sus opciones. Después de mojarse la cara y el cuello con agua fría del lavabo, regresó al cubículo, donde permaneció diez minutos mientras reflexionaba sobre la mejor manera de afrontar la nueva situación.

Al cabo de ese tiempo, regresó al vestíbulo del aeropuerto, donde compró un teléfono móvil desechable y una tarjeta prepago de una hora. Tecleó un número que se sabía de memoria y escribió: «DIAMANTE AZUL. Ver p 5, Teh Ts hoy. Ncsito ayuda. M escondo», y pulsó «Enviar».

ENERO

Capítulo 19

El dinero habla. Mucho dinero grita. Los medios de comunicación, sea cual sea su forma, prosperan con la controversia. Paradójicamente, esa misma controversia tiende a apagar el fervor de la mayoría de los ciudadanos al confundirlos y distraerlos.

En las veinticuatro horas siguientes a la publicación de los ocho rostros de la Asesina, cantidades ingentes de dinero inundaron las arcas de los medios iraníes —radio, televisión, periódicos, blogs y cualquier otro medio de transmisión de información o, en este caso, *des*información— para suavizar el impacto de la campaña mediática de Caen.

Anuncios a doble página en periódicos o sus equivalentes en otros medios lanzaban prácticamente el mismo mensaje: **¿QUÉ TIENEN DE ESPECIAL ESTAS OCHO PERSONAS? ¿POR QUÉ SOLO OCHO? ¿QUÉ HAY DE ESTAS CATORCE? ¿QUIÉN ESTÁ DETRÁS DE LAS FRAUDULENTAS RECOMPENSAS MULTIMILLONARIAS EN RIALES?**

Las fotografías mostraban a catorce hombres y mujeres cuyas imágenes habían sido retocadas para que parecieran mucho más siniestros que los ocho disfraces de la Asesina. Los crímenes atribuidos a las catorce nuevas personas incluían asesinato, violación de menores, abuso sexual, una letanía de los crímenes más atroces y despiadados que se conocen, mucho más graves que los atribuidos a la Asesina en sus ocho permutaciones.

Los presentadores de los informativos matutinos y vespertinos confundieron aún más el asunto añadiendo sus propios comentarios. Un grupo autodenominado Coalición Nacional para Proteger la República Islámica organizó marchas en las cuatro ciudades principales que habían sido el foco de los primeros anuncios. Como sucede invariablemente en estos casos, la gran mayoría del público no se inmutó, siguió con su vida cotidiana y esperó ansiosamente el siguiente escándalo. Muy pocos ciudadanos diligentes se molestaron en solicitar la recompensa multimillonaria en riales.

—No importa —dijo Tabrizi ante la reunión diaria de la autoridad de Seguridad—. Lo que importa es que han visto *nuestras* fotografías y las vieron *primero*, antes de que fueran diluidas por quienquiera que esté ayudando a la Asesina. Nuestro objetivo sin duda las ha visto. Ahora sabemos que tiene aliados con fondos aparentemente ilimitados.

~ ~ ~

Cuando el año viejo llegó a su fin y dio paso al nuevo, los aliados de Agripina observaron la bola iluminada descender sobre Manhattan mientras la cámara de televisión recorría la enorme multitud que abarrotaba Times Square. Los empleadores de la Asesina disfrutaban de un copioso desayuno inglés como invitados del Duque, en su «cabaña» de novecientos metros cuadrados en los Cotswolds.

—Dicen que la comida inglesa es absolutamente espantosa —comentó el conde Napolitano—, pero los arenques escoceses demuestran que la Providencia reservó un rincón del paraíso para las papilas gustativas de las Islas Británicas.

—Es tu tercera ración, amigo mío —comentó Karaca—. Te pasarás el resto del día bebiendo agua y toda la noche meando.

—Da igual. Gracias a tu rápida intervención, hemos logrado diluir y neutralizar el problema —continuó Napolitano—. Aun así, necesitará toda la ayuda que podamos reunir.

—Sí, pero no pueden vernos cerca de Irán —advirtió Karroubi—, no sea que las sospechas empiecen a recaer sobre nosotros.

—Discrepo —dijo Yun-Lo—. Soy muy *persona grata* ante la nueva administración. Mientras el conde se atiborra de *arenques* escoceses, no olvidemos quién orquestó la *travesura* escocesa —se rio de su propio *bon mot*—. Pero poniéndonos mucho más serios, caballeros, ¿se les ha ocurrido alguna vez, a ustedes o a alguno de nuestros mandantes, que podría producirse un cambio de paradigma con la elección de Hassan Rouhani y el último acuerdo entre las potencias que han estado asfixiando a la República Islámica? ¿Que el tiempo podría haber eliminado la necesidad de nuestro plan? ¿O que el asesinato de Ali Khamenei podría resultar irrelevante?

—No querrás decir que... —dijo Karaca, dando voz a una pregunta que rondaba la mente de todos ellos desde hacía dos días.

—No digo que debamos hacer nada para *detener* el intento —continuó Yun-Lo—. Solo sugiero que, sea cual sea el resultado, podría ser beneficioso para nuestros mandantes.

—Pero Khamenei no cambiará —protestó Napolitano.

—¿Eso crees? —preguntó Karaca—. La gente decía lo mismo de muchos líderes. Menachem Begin era un terrorista antes de convertirse en primer ministro de Israel. Yasser Arafat fue demonizado por todos en Oriente Medio hasta que se convirtió en un «estadista». Nelson Mandela... ¿Quieres que siga con la lista?

—No hace falta —dijo Yun-Lo—. Aunque Estados Unidos, con su miopía habitual, ve a Irán como una nación paria, Rouhani fue elegido democráticamente por votantes de carne y hueso, y no era el candidato de Khamenei. Tanto si Khamenei es un gran ayatollah como si es un predicador en la escalinata de una pequeña mezquita, no es ningún tonto, y sus instintos políticos han demostrado ser infalibles hasta ahora. Mientras todos parecen *pensar* y *decir* que es el Líder Supremo, él se presenta como un simple maestro.

—Entonces, ¿qué hacemos con nuestro «comodín» en la República Islámica? —preguntó Napolitano—. Le prometimos apoyo total...

—Ella nos ha dicho muchas veces que no necesitaba *ninguna* ayuda, que se pondría en contacto con nosotros si nos necesitaba —intervino Karroubi.

—Sin embargo, su última comunicación sugería que quizá no le vendría mal nuestra ayuda —dijo Karaca.

—Quizá deberíamos tener en cuenta la opinión de nuestros empleadores —dijo Yun-Lo.

Al final de la reunión, se decidió que los cuatro agentes debían seguir apoyando a la Asesina, pero cubrirse las espaldas... por si acaso.

~ ~ ~

—Vaya, señor McAdams, qué interesante verlo por aquí.

—¿Qué quiere decir, señor Farrokhzad? —preguntó la Asesina al

casero con recelo.

—Sus vecinos me han dicho que nunca lo han visto entrar ni salir del apartamento. A la única que han visto es a una monja católica.

—Eso no es cierto —respondió la Asesina—. Es verdad que viajo por el país en busca de música persa clásica, pero eso no significa que no vuelva de vez en cuando. En cualquier caso, es irrelevante. Pagué el alquiler con seis meses de antelación. Debería estar satisfecho.

—No me malinterprete, señor McAdams —dijo el casero—. Es solo que podría estar poniéndome en riesgo.

—¿Qué quiere decir?

—¿Quién es usted *exactamente*, señor McAdams?

—¿A qué se refiere?

—Creo que ambos lo sabemos. La monja se llama hermana Mary Salvatore, ¿verdad? Y, como ha quedado claro en todo Irán, usted tiene al menos otras seis identidades. O eso dicen los periódicos y la televisión.

Se produjo un silencio cargado de significado antes de que la Asesina respondiera.

—Ambos somos hombres de mundo, señor Farrokhzad. Si no me equivoco, su moral no pesa tanto como su codicia. ¿De cuánto estamos hablando?

—Eso depende, señor McAdams. Necesita que confirme a las autoridades que nunca he visto a Richard McAdams, que el señor McAdams nunca me alquiló un local, un apartamento que, por cierto, tiene un pequeño estudio con vistas directas a un lugar donde nuestro amado Líder Supremo aparece de vez en cuando...

—Repito, ¿de cuánto estamos hablando?

—Cincuenta mil...

—¿Riales? ¿Francos suizos?

—*Dólares*. Moneda estadounidense.

—Ese tipo de sumas, si entran en la República Islámica, resultarían muy sospechosas.

—Cierto —respondió Farrokhzad—. Pero tengo un sobrino en Beverly Hills, California.

—Ah, sí, creo que lo llaman «Tehrangeles».
—Llámelo como quiera.
—¿Cuánto tiempo tengo para reunir el dinero?
—Setenta y dos horas deberían bastar.

~ ~ ~

—Ella necesita demostrar que se depositaron cincuenta mil dólares en la cuenta de su sobrino en la sucursal de Citibank en Century City.
—Considéralo hecho.
—¿En serio?
—Habrá un recibo oficial que lo demuestre.
—¿Y si el hombre escribe al sobrino para comprobar si el depósito es real?
—No creo que eso sea un problema.

~ ~ ~

Farrokhzad llamó a la puerta del apartamento de la Asesina dos días después.
—Gracias por venir tan pronto —dijo McAdams con amabilidad.
—Dijo que podía adelantar los plazos, señor McAdams. Me alegro.
—Como usted dijo, señor Farrokhzad, hay ciertas... cosas... que necesito hacer. ¿Trajo las declaraciones? ¿El «nuevo» contrato de arrendamiento?
—Por supuesto. Confío en que tenga el comprobante del depósito.
—Naturalmente. ¿Sellamos nuestra nueva relación con un pequeño aperitivo? ¿O tiene reparos con el alcohol?
El casero se rio.
—No me siento insultado en absoluto, señor McAdams. Como comentamos antes, ambos somos hombres de mundo.
—¿Champán?
—¿Por qué no?
Poco después de brindar por su nuevo estatus, el casero extendió la mano para ver el comprobante de depósito. La Asesina fingió

hacerse la remolona, queriendo ver primero las declaraciones, pero luego cedió.

—La nuestra es una relación de confianza mutua, ¿verdad?

—Como usted dice.

—Seguro que querrá confirmar con su sobrino que el dinero se ha depositado.

—Es usted clarividente, señor McAdams —dijo Farrokhzad, sacando un teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta—. Por favor, ¿podría pasarme el comprobante de depósito para confirmar la fecha, la hora y el número de cuenta?

—Por supuesto.

Farrokhzad alargó la mano para coger el fino papel de manos de la Asesina.

Fue el último movimiento que haría en su vida.

La Asesina echó hacia atrás el brazo derecho, extendió la mano con los dedos rectos y apretados, apuntó con precisión calculada y la clavó como una lanza en el plexo solar de Farrokhzad. Este soltó un grito agudo de sorpresa y dolor, bajó las manos y se agarró la boca del estómago. Agripina retrajo la mano derecha, rígida, y la hundió en la nuez de Farrokhzad. El hombre emitió otro grito, más débil y estrangulado, y todo su cuerpo se convulsionó. Solo quedaba una cosa más por hacer. La Asesina usó la mano rígida como la hoja plana de un cuchillo. La lanzó lateralmente, con todas sus fuerzas, contra la base de la nariz de Farrokhzad. Este no emitió más sonidos ni hizo más movimientos, salvo un temblor que le recorrió de la cabeza a los pies, y luego quedó inmóvil.

~ ~ ~

Quedaba deshacerse del cuerpo. La Asesina, que había comprado las herramientas necesarias tiempo atrás, esperó hasta bien entrada la noche. Empezó con un cuchillo de carnicero bien afilado y de hoja dentada. Tuvo que asestar tres golpes fuertes antes de penetrar lo bastante para empezar a serrar la cavidad torácica.

No prestó atención a las sustancias viscerales que salpicaron el suelo, ni a los gases del cuerpo postrado que expulsaron líquidos y

restos de comida a medio digerir sobre sus manos. Cuando hubo extraído la mayoría de los órganos, los depositó en un cubo cercano. Debía deshacerse de ellos esa misma noche, pues el olor que desprendían sería insoportable por la mañana.

A continuación, la Asesina sacó un hacha grande y una hachuela de su caja de herramientas. Con cuatro golpes secos del hacha, separó la cabeza de Farrokhzad del resto del cuerpo. Le resultó relativamente fácil cortar los brazos con la hachuela, y apenas hubo sangre. Las piernas, bien musculadas, presentaron un problema. Cogió el hacha y la descargó sobre los muslos de Farrokhzad. Tuvo que asestar varios golpes levantando el hacha por encima de la cabeza, pues los muslos estaban llenos de cartílago seco y hueso macizo.

Después, Agripina cortó los restos en trozos más pequeños y los metió con cuidado en bolsas de basura. Durante las noches siguientes, pensaba enterrar los trozos en distintos vertederos dentro y fuera de la ciudad. Pero de momento, necesitaba limpiar el suelo y los muebles de alrededor con trapos, fregonas y cubos de agua caliente con jabón. Cuando terminó, varias horas después, había borrado todo vestigio de lo ocurrido.

La Asesina durmió bien esa noche.

~ ~ ~

La anciana mujer de la limpieza se bajó del autobús a una manzana de distancia y caminó arrastrando los pies por las calles que rodeaban la mezquita de Jamkaran hasta llegar al apartamento de McAdams. Vestida de pies a cabeza con un *hiyab* y un pañuelo *rusari* pesados, sin forma y que la cubrían por completo, parecía encorvada por la edad, la artritis y toda una vida de subordinación. Caminaba con dificultad y tenía que detenerse cada poco para recuperar el aliento. Cómo se las arreglaba para subir las escaleras hasta el piso del señor McAdams desconcertaba a la mayoría de los vecinos, que apartaban la mirada avergonzados ante la baja condición que había condenado a aquella mujer a la vida terriblemente difícil que le había tocado vivir.

Pero B'hiji, que así se llamaba la mujer, se las arreglaba de algún modo para subir las escaleras cada mañana con una bolsa de plástico grande y barata. Permanecía en el apartamento una hora o dos como mucho, y luego bajaba las escaleras lenta y dolorosamente, aún con su bolsa, para volver arrastrando los pies hasta la parada de autobús más cercana. Con un gesto de cabeza, rechazaba los ofrecimientos de algunos vecinos del edificio que querían ayudarla a bajar la bolsa. A pesar de su condición, conservaba un aura mínima, pero inefable, de orgullo.

—¿Crees que el extranjero se mudó? —preguntó la mujer del apartamento 2 a su vecina.

—Difícil saberlo. ¿Alguna vez lo viste?

—Ni una sola vez. Y hace dos semanas que no veo a esa monja que siempre andaba por aquí. ¿Crees que tal vez ellos estaban...? —Se rio como una colegiala traviesa.

—Solo si se estaba acostando con un fantasma o con el Espíritu Santo, o como sea que llamen a su dios pagano.

—Es la única vez que he visto a una mujer de la limpieza por aquí desde que se mudó el extranjero.

—Puede que Farrokhzad lo echara y se lo alquilara a otra persona. Es la única razón que se me ocurre para que alguien venga cada día a limpiar.

—Tacaño de mierda, nuestro casero. Sería capaz de regatearle a una anciana y pagarle unos cientos de riales si pensara que puede sacar más dinero alquilándoselo a un nuevo inquilino, pero arreglar la fontanería o la calefacción...

—Eso solo pasará cuando vuelva el Profeta. Hablando de eso, ¿cuándo fue la última vez que lo viste?

—¿Al Profeta?

—A Farrokhzad.

—Hace dos o tres días.

—Yo digo que cuanto menos lo veamos, mejor. Claro que siempre aparece el primero de mes para asegurarse de que el alquiler se pague a tiempo, pero aparte de eso...

—¿Cuánto tiempo crees que estará aquí la señora de la limpieza?

—Unos días como mucho.

—Pobre abuela.

El cotilleo de las dos mujeres habría sido muy diferente si hubieran seguido a la anciana cuando salía del edificio. La plaza contigua a la mezquita de Jamkaran era la terminal de cinco líneas de autobús diferentes. Cada día, cuando la mujer de la limpieza salía, cogía un autobús diferente y viajaba hasta el final de la línea.

Cuando llegó su último día en el apartamento, había logrado deshacerse del contenido de cada bolsa con la que había salido del piso. Los vecinos se habrían quedado atónitos al saber que la bolsa que llevaba al salir del apartamento pesaba al menos veinte kilos —cuarenta y cuatro libras— más que cuando había subido las escaleras. Se habrían sorprendido aún más si la hubieran visto cargar la bolsa llena durante al menos un kilómetro y medio después de bajarse en la última parada de autobús. Cuando encontraba un lugar apropiado, generalmente un wadi desértico o similar, excavaba una depresión poco profunda en la arena, vertía el contenido y lo cubría, dejando el terreno exactamente igual que cuando había llegado.

De vez en cuando, generalmente a altas horas de la noche, B'hiji regresaba al apartamento de McAdams para asegurarse de que nadie más hubiera estado allí. Permanecía en el piso hasta justo antes del amanecer, cuando se marchaba en silencio por las calles traseras y los callejones hasta su morada temporal.

Sin que B'hiji lo supiera, alguien había seguido cada uno de sus movimientos: alguien tan anodino que habría pasado desapercibido en cualquier multitud. A su manera, Manucher Tabrizi se parecía mucho a la propia Asesina.

Capítulo 20

Habría sido sencillo para Yun-Lo volar desde el Aeropuerto Internacional Atatürk de Estambul directamente a Tabriz. Normalmente habría volado en clase ejecutiva en el vuelo matutino de Turkish Airlines, pero había soportado tantas molestias similares en sus años mozos que madrugar para tomar el vuelo de las 3:20 ya no le apetecía. Además, sus largos años en el servicio diplomático le habían enseñado que alguien frunciría el ceño *en alguna parte* si lo veían en un sitio que carecía por completo de interés como destino para funcionarios en misión oficial. Lo último que quería era llamar la atención. Además, viajaría a Teherán en menos de un mes, y entonces su presencia sería de dominio público.

Este viaje era para una reunión muy privada, tan privada, de hecho, que no se lo había revelado a sus tres socios. Yun-Lo sentía el cosquilleo de lo prohibido.

Tomó el vuelo de las diez de la mañana de Pegasus desde el Aeropuerto Sabiha Gökçen, situado a 37 kilómetros al este de Estambul, en el suburbio asiático de Pendik, hasta Van, en el este de Turquía. Desde allí, tomó un Dolmuş, un taxi compartido, hasta Doğubeyazit, a la sombra del Monte Ararat.

Una vez en Doğubayazit, Yun-Lo compró algo de comida callejera para ir tirando y luego subió a otro taxi compartido hasta la frontera iraní, un trayecto de cuarenta y cinco minutos por una carretera transitada y llena de baches. La carretera fronteriza estaba bastante congestionada. Cuando el tráfico se detuvo por completo, el asiático optó por bajarse y caminar lo que quedaba; era más rápido que la furgoneta. Notó una gran presencia militar en la zona: búnkeres, tanques, jeeps y soldados.

En el primer puesto de control, un oficial de la patrulla fronteriza turca echó un vistazo desganado al pasaporte chino corriente de Yun-Lo. Había evitado usar el diplomático, ya que solo atraería atención innecesaria. Luego recorrió una carretera nueva de dos carriles hasta una segunda estación, donde un guardia turco

comprobó que llevara el visado iraní de entrada. Desde allí, Hsien subió una pequeña colina hacia la frontera iraní. Un enorme mural del difunto ayatolá Jomeini y un gran letrero proclamaban: «Bienvenido a Irán».

Unos soldados inspeccionaron su pasaporte antes de indicarle una puerta de hierro de tres metros de altura. Al otro lado, en una pequeña garita acristalada a la izquierda, un guardia sonriente le selló el pasaporte, y entró en la República Islámica.

Nada más cruzar Hsien Yun-Lo la puerta de aduanas, unos niños harapientos se le acercaron a pedirle dinero. Los ignoró y llegó a una zona donde lo asaltaron promotores, taxistas y vendedores ambulantes. Yun-Lo se dirigió directamente a una parada donde subió a un taxi gris y amarillo destartalado con destino a Maku, una ciudad de 42.000 habitantes a veintidós kilómetros dentro de Irán. El viaje costó 2.000 riales y duró otra media hora.

Miró el reloj. Las 4:30. Faltaba hora y media para la puesta de sol, incluso en pleno invierno. Un taxi compartido con la anciana mujer de la limpieza probablemente llegaría antes de que anocheciera.

~ ~ ~

La mujer de la limpieza había iniciado su viaje a las seis de la tarde anterior. El autobús *Mahooly* de larga distancia, en el que, por ser mujer, le habían obligado a sentarse en la parte trasera, había hecho una parada a las cuatro de la mañana para desayunar, pero ella no se molestó en bajar: llevaba la comida para el viaje en una pequeña maleta de cartón. Vieja y visiblemente agotada, durmió casi todo el trayecto hasta Tabriz. Encontrar un *Domud*, una furgoneta compartida, hasta Maku no fue difícil, y llegó a aquella ciudad fronteriza a las 5:30 de la tarde tras un viaje de 23 horas y media.

Al apearse con dificultad, se ajustó la ropa y caminó arrastrando los pies hacia el rostro familiar que consultaba el reloj.

—¿Agripina?

—¿Hsien? Tu mensaje en clave era urgente —hablaban en inglés—. ¿Podemos hablar aquí al descubierto?

—No veo por qué no, pero debes de tener hambre.

—Muerta de hambre.

—Vayamos a un kebap de por aquí.

Una vez allí, su conversación fue tan cortante y cautelosa como si los estuvieran vigilando, cosa que, aunque ellos lo ignoraban, era exactamente lo que ocurría.

—¿Limpio?

—Sí, pero puede que estén vigilando.

—Probablemente. ¿Tenía familia?

—Ni idea. Supongo que sí.

—¿Pero no ha ido nadie?

—Que yo sepa, no. No he tenido contacto con mis vecinos.

—Mejor así. ¿Sigues dispuesta a hacerlo?

La mujer frunció el ceño.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Sabes que siempre puedes echarte atrás, ¿no?

—¿Y devolver cinco millones de dólares? Debes de creer que estoy loca.

—Quizá podríamos llegar a un acuerdo.

—¿Qué quieres decir, Yun-Lo? —preguntó con suspicacia—. ¿Tu gente se ha echado atrás?

El asiático no respondió directamente.

—Te aseguro que no tenemos intención de privarte de lo que te corresponde por derecho. Que te hayamos entregado el anticipo debería demostrar nuestra buena fe.

—Te aseguro que no he cambiado de planes...

—¿A pesar de las... eh... dificultades?

—No es la primera vez que me enfrento a problemas. ¿Me has citado aquí para poner a prueba mi determinación?

—En absoluto, Agripina —dijo Yun-Lo alzando las palmas en gesto conciliador—. Mis socios y yo solo queremos asegurarnos de que tengas todo el apoyo que necesites. Dinero, documentación, un lugar donde alojarte...

—Me has dado suficiente para que apenas necesite dinero —dijo ella—. Agradecí tu ayuda cuando descubrieron mi tapadera. ¿Papeles?

El chino metió la mano en un pequeño maletín y extrajo cuatro juegos adicionales de documentos —pasaportes, permisos de conducir, fotografías y demás— que proporcionaban a la Asesina cuatro nuevas identidades, todas con visados de entrada y sellos que indicaban que el portador había entrado en la República Islámica en el último año. Dos de los visados estaban vigentes y los otros dos habían sido prorrogados. La Asesina asintió y los guardó en la maleta.

Cuando el camarero anodino les trajo kebaps, arroz, ensalada y pan plano iraní, Hsien no fue consciente del hambre que tenía hasta que mordió el primer trozo de cordero. Agripina, que había empezado a comer a la vez que su acompañante, devoraba la comida con avidez. Mientras paseaba la mirada por el pequeño restaurante, reparó en otras cinco personas: tres en la mesa de al lado y dos hombres solos en sendas mesas contiguas. Uno de ellos le resultaba vagamente familiar, pero no lo bastante como para inquietarla. Tantos iraníes se parecían entre sí.

—El problema —dijo ella— es que el lugar era perfecto para mis necesidades. Estoy segura de que es solo cuestión de tiempo antes de que descubran... y empiecen a husmear por el piso. Puede que sea imposible encontrar un alojamiento similar. Eso obligaría a un cambio total de planes.

—Como dije, si no te sientes...

—Yun-Lo, me comprometí con un acuerdo. Digan lo que digan de mí, mi palabra es sagrada, y asumo toda la responsabilidad de cómo llevo a cabo mi tarea.

—Por favor, señorita... Agripina... nunca sugerí lo contrario. ¿Y si... pudiera arreglarlo todo para que te quedaras en el piso? Como una inquilina completamente diferente, por supuesto.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabes que organicé la actuación de los escoceses para el día once?

—Sí.

—La situación en el piso del «difunto» señor McAdams es un problema.

—Mi identidad actual...

—Tu identidad actual tendrá que desaparecer, pronto y por completo. Apostaría a que los cazadores ya han seguido el rastro de tu *persona* hasta donde enterraste los pedazos. Y estoy convencido de que te rastrearon hasta el apartamento.

—¿Tienes alguna sugerencia?

—Creo que deberíamos dar un paseo —pidió la cuenta con un gesto. Tras pasar cada uno por los baños medio limpios y malolientes y pagar Yun-Lo, salieron del restaurante.

—Tengo un amigo, Mahmoud Tabatabai, un viejo abogado muy astuto. Se pondrá en contacto con las autoridades, y tras dar el pésame a la familia Farrokhzad, acompañado de un cheque por un quince por ciento por encima del precio de mercado del edificio... La propiedad pasaría al nuevo comprador.

—¿Tú?

—Un fideicomiso que yo controlo.

La Asesina se detuvo a sopesar las implicaciones. —¿Cómo me afecta esto?

—Hablaré con el presidente Rouhani, lo convenceré de que necesito un apartamento cerca de la mezquita durante al menos tres semanas antes, y quizás una semana después del día once, para mantener un control estricto sobre la compañía.

—Te escucho.

—Le diré que he encontrado un piso vacío perfecto para mis propósitos, a una manzana de las festividades; que el abogado Tabatabai actúa como agente de alquiler y le pediré que intervenga para conseguirme un precio justo por el mes —sonrió—. No creo que sea difícil.

—¿Dónde entro yo?

—El presidente Rouhani sabe que viajo mucho y que puedo estar en cualquier continente en cualquier momento. Necesitaré que mi asistente se ocupe del apartamento en mi ausencia.

La Asesina miró a Yun-Lo con extrañeza. —¿Poniéndome bajo el microscopio de todos los funcionarios de seguridad de la República Islámica?

—*Au contraire*, querida. ¿Has oído alguna vez el término «submarinos»?

—¿Más acertijos?

—Ningún acertijo. Seré más concreto. ¿La Alemania nazi?

—No veo la conexión.

La pareja entró en el vestíbulo de un hotel que parecía haber visto días mucho mejores; de hecho, *décadas* mucho mejores.

—En 1945, pese al empeño de Goebbels en convertir la capital alemana en *Judenfrei*, había más de cuatro mil judíos viviendo en Berlín. Esos supervivientes permanecían en un lugar dos o tres meses como máximo, pero seguían viviendo en las mismísimas narices de los nazis. Se hacían llamar «U-boats» o «submarinos», y como los submarinos, «salían a la superficie» solo de vez en cuando.

—¿Por qué se quedaron allí?

—Porque pese a todo lo que les había sucedido a los judíos en los doce años anteriores, seguían considerándose alemanes. Tenían claro que nadie iba a echarlos de Berlín, ni Hitler, ni Goebbels, ni toda la Gestapo. Creían que formaban parte de ese país. Además, no tenían adónde ir salvo a los campos de exterminio.

—¿Y esperas que yo sea tu «submarino», viviendo literalmente en el lugar desde donde cometeré el acto durante casi un mes entero?

—Como mi asistente y bajo mi protección.

—¿Y la vieja de la limpieza?

—Un cadáver lo bastante parecido como para convencer a cualquiera que pregunte de que murió de hipotermia o cualquier otra causa... Eso cortará de raíz la investigación sobre lo que le pasó al cuerpo de Farrokhzad. El único testigo, por desgracia, habrá fallecido. Cuando acabe la investigación, todos perderán el interés, sobre todo los inquilinos de los edificios. Esperarán que el propietario alquile el antiguo piso de McAdams.

—¿Y tu asistente?

—Echa un vistazo a los nuevos pasaportes.

Agripina lo hizo y se detuvo en el tercero. El rostro era el de una rubia llamativa de treinta y pocos. Elegante, europea, pero con un pañuelo moderno en la cabeza.

—Tariqa Manisa, de Sarajevo, Bosnia-Herzegovina. Una mezcla euroasiática perfecta, refinada, urbana, y una administradora ideal para los negocios de un hombre rico. Y, dicho sea de paso, completamente distinta de las demás. ¿Hablas farsi?

—Lo suficiente para desenvolverme.

—¿Otros idiomas?

—Seis.

—¡Excelente! Confío en que puedas «mantener la calma» si algún investigador viene a husmear.

—¿Tienes alguna duda al respecto?

—Normalmente, no. Sin embargo, hace poco me he enterado de ciertos... mmm... asuntos que podrían afectar tu comportamiento.

La Asesina miró directamente a Yun-Lo.

—¿Más acertijos?

—Uno de bastante peso, me temo.

—¿Cuál?

—¿Qué sabes sobre las circunstancias de tu nacimiento, Agripina? ¿O debería decir Morgan Terre'Blanche?

La Asesina palideció.

—¿Cómo...? —apenas susurró.

—Mis superiores también se han informado bien.

—¿Qu... qué? —dijo, vacilando por primera vez desde que había conocido al chino.

—¿Sabías que naciste siendo gemela?

—Lo sabía.

—¿Por eso eliminaste tu registro de los archivos de nacimiento de Cotlands?

La Asesina no dijo nada. Su silencio era respuesta suficiente.

—Sabes, entonces, que eras niña y tu gemelo era niño.

—Sí... ¿y qué?

—¿Qué sabes de quienes te persiguen?

—¿El israelí o el que intenté matar?

—Veo que tú también te has informado.

—Así es. El iraní es Manucher Tabrizi, supuestamente el mejor detective de la República Islámica. El israelí es Ezra Caen, al parecer

uno de los mejores del mundo.

—¿Sabes algo más del israelí?

—Aparte de su reputación, no mucho.

—Agripina, querida, ármate de valor, y hazlo bien. El cazador israelí, Ezra Caen...

—¿Sí? —inspiró hondo, como si supiera de antemano lo que venía a continuación.

—Ezra Caen es el hermano gemelo que nunca has conocido.

Capítulo 21

—Algo huele a podrido en China —dijo el conde Napolitano en voz baja.

—¿No era «Algo huele a podrido en Dinamarca», Marco? —preguntó Karroubi.

—Da igual cómo lo digas, uno de los nuestros se ha puesto a actuar por libre, sin informar a los demás.

—Creía que habíamos quedado en no mojarnos y mantenernos al margen —dijo Karaca. Los tres hombres, con la notable exclusión de Yun-Lo, se habían reunido en el mismo apartamento de İçağan Sokak donde, meses atrás, el empresario turco se había encontrado con las delegaciones israelí e iraní y se había forjado el matrimonio de conveniencia entre ellas. Karaca se levantó, se desperezó cuan alto era, se hizo crujir los nudillos, entró en la pequeña cocina y volvió con tres vasos tulipán de té de manzana y una bandeja de *tel kadayif*, rollitos de pasta de trigo bañados en miel.

—Marco, tú has sido el intermediario con quien ella ha tenido más contacto. ¿Crees que te está pisando el terreno?

—Mustafa, soy un italiano del *mezzo giorno*. Para nosotros, no hay mujer que no suponga un desafío. Sobre todo una más joven que yo, independiente y, cuando quiere, bastante hermosa.

—Toma y daca, por así decirlo.

—Nadie ha mencionado las tetas —replicó el conde.

—Caballeros —dijo Karroubi, dando un sorbo al té y cogiendo el pastelillo más cercano de la bandeja—. Bromas aparte, esto es un problema serio. Pese a nuestra asociación, cada uno de nuestros jefes tiene sus propios intereses, y no dudarían en pisotear a los demás si vieran ventaja en ello. De lo contrario, no habrían llegado donde están. La relación de Hsien con el nuevo presidente viene de lejos. Si Rouhani logra frustrar el complot para matar al ayatolá, el prestigio del presidente se dispara. Y si el presidente ve a Yun-Lo como el artífice de su éxito, no hace falta que os diga la influencia

que ganan Hsien y su patrón.

—¿Sacrificaría a Agripina?

—Da igual dónde se pongan las apuestas: el que está más cerca de la mesa es al que el crupier ve primero. Me han contado que nuestro amigo chino se las ha apañado para quedarse con el apartamento donde estaba la Asesina y ha instalado allí a nuestra chica como su encargada personal. Tiene la ubicación perfecta para triunfar. Pero si los cazadores aprietan las tuercas, será prácticamente una prisionera en el piso y presa fácil cuando las autoridades llamen a la puerta.

—Todos los beneficios para Yun-Lo, y sin riesgo —murmuró Marco.

—Puede que sí, puede que no —dijo Karaca, acariciándose la barbilla.

—¿Cómo iba a ser de otra manera?

—La Asesina puede ser mucho más inteligente, más adaptable y menos predecible de lo que ninguno de nosotros sospecha. No habría sobrevivido tanto tiempo en su profesión si no se hubiera cubierto siempre las espaldas —respondió el turco. Miró por la ventana hacia la ciudad, aunque el manto invernal de humo de carbón de Ankara le tapaba la vista, y luego se volvió hacia sus socios.

—Marco, tú has sido el salvavidas de Agripina hasta ahora. Si estuvieras en su lugar, ¿qué es lo que más necesitarías?

—Una ubicación alternativa desde la que pudiera llevar a cabo el encargo. Una que solo conociera ella. Sobre todo, una que desconocieran tanto Hsien Yun-Lo como las fuerzas de seguridad.

—No es tarea fácil —comentó Karroubi con sarcasmo—. A menos de un mes vista, y con Dios sabe lo cerca que están los cazadores o lo que saben, ¿crees que no saben exactamente dónde está en cada momento?

—Se escondió una vez, Mehdi, y no la pillaron.

—Sí, pero ¿cómo sabes que no la pillaron porque quienes la persiguen querían ver si los llevaba hasta peces más gordos? No olvides, Marco, que es mi gente. Sé cómo funcionan.

—Tú y George Bush —comentó Karaca, reprendiendo suavemente a su socio al aludir a la metedura de pata del expresidente

estadounidense sobre por qué Estados Unidos ganaría fácilmente la guerra en Irak.

—Amigos míos, ¿alguno de vosotros conoce alguna forma, cualquier forma imaginable, de organizar un plan B así, y deprisa? —preguntó Napolitano—. Y más importante aún, ¿de hacer llegar el mensaje en privado a Agripina, lejos de los ojos y oídos de Yun-Lo?

—Tengo a alguien en mente —dijo Karroubi—. Alguien en quien confío plenamente.

—Recuerda, antes de acudir a él...

—Ella.

Las cejas de Karaca y Napolitano se arquearon a la vez.

~ ~ ~

—Por supuesto, querida, deberías aceptar esta invitación —comentó Yun-Lo—. Tienes todo que ganar y nada que perder si te ven codeándote con los representantes de los aliados más cercanos de Irán: Siria, los representantes de *Hezbolá* del Líbano, *Hamás*...

—Por no hablar de los chinos, los rusos y los norcoreanos —respondió Agripina con desenfado—. Dos gigantes y un quién es quién de las naciones parias del mundo.

La Asesina llevaba encerrada en el piso toda la semana y se sentía como un animal enjaulado. Aunque Teherán estaba a solo ciento sesenta kilómetros de Qom, a menos de hora y media en coche, necesitaba el aire embriagador de la gran ciudad para librarse de la asfixiante religiosidad de la Ciudad Santa.

—¿Vendrás? —le preguntó a Yun-Lo.

—Me encantaría, pero me reclaman los negocios...

—Ah, sí, el intrépido trotamundos. Puede que te tome la palabra. Un par de noches fuera no me vendrán mal.

~ ~ ~

Pese al reducido número de naciones representadas y la escasa asistencia, la República Islámica hizo cuanto pudo por mostrar su mejor cara. El champán corría, aunque las bebidas alcohólicas eran anatema fuera del salón. Agripina/Tariqa, enfundada en un ceñido

vestido negro de noche, luciendo una costosa peluca rubia miel de aspecto natural y tocada con el pañuelo más ligero y diáfano, era mucho más de lo que el conde Napolitano había calificado de «bastante hermosa». Estaba deslumbrante.

Momentos después, la Asesina sintió un escalofrío al mirar hacia el otro lado de la sala y reparar en un camarero que servía bebidas detrás de una barra, a unos seis metros de distancia. Aunque era tan anodino que resultaba insignificante, y vestía ropa ligeramente arrugada que le quedaba mal, ella no pudo evitar fijarse en que sus ojos no dejaban de recorrer la sala. Por un brevísimo instante, los ojos del hombre se clavaron en ella. En circunstancias normales, estaba más que acostumbrada al hechizo que ejercía sobre todos los hombres de una sala cuando llevaba puesto su «equipo de guerra». Pero aquel hombre no la miraba con franco interés sexual. La miraba más bien como si la conociera, como si pudiera ver en su *interior*. No dentro de su ropa. Mucho más adentro.

Un instante, una instantánea, y supo quién era. Más aún: supo que *él* sabía quién era *ella*. Sintió la necesidad imperiosa de escapar del salón de banquetes, de estar en cualquier otro lugar, con tal de que fuera *lejos*.

Mientras retrocedía hacia la puerta, sintió una mano firme en el brazo. Sobresaltada, se giró con rapidez y se encontró frente a una mujer pelirroja tan llamativa como ella.

—No se preocupe, Agripina —dijo la mujer con voz suave—. Me envían sus otros tres asociados.

—¿Asociados? —replicó con frialdad, reacia a confiar en nadie.

—El conde Napolitano, Karaca Bey y el señor Karroubi —continuó la pelirroja—. Creen que tal vez no le agrade ser prisionera de Yun-Lo.

—¿Cómo se atreve...? —empezó a espetar, pero cerró la boca a media frase.

—Vayamos al tocador. Más intimidad.

Poco después de haberse instalado en cubículos contiguos, la Asesina vio aparecer por debajo del tabique un trozo de papel de trece por quince centímetros, escrito en inglés. «No hable. Nunca se sabe quién puede estar escuchando. Saldré yo primero. Habrá una

llave en el borde trasero de la tapa del inodoro, justo encima de la taza». A continuación figuraban una dirección y el número de un apartamento en Qom. La Asesina se había familiarizado con el barrio donde se había alojado «Richard McAdams». La dirección correspondía a un edificio situado al otro lado de la Mezquita, aún más cerca de la escalinata de entrada. La nota terminaba: «Sus amigos velan por usted y quieren que tenga éxito. No están seguros de que pueda decirse lo mismo de Yun-Lo. Cuídese». Estaba firmada: «Hypatia».

Agripina arrancó una pequeña esquina del papel, garabateó «¿El camarero del fondo de la sala?» y la deslizó hacia el cubículo contiguo. Momentos después llegó la respuesta: «Ezra Caen».

La Asesina tiró de la cadena para deshacerse del papel y salió del cubículo. El contiguo estaba vacío y no había nadie más en el baño. Entró en él, vio la llave prometida, la guardó en su pequeño bolso y abandonó el edificio sin molestarse siquiera en volver al salón de banquetes.

~ ~ ~

De vuelta en Qom, una de las primeras cosas que hizo la diligente asistente de Hsien Yun-Lo fue inspeccionar el piso alternativo cuya llave le había dado Hypatia. Paso a paso, midió la distancia desde la fachada de la Mezquita hasta el portal del edificio. Cuatrocientos pasos. A un promedio de sesenta centímetros por paso, doscientos cuarenta metros. El apartamento alternativo se encontraba en el segundo piso, no en el tercero, de modo que quedaba más cerca de la posición del objetivo que el de «McAdams». Un disparo directo quedaría perfectamente dentro de su alcance. Mejor aún para sus propósitos: la habitación que daba a la Mezquita era más amplia, pero al mismo tiempo menos llamativa que la del piso de McAdams.

Hypatia había aprovisionado el apartamento con comida y otros artículos de primera necesidad, desde papel higiénico de calidad europea hasta una aspiradora en funcionamiento. Cuando Agripina abrió el armario del dormitorio, le complació ver varios conjuntos —de hombre y de mujer— que, estaba segura, le sentarían a la

perfección.

Al día siguiente, la Asesina recorrió a pie varios itinerarios distintos desde el piso de McAdams hasta el apartamento de Hypatia, cronometrando cada uno con cuidado para determinar el camino más rápido entre ambos edificios por si surgía la necesidad. La tercera noche, justo después de anochecer, trasladó su segundo rifle y la munición correspondiente al nuevo piso, guardó el arma en una caja de madera estrecha y escondió la caja en el armario contiguo al salón.

~ ~ ~

Quedaba la cuestión de la precisión de sus armas. El tiempo apremiaba. Con todo lo que había sucedido durante el último mes, Agripina necesitaba comprobar si los ajustes que había fijado entre sus dos rifles y las miras seguían siendo precisos. Un viaje de un día hacia el sur de Qom y unas prácticas de tiro en el desierto le confirmaron que ambas armas estaban perfectamente sincronizadas. Para garantizar su propia protección, escondió una de las dos pistolas que había comprado en Teherán en un lugar estratégico de cada piso.

~ ~ ~

Cuando Yun-Lo la llamó al apartamento de McAdams, respondió que todo estaba listo para la llegada del Grupo de Danza de las Tierras Altas. No se molestó en mencionar el apartamento de Hypatia. Fuera quien fuese el que se considerara su salvador, ella mantuvo una posición neutral y se guardó sus pensamientos para sí. A finales de semana, ambos pisos estaban equipados de forma similar: un rifle con su munición, un arma corta, comida, ropa y demás elementos propios de una vida normal. Con tres semanas por delante, era hora de atrincherarse y convertirse en una vecina más del barrio.

~ ~ ~

—Debo reconocer, Mehdi, que una vez más has igualado las

condiciones para todos nosotros —dijo Karaca con admiración.

Todos habían recibido fotos en formato jpeg del apartamento de «Hypatia», tomadas desde la calle, desde la Mezquita y desde todos los ángulos interiores. Las fotos mostraban las distancias desde cada apartamento hasta el estrado desde el que hablaría el ayatolá, así como la distancia entre los propios edificios.

—¿Yun-Lo sospecha algo? —preguntó Napolitano.

—Solo si Hypatia se lo ha revelado, cosa que dudo —respondió Karroubi.

—¿Cuánto tiempo hace que la conoces? —preguntó Karaca.

—Cinco años —dijo Karroubi.

—¿Qué sabes de ella? —preguntó Napolitano.

—Hypatia es, como habéis visto en la foto, una mujer deslumbrante a la que los hombres encuentran irresistible. Es cinturón negro en artes marciales orientales, pero lo bastante femenina como para disfrutar llevando ropa que realza su cuerpo esbelto. Hypatia mantiene los vínculos más estrechos con todos los políticos importantes. Como es hermosa, inteligente, ingeniosa y, que se sepa, soltera, la invitan con frecuencia a fiestas en los círculos más altos de la sociedad iraní. Por eso le resultó tan fácil conseguir una invitación para nuestra Asesina.

—¿Y sus propias creencias? —preguntó Karaca.

—No sabría decirte —respondió Karroubi—. Apostaría a que enfrenta a unos bandos con otros, pero eso en realidad no importa. El favor que le pedí quedaba muy al margen de la política interna persa. Como le pagaron muy bien por sus servicios, dudo mucho que lo considerara un favor hacia mí. Como muchas otras mujeres de inclinación similar, Hypatia es una cortesana bien pagada cuya lealtad está garantizada mientras dure el dinero.

~ ~ ~

—Dios mío, señor Yun-Lo, ese avión es absolutamente *enorme* —exclamó la señora Fraser—. ¡Estoy segura de que cabría cuatro veces nuestra compañía entera, con gaitas, tambores, equipaje y todo!

—Tiene capacidad para 130 personas, señora Fraser. Mi jefe compró este MD-87 a Allegiant Air el año pasado.

Los miembros de la compañía estaban tan emocionados como niños con un juguete nuevo cuando vieron el avión McDonnell-Douglas, más grande incluso que los Embraer 195 que FlyBe volaba al aeropuerto de Inverness. La azafata, el piloto y el copiloto resultaron ser unos anfitriones encantadores y les enseñaron todo el avión, desde la cabina hasta los baños en la cola. Los bailarines, tamborileros, gaiteros y, por supuesto, la señora Fraser posaron para fotos de grupo con la tripulación junto a la aeronave.

—¿Qué distancia hay de Inverness a Teherán? —preguntó uno de los gaiteros al capitán.

—4.700 kilómetros, algo más de seis horas.

—¿Cuántas escalas hay, señor? —preguntó el otro gaitero.

—Este será un vuelo sin escalas, hijo. Con los tanques auxiliares, nuestro alcance es de 5.515 kilómetros, lo que nos da combustible para una hora más si lo necesitamos.

Otros hicieron preguntas sobre los dos motores a reacción situados cerca de la cola del avión y los controles en la parte superior de la cola. Tres de los miembros de la compañía ya habían volado en avión a reacción, pero ninguno había ido más allá de Ámsterdam o Londres.

—Muy bien —dijo la señora Fraser con severidad a sus pupilos—. Es hora de que vosotros, jovencitos, os vayáis a casa y durmáis bien. Mañana salimos de Inverness a las 8:00.

—Entonces llegaremos a Teherán seis horas después, ¿a las dos de la tarde? —dijo una de las niñas de diez años, ansiosa por demostrar sus conocimientos matemáticos.

—No exactamente —dijo el piloto—. Teherán está tres horas y media por delante de la hora de Inverness, así que en realidad llegaremos a las 5:30 de la tarde. Como es invierno, casi será de noche cuando lleguemos al hotel.

A la tarde siguiente, los miembros de la compañía, incluida su directora, miraban boquiabiertos los alucinantes atascos de tráfico, monumentos, edificios altos, parques y vistas de altas montañas en

la capital iraní, que era *doscientas treinta y cinco veces* más grande que su ciudad natal. Hsien Yun-Lo los había alojado en el Hotel Parsian Azadi, en los aireados suburbios del norte, a veinte minutos del centro de la ciudad. Los trasladaron desde el Aeropuerto Internacional de Mehrabad en un autobús «Volvo» fletado.

Cuando la señora Fraser señaló que aquel no era un autobús *Volvo* en absoluto, sino un autocar Magirus Deutz, Yun-Lo le explicó: —El nombre «Volvo» en realidad describe la *clase* de transporte. En Irán hay dos clases de autobuses de larga distancia. Los «autobuses Volvo» pueden ser Volvos, Mercedes, Magirus Deutz o cualquier otro tipo de autobús que sea nuevo, de lujo, totalmente climatizado, con asientos acolchados y cómodos, servicio de comida y todas las comodidades modernas. Por otro lado, los autobuses *Mahmooly*, que suelen costar la mitad que un autobús Volvo y en los que viaja la mayoría de los iraníes, tienen más de veinte años de antigüedad y no son tan lujosos.

Después de dos días recorriendo la capital de la República Islámica, donde visitaron al propio presidente Rouhani y se hicieron fotos con él, el autobús Volvo los llevó rápidamente a Qom para comenzar los ensayos del gran día. Era el 4 de febrero, una semana antes de su actuación de gala.

FEBRERO

Capítulo 22

—¿Alguna pista nueva? —preguntó Ghasem Habib a Caen y Tabrizi en la reunión semanal del Consejo de Seguridad.

—Nada —respondió Tabrizi—. La mujer de la limpieza desapareció sin dejar rastro, al igual que las otras identidades conocidas de la Asesina.

Ezra Caen permaneció en silencio mientras bebía un vaso de agua Pellegrino.

—¿Nada de tu parte, Ezra? —preguntó Rouhani.

—Me temo que no, señor presidente.

—¿Cómo va la seguridad del Líder, Rahman? —preguntó el presidente al jefe de la escolta del Ayatolá.

—Tan buena como puede estar —respondió Almotahari—. Lo que significa que no hay forma infalible al cien por cien de proteger al Líder.

—¿Cuántos agentes de seguridad y guardaespaldas?

—Diez mil quinientos.

Ghormani silbó suavemente.

—Si hay cuarenta mil personas en la plaza, más de una de cada cuatro estará allí para garantizar la seguridad del Líder Supremo.

—Sí —dijo Caen—, pero basta un solo disparo desde una ubicación clave, dos o tres pisos por encima de la multitud, y esos diez mil quinientos no servirán de nada.

Habló en voz baja, pero sus palabras expresaron lo que todos los demás en la sala estaban pensando. El peor escenario posible.

—Creía que tú y Manucher habíais identificado el apartamento de McAdams como el lugar más probable —dijo el presidente Moslehi.

—Cierto, señor ministro, pero eso ya ha quedado descartado. Después de que McAdams desapareciera y el casero fuera asesinado —y sus restos eliminados por la anciana de la limpieza, que probablemente era otro de los disfraces de nuestro objetivo— Mahmoud Tabatabai negoció la venta del edificio a un conglomerado

inmobiliario, y el amigo del presidente, Hsien Yun-Lo, que está a cargo de la delegación escocesa, alquiló el apartamento de McAdams mientras dure el evento —explicó Ezra—. O está él allí o está su socia, y sus credenciales son impecables. Lleva tres semanas ocupándose del piso.

—Así que descartamos el lugar más probable —dijo Ghormani.

—No necesariamente, Omid —dijo Tabrizi—. Aunque Yun-Lo y la socia parecen intachables, nunca se puede estar seguro.

—No estoy de acuerdo —dijo el presidente Rouhani en tono mesurado—. Conozco a Hsien Yun-Lo desde hace doce años. Confiaría en él con...

—¿Con qué, Hassan? —preguntó Heyder Moslehi con suavidad—. ¿Con tu vida? ¿O con la del Líder Supremo?

—Con cualquiera de las dos, o con ambas —replicó el presidente.

—En Oriente Medio, ¿quién confía su vida a alguien? —preguntó Youssef Abbasi.

—¿Me estás acusando de ser ingenuo? —preguntó Rouhani, cuya compostura empezaba a resquebrajarse bajo la presión de la reunión.

—En absoluto, señor presidente —dijo Abbasi con suavidad—. Simplemente señalo que ninguno de nosotros habría llegado tan lejos en la República Islámica si no vigiláramos nuestras espaldas tanto como lo que tenemos delante.

—Caballeros —advirtió el israelí—, no hace falta que nos enfademos entre nosotros. Al fin y al cabo, estamos en el mismo equipo. Antes acordamos que el apartamento de McAdams era sin duda un lugar tan bueno como cualquier otro desde el que intentar el asesinato. Y puede que siga siéndolo. Rahman nos dijo que tiene diez mil quinientos pares de ojos en Qom. Destinar uno o dos de esos pares a vigilar el apartamento de McAdams no es paranoia ni muestra de desconfianza. Es simple sentido común.

~ ~ ~

La Asesina no había sobrevivido tanto tiempo sin unos instintos muy afinados. En circunstancias normales, habría considerado la

injerencia de sus cuatro empleadores tan inadmisible que habría abandonado la misión. Pero dada la extraña dirección que estaba tomando el asunto, sintió cierto alivio por contar con un mínimo de protección, especialmente en la persona de Hypatia, quien, hasta donde ella sabía, carecía de apellido, pero parecía hábil a la hora de cumplir lo que prometía.

Aunque Agripina siempre había trabajado sola, y lo prefería así, admitió, aunque solo fuera para sí misma, que esta situación era completamente diferente, y bastante amenazadora. Por un lado, parecía haber un conflicto entre quienes la habían contratado —mala señal— aunque no tenía idea de en qué consistía. Una señal de alarma en cualquier circunstancia. Pero, con diferencia, el espectro más inquietante era que el hombre que aparentemente dirigía la cacería compartía muchos de sus genes, muy probablemente pensaba como ella, y parecía capaz de intuir cada uno de sus movimientos.

Aún no habría sido demasiado tarde para que Agripina abandonara la misión y escapara no solo con vida, sino con cinco millones de dólares estadounidenses. De hecho, Hsien Yun-Lo se lo había sugerido. Un ser humano normal y racional, incluso una asesina profesional como ella, habría sopesado, como mínimo, las opciones.

Pero —y ella no podía haberlo sabido— ella y su hermano gemelo estaban hechos de la misma pasta. Una vez que se comprometía con algo, no se echaba atrás. Del mismo modo, Ezra se había quedado con Galit, incluso después de sus numerosas aventuras, incluso después de la muerte de Meir. Por mucho que su matrimonio fuera un desastre, al final fue Galit quien abandonó a Ezra, no al revés. La Asesina había investigado todo lo que se conocía públicamente sobre Ezra con detalle minucioso. Él era *el perseverante*: tenaz, obstinado, persistente e implacable.

Morgan Terre'Blanche / Agripina / la Asesina estaba «programada» de manera similar. Simplemente no podía abandonar la misión aunque sus posibilidades de éxito y de salir con vida fueran de menos de una entre veinte.

Más allá de ese único defecto de carácter, si es que podía llamarse

defecto, sus habilidades como consumada máquina de matar eran intachables. Tras estudiar todas las alternativas, había concluido varios días atrás que la mejor oportunidad de éxito *era* precisamente la que ella —y probablemente sus empleadores, así como quienes la estaban cazando— también habían determinado como el escenario más probable: el asesinato tendría lugar la tarde del 11 de febrero, Día de la Victoria Islámica, en las escalinatas de la Mezquita de Jamkaran en Qom, la Ciudad Santa de la República Islámica de Irán, el único lugar de Irán donde el Líder Supremo aparecería con certeza.

El grupo escocés de gaitas, tambores y danza atraería sin duda a más público. El anuncio del gobierno de que el evento se retransmitiría en todo el mundo probablemente avivaría aún más el fervor de los espectadores. Y la combinación de todo aquello ocurriendo al mismo tiempo en Qom aumentaría con toda seguridad el frenesí de la multitud hasta un punto en que el control de masas y la seguridad serían prácticamente imposibles, aunque hubiera un agente por cada hombre, mujer y niño entre el público. Por usar una expresión occidental moderna, lo que se estaba gestando era «la tormenta perfecta».

~ ~ ~

«Hecho lo q pediste», le envió Hypatia por mensaje a Karroubi. «¿Algo +?»

«Nada, grax», le respondió Karroubi.

~ ~ ~

—Estás por tu cuenta —dijo Hsien Yun-Lo—. Si por alguna razón necesitas contactarme...

—No será necesario.

—Confío en que a mi regreso ya no estarás aquí. Buena suerte.

~ ~ ~

—¿Todos los hoteles son tan encantadores como este? —preguntó

Elspeth Fraser a Yun-Lo mientras entraban en el Hotel Internacional de Qom, en la calle Helal Almar, a dos minutos a pie del Santuario de Fatima-al-Massumeh.

—Este es el mejor de la ciudad. Aunque el Santuario es una de las principales atracciones de Qom, en realidad su grupo actuará en la Gran Plaza, frente a la Mezquita de Jamkaran, que queda un poco más lejos.

—¿Ensayaremos allí?

—Me temo que no, señora Fraser. Por cuestiones de seguridad, los ensayos se celebrarán a cierta distancia de la ciudad. No obstante, el gobierno iraní ha construido dos escenarios de madera idénticos: uno en el lugar de ensayo y otro que se trasladará a la Plaza la mañana de la actuación. Ambos tienen exactamente el tamaño y las dimensiones que usted me indicó, así que su grupo no tendrá ningún problema.

—¿Y el sistema de sonido?

—Como todos los altavoces estarán orientados hacia el público, su grupo oirá lo mismo que oye en Inverness. Eso sí, el sonido llegará bastante amplificado a los oídos de los espectadores.

—¿Podríamos al menos visitar la Mezquita?

—Lo siento, pero no es posible. La Mezquita está reservada exclusivamente a varones de fe musulmana. Ni siquiera a mí me permiten la entrada. Sin embargo, esta noche iremos a la Gran Plaza. Le prometo que cuando los jóvenes del grupo vean la Mezquita y la Plaza iluminadas, será un espectáculo que recordarán toda la vida.

~ ~ ~

Esa noche, el 8 de febrero, el cielo estaba despejado y el aire era fresco. El termómetro marcaba unos inusualmente cálidos 6 grados centígrados y, aunque había llovido casi todo el día, la luna y las estrellas envolvían la Gran Plaza en un halo mágico que cautivó a los jóvenes escoceses y a su acompañante.

Varios cientos de personas paseaban por la Gran Plaza, cada cual sumido en sus propios pensamientos. Ezra Caen y Manucher Tabrizi

ocupaban un nicho en penumbra, escudriñando la multitud en busca de un rostro en particular. De haber sabido que su objetivo se encontraba en la misma Plaza, a menos de trescientos metros, cubierta con un velo y un pañuelo en la cabeza, y que sus ojos también recorrían la multitud buscándolos a ellos, quizá se habrían sorprendido, aunque lo más probable es que no.

Hsien Yun-Lo, que guiaba a su conjunto escocés por el centro del vasto espacio abierto, podría haberlos visto a los tres, pero si lo hizo, no dio señal alguna de ello. Una quinta figura, que ninguno de ellos había advertido, estaba sentada en un café algo apartado de la plaza, bebía té con calma y disfrutaba de la apacible quietud reinante, a pesar del sorprendente número de personas en las inmediaciones.

Era la calma que precede a la tormenta.

~ ~ ~

Durante los dos días previos al once, Qom fue registrada como nunca antes. Visitaron cada hotel, desde el más elegante y caro hasta el motel más sórdido infestado de cucarachas, y comprobaron las listas de huéspedes. Registraron cada pensión, casa de huéspedes, albergue y refugio para indigentes. Agentes de paisano frecuentaron restaurantes, los escasos clubes nocturnos que había en la ciudad santa, cabarets y cafés, mostrando a camareros, conserjes, porteros y camareras la hoja con las ocho fotografías. Detuvieron para interrogatorio a más de noventa hombres y mujeres que guardaban aunque fuera un leve parecido con los rostros de las fotos; los liberaron después con disculpas de rigor, y aun estas solo porque eran extranjeros y había que tratarlos con más cortesía que a los indigentes.

Detuvieron a cientos de personas en las calles, en taxis y en autobuses para examinar su documentación. A los paseantes nocturnos los paraban varias veces en el espacio de un kilómetro y medio. Además de los diez mil quinientos hombres de las fuerzas de seguridad, otros diez mil informantes, empleados a tiempo parcial, reporteros e incluso colaboradores ocasionales estaban al acecho. A

quienes se ganaban la vida con la industria turística, de día o de noche, les ordenaron estar ojo avizor.

Detectives de paisano y uniformados revisaron cada residencia, apartamento y local comercial en un radio de novecientos metros de la tribuna del orador. Cuando llegaron al apartamento de McAdams a las dos y media de la tarde del 10 de febrero, Hsien Yun-Lo los recibió cortésmente y les mostró todo el piso antes de presentarles la carta del presidente Rouhani, en la que se certificaba que él estaba a cargo de la presentación del Grupo de Danza de las Tierras Altas de Escocia al día siguiente y se solicitaba que todos los funcionarios de Qom le dispensaran la mayor cortesía. Los agentes no indagaron más y se despidieron respetuosamente, deseándole un buen día.

Por alguna razón, el único lugar de la zona que los investigadores no revisaron fue el apartamento alternativo habilitado como residencia temporal para Mehdi Karroubi, un alto dirigente de la Oposición iraní a quien el gobierno de Rouhani había concedido una dispensa especial para asistir a las festividades del día siguiente y cuya llegada se esperaba para la mañana del once.

~ ~ ~

El gris y nublado 10 de febrero, los preparativos comenzaron en serio.

Los equipos de televisión se instalaron en una cabina especial elevada y acristalada que el gobierno les había proporcionado. El Ministerio de Información iraní había dispuesto tres líneas troncales seguras que suministraban electricidad, sonido y equipos de iluminación a las instalaciones de cada servicio de noticias.

Debajo de la cabina, los obreros montaron gradas con capacidad para treinta mil fieles, además de un sofisticado sistema de sonido que garantizaría una audición nítida y potente a todo el público. Un hombre vestido con un sencillo traje gris, cuya voz imitaba la del Líder Supremo, probó la batería de micrófonos en el estrado elevado para cerciorarse de que captaran y transmitieran cada palabra y cada inflexión.

Un hombre anodino de mediana edad, con el cabello entrecano y un bigote tupido, que llevaba una camisa de cuello abierto y sujetaba un portapapeles en la mano izquierda, deambuló por la Plaza midiendo distancias desde el podio del orador hasta el escenario, y de allí a varios puntos que irradiaban desde la plataforma donde hablaría el exaltado Líder. En cada punto tomaba notas en una hoja sujeta al portapapeles. La Asesina quería cerciorarse de que todas las distancias y ángulos quedaran reconfirmados con precisión. Una vez completadas las mediciones, salió a dar un largo paseo hasta el Santuario de al-Massumeh y luego al campo. La Asesina estuvo fuera de su piso desde la una de la tarde hasta poco después de las seis, cuando regresó.

Casi nadie reparó en ella.

Casi.

Tres personas sí lo hicieron: Ezra Caen, Manucher Tabrizi y una tercera.

~ ~ ~

Esa noche, el grupo escocés, que había ensayado casi todo el día a treinta kilómetros de la ciudad, regresó al hotel completamente agotado. Tras una cena temprana, la señora Elspeth Fraser revisó todas las habitaciones asignadas a sus pupilos y se aseguró de que todos los jóvenes estuvieran acostados a las ocho.

~ ~ ~

Aunque la Asesina se acostó antes de las diez y tomó 50 miligramos de clorhidrato de difenhidramina para conciliar el sueño, tuvo sueños perturbadores y recurrentes a lo largo de la noche. Sueños con su hermano adoptivo Retief, con Jan, su amante fallecido hacía ya mucho, y con el rostro vagamente familiar del camarero de la fiesta en la que había conocido a Hypatia.

A las cuatro y media de la mañana del 11 de febrero, la Asesina se levantó, se vistió con pantalones negros y jersey de cuello alto, y bajó las escaleras de puntillas, en calcetines. Nada más abrir la puerta principal y salir al porche, se calzó unas zapatillas deportivas

negras y cruzó la corta distancia que la separaba del apartamento de Hypatia. Pensaba esperar allí hasta el mediodía, hora a la que Yun-Lo le había dicho que saldría para ayudar a montar el escenario del Grupo de Danza de las Tierras Altas Escocesas.

Capítulo 23

Cuando Ezra vio a Heyder Moslehi a las 8:30 de la mañana del 11 de febrero, el ministro de Inteligencia y Seguridad Nacional tenía aspecto demacrado y tenso. Con un gesto, indicó al israelí que tomara asiento en una silla frente al escritorio que había requisado en el edificio de la Sede de Seguridad de Qom. Moslehi se acomodó en la dura silla giratoria de madera, desde la que podía volverse hacia la ventana con sus vistas despejadas de la Gran Mezquita. Esta vez, no miró por la ventana.

—No encontramos a la Asesina —dijo escuetamente—. Se ha esfumado de la faz de la tierra.

—Vigilamos el apartamento de McAdams desde ayer por la mañana hasta las cinco de la tarde. Yun-Lo entró y salió varias veces. Vimos luces encenderse y apagarse poco antes de las diez, pero nadie entró en el apartamento ni salió de él.

El ministro suspiró.

—¿Sabe algo más sobre esta persona?

—Nada más de lo que ya le he dicho, señor ministro. Que sea mi hermana gemela resulta muy útil en teoría, pero ese conocimiento se estrella y arde cuando uno se da cuenta de que no tengo ni idea de qué aspecto adopta en sus distintas identidades. ¿Cuáles son los planes para hoy?

El ministro se llevó la mano al estómago y torció el gesto con aparente dolor. Tras un sonoro eructo, se disculpó.

—Lo siento, señor Caen, esto no es propio de mí. Los nervios, ya sabe.

—¿Los planes? —insistió Caen.

—El Líder Supremo no cambiará nada. Hablé con él anoche. No le hizo ninguna gracia. Así que el programa de hoy sigue siendo el mismo que se anunció. Esta mañana pasará un tiempo en meditación privada dentro de la Mezquita. A las once, almorzará y echará una breve siesta. Lo despertarán poco después de la una.

Observará al grupo de danza escocesa desde un lugar oculto donde no podrán verlo. Saldrá al estrado frente a la Mezquita de Jamkaran a las dos en punto y dirigirá la oración y hablará a los Fieles durante dos horas, más o menos.

—Maravilloso —comentó Caen con amargura—. Una enorme ventana de oportunidad para la Asesina. ¿Qué fue de aquello de que si no puedes decir lo que tienes que decir en menos de quince minutos, nadie presta atención a lo que viene después?

—Esto es Irán, señor Caen. El Gran Ayatollah Ali Jamenei es el Líder Supremo. Nadie se atrevería a *no* escuchar, sobre todo cuando el vecino de al lado mirará a izquierda y derecha de vez en cuando para asegurarse de que *está* escuchando.

—¿Y el control de multitudes, ministro?

—Diez mil quinientos uniformados. Diez mil más entre el público. Ayer por la tarde se colocaron barreras de acero. Redoblaremos el registro de cada casa y piso sospechoso. Antes y durante el discurso habrá vigilantes armados en cada azotea cercana, vigilando las azoteas y ventanas de enfrente. Nadie atraviesa las barreras excepto los funcionarios y quienes participan en las ceremonias.

»La Mezquita de Jamkaran, por dentro y por fuera, estará llena de policías infiltrados, en el tejado y entre los minaretes. Registrarán a todos los imanes en busca de armas ocultas. Ahora mismo están repartiendo insignias especiales de solapa a la policía y a los agentes de paisano, por si la Asesina intenta hacerse pasar por un agente de seguridad. Todo está más apretado que el culo de un mosquito, señor Caen.

—¿Y la protección del Líder Supremo?

—¿Conoce ya el cuerpo de guardaespaldas que lo rodea?

—¿Los «gorilas»?

—¿Y sabe que ha prohibido el plástico protector en cualquier parte desde la cintura para arriba?

—Una pesadilla para la seguridad.

—Ezra —el ministro volvió a suspirar—, no podemos hacer nada más. Se niega a llevar *kevlar*. Hemos construido un techo transparente a prueba de balas sobre su cabeza, pero las

probabilidades de que alguien dispare en vertical, en un ángulo de noventa grados, son bastante remotas, ¿no cree?

Caen hizo ademán de coger una botella grande de agua Pellegrino, pero se lo pensó mejor.

—Ministro, ¿me disculpa un momento? Si voy a refrescarme, antes tendré que hacer sitio en el cuerpo.

Cuando Ezra volvió del baño, el ministro Moslehi continuó.

—Cachearán a todos los que se acerquen a menos de doscientos metros del Ayatolá. Sin excepciones. Hoy al mediodía cambiarán de repente todos los pases de prensa y diplomáticos, por si la Asesina intenta colarse haciéndose pasar por uno de ellos. A cualquiera que lleve un paquete o un objeto alargado lo apartarán en cuanto lo vean. ¿Se le ocurre algo más?

Ezra Caen reflexionó un momento, retorciéndose las manos sobre el escritorio, con aspecto de colegial que intenta explicarse ante el director. Los métodos antiterroristas iraníes le parecían un tanto arcanos, pero luego pensó en su propia experiencia: un policía de a pie que había pasado la vida atrapando criminales porque mantenía los ojos un poco más abiertos que los demás. Al fin habló, midiendo las palabras.

—No creo que se arriesgue a que la maten. Es una mercenaria que mata por dinero. Quiere escapar y gastarse el dinero. Supongo que con un objetivo de este calibre, ganará *mucho* dinero si lo consigue. Más del que podría gastar en toda una vida. Estoy convencido de que ha trazado su plan con antelación, durante sus numerosos viajes de reconocimiento a la República Islámica. Si hubiera tenido alguna duda, ya fuera sobre el éxito de la operación o sobre sus posibilidades de escapar, se habría echado atrás.

»Así que debe tener algo bajo la manga. Ella sola podría haber calculado que un día al año, el Día de la Victoria Islámica, el orgullo del Gran Ayatollah Ali Jamenei garantizaría que no se quedara encerrado, por mucho peligro personal que corriera. La Asesina probablemente ha calculado que las medidas de seguridad, sobre todo tras descubrirse su presencia, serían tan intensas como usted ha descrito, señor ministro. Y aun así, no se echó atrás.

Caen se levantó de nuevo y se puso a caminar de un lado a otro de la habitación.

—No se echó atrás y no lo hará. ¿Por qué? Primero, porque es incapaz por naturaleza de rendirse ante la derrota. —*En eso se parece mucho a mí*, pensó—. Segundo, porque cree que puede hacerlo y escapar. Por tanto, debe haber dado con una idea en la que nadie más ha pensado jamás. Se me ocurren dos opciones: una bomba activada por control remoto o un rifle. Con todas las medidas de seguridad desplegadas, lo más probable es que ya hubieran descubierto una bomba, y eso lo arruinaría todo. Así que mi conclusión es que será un arma de fuego.

—Pero no puede acercar un arma al Ayatolá —dijo el ministro—. Nadie puede acercarse a él salvo unos pocos, y los están registrando. ¿Cómo puede la Asesina meter un arma dentro del círculo de barreras?

Caen dejó de caminar y se volvió hacia el ministro. Se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero ella cree que puede, y todavía no ha fracasado. Ha tenido mala suerte y buena suerte, igual que nosotros. A pesar de nuestros intentos de localizarla, a pesar de todas las técnicas modernas que hemos empleado, a pesar de haber prometido una auténtica fortuna por información que conduzca a su arresto y condena, está aquí. Con un arma, escondida, casi seguro con otra cara y otro pasaporte. Una cosa es segura, señor ministro. Esté donde esté, hoy tiene que salir a la luz. Cuando lo haga, hay que identificarla por lo que es. Y eso se reduce a una cosa, y solo a una: mantener los ojos bien abiertos.

—No se me ocurre nada más. Así que voy a dar una vuelta por la plaza a ver si la localizo. Es lo único que queda por hacer.

Heyder Moslehi había esperado algún destello de inspiración, alguna revelación brillante del detective que le habían descrito como el mejor contraterrorista del mundo. Y todo lo que este genio tan aclamado era capaz de proponer era estar atento. El ministro se levantó. —Por supuesto, señor Caen —dijo—. Haga exactamente eso.

~ ~ ~

—¿Los gorilas están en posición?

—Afirmativo, señor ministro.

Los «gorilas» eran los cuatro guardaespaldas que escoltaban más de cerca al Gran Ayatollah en todas sus apariciones públicas. Se parecían tanto entre sí que nadie podía distinguir a uno del otro. De hecho, solo unos pocos elegidos en los escalones superiores de Seguridad Nacional conocían sus nombres. Su trabajo consistía en mantenerse de pie, dos detrás de cada codo del Gran Ayatollah y dos a cada lado del Gran Hombre.

El término «gorila» describía con bastante exactitud no solo su aspecto sino también su forma de moverse. Había una razón práctica para su apariencia casi grotesca. Todos eran expertos en cualquier forma de combate. Tenían brazos, pecho, hombros y piernas fuertemente musculados. Cuando tensaban los músculos, el pecho y los hombros les empujaban los brazos hacia fuera, de modo que las manos les quedaban bien separadas del cuerpo. Cada uno llevaba su arma automática favorita bajo la axila izquierda, lo que acentuaba la postura simiesca. Caminaban con las manos medio abiertas, listos para desenfundar la pistolera de hombro y abrir fuego ante el primer indicio de problemas.

Cada gorila estaba dispuesto a morir o matar por la seguridad del gran ayatollah.

Un *imán* menudo y arrugado subió a la plataforma para dirigir las primeras oraciones de los verdaderamente Fieles. Entre los fieles se habían infiltrado numerosos policías de paisano, que no se arrodillaban ni cerraban los ojos, pero rezaban tan fervientemente como los demás: «*Por favor, querido Alá, autor de la vida y la muerte, no permitas que pase nada durante mi turno*».

A varios transeúntes, aunque estaban a doscientos metros de la puerta de la mezquita, los apartaron rápidamente cuando metieron la mano en la chaqueta. Uno se estaba rascando la axila. Otro buscaba los prismáticos.

~ ~ ~

Shaham Sohrab estaba hecho polvo. Tenía calor, la camisa se le pegaba a la espalda, y un transeúnte había tropezado y le había derramado té caliente en el pecho, quemándole el estómago, que a estas alturas probablemente ya tendría ampollas. La carabina ametralladora se había vuelto más pesada a medida que avanzaba la mañana, y la correa le rozaba el hombro a través del material empapado. Al mirar el reloj, vio que eran las 12:15, lo bastante cerca del inicio de la actuación de aquellos bailarines extranjeros como para saber que se iba a perder el almuerzo. Para colmo, tenía sed. Quizá no siempre, pero desde luego en ese momento, lamentaba haberse metido en la policía.

Claro que no había sido así al principio. Lo habían despedido por exceso de plantilla de su trabajo como peón de albañil en los campos petrolíferos junto al golfo de Ormuz. El responsable de Recursos Humanos le había sugerido que un joven fuerte como Shaham debería plantearse un trabajo como agente de policía en la República Islámica. Podía ir a cualquier parte: Qom, Isfahán, Tabriz, Teherán; las oportunidades eran ilimitadas.

Cuando Shaham habló con el reclutador en Isfahán, vio un cartel en la oficina exterior con las palabras: «El trabajo más duro que amarás», y la imagen de un joven sonriente con un uniforme de policía impecablemente planchado y confeccionado, que parecía decirle al mundo que tenía un trabajo con futuro y que estaba en primera línea, protegiendo a la gente civilizada del mundo de los salvajes sin ley.

Nadie había mencionado que la vida en el cuartel era espartana en extremo. Nadie había hablado tampoco de los simulacros, los ejercicios nocturnos, las horas de espera en las esquinas en un frío glacial o un calor abrasador aguardando la gran detención heroica que nunca llegaba. La documentación de la gente siempre estaba en regla, sus asuntos siempre mundanos e inofensivos. Como para volverse loco.

Sabía que era eficiente, obediente y dócil, cualidades que llevaron a su sargento en Isfahán a recomendar a Shaham para servicio temporal destacado, lo que al menos le permitía ver mundo de vez

en cuando, y quizá incluso alguna mujer. Ahora lo habían enviado a Qom, la Ciudad Santa. Había pensado que sería un respiro de los pueblos pequeños —puntos diminutos en el paisaje desértico, en realidad— a los que lo habían destinado una semana aquí, un mes allá, cuando alguien se iba de vacaciones o, más probablemente, cuando alguien se venía abajo y dejaba la policía local.

Ni de broma, no con el sargento Reza Javed al mando del escuadrón. Solo más aburrimiento. «¿Ves esa valla, Sohrab? Quédate junto a ella, vigílala, asegúrate de que no se mueva, y no dejes pasar a nadie a menos que esté autorizado, ¿entendido? Tienes un trabajo de responsabilidad, Sohrab».

¿De responsabilidad? Menuda chorrada. Todo esto iba de rumores. Rumores y más rumores. Nunca llegaban a nada.

Sohrab se dio la vuelta y miró hacia la carretera que conducía a la mezquita. La valla que vigilaba formaba parte de una cadena que cruzaba la Gran Plaza de un edificio a otro, a doscientos cincuenta metros de un grupo de bloques de viviendas en el lado opuesto.

Faltaba hora y media para que hablara el Gran Hombre. Luego otras dos horas de intenso aburrimiento y letargo durante la parte más calurosa de la tarde, cuando se sentiría aletargado *y* vacío a la vez. Alá, ¿es que esto no iba a acabar nunca?

A lo largo de la línea de vallas, calculó que más de cincuenta mil personas se habían congregado bajo el calor del mediodía. Qué paciencia tan increíble, pensó. ¿O serían más bien ovejas tontas y fatalistas? No se imaginaba esperando bajo aquel calor durante horas solo para ver a un tipo hablando a trescientos metros de distancia y saber que aquel rostro viejo, canoso y barbudo como tantos otros era, de hecho, el Líder Supremo, que con una sola palabra o un gesto de cabeza decidía sobre la vida y la muerte.

Había unas doscientas personas dispersas a lo largo de su tramo de valla cuando vio a la mujer. Una extranjera de llamativo cabello oscuro y una figura que le provocó una erección momentánea totalmente inesperada. Jersey negro ceñido, pantalones negros ceñidos, el pelo cubierto con el pañuelo más escueto que permitía la ley. Llevaba un refresco en lata en la mano. De vez en cuando, daba

un sorbo.

Se volvió hacia Shaham y le sostuvo la mirada.

—Parece que le vendría bien algo fresquito, agente —dijo en un farsi perfecto, sin acento. Metió la mano en la mochila y sacó una lata de Zam Zam Cola—. Espero que no lo considere un soborno, señor policía, pero parece acalorado, agotado y aburrido.

Sohrab alargó la mano agradecido, sin atreverse apenas a creer en su buena suerte.

—¿Su nombre? —dijo, intentando parecer firme y autoritario. Le salió un graznido, con la voz estrangulada por la sed.

—Simone DesMoulins —respondió sin vacilar—. ¿Quiere ver mi documento de identidad? ¿El pasaporte?

—Por favor.

Ella los sacó enseguida y él echó un vistazo superficial a la fotografía, fijándose más en la dirección de Qom: a solo un par de minutos de allí, en la calle Fahroudiyeh.

—Quizás más tarde, esta noche... —murmuró él.

—Me gustaría —dijo ella, con voz prometedora.

—¿Estará en...? —leyó en voz alta la dirección—. ¿Calle Fahroudiyeh 15/5?

—Sí, agente. Está en el tercer piso. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Sohrab, señora... señorita...

—Es señorita, agente.

—Soy Shaham Sohrab.

—Quizás nuestros caminos se crucen antes de lo que pensamos. Ahora que ha visto mis papeles, ¿puedo cruzar la plaza e ir a mi apartamento? Tengo entendido que las mujeres extranjeras no son muy bien recibidas durante las ceremonias en las que el ayatolá se dirige a los Fieles.

—Por supuesto —dijo el policía, sonrojándose.

La mujer se alejó contoneándose, dejando a su paso un aroma a perfume almizclado.

~ ~ ~

La Asesina regresó de su incursión al otro lado de la ciudad justo

cuando los bailarines escoceses se alineaban en el escenario. Entró en el piso de los McAdams, cruzó hasta el pequeño hueco con la ventana que daba a la Mezquita y realizó las últimas estimaciones y mediciones mientras recorría el espacio con la mirada. Al otro lado de la calle, en los tejados de los bloques de apartamentos en todas direcciones, podía ver francotiradores con uniformes del Servicio de Seguridad que ocupaban sus posiciones. Había regresado al piso justo a tiempo.

~ ~ ~

Agripina abrió el pestillo de la ventana y giró silenciosamente ambas hojas del marco hacia dentro hasta que quedaron contra las paredes adyacentes. Luego retrocedió varios pasos. Un haz cuadrado de luz entraba por la ventana y caía sobre la alfombra. El resto de la habitación quedaba más oscuro. Si se mantenía alejada de ese haz de luz, los vigilantes en los tejados adyacentes no verían nada.

Se colocó a un lado de la ventana, en las sombras que creaban las cortinas retiradas, y la Asesina descubrió que podía ver en diagonal hacia abajo, hacia el estrado desde el que hablaría el ayatolá, a ciento treinta y cinco metros de distancia. A dos metros y medio de la ventana y bien a un lado, instaló una pequeña mesa de comedor que había traído de la cocina. Retiró el mantel y un jarrón decorativo de latón, y los sustituyó por un par de cojines de un sillón del estudio. Estos formarían su nido de tiro.

No necesitaba cambiarse de ropa. Era oscura y, salvo por su figura, no atraería indebidamente la atención. Aun así, para asegurarse, se quitó el sujetador con relleno que había estado usando, lo que hacía que su aspecto resultara mucho menos provocativo. Se dirigió al dormitorio y comenzó meticulosamente el ensamblaje final del rifle.

Acarició las brillantes cápsulas de percusión de sus cartuchos, el silenciador, la mira telescópica, el cierre y el cañón del arma. Deslizó las dos barras de acero que, al encajarlas, se convertirían en el armazón de la culata del rifle. Con amor y meticulosidad, ensambló el rifle: cierre y cañón, componente superior e inferior de la culata, protector de hombro, silenciador y gatillo. Finalmente, deslizó la mira

telescópica y la fijó hasta oír el clic.

Se sentó en una silla detrás de la mesa, se inclinó hacia adelante con el cañón del arma apoyado sobre el cojín superior y entrecerró los ojos para mirar por el telescopio. La plaza iluminada por el sol, más allá de las ventanas y doce metros más abajo, apareció nítida ante sus ojos. La cabeza de uno de los hombres que todavía estaba marcando las posiciones de pie para los «gorilas» cruzó por su línea de visión. Siguió el objetivo con el arma. La cabeza se veía grande y clara, tan grande como el melón persa cuando había probado la mira del arma en el desierto al sur de Teherán.

Satisfecha por fin, la Asesina alineó los cinco cartuchos en el borde de la mesa. Deslizó hacia atrás el cerrojo del rifle e introdujo con cuidado el primer cartucho en la recámara. Uno debería bastar, pero tenía cuatro de repuesto. Empujó el cerrojo hacia adelante hasta que se cerró sobre la base del cartucho, le dio medio giro y lo bloqueó. Finalmente colocó el rifle con cuidado entre los cojines. Se reclinó a esperar una hora más.

Capítulo 24

La sed de Ezra Caen igualaba la de Shaham Sohrab. Tenía la boca seca y la lengua pegada al paladar. No era solo el calor. Estaba convencido de que algo iba a suceder esa tarde, y aún no tenía ni la más remota idea de cómo ni cuándo.

Durante el almuerzo con algunos hombres del Comité, había notado cómo el ambiente pasaba de la tensión y la frustración a una esperanza casi maníaca. Faltaba menos de una hora. Mirara donde mirara, habían tapado todos los huecos, sellado toda la zona.

Como era de esperar, los gaiteros y tamborileros escoceses entusiasmaron a toda la multitud. Setenta mil pares de manos aplaudían al ritmo de los tambores atronadores. Aunque el sonido de las gaitas resultaba extraño y marcadamente foráneo, Ezra no podía negar que era hipnótico. Y las piernas al descubierto de las bailarinas... no había visto tal *desnudez* desde Israel.

Ezra Caen deambulaba nervioso y abatido por el borde de la multitud, lejos del estrado. Todos los policías y guardias apostados en las barreras le decían lo mismo: nadie había pasado desde que las levantaron hacía una hora.

Las carreteras principales estaban cortadas, las secundarias también, los callejones igual. Los tejados, vigilados y custodiados. Todos los edificios disponibles rebosaban de agentes de seguridad. Dentro del perímetro, habían registrado cada edificio de sótano a ático. Muchos pisos estaban vacíos: sus ocupantes habían preferido ausentarse de las asfixiantes multitudes de la Década de Fajr.

Caen se coló por las calles laterales, mostrando su pase policial para atajar, y salió a la parte de la Plaza más cercana a la calle Fahroudiyeh. La misma historia: la calle cortada a doscientos metros de la Plaza, las multitudes apiñadas tras las barreras, las calles vacías salvo por los agentes de Seguridad que patrullaban. Volvió a preguntar.

Miró el reloj. Las 13:40. Veinte minutos para que el Gran Hombre saliera al estrado.

—¿Ha visto pasar a alguien? ¿A quien sea?

—No, señor. Por aquí no.

—Muy bien, continúe.

Al acercarse las 14:00, la multitud tras la barrera, a unos metros por delante de él, empezó a empujar hacia adelante con la esperanza de conseguir un sitio un poco más cerca del ayatolá.

Caen alzó la vista hacia los tejados. Los vigilantes ignoraban el espectáculo que tenían debajo. Sus ojos no dejaban de recorrer los tejados y ventanas del otro lado de la calle desde donde se agazapaban en los parapetos, atentos a cualquier mínimo movimiento en una ventana.

Llegó al lado occidental de la Plaza. Un joven policía permanecía con los pies firmemente plantados en el hueco donde la última barrera de acero se unía al muro. Le mostró la tarjeta y el hombre se cuadró.

—¿Alguien ha pasado por aquí?

—No, señor.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Desde las diez y media, señor, justo antes de que cortaran la calle.

—¿Nadie ha pasado por ese hueco?

—No, señor. Bueno... —El joven se puso rojo como un tomate—. Bueno, solo una joven muy guapa... una extranjera... Sus papeles de identidad indicaban que vive en la calle Fahroudiyeh número 15, apartamento 5. Pero no se preocupe, señor. Le revisé los papeles a fondo. Hasta me dio una lata de Zam Zam Cola.

—¿Una joven guapa, dice?

—Afirmativo.

—¿Le dio un nombre?

—Por supuesto, junto con su tarjeta de identidad y su pasaporte. Era un nombre francés, creo. Simone no sé qué.

—¿Simone DesMoulins?

—¡Sí, ese es! —exclamó el joven policía.

Con mano temblorosa, Ezra Caen se llevó la mano al bolsillo trasero y sacó una hoja de papel, la misma en la que habían aparecido ocho

fotografías y pasaportes desde que tuvo la idea de publicar esas fotos tres semanas atrás.

—¿Reconoce a alguna de estas personas?

Shaham Sohrab miró las fotos y se puso rígido involuntariamente.

—Esa es, Simone DesMoulins. ¿Dónde...?

Pero no tuvo ocasión de decir nada más. Ezra Caen ya corría calle abajo, más rápido de lo que el joven policía habría creído posible en un hombre mayor y de menor estatura, gritando a pleno pulmón que el oficial Sohrab lo siguiera.

~ ~ ~

El Gran Ayatolá Ali Jamenei, indiscutido Líder Supremo de la República Islámica de Irán, aguardaba justo dentro de la puerta principal de la Mezquita de Jamkaran, esperando con paciencia el momento, apenas unos segundos después, en que saldría a la luz del sol y al estrado.

~ ~ ~

La Asesina alzó el rifle y entornó los ojos hacia el estrado. Eligió al «gorila» más cercano a él, el que se situaría junto al codo izquierdo del Líder Supremo.

~ ~ ~

—¿Este?

Caen dejó de jadear y señaló una puerta.

—Creo que sí, señor. Sí, este es. El número 15 está a la derecha de la puerta.

El detective de más edad echó a correr por el pasillo. Sohrab lo siguió a cierta distancia. No vio a la figura que entró por la puerta principal tras él hasta que el hombre casi chocó con él.

—Disculpe. Tengo que volver a mi piso de inmediato para asegurarme de que todo esté en orden para la Cena de Estado.

—¿Y usted es? —espetó Sohrab.

El hombre, un asiático, sacó un pasaporte diplomático de cubierta

roja.

—Hsien Yun-Lo. Me alojo en el tercer piso, apartamento cinco.

—Pero... O sea... Quiero decir...

—¿Hay algún problema, oficial?

—No... eh... sí...

—Parece confundido.

—Bueno... eh... hay una mujer cuya dirección...

—Claro, mi asistente. Lleva tres semanas alojándose aquí. Tariqa me ha sido de inestimable ayuda.

—¿Tariqa? No, la tarjeta de identificación de la mujer decía Simone DesMoulins...

—Debe de estar equivocado —dijo Yun-Lo con suavidad. Mientras tanto pensaba: *¿Por qué demonios habrá decidido usar una identidad quemada? Debe de tener algún plan en mente*.

—Un detective acaba de subir a ese apartamento. Un tipo bajito, mayor. Parecía llevar la voz cantante.

Caen, pensó Yun-Lo. *Si la ha descubierto y ella entra en pánico, me van a colgar a mí*. Mientras permanecía allí, sopesó con calma sus opciones. *Es nuestra empleada y deberíamos protegerla. Pero la caridad bien entendida empieza por uno mismo*.

Esperó un instante más y luego dijo:

—Oficial, quédese aquí abajo y vigile el edificio. Yo subiré a encargarme de esto. Seguro que hay una explicación lógica.

Dejó al joven policía plantado allí, indeciso, con expresión de desconcierto.

~ ~ ~

El Líder Supremo entró con calma a la hora exacta prevista. Levantó los brazos en una amplia «V», recibiendo la adulación de la enorme multitud.

Tres pisos más arriba y a ciento treinta y cinco metros de distancia, la Asesina sostenía el rifle con firmeza mientras miraba por la mira telescópica. Podía ver los rasgos con claridad: la frente sombreada por cejas pobladas, los ojos penetrantes, la nariz aguileña. Vio descender los brazos levantados. El retículo de la mira apuntaba

directamente a la sien expuesta. Suave, delicadamente, apretó el gatillo...

Una fracción de segundo después, la Asesina miraba hacia el estrado como si no pudiera creer lo que veía. Antes de que la bala saliera del cañón, el Líder Supremo había inclinado la cabeza hacia delante de golpe, sin previo aviso.

Al instante, miles de voces corearon al unísono: «*¡Afiat Bahsheh*! - ¡Que sea para su salud!», mientras el Ayatolá se recuperaba de su potente estornudo.

Las pruebas forenses establecieron posteriormente que la bala había pasado a una fracción de pulgada por detrás de la cabeza en movimiento. Nunca se determinó si el Líder Supremo oyó el chasquido de la bala al pasar.

El proyectil se incrustó en una puerta de piedra justo detrás del Ayatolá. Aunque habría atravesado fácilmente hueso, carne y músculo, desintegrando el cuerpo de un ser humano, no ocurrió lo mismo con una puerta de granito macizo de sesenta centímetros de grosor. El Líder, tras limpiarse la nariz con un pañuelo, se enderezó y regresó serenamente al podio para guiar a los Fieles en la oración.

Tras su arma, la Asesina maldijo en voz baja. En su vida había fallado un blanco fijo a menos de ciento treinta y siete metros. Luego se calmó. Aún había tiempo. El Ayatolá seguiría al menos dos horas más. Abrió la recámara del rifle y expulsó el cartucho usado, que cayó sobre la alfombra sin hacer ruido. Cogió un segundo proyectil de la mesa, lo introdujo y cerró la recámara.

~ ~ ~

Ezra Caen llegó jadeando al tercer piso. Había dos puertas, una para cada apartamento. Mientras miraba de una a otra, Hsien Yun-Lo alcanzó el rellano. Caen vaciló frente a las dos puertas. Entonces oyó un *phut* bajo pero inconfundible detrás de una de ellas. Levantó la pistola y apuntó a la puerta.

En respuesta al ¡BLAM! de su disparo, la puerta se combó y se abrió hacia dentro. Caen y el asiático entraron en la habitación casi al mismo tiempo.

La Asesina se levantó de su asiento detrás de la mesa. Con un giro fluido, medio agachada, disparó desde la cadera mientras gruñía:

—Hijo de puta, me traicionaste. ¿A *mí*? ¡Cuando *tú* me contrataste, maldito chino!

La bala no hizo ruido alguno. El proyectil del rifle se hundió en el pecho de Yun-Lo, golpeó el esternón y explotó. Yun-Lo sintió cómo algo se desgarraba en su interior, y grandes punzadas de dolor repentino. Luego incluso esas desaparecieron. La luz se apagó. La alfombra le golpeó la mejilla, aunque en realidad era su mejilla la que yacía sobre la alfombra. La pérdida de sensibilidad le subió por los muslos y el vientre, luego por el pecho y el cuello. Lo último que recordó Yun-Lo fue un sabor salado en la boca, como el del día en que, con nueve años, sus padres lo llevaron al Mar de China Meridional. Después, todo fue oscuridad.

Ezra Caen clavó la mirada en los ojos de la Asesina. La tensión que había sentido momentos antes se había esfumado. Su corazón parecía haber dejado de latir.

—Morgan —dijo simplemente.

—Ezra —respondió ella. Manipuló torpemente el arma y abrió la recámara. Caen vio el destello metálico del casquillo al caer al suelo. La Asesina cogió algo de la mesa de un manotazo y lo introdujo en la recámara, sin apartar la mirada del hermano gemelo al que nunca había conocido.

Va a disparar, pensó Caen. Con un esfuerzo sobrehumano, la miró a los ojos con calma y dijo:

—Así que todo se reduce a ti y a mí, Morgan. Supongo que estás deseando matarme.

—¿No harías tú lo mismo conmigo?

—La verdad es que no.

Le sorprendió lo distendida que sonaba su conversación, dada la magnitud de lo que estaba ocurriendo.

—Lograste escapar de todos nosotros. De verdad *eres* así de buena.

—Gracias. Pero tú lograste encontrarme. Me han dicho que es lo que mejor se te da.

Hubo una pausa. Entonces habló la Asesina:

—Me contrataron para un trabajo y me pagaron muy bien. Mi trabajo era matar al Líder Supremo de Irán, no a un detective israelí. ¿Y por qué iba a matar a mi propio hermano?

Se miraron fijamente, cada uno tratando de ocultar sus sentimientos. Finalmente ella habló:

—¿Un vaso de agua Pellegrino? Es lo que más te gusta, ¿verdad?

—Gracias. Supongo que a ti te apetecerá un Malbec.

—Veo que también te han informado de mis gustos.

Por extraño que pareciera, brindaron y bebieron.

—Supongo que seré tu prisionera —dijo ella finalmente.

—Esa es mi misión, igual que tú tienes la tuya.

Con estudiada calma, ella sacó una pistola de dentro de la blusa. Los ojos de él se abrieron de par en par al ver el arma pequeña. Antes de que pudiera hacer nada, ella apretó el gatillo dos veces: le dio en el tobillo y se lo destrozó, y luego en la pantorrilla de la otra pierna.

Mientras caía al suelo con un dolor paralizante, los ojos de Ezra Caen formularon la pregunta obvia: *¿Por qué*?

—Dije que no te mataría y no lo haré —dijo ella en voz baja—. Pero tengo un trabajo que terminar y no te necesito en medio. No te preocupes, tarde o temprano vendrá alguien a ayudarte. Seguro que te dejan como nuevo.

Dicho esto, la Asesina se marchó.

En cuanto ella se fue, Caen llamó por radio a la Sede de Seguridad, explicó lo sucedido, dio su posición y pidió ayuda.

~ ~ ~

La Asesina rodeó la zona de la Plaza frente a la Mezquita de Jamkaran y apenas echó un vistazo a lo que ocurría allí. El ayatolá Jamenei seguía exhortando a las multitudes; su voz bajaba desde un tono casi *sotto voce* para luego elevarse a un *fortissimo* autoritario y dominante. Sin cesar.

Tomó una ruta más larga de lo habitual hasta el apartamento de Hypatia, procurando mantenerse en los callejones y calles

secundarias casi vacías, a tres manzanas de la Gran Mezquita. La Asesina no tenía prisa. Con su perseguidor fuera de combate y las fuerzas de seguridad concentradas en el lado opuesto de la ciudad, se sentía a salvo, casi eufórica.

Agripina sintió un arrebato de furia al recordar al asiático que tan claramente la había traicionado. Pero ahora él no era más que una nota al pie irrelevante en su historia. Bien muerto estaba, y que los buitres y carroñeros se cebaran con sus restos.

~ ~ ~

La última sensación consciente de Caen fue la voz familiar y reconfortante de Manucher Tabrizi.

—Ya voy, Ezra. De todo nos ocupamos nosotros, no te preocupes.

Y Ezra perdió el conocimiento.

~ ~ ~

En el apartamento de Hypatia, la Asesina sacó su segundo rifle del armario y lo ensambló con el mismo cuidado escrupuloso que el primero. Preparó el nido en una habitación mucho más grande, con una silla cómoda y amplia vista del Ayatolá.

Las manos y los brazos del Gran Hombre subían y bajaban mientras llevaba a sus seguidores a un paroxismo de éxtasis religioso. Un blanco más fácil esta vez, aunque el Ayatolá estornudara o hiciera algún movimiento brusco.

La Asesina volvió a apuntar por el cañón. Solo ciento diez metros. Mucho más cerca que desde el apartamento de los McAdams. Echó un vistazo al reloj. Las tres y diez. El Ayatolá parecía estar alargando el discurso, muy por debajo del crescendo final. Si seguía a ese ritmo, faltarían otros cincuenta minutos o más. En ese tiempo, la Asesina habría podido escapar y estar a medio camino de Isfahán. Pero no era momento de pensar en eso. Había que volver al trabajo. Fríamente profesional, la Asesina preparó el disparo.

Casi con ternura, la Asesina acarició la culata un instante antes de que su dedo índice derecho abrazara el gatillo. Lo apretó lenta,

suave, delicadamente...

En el instante en que el arma se disparó, hubo una explosión en el otro extremo de la habitación tan fuerte que se oyó en la plaza. Más tarde, a las preguntas de la prensa se respondió que había sido un tubo de escape defectuoso que se había caído de un camión cisterna.

Medio cargador de balas de nueve milímetros alcanzó a Agripina en el pecho, la levantó, la hizo girar a medias en el aire y estampó su cuerpo en un amasijo en la esquina más alejada de la habitación, cerca del sofá. Al caer, una pesada lámpara de pie se desplomó sobre ella y le rompió innecesariamente el cuello.

Jadeó mientras sus ojos parpadeaban en lo que sabía que eran sus estertores de muerte. Sus últimas palabras fueron pronunciadas en un tono de absoluta conmoción y sorpresa.

—¿Hypatia? ¿Tú?

Exhaló su último aliento.

Hypatia se acercó con calma al cadáver y cerró los párpados de la Asesina.

~ ~ ~

En la Plaza, setenta mil voces rugieron y cien cámaras de televisión zumbaron mientras el Líder Supremo concluía su discurso, una hora y treinta y cinco minutos después de haberlo comenzado.

—Pedimos a Alá el Exaltado que nos ayude. Pedimos a las almas inmaculadas de nuestros mártires y al alma inmaculada de nuestro magnánimo Imán que nos ayuden. Por el favor de Alá, ustedes y yo nos beneficiaremos de las oraciones del Imán de la Era, que nuestras almas sean sacrificadas por él. La paz sea con ustedes, y la misericordia y las bendiciones de Alá.

~ ~ ~

Al día siguiente, enterraron el cuerpo de una mujer en una tumba sin nombre en un cementerio de las afueras de Qom. El certificado de defunción indicaba que el cuerpo era el de una extranjera sin identificar, fallecida el 11 de febrero en circunstancias desconocidas.

Asistieron un sacerdote católico, un funcionario del registro, dos sepultureros, un hombre menudo de mediana edad en silla de ruedas y una mujer llamativamente atractiva de cabello castaño rojizo, que permanecía con las manos en los apoyabrazos de la silla. La ceremonia fue apresurada, como si los presentes no vieran la hora de seguir con sus vidas. Cuando terminó, la mujer empujó la silla de ruedas hasta el ataúd barato. El hombre de mediana edad depositó con delicadeza una sola rosa sobre él. Después, la mujer llevó la silla de vuelta hasta un sedán Samand negro que aguardaba. Sin mediar palabra, dos hombres alzaron al hombre de mediana edad y lo acomodaron en el asiento trasero. La mujer rodeó el coche, subió por el otro lado y se sentó junto a él en el asiento de atrás. El conductor arrancó y el coche avanzó lentamente hacia la salida. Tras mirar a ambos lados, giró a la izquierda hacia la autopista y el Samand se dirigió al norte, rumbo a Teherán.

EPÍLOGO –

UN AÑO DESPUÉS

La playa de Tel Aviv figura habitualmente entre las diez mejores del mundo. La ciudad más grande de Israel, a diferencia de la Ciudad Santa de Jerusalén, es una descarada combinación de Miami en el Mediterráneo con el brillo y la fanfarronería de Los Ángeles.

El hospital Hadassah no solo le había curado por completo el tobillo y las pantorrillas, sino que durante el último año él había adoptado un régimen de dieta saludable y largas sesiones de natación diarias, tanto en el Mediterráneo como en la piscina del gimnasio local. Se sentía –y se veía– mejor de lo que se había sentido en años. Al salir del mar, caminó con cuidado sobre la arena caliente hasta llegar a un par de toallas a unos quince metros del agua.

La voluptuosa mujer que lo acompañaba se incorporó apoyándose en los brazos, para que él pudiera ver no solo la belleza de su rostro, sino el impresionante escote. A los cuarenta y cuatro años, fácilmente podría pasar por una mujer quince años más joven. Su piel bronceada era suave, firme y excitantemente juvenil. Recordó cómo se habían despertado esa mañana y habían hecho el amor lenta y deliciosamente antes de ir a la playa. Galit era un recuerdo vago y distante.

—¿Cómo elegiste el nombre Hypatia? —preguntó Ezra.

—Era tan buen nombre como cualquier otro —respondió la mujer —. Búscalo en Wikipedia.

—Ya lo hice —dijo él, tumbándose boca abajo junto a ella—. ¿Cuánto tiempo estuviste en Irán?

—Diez años.

—¿Infiltrada todo el tiempo?

—Ajá.

—Entonces, ¿cómo te enteraste...?

—Me moví por todas partes. ¿Recuerdas a Valerie Plame?

—¿La agente de la CIA estadounidense? Ajá.

—Ya se sabe cómo son los hombres: les gusta llevar del brazo a una mujer atractiva para impresionar a otros hombres con sus «conquistas». No soy tan modesta como para no admitir que encajaba en ese papel, salvo que yo era la «diosa de hielo». Nunca tuve que «acostarme con nadie».

—Así que ahora estás de vuelta en *Eretz Israel*. La espía que volvió del frío.

—Gracias, señor Le Carré, pero gracias a Dios no terminé como ese tipo. Y —dijo ella, pellizcándole en las nalgas— no me fue tan mal al final de mi misión. Ni a ti tampoco, amigo mío. Un puesto en lo más alto, una buena pensión y, Dios mediante, muchos años más de vida saludable.

—Me gustaría pasarlos contigo, Rachel —dijo él, usando su nombre real.

—A mí también me parece muy bien.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Disfrutar cada día según venga. Quizás lo nuestro se vuelva más maravilloso con el tiempo, quizás no. Ya veremos, ¿te parece?

—Me gustaría envejecer compartiendo almohada contigo, cariño.

—Como ya dije, no me opongo, señor Caen. ¿Quién sabe? Quizás algún día algún escritor escriba: «Y vivieron felices para siempre».

—Quizás.

Y así fue.

FIN

Hugo N. Gerstl Collection

Do not miss them on your shelf!

PANGÆA

Visit www.HugoGerstl.com

